Hogar, dulce hogar.

AUTORA DEL ÉXITO MUNDIAL



LA ASISTENTA

50.000.000 de ejemplares vendidos

LA INQUILINA

FREIDA McFADDEN

SUMA

Freida McFadden

La inquilina

Traducción de
Santiago del Rey Farrés

SUMA de letras

A mi primera compañera de habitación,
que ponía el despertador a las tres de la mañana
para levantarse y estudiar y, cuando sonaba,
posponía la alarma. Dos veces.
Te perdono

PRIMERA PARTE

BLAKE

1

Hace seis meses, alguien se plantó en este mismo sitio —en el piso veinticinco del rascacielos donde se encuentra Coble & Roy, la firma de marketing en Manhattan donde trabajo— y trató de saltar al vacío.

Por desgracia (o por suerte) para él, la ventana es de esas que solo basculan hasta dejar abierta una rendija de unos ocho centímetros, lo cual no basta para que un hombre adulto pueda deslizarse a través de ella. Trató de forzarla lo suficiente para colarse por ahí contorsionando el cuerpo, pero no acabó de funcionar. Un agente de seguridad lo detuvo antes de que se precipitara por esos veinticinco pisos hasta encontrar la muerte, y ahora está recluido en un centro del norte del estado de Nueva York, recogiendo margaritas, cantando canciones, recibiendo terapia de shock o, bueno, haciendo las chorradas que hagan en esos sitios.

Y ahora soy yo quien ocupa su puesto.

Yo quería este puesto. Lo quería desde que empecé a trabajar aquí. Es un puesto fantástico. Todo el mundo se puso a competir por él después de que Quigley intentara ese vuelo en picado. Y ahora es mío.

Y mi nuevo despacho… es impresionante. La silla de cuero del escritorio se adapta a la perfección a la curva de mi columna y es más cara que el primer coche que tuve. El sofá de cuero marrón hace juego con la librería de nogal peruano, que, a su vez, es exactamente del mismo tono que el escritorio que ocupa el centro del despacho, como si los hubiesen fabricado con madera del mismo árbol.

Pero lo mejor de todo es la placa de identificación que reposa sobre ese escritorio y que dice con letras doradas:

BLAKE PORTER, VICEPRESIDENTE

Contemplo por la ventana la línea del horizonte de Nueva York, punteada por sus legendarios rascacielos. Cuando era niño en Cleveland, deseaba más que nada en el mundo ver el Empire State, y ahora puedo mirarlo todos los días. Luego bajo la vista a la calle, donde, veinticinco pisos por debajo, la gente deambula como un ejército de hormigas y los coches parecen aquellos modelos de juguete que mi madre me conseguía en los mercadillos que montaban los vecinos del barrio para librarse de sus cosas viejas.

¿Qué clase de zoquete intenta tirarse por la ventana cuando tiene un despacho como este? Menudo idiota.

No fue capaz de aguantar la presión. Yo sí lo soy.

Mi teléfono móvil vibra sobre el escritorio. Vuelvo la cabeza y veo que aparece en la pantalla el nombre «Krista Marshall». Me apresuro a cogerlo. Hay llamadas que esquivo y llamadas que atiendo, pero siempre contesto cuando es Krista quien está al otro lado de la línea.

—Ey, cielo —digo.

—Hola, señor vicepresidente —responde Krista con una risita.

Ah, no me cansaré de oírle decir eso durante al menos otra semana.

—Bueno, ¿qué tal lo llevas? —me pregunta.

Miro todos los documentos apilados sobre mi escritorio, cuya cantidad solo puede compararse con los cientos de emails que me esperan en la bandeja de entrada. Si me voy al baño un momento, a la vuelta tengo otros veinte mensajes esperándome. Y eso que meo deprisa.

Pero, la verdad, a mí me parece perfecto. Si conseguí el ascenso a vicepresidente de marketing la semana pasada fue porque era capaz de asumirlo. Porque me lo había ganado. ¿Que tienes una carga de trabajo que llevaría una semana y que debo ventilarme en una hora? Perfecto. Pásamela.

—Estoy bien —digo.

—¿Llegarás pronto a casa? —me pregunta ella—. ¿Quieres que compre comida china?

Son casi las seis, y no, no estoy ni mucho menos cerca de haber terminado. Aunque, por otra parte, llevo un mes llegando cada noche a casa a la hora de acostarse y cenando comida para llevar

fría o una barrita de proteínas. Cierro los ojos y me imagino a mi novia esperándome en la sala de estar de nuestro hogar del Upper West Side, una de esas casas adosadas de piedra rojiza con escalones a la entrada tan típicas de Nueva York. La visualizo con el pelo rubio cobrizo recogido en ese descuidado moño tan sexy que se hace en lo alto de la cabeza y esos leggings negros que se le ajustan en la cintura a la perfección.

Le propuse que nos casáramos hace dos meses con un diamante que esperaba que la dejara patidifusa, y desde entonces apenas he tenido un minuto para respirar. No hemos celebrado la fiesta de compromiso que ella quería; ni siquiera hemos disfrutado de una cena de compromiso. Krista se merece mucho más que esto.

—Nada de comida para llevar esta noche —digo—. Saldré más temprano.

—¿De verdad?

El hecho de que parezca asombrada me conmueve.

—Sí. Y voy a llevarte a cenar fuera.

—Blake —dice ella suavemente—. No hace falta. Si tienes que trabajar, lo comprenderé…

—Tú eres más importante. —Hablo con firmeza, con ese tono ante el que la gente no puede negarse—. Vamos a salir a cenar, y en un sitio bonito de verdad, así que resérvate el apetito. Llegaré a casa a las siete y media.

Ella parece contentísima. Y todo este montón de trabajo seguirá aquí mañana. Además, tengo un portátil con el que puedo trabajar cuando ella se haya ido a dormir.

Me encanta la convivencia con Krista. Cuando yo tenía veinticinco años, la idea de vivir con una mujer me habría parecido impensable, pero la verdad es que ha sido fantástico. Nos ha ido tan bien que incluso decidimos buscar una mascota, lo que ambos consideramos tácitamente un ensayo para cuando tengamos un hijo juntos. Pensamos en un gato o un perro, pero no podíamos asumir tanta responsabilidad, así que acabamos optando por un pececito dorado. Se llama Goldy. Sí, ya sé que los peces dorados no son demasiado mimosos, pero yo ya le tengo apego.

De todos modos, debo encontrar un equilibrio entre mi trabajo y mi vida privada. Necesitaba este ascenso para que Krista y yo tuviéramos la vida que queremos…, la vida que ella se merece y que confío que sea mejor que la que tuvo mi madre. Lo necesitaba para poder pagar la casa, porque la hipoteca estaba comiéndose todo mi sueldo.

Yo salí de la nada más absoluta, y lo odiaba. Mi padre era dueño de una pequeña ferretería y siempre tuvo que luchar para mantenerla a flote, así que por mi parte he dado los pasos necesarios para que mi propia vida sea diferente. No quiero andar preocupándome nunca porque en casa hay demasiadas luces encendidas.

Me guardo el teléfono en el bolsillo de mis impecables pantalones a medida. Remataré unas pocas cosas aquí y luego me largaré. Pero, antes de volver a mi escritorio, echo una última mirada por la ventana panorámica. Puedo ver vagamente mi reflejo en el cristal. Soy un tipo más bien alto, de casi metro ochenta, con el pelo castaño, que siempre llevo muy corto porque tiene una irritante tendencia a rizarse, la barbilla levemente partida y unos ojos de color castaño oscuro que están un poquito demasiado juntos, aunque han sido calificados de «intensos», lo que me tomo como un cumplido.

—¿Blake?

Aparto la mirada de la ventana. La secretaria de mi jefe, Stacie, está en el umbral de mi despacho, con el puño alzado para dar un golpe en el marco de la puerta abierta y llamar mi atención. Y desde luego consigue llamar mi atención con esa falda… Sí, maldita sea, vaya si lo consigue.

—Ey —digo—. ¿Qué hay, Stacie?

—Wayne quiere hablar contigo.

Vuelvo a mirar mi reloj. Es muy tarde para una reunión.

—¿Ahora?

—Ahora mismo, ha dicho.

No me mira a los ojos como suele hacer. Tiene la vista clavada en la alfombra oriental del suelo, que parece lo más interesante que ha visto en su vida, y yo pienso: «Qué raro».

—De acuerdo. Voy para allá.

Mientras me aparto de la ventana y sigo a Stacie fuera del despacho, no se me ocurre siquiera que en los próximos cinco minutos mi vida entera va a irse al garete.

2

Wayne Vincent ha sido mi jefe durante la última década, desde que me gradué en la Universidad de Nueva York.

Fue él quien me contrató. Todo lo que sé de marketing se lo debo a Wayne. Él me enseñó a desarrollar una campaña. Me enseñó a preparar un presupuesto. Me enseñó a analizar la competencia y el mercado. Desde que lo conozco, ha pasado por dos esposas y ganado y perdido veinte kilos, y juntos hemos consumido el equivalente a un camión cargado de alcohol.

Y ahora mismo parece *muy* cabreado.

Está sentado detrás de su escritorio de caoba —un cincuenta por ciento más grande que el mío— y me mira ceñudo cuando entro en el despacho. Al ver que vacilo en el umbral, me señala con un solo dedo la silla que hay frente al escritorio y ladra:

—Siéntate.

No sé a qué vendrá esto. Llevo una semana en este puesto y lo estoy haciendo bien. Mejor dicho, genial. Así que, sea lo que sea, tiene que ser una tontería. Los pelos de la nuca se me erizan de modo preventivo.

Pero, aunque él esté equivocado, sigue siendo mi jefe, así que me dejo caer en el cojín de la silla que tiene delante.

—¿Todo bien, Wayne?

Cruza sus brazos rollizos sobre ese pecho abultado que solo queda parcialmente oculto por el traje carísimo que lleva puesto.

—Dímelo tú, Porter.

Me ha llamado por el apellido. Nunca lo hace.

—Estoy al día con la campaña Clemente —contesto—. Tendré las gráficas el viernes. El jueves, si es necesario. —Puedo tenerlas un día antes. ¿A quién le hace falta dormir?

Entonces Wayne dice algo que me desconcierta:

—Le has mostrado la campaña Henderson a la competencia.

—Eh… ¿Qué?

Debajo de la línea en retroceso del pelo, el cuero cabelludo se le pone rosado.

—Has revelado nuestra campaña, *toda* la campaña, a nuestros competidores. Has dejado que nos la robaran, maldito cretino vendesecretos.

¿Cómo? Me quedo boquiabierto.

—No sé de qué estás hablando.

—Me consta que lo has hecho, Blake. —Aprieta la mandíbula—. Lo único que quiero saber es quién era tu contacto y cuánto te han pagado.

—Wayne…

—¿*Cuánto*, Porter?

—Wayne. —Un malentendido, solo es eso. Carraspeo—. Te juro que yo jamás…

—Chorradas. —Una gotita de su saliva me da en la cara cuando pronuncia esa palabra—. Estás despedido, Porter. Recoge tus cosas y sal de aquí.

¿Qué?

—¡Wayne! —Me levanto de un salto con el corazón martilleándome en el pecho—. No puedes creer que yo le haría algo así a la empresa…, que te haría esto a ti. No sé por qué piensas que yo…

—He dicho que salgas de aquí.

Deduzco por su mueca despectiva que esto no es una especie de broma pesada. Nadie va a salir del armario con un pastel sorpresa para felicitarme por mi ascenso. Lo dice muy en serio. Quiere que me largue. Después de una década de servicio leal, estoy *despedido*. Así como suena.

Un sudor frío aparece bajo mis axilas.

—¿Podemos hablarlo, por favor?

—Sal. De. Aquí. —Levanta el auricular de su teléfono con una mano y, con la otra, marca furioso unos dígitos en el teclado—. Estoy llamando a seguridad para que te escolten fuera del edificio.

Esto está sucediendo de verdad. No solo he perdido mi ascenso, sino también mi *trabajo*. ¿Qué demonios está pasando? Tiene que ser un malentendido de algún tipo.

—Está bien. —Alzo las manos—. Me voy, pero… quizá podamos hablarlo más tarde.

La expresión de Wayne indica que no volveremos a hablarlo nunca más.

—Lárgate. Y, después de lo que has hecho, olvídate de la indemnización. Que no se te ocurra siquiera solicitar el seguro de desempleo. Te demandaré por este robo, pedazo de mierda.

Solo puedo menear la cabeza; no encuentro las palabras adecuadas para responder.

Aunque son las seis de la tarde, casi todo el mundo está en la oficina, y todos acaban de oír lo que ha ocurrido, palabra por palabra. Paso al salir junto al escritorio de Stacie y ella evita mirarme de nuevo.

—Stacie —digo.

—Lo siento, Blake —musita, sin levantar la vista de la pantalla de su ordenador—. No puedo hacer nada.

Vale, o sea que así está la cosa. Bueno, que se vayan todos al infierno. Encontraré un trabajo diez veces mejor que este.

Hago el paseo de la vergüenza hasta mi despacho mientras mis compañeros cuchichean sobre mí a un par de metros. Chad Pickering será el que más se alegre. Él creía que el puesto de vicepresidente era suyo antes de que lo consiguiera yo. Pero no será el único en celebrarlo.

¿Qué puedo decir? Si quieres progresar, tienes que hacerte unos cuantos enemigos.

Cuando vuelvo al despacho, a *mi* despacho, caigo en la cuenta de que son muy pocas las cosas que podré llevarme. La fotografía enmarcada de Krista. La pluma que mi abuelo me compró como regalo de graduación, porque se sentía orgullosísimo de que yo fuera el primer miembro de nuestra familia en terminar la universidad.

Y seguro que puedo llevarme la placa de identificación que dice: BLAKE PORTER, VICEPRESIDENTE. A nadie va a servirle de nada aquí.

Sin pensarlo dos veces, cojo esa placa del escritorio y la arrojo contra la pared con tal fuerza que hace una muesca en la pintura. La placa cae al suelo, partida en dos. Toda la oficina se ha quedado en completo silencio, mirando mi numerito. Muy bien, que miren. Al menos no me he roto la mano dando un puñetazo a la pared como el idiota de Craig Silverton cuando perdió la cuenta Roberts.

Me acerco a la ventana para echar un último vistazo. Apoyo la cabeza contra el frío cristal sin que me importe ya dejar una marca.

Y por primera vez comprendo a mi predecesor. Porque no me importaría que este cristal se rompiera y me mandara en picado a encontrar la muerte cien metros más abajo.

3

Llevo sesenta y dos días parado.

No es que los vaya contando.

Ahora estoy volviendo a casa tras una hora de levantar pesas y dos horas corriendo. Me quedan otros dos meses de suscripción en el gimnasio y los estoy explotando al máximo.

Krista me ha insinuado que no es sano hacer tantas horas de ejercicio todos los días, pero… ¿cómo va a ser eso cierto? Vamos a ver, es ejercicio, ni más ni menos. Algo absolutamente sano por definición.

Además, tengo que mantener mi energía para cuando encuentre otro trabajo.

Estoy empapado de sudor cuando entro en casa; llevo la camiseta pegada a la piel. El mes de agosto en Nueva York es la peor época para salir a correr debido a la humedad sofocante, pero yo lo hago igualmente. Me gusta comprobar hasta qué punto soy capaz de darme caña a mí mismo. ¿Qué es lo peor que puede pasar? ¿Que me caiga muerto?

La verdad es que no podemos permitirnos encender el sistema central de aire acondicionado, pero me alegro de que esté puesto a tope cuando recupero el aliento en la sala de estar. Me llega a la nariz un olor a canela y el estómago me ruge. Lo único que he comido hoy es un desayuno energético (tres huevos duros) y estoy muerto de hambre.

Entro en la cocina, donde Krista está sacando del horno una bandeja de galletas. Vuelve la cabeza y sonríe.

—¿Galletas de canela? —pregunto.

Ella asiente mientras deposita la bandeja sobre la encimera, junto al reloj antiguo de metal que compramos en un mercadillo el pasado

verano. Las galletas de canela son su especialidad. Esto es lo que hace cuando está contenta, o aburrida, o muy estresada: hornear.

Vale la pena explicar un poco cómo son las galletas de canela de Krista. Cuando te las metes en la boca, notas que los bordes son crujientes, pero el centro es blando, y que se funden en el acto desprendiendo un sabor que resulta una combinación perfecta de canela, azúcar y mantequilla. Me las preparó en nuestra primera cita, y esas galletas fueron en parte lo que hizo que me enamorase de ella. Comprendí que había algo especial de verdad en una mujer capaz de cocinar algo que sabía tan bien.

Aprendió a hacer galletas de su madre, a quien vi una vez cuando vino de visita desde Idaho, y es exactamente el tipo de mujer que supones que preparará unas galletas deliciosas. Cuando le pedí a Krista que se casara conmigo, me imaginé que algún día haría galletas para nuestros hijos, tal como su madre las hacía para ella.

Esa es la vida que deseo. Junto a ella.

Me dispongo a coger una galleta, pero Krista me aparta la mano de un golpe.

—¡Acabo de sacarlas del horno! ¡Están ardiendo! —me regaña—. Vete a duchar. Cuando termines, ya se habrán enfriado.

No soporta verme sudoroso después de correr, lo cual me parece justo.

—Vale.

Subo al primer piso y me quito la camiseta y los pantalones cortos de gimnasia. Abro el grifo de la ducha para que el agua salga helada y me sitúo bajo el chorro. He oído decir que las duchas heladas son para los psicópatas, pero yo me he vuelto adicto a ellas; lo vengo haciendo desde la universidad. Es una oleada extra de adrenalina cuando he perdido el subidón del ejercicio.

Una vez que estoy limpio y vestido, vuelvo a la planta baja. Ahora el estómago me ruge con más insistencia. Mientras bajo, paso junto a Goldy, que nada muy contenta en su pecera. Le deslizo unas bolitas, aunque Krista dice que la alimento demasiado. No soporto la idea de que pase hambre.

Krista emerge de la cocina con una fuente llena de galletas. Las lleva al sofá y yo la sigo como un perrito ansioso. Coloca la fuente

sobre la mesita de centro de cristal y se acomoda en el sofá con una pierna flexionada bajo el cuerpo, como hace siempre. Yo me siento a su lado y cojo una galleta.

Absolutamente increíble, como siempre.

—¿Alguna noticia en el frente laboral? —me pregunta.

Era una tontería pensar que conseguiría otro puesto en marketing de inmediato. Después de que Wayne dijera pestes de mí por toda la ciudad, era de suponer que nadie estaría deseando contratarme para ningún puesto importante. El último trabajo al que mandé una solicitud, para el que estaba sobradamente cualificado, tenía un sueldo que era la cuarta parte de lo que cobraba antes del ascenso. Ni siquiera me respondieron.

—Todavía no —digo, procurando no sonar tan abatido como me siento.

Krista capta un deje entrecortado en mi voz y se inclina para envolverme en sus brazos.

—¿Así está bien? —me susurra al oído.

—Nivel ocho —contesto.

Me estrecha con más fuerza. Es una pequeña costumbre que hemos desarrollado entre los dos. Al principio de nuestra relación, Krista tuvo un día difícil en el trabajo y, cuando nos vimos por la noche y me contó lo mal que lo había pasado, me incliné para abrazarla. Ella se quejó de que no la estrechaba con la fuerza suficiente, y entonces inventamos una escala de diez puntos para determinar lo fuerte que debía ser el abrazo que necesitábamos, según lo fatal que nos sintiéramos en ese momento. Sí, lo sé, somos tan cursis que dan ganas de vomitar.

Durante un minuto, permanecemos en ese abrazo, que es de nivel ocho o nueve. Krista suele tener un gran tino para acertar con el nivel exacto que necesito.

Pero, como es natural, el abrazo debe llegar a su fin. Cuando se separa de mí, Krista tiene el ceño fruncido de preocupación.

—Entonces ¿hay dinero suficiente en tu cuenta para el siguiente plazo de la hipoteca? —me pregunta con delicadeza.

Lo hay, pero apenas. Después estoy jodido. No podré seguir pagándola y perderé la casa. Y, aunque esté a mi nombre y no al de

Krista, ella también se quedará en la calle. Procuro no pensarlo.

—La cosa está complicada —reconozco.

—Yo podría contribuir más —me dice, aunque me consta que no puede aportar gran cosa.

Krista se encarga de la tintorería que está a unas manzanas de aquí. Así fue como nos conocimos. Llevé un traje y, en cuanto la vi tras el mostrador, llegué instantáneamente a la conclusión de que no llevaba a lavar mis trajes con la frecuencia suficiente. Empecé a ir allí dos o tres veces por semana y me gasté una pequeña fortuna en lavado en seco solo para poder hablar unos minutos con ella, mientras recogía un traje y dejaba otro.

No di un paso enseguida porque entonces tenía novia. Había estado saliendo con una chica llamada Gwen, pero la cosa no iba de maravilla y más bien estaba empeorando. Así pues, al día siguiente de terminar con Gwen, me fui directo a la tintorería y le propuse a Krista que saliéramos a cenar.

—Ya encontraré algo —le prometo ahora.

Ella alza una de sus cejas de tono castaño claro.

—¿De verdad?

La miro frunciendo el ceño.

—No voy a estar parado eternamente, Krista. Ya saldrá alguna cosa.

Al final encontraré un empleo —tengo que encontrarlo—, pero no ganaré lo mismo que en mi último trabajo, ni siquiera una tercera parte. Voy a tener que ampliar mi red de contactos.

Maldita sea, todavía no puedo creerlo. Hace sesenta y dos días, estaba en la cresta de la ola. ¿Cómo se ha desmoronado todo tan fácilmente? He llamado a Wayne una docena de veces, pero no me ha devuelto la llamada. Me temo que mis emails van directos a su carpeta de spam.

—Te voy a proponer una cosa —dice Krista, removiéndose en el sofá— y no quiero que te niegues de inmediato.

Ah, fantástico. ¿Qué gran idea se le habrá ocurrido? ¿Querrá que venda un riñón? ¿Cuánto puedes sacar por un riñón hoy en día?

—Vale…

—Creo que deberíamos encontrar un inquilino hasta que vuelvas a recuperarte.

Me la quedo mirando. ¿Habla en serio?

—No. Ni hablar. No pienso vivir con un desconocido.

—¿Por qué no?

La idea de vender un riñón empieza a parecerme mejor, aunque tal vez no saque un gran precio teniendo en cuenta todo el alcohol que he consumido durante la última década.

—Porque no soy un universitario de veinte años.

Krista arruga la nariz.

—Yo tenía una compañera de piso antes de que empezáramos a vivir juntos, ¿sabes?

—¡Y la odiabas!

Su compañera de piso era directora de una guardería durante el día y cantante amateur por las noches. Cuando yo iba a ver a Krista a su diminuto apartamento de dos habitaciones cerca de Inwood Hill Park, su compañera se ponía a cantar mientras se duchaba o cocinaba, y a veces, así sin más, en mitad de una frase.

—Bueno, buscaremos a alguien más normal —dice Krista.

—¿En Manhattan? —refunfuño—. Aquí no hay nadie normal. No encontrarás a ninguna persona normal.

Ella se ríe y me coge la mano, que tengo llena de migas de galleta.

—Pues yo te encontré a ti —señala.

Sin comentarios.

Krista se me acerca más en el sofá, apoyando la cabeza en mi hombro. Me sacudo el resto de las migas de mi camiseta y luego le paso el brazo alrededor de los hombros para atraerla hacia mí. ¿Qué es lo que se pone en el pelo para que le quede tan suave? Ese champú para chicas que usa debe de tener algún ingrediente secreto, porque el efecto es realmente increíble.

—No sé qué hacer, Blake —murmura junto a mi cuello—. Ya sé que acabarás encontrando algo, pero… estoy preocupada.

Los dos lo estamos, cariño.

—Quizá… —Alza la mano izquierda, donde el diamante de su anillo de compromiso destella bajo las luces del techo—. Quizá debería

vender el anillo. Así ganaríamos tiempo.

Inspiro hondo. No. No quiero que lo venda. O sea, sí, ganaríamos un par de meses de respiro, pero no me importa. Mi padre, con su precaria ferretería —heredada de mi abuelo—, le compró a mi madre un anillo de compromiso con un diamante falso que, además, era bochornosamente diminuto. Yo me sentía muy orgulloso de haberle comprado a Krista un diamante que no solo era auténtico, sino que sería la envidia de todas sus amigas. Si hiciera que vendiese ese anillo para mantenernos a flote…

No. No voy a dejar que lo haga.

Juré que siempre cuidaría de Krista, en la salud y en la enfermedad. Bueno, mejor dicho, lo juraré cuando nos casemos. Y, si no encuentro un modo de salir de esta situación, eso nunca llegará a suceder. No se casará conmigo si hago que los dos nos quedemos sin techo.

—De acuerdo —digo—. Busquemos un inquilino.

4

> Habitación individual disponible de inmediato en el piso superior de una casa del Upper West Side, situada en una calle tranquila flanqueada de árboles. La habitación está completamente amueblada y cuenta con dos grandes ventanas y armarios muy amplios. Cocina espaciosa, comedor y sala de estar compartidos. Parada de metro cercana. No se admiten mascotas ni se incluye aparcamiento.

Tenemos dos posibles candidatos que van a venir en la próxima hora a ver la habitación libre.

No soy nada optimista. Desde que Krista colgó nuestro anuncio por toda la ciudad y también en internet, han venido como doce personas a ver la habitación, y todas eran espantosas. No exagero. «Espantosas» es una forma caritativa de describirlas.

Una de ellas era un fanático confeso del kickboxing. Y nos lo demostró haciendo un agujero en la pared de una patada. Así que ahora tenemos que arreglar ese desperfecto. También se presentó una mujer con el animal más feroz que he visto en mi vida. Ella alegaba que era un perro, pero yo no estoy seguro de que no fuera un lobo o algo peor.

El candidato más alarmante con diferencia se presentó hace un par de días. Era un tipo bajito con una perilla desgreñada y una gorra blanca con el logotipo de Linux que me estuvo interrogando sin piedad durante veinte minutos sobre la conexión de internet. Después de que yo respondiera a sus preguntas lo mejor posible, metió la mano en la bolsa que llevaba y sacó… ¡un taladro! Dijo que necesitaba perforar la pared para comprobar el cableado y me vi obligado a impedírselo; si no, lo habría hecho. No quiero tener que tapar un segundo agujero.

Ahora, en cinco minutos, vendrá una mujer llamada Elizabeth, y, dentro de media hora, otra llamada Whitney. Estoy seguro de que ambas serán horribles. Pero, por si no lo son, hemos limpiado la

casa de arriba abajo. Incluso he pasado la esponja por el interior de la nevera, por si miran ahí.

Krista coloca sobre la pequeña mesa del comedor una fuente de galletas con pepitas de chocolate recién hechas. Cuando voy a coger una, me da un golpe en la mano.

—Son para los invitados.

—Krista, esto no es una jornada de puertas abiertas. Van a venir dos personas, y en esta bandeja hay como mínimo veinte galletas.

Ella me fulmina con la mirada y yo aparto la mano. Luego sus ojos me recorren de arriba abajo para hacer una última inspección y asegurarse de que hoy me he puesto pantalones, cosa que he hecho. Incluso me he afeitado, lo que contribuye considerablemente a que no parezca un sintecho.

—¿Tengo tu aprobación?

Krista tuerce los labios.

—Supongo.

—¿Sabes? —digo, bajando la mirada—, estás toda manchada de harina.

Se apresura a mirarse y suelta un gritito ahogado al ver que su camiseta granate sin mangas está salpicada de harina. Intenta sacudírsela, pero solo consigue esparcirla aún más.

—Déjame ayudarte —digo, y ella no parece nada divertida cuando le acaricio el pecho. Pero, bueno, tampoco es que esas posibles inquilinas vayan a servir de mucho, así que al menos podemos divertirnos un poco.

—¡Blake! —me riñe Krista, aunque está reprimiendo una sonrisa—. Corta el rollo. Van a llegar en cualquier momento.

Y justo entonces suena el timbre.

—Rápido —dice—. Debe de ser Elizabeth. ¿Te encargas de hacerla pasar? Vuelvo en un minuto.

Antes de que yo pueda responder, Krista se marcha corriendo a cambiarse la camiseta en honor a esa mujer que seguramente no volveremos a ver nunca más. Voy a abrir la puerta, pero no sin antes coger una galleta de chocolate y metérmela entera en la boca. Ah, no hay nada como una buena galleta casera.

Al abrir la puerta principal, veo en el umbral a una mujer de la edad aproximada de mi madre vestida con túnicas. Sí, digo bien, «túnicas» en plural. Lleva al menos tres, que yo pueda identificar. Tiene una larga melena blanca, encrespada por la humedad y cubierta por una especie de sombrero plateado. No estoy diciendo que lleve un sombrero de papel de aluminio, pero tampoco estoy seguro de que no lo sea.

—Ah, hola —digo.

—¿Drake? —pregunta.

—No, Blake —respondo.

Parece decepcionada.

—Y usted debe de ser Elizabeth —digo.

Ella menea la cabeza.

—No. Es *Quill*izabeth.

—¿Quil… lizabeth?

—Eso es —contesta ella, como si fuera un nombre corriente que yo debiera conocer.

—Vale —digo—. Bueno, pase, por favor… Quillizabeth.

Quillizabeth baja la mirada al umbral de nuestro hogar y arruga la nariz. Luego mete la mano en una de sus muchas túnicas, saca —hablo en serio— un salero y se pone a esparcir sal generosamente por la entrada.

—Es una cosa importante que debe hacerse —dice con tono de sabiduría— para impedir que entren los malos espíritus en una morada.

—Ajá —respondo. Fantástico. Cuando se vaya, me va a tocar limpiar todo ese montón de sal.

—Lamento tener que hacer esto. —La mujer sigue arrojando sal a su alrededor e incluso musita unas palabras para sí—. Pero yo tiendo a entablar una conexión muy fuerte con el mundo espiritual, sobre todo si no tomo las precauciones adecuadas.

—Ajá —repito. Se me ha metido un trocito de chocolate en una de las muelas de detrás—. Para serle sincero, yo no creo en esas cosas.

Ella se yergue un momento y me mira fijamente, como evaluándome.

—Usted es escorpio, ¿no?

—No lo sé —reconozco.

La mujer me observa como si hubiera reconocido que no sé cuál es mi nombre de pila. Está visto que estos treinta minutos se me van a hacer largos.

Al final, una vez que nuestro umbral está bien sazonado, Quillizabeth me sigue hacia el interior de la casa. Su aguda mirada observa con atención cada detalle, demorándose en las fotos de nosotros dos que hay sobre la repisa de la chimenea, estudiando el sofá marrón oscuro y evaluando la televisión de sesenta y dos pulgadas del rincón de la sala.

A cada nuevo objeto con el que su mirada entra en contacto, ella chasquea la lengua como si hubiéramos cometido algún pecado mortal. De verdad que resulta irritante. Si no fuera porque Krista se pondría furiosa, le diría que se marchara ahora mismo. No me hacen falta estas chorradas.

—Mi novia ha preparado unas galletas —digo al fin.

Quillizabeth observa la bandeja de galletas. Todavía siguen lo bastante calientes como para que las pepitas de chocolate se mantengan ligeramente fundidas. Si Krista no estuviera a punto de entrar en la sala, cogería otra.

—Blake —dice Quillizabeth—, ¿está enterado de que las galletas de azúcar son tóxicas y altamente adictivas? Si hubiera que introducir ahora el azúcar en el mercado, el gobierno no autorizaría su consumo. Viene a ser lo mismo que si se pusiera a lamer la acera de su casa.

¿Acaso no ha visto esta mujer cómo está la acera de aquí delante? Pero, bueno, muy bien. Que no coma ninguna.

—Además —añade—, las galletas están cargadas de grasas saturadas y calorías vacías.

Al decir estas palabras, mira con toda intención mi abdomen. Yo la fulmino con la mirada y me decido a coger otra galleta.

—En fin —prosigue la mujer—, decía en el anuncio que tiene disponible una habitación individual amueblada…, ¿no?

—Sí —le confirmo mientras mordisqueo la galleta—. Pero, en realidad, es posible que ya tengamos a otra persona. Así que…, ya me entiende, no quiero hacerle perder el tiempo.

Quillizabeth se lame un dedo y lo alza en el aire.

—Hay bastante corriente aquí, ¿no?

—Ah, no lo había notado.

—Sabe lo que significa, ¿no? —Tiene una expresión totalmente seria, como si me estuviera explicando los secretos del universo—. Son todos los antiguos dueños que han vivido en esta casa antes de usted. Crean una corriente considerable al deambular por aquí. Una vez que me haya mudado, puedo ayudarle a librarse de ellos con una sencilla ceremonia de canalización. Así desaparecerá la corriente. —Chasquea los dedos—. En un abrir y cerrar de ojos.

Krista elige este momento para salir de nuestro dormitorio con una camiseta nueva que parece idéntica a la que llevaba antes, pero sin manchas de harina. ¿Por qué a las mujeres les cuesta tanto cambiarse de ropa? Yo podría cambiarme de camisa en cinco segundos, tal vez incluso en menos.

—¿Es Elizabeth? —dice, bajando deprisa por la escalera.

—Quillizabeth —musito.

Cuando Krista desciende los últimos peldaños, Quillizabeth la mira con una minúscula dosis de aprobación, la única que le he visto desde que ha puesto los pies en esta casa.

—¡Querida! —exclama—. ¡Es usted una chica preciosa!

—Gracias —dice ella, ruborizándose. La mujer tiene buen gusto, eso no se lo puedo negar. Krista le tiende la mano.

—Me llamo Krista. Es un placer conocerla, Elizabeth.

—Quillizabeth —dice la mujer.

Se estrechan las manos. Pero, apenas un segundo después de que sus palmas entren en contacto, Quillizabeth aparta bruscamente la suya como si se hubiera quemado. Retrocede tambaleante, con las manos temblorosas.

—Yo… —La voz de Quillizabeth se ha enronquecido de repente—. En realidad, tengo que irme. Esta casa… es demasiado pequeña. No voy a alquilar la habitación, después de todo.

Gracias a Dios. Me parece que voy a comerme otra galleta.

—Muy bien, ha sido un placer conocerla —digo, procurando no sonar demasiado complacido.

Pero Krista frunce el ceño.

—¿Qué sucede? Ni siquiera ha visto la habitación aún.

Quillizabeth vuelve la mirada hacia mí, y veo que hay auténtico temor en sus ojos. Cuando mira de nuevo a Krista, adopta un tono apremiante.

—¿Podría… hablar con usted afuera, querida Krista?

Ella me lanza una mirada, pidiéndome permiso, y yo niego con la cabeza.

—¿Qué es lo que quiere decirme? —pregunta.

Quillizabeth da otro paso atrás.

—Afuera. Por favor.

Sus ojos acuosos están fijos en los de Krista. ¿Qué demonios le pasa a esta mujer? Me arrepiento de haberla hecho pasar siquiera. Debería haberle cerrado la puerta en las narices cuando ha sacado el salero.

—Mire, Quillizabeth —digo—. Tenemos a otra posible inquilina que está a punto de llegar, así que…

—Él la va a matar —suelta la señora de repente—. Blake va a *matarla*, Krista. Tiene que salir de aquí.

5

Qué… demonios?

¿Es posible que esta lunática haya entrado en mi propia casa y le haya dicho a mi prometida que voy a matarla? Menuda idiotez.

Quillizabeth, rígida, está plantada en nuestra sala de estar. Tiembla de pies a cabeza. Casi parece como si estuviera sufriendo un ataque. Llamaría a una ambulancia, pero entonces no nos la quitaríamos nunca de encima.

—Va a apuñalarla con un cuchillo de cocina. —Quillizabeth señala con un dedo trémulo la alfombra que tiene bajo los pies—. Pasará justo *aquí*. He tenido una visión de él inclinándose junto a su cuerpo y mirando cómo se desangra hasta morir.

Me vuelvo hacia Krista. Se ha quedado pálida como el papel. ¿Es posible que esté tomándose en serio a esta mujer? Pero si lleva literalmente un sombrero de papel de aluminio…

—Vale, muy bien. —Le pongo a Quillizabeth una mano en la espalda para sacarla de la sala de estar, pero ella se aparta de golpe, como si la acabara de quemar con un atizador al rojo vivo—. Ahora tiene que marcharse.

—Créame, Krista, por favor. —Quillizabeth extiende una mano nudosa hacia mi novia—. Tenga cuidado. Mis visiones… nunca son erróneas.

—Seguro —mascullo entre dientes, situándome entre ambas—. Pero no tengo previsto asesinarla hoy, así que me parece que puede irse tranquila.

Si es necesario, la cogeré en volandas y la arrojaré a la calle.

Quillizabeth suelta un gritito de protesta, pero finalmente Krista menea la cabeza.

—Estoy bien —le asegura a la mujer—. Debería… marcharse.

Es la propia Krista quien acompaña a Quillizabeth a la puerta. La vieja no deja de suplicarle y de agarrarla del brazo durante todo el trayecto. Oigo que repite las palabras «peligroso» y «salga de aquí». Transcurren varios minutos de conversación en voz baja hasta que Krista cierra la puerta. Para entonces, Quillizabeth está casi sollozando.

Joder. Debería dejar que Krista venda ese anillo absurdo.

Me permito desplomarme en el sofá. Krista vuelve a la sala, aunque con una palidez mucho más pronunciada que antes.

—Guau —digo—. Esa mujer estaba loca.

—Sí —murmura ella.

Alzo la vista para mirarla. Se retuerce las manos tal como suele hacer cuando está alterada por algún motivo.

—No la habrás creído, ¿no? —pregunto.

—No, claro que no —responde, pero titubea un poquito más de la cuenta antes de decirlo. Y, cuando se sienta a mi lado en el sofá, deja entre los dos algo más de espacio de lo normal—. Aunque has de reconocer que ha sido un poco… espeluznante.

—La verdad es que no. Estaba chiflada.

Krista tuerce hacia arriba la comisura izquierda de los labios.

—Tú eres escéptico en todo porque eres escorpio.

¿Soy escorpio?

—Mira —digo—, escéptico o no, no voy a apuñalarte en la sala de estar. Quiero decir, no creerás en serio que soy capaz de hacer algo así, ¿no?

—No —responde ella, aunque vuelve a producirse ese extraño titubeo.

—Nunca he hecho nada para que desconfíes de mí —señalo.

Y eso es cierto.

Bueno, hasta donde ella sabe.

—Soy un buen tipo. —Le cojo la mano y no puedo evitar darme cuenta de que está temblando, igual que Quillizabeth—. Tú lo sabes. Yo nunca te haría daño, ni a ti ni a nadie. Eso lo *sabes*.

Krista baja la mirada a su regazo. Inspira hondo.

—Blake, ¿de dónde sacaste el dinero para la entrada de la casa?

—¿Cómo?

Ella alza despacio sus ojos azules.

—Cuando compraste esta casa hace seis meses, me dijiste que no tenías suficiente para la entrada. Pero luego, de repente, encontraste el dinero.

¿De qué habla? ¿Acaso cree que hice esa fechoría de la que Wayne Vincent me acusó? ¿Piensa que soy un hijo de puta que traicionó a su empresa para conseguir el dinero con el que comprar esta casa? ¿Es eso lo que está insinuando?

—Retiré mi plan de pensiones —mascullo entre dientes—. Así conseguí el dinero. —Al ver que ella no dice nada, añado—: Te enseñaré los recibos, si no me crees.

—No —contesta con suavidad—. Te creo.

¿Me cree de verdad? Krista y yo llevamos juntos dos años, pero nuestra relación es todavía relativamente reciente. Lo bastante reciente, al parecer, como para que una charlatana *new age*, vestida con túnicas y un sombrero de papel de aluminio, pueda sembrar dudas en su mente diciendo las cosas adecuadas. Y, vamos a reconocerlo, no es que yo esté actuando de forma muy brillante en los últimos tiempos.

Me devano los sesos, tratando de encontrar algo que decir para tranquilizarla. Antes de que se me ocurra nada, sin embargo, suena el timbre.

Ay, Dios, otra visita.

6

Es Krista quien va a abrir esta vez la puerta mientras yo me preparo para enfrentarme a la persona que está esperando al otro lado. ¿Quién sabe qué será esta posible inquilina? ¿Una asesina convicta con grilletes? ¿Una caníbal? ¿Una criatura fantástica que arroja fuego por las fauces? A estas alturas, ya nada podría sorprenderme.

Pero la mujer que está en el umbral parece… normal.

No va con toda la cara cubierta de piercings, y tampoco túnicas o sombreros de papel de aluminio, ni parece que pretenda hacer un agujero en la pared con un taladro. Tiene el pelo castaño claro, que le cuelga lacio alrededor del rostro, y lleva unos sencillos aros en las orejas. Es de nuestra edad más o menos —treinta y algo, quizá— y viste unos vaqueros azules y una sudadera.

—Hola —dice, lanzando una sonrisa nerviosa que resulta enternecedora—. Me llamo Whitney Cross.

Krista le sonríe de oreja a oreja.

—Hola, Whitney. Yo soy Krista y este es Blake.

Whitney nos tiende la mano, y los dos se la estrechamos sin que ella tenga visiones esotéricas de un baño de sangre en la sala de estar. Buena señal. Esta entrevista está yendo mucho mejor que las anteriores.

—Es un placer conoceros a los dos —nos dice con educación.

—Estamos buscando a alguien que pueda ocupar lo antes posible la habitación individual de arriba —le explica Krista—. ¿A ti te iría bien trasladarte enseguida?

Whitney asiente.

—Sí, el alquiler del sitio donde estaba se terminó y, eh, ahora mismo estoy… en un periodo de transición entre apartamentos. Vi

vuestro anuncio en el Cosmo's Diner, donde trabajo, y fue como un regalo del cielo.

—¿Trabajas en el Cosmo's? —pregunto. Es un restaurante griego que queda a unas diez manzanas de aquí. He pasado muchas veces por delante, pero nunca he entrado.

—Sí. Soy camarera. —Sonríe con educación—. ¿A qué os dedicáis vosotros?

—Yo llevo una tintorería —dice Krista.

Ahora Whitney me mira a mí, esperando mi respuesta. Incluso antes del ascenso, yo estaba orgulloso de mi profesión. Ahora me limito a murmurar:

—Estoy en un periodo de transición entre trabajos.

Krista, con su don magistral para cambiar de tema, dice:

—¿Te apetece probar una galleta? Son caseras.

Whitney se anota varios puntos extra aceptando una de las galletas con pepitas de chocolate de la mesa del comedor y explayándose sobre lo deliciosa que está. Luego nos sigue a la sala de estar y emite todas las exclamaciones apropiadas mientras le enseñamos la casa.

—Esta es Goldy —dice Krista, orgullosa, como si se refiriese a una hija que acaba de graduarse en Harvard. Aunque no puedo decir que yo no sienta algo de orgullo por los giros que va dando Goldy por la pecera. ¿Todos los peces hacen eso? Yo creo que Goldy es especial.

—¡Qué mona! —exclama Whitney, inclinándose para verla de cerca.

Krista prosigue el tour por la cocina, que es bastante normal, aunque, tal como ella la describe, cualquiera diría que ha sido un premio de *El precio justo*. Está visto que tendría que haberse dedicado a las ventas.

—Ay, Dios mío. Sería una maravilla tener lavaplatos —suspira Whitney.

—¿Tú no tienes? —pregunto sorprendido.

Krista me lanza una mirada, pero, bueno, es una pregunta razonable. ¿Quién no tiene lavaplatos hoy en día? ¿Será eso una mala señal?

Whitney vacila un momento y luego niega con la cabeza.

—No, solo un fregadero.

—Yo tampoco tenía hasta que nos mudamos aquí juntos —le confiesa Krista—. Blake no entiende cómo vive la otra mitad de la población.

Las dos se echan a reír a mis expensas. Pero a mí no me importa, porque Whitney parece… *agradable*. Las primeras impresiones pueden ser engañosas, pero ella parece totalmente inofensiva. No una caníbal; de eso estoy convencido, digamos, al noventa y nueve por ciento.

Quizá esto vaya a funcionar.

Después de mostrarle la planta baja, subimos al piso de arriba. La lavadora y la secadora, una encima de la otra, están en lo alto de la escalera, y Whitney abre unos ojos como platos al verla.

—¿Eso es lo que creo?

—¡Bingo! —dice Krista—. Es una torre con una lavadora y una secadora. Compacta, pero aun así mucho mejor que tener que llevar la ropa a una lavandería.

—Ay, sí, Dios mío. —Whitney se frota las manos—. La última vez que fui a la lavandería…, ¡alguien sacó toda mi ropa de la secadora y la tiró al suelo! Aquello es la jungla.

A mí no me entusiasma la idea de compartir mi lavadora y mi secadora con otra mujer más. Krista ya lava en una semana el equivalente a la colada de un mes. Pero no podemos alquilar la habitación y esperar que la inquilina se lleve la ropa a la lavandería automática que hay a dos manzanas cuando tiene una lavadora a tres metros de su habitación.

En el primer piso hay un baño y dos habitaciones: el dormitorio principal, que ocupamos Krista y yo, y otro más pequeño. Yo había tenido la fantasía de llenar de niños las habitaciones adicionales de la casa, pero esas ideas parecen pertenecer a otra vida. Ahora nos vemos obligados a ceder una de ellas a una desconocida y, si no encuentro trabajo pronto, la otra acabará estando disponible también para quien la quiera.

Le mostramos a Whitney el pequeño baño con ducha que al parecer compartiremos, porque solo hay dos en toda la casa, y el de

la planta baja es solo un aseo. Por fin subimos la angosta escalera del segundo piso.

Los techos aquí son más bajos que los del resto de la casa. Yo siempre siento el impulso de agacharme, a pesar de que medimos la altura y vimos que era de casi dos metros, o sea, veinte centímetros más que mi estatura. En esta planta hay un dormitorio amueblado y un amplio espacio abierto que Krista y yo debatimos si podría convertirse en un cuarto infantil o en una zona de entretenimiento para el hombre de la casa. (Ya puede suponerse quién defendió esta última opción).

La habitación amueblada estaba hasta ahora destinada a los invitados, aunque todavía no hemos tenido ninguno. Contiene una cama doble, una cómoda, una librería de tamaño mediano y un gran armario.

—Si lo prefieres, tenemos también un dormitorio sin amueblar en el primer piso —añade Krista.

—No. —Whitney recorre con la vista este mobiliario en el que me gasté demasiado en su día, cuando me sobraba el dinero—. Esto es *perfecto*. Yo no tengo ningún mueble.

¿Qué mujer de treinta años no posee un solo mueble?

Los ojos de Whitney relucen a medida que se acerca al armario y lo abre. No es un armario tipo vestidor, pero tiene un tamaño decente. Mientras observo cómo ella va haciendo planes para nuestra habitación libre, me asalta otro pensamiento: Whitney es guapa.

Vale, no es que no lo haya advertido en cuanto ha entrado. O sea, soy un tipo de treinta y dos años y tengo ojos en la cara. Pero, ahora que la veo bajo la luz del gran ventanal de la habitación de invitados, me doy cuenta de que es aún más guapa de lo que creía. Con vaqueros y sudadera, incluso sin maquillaje, resulta atractiva. Si hiciera el menor esfuerzo… Bueno, estaría muy buena. Y es justo de mi tipo, además.

Le echo una mirada a Krista, preguntándome si a ella se le ha ocurrido lo mismo. ¿Le inquieta que una chica guapa de verdad venga a vivir con nosotros? ¿Ese es un aspecto de la situación que podría darle que pensar?

Pero no, no parece preocupada. Sonríe. Confía en mí.

A pesar de que hace quince minutos parecía inquieta por la posibilidad de que pudiera matarla a cuchilladas en nuestra sala de estar.

Debería confiar en mí, de todos modos. No es que yo vaya a tontear con la chica con la que convivimos delante de sus narices. Para eso tendría que ser no solo el mayor cabrón del mundo, sino un idiota rematado.

Whitney se vuelve hacia nosotros con la cara iluminada.

—Me encanta. No sé si hay nadie más interesado, pero yo sí lo estoy. Muy interesada.

Krista me mira arqueando una ceja. Está pidiéndome permiso para ofrecerle la habitación a Whitney.

Inspiro hondo. Yo no quiero alquilarle esta habitación a Whitney, pero eso no tiene nada que ver con ella. No quiero alquilarle la habitación a *nadie*. Lo que quiero es recuperar mi antiguo trabajo para poder pagar la hipoteca por mí mismo, sin tener que abrir las puertas de nuestra casa a un desconocido. Pero eso no va a suceder, así que debo ser realista. Si no conseguimos pronto un ingreso, perderemos la casa del todo.

Y Whitney es agradable. Es evidente. No es un bicho raro; no parece el tipo de persona que vaya a poner música heavy metal a tope en mitad de la noche. Y es educada. Le da cien vueltas a todos los candidatos que hemos entrevistado hasta ahora.

Así que miro a Krista y asiento.

—En realidad —le dice ella a Whitney—, no hemos encontrado a nadie todavía. Nos encantaría ofrecerte la habitación.

—¿En serio? —Whitney se sonroja de felicidad—. Ay, Dios mío, qué maravilla. ¡Gracias! Llevo un cheque encima, así que puedo daros la primera mensualidad, el depósito y…

—No. —Alzo una mano—. Antes de que te traslades, hemos de hacer unas gestiones. Necesitamos tu número de la Seguridad Social para hacer una comprobación de solvencia y nos gustaría contar también con una referencia por lo menos.

La sonrisa desaparece de su rostro en el acto.

Eso me mosquea. ¿Hay algún motivo para que una comprobación de solvencia le preocupe? ¿Por qué no va a ser capaz de proporcionarnos una referencia? En mi interior suena una pequeña señal de alarma.

Si no puede darnos su número de la Seguridad Social, se acabó la historia. Me importa una mierda lo agradable o lo guapa que sea.

—Es solo una formalidad —se apresura a añadir Krista—. No representa un problema, ¿no?

La sonrisa reaparece de inmediato.

—Por supuesto que no —nos asegura Whitney—. Puedo daros todo lo que haga falta. Es solo que me hace mucha ilusión vivir aquí y quiero trasladarme cuanto antes.

Suelto un suspiro. Vale, es solo que está entusiasmada, nada más. Nos va a dar su número de la Seguridad Social, nosotros haremos una comprobación de solvencia y también una revisión de antecedentes, y asunto arreglado. Dios sabe que necesitamos el dinero. Si puede pagarnos el primer mes de alquiler y un depósito de seguridad, tendremos un pequeño respiro.

Solo que… ¿Por qué esa vocecita que suena en mi interior sigue diciéndome que me deshaga de esta chica ahora mismo, mientras aún puedo?

7

Whitney Cross se muda hoy a nuestra casa.

Pagué la tarifa para efectuar una revisión de antecedentes y no apareció nada preocupante. Ni arrestos, ni órdenes judiciales ni delitos sexuales; ninguna señal de alarma. Whitney es una persona cumplidora de la ley, procedente de un pueblecito de New Jersey, y tiene un historial crediticio decente. Además, el dueño del restaurante nos aseguró que es una empleada modelo.

Así que le dijimos que ya podía trasladarse.

Ha tomado prestado el coche de un amigo y está viniendo para aquí con todas sus cosas. Como yo estoy sin trabajo y también soy el encargado de mover los objetos pesados en esta casa, Krista le dijo que me ofrecía a ayudarla en la mudanza. Y me parece perfecto. No me vendrá mal serle útil a *alguien*.

He empezado a buscar un hueco para aparcar una hora antes de la llegada prevista de Whitney. No es fácil encontrar aparcamiento en nuestra calle (ni en ninguna otra de Manhattan), razón por la cual no tengo coche. Cuando vine a vivir aquí, traté de conservar el mío durante un año, pero me pasaba la mitad del trayecto al trabajo metido en tremendos atascos. Así que, desde que un taxi me embistió por detrás y me dijeron que el coche estaba para el desguace, decidí utilizar el metro. Y no me arrepiento.

Veinte minutos antes de la llegada de Whitney, se abre un hueco justo delante de casa, así que cojo uno de nuestros cubos de basura y lo planto ahí en medio para guardarlo. Luego debo preservarlo con mi propio físico, porque es casi seguro que algún coche se llevará el cubo por delante si no me quedo aquí para impedirlo. Es una suerte que no tenga trabajo.

Mientras espero a Whitney en los escalones de casa, una chica a la que he visto un montón de veces en el sendero por el que suelo

correr en Central Park pasa por delante con unos shorts de color rosa que apenas ocultan su ropa interior. Me hace un guiño y yo sonrío del modo más insulso posible. Hace unos años, me habría lanzado de cabeza sobre una chica como esa, pero ahora ya no. Está bien echar un vistazo disimulado, pero nunca pasar a la acción; incluso hago todo lo posible para evitar las miradas.

Me vibra el móvil en el bolsillo. Lo saco y veo que aparece en la pantalla la palabra «Papá». Considero la posibilidad de dejar que salte el buzón de voz, pero luego intento recordar la última vez que hablé con mi padre y no lo consigo. Se ha pasado los últimos años solo, desde que mi madre sucumbió a un cáncer de pecho, y me siento culpable por haberlo estado evitando. Pero la verdad es que no tenemos mucho en común, así que la mayoría de nuestras conversaciones resultan un tanto incómodas.

Miro mi reloj. Whitney llegará en cualquier momento, de modo que tendré una excusa para colgar. Respondo a la llamada.

—¡Blake! —dice papá antes de empezar a toser, lo cual hace que me sienta aún más culpable—. ¿Cómo estás?

—Bien —miento—. ¿Y tú?

—Oh, perfectamente. —Pero entonces vuelve a toser. La última vez que hablamos, me dijo que estaba saliendo de un resfriado y da la impresión de que sigue así—. ¿Cómo va lo del trabajo? ¿Has encontrado algo?

—Estoy en ello.

—Es que justamente estaba pensando —dice entre carraspeos— que, como Jeff lo dejó el mes pasado, no me vendría mal un poco de ayuda extra en la tienda. Y si algún día quieres hacerte cargo…

—Papá…

—El momento es ideal —continúa cada vez más entusiasmado—. Yo necesito ayuda y tú necesitas un empleo. Y mira, Blake, esa tienda es tu herencia. Mi padre me la legó a mí y ahora deberías quedártela tú.

Justo lo que me hace falta como herencia: una ferretería en las últimas en Cleveland.

Como si me leyese el pensamiento, añade:

—Acaban de construir un complejo de viviendas a un par de manzanas. El negocio está yendo bien.

—Papá…

—Podrías vender esa diminuta casa tan cara que tienes —continúa a borbotones— y volver a instalarte aquí, donde conseguirías encontrar una casa cinco veces más grande por una quinta parte de ese precio. Apuesto a que Krista sería muy feliz aquí. Y si tú te quedas la tienda…

—Papá…, ¡no me saqué un título universitario para trabajar en una ferretería! —exploto.

Mi padre se queda callado al instante y yo ahora me siento como un gilipollas integral. Él solo pretende echar una mano, y Dios sabe que no seguirá viviendo eternamente; eso lo descubrí por las malas cuando murió mamá. Lo que quiere es que su único hijo se haga cargo del negocio. No es algo horrible por su parte, aunque es lo último que yo quiero.

—Perdona, Blake —dice mansamente—. Solo pensaba…

Antes de que pueda terminar la frase, un roñoso Ford Pinto rojo se detiene junto al bordillo con Whitney al volante. Me pongo de pie y me sacudo la parte posterior de los pantalones porque no quiero ni pensar qué clase de mugre debe de haber en los escalones.

—Tengo que dejarte, papá.

—De acuerdo —responde él—. Te quiero, hijo.

—Yo también, papá —digo y pulso el botón rojo para colgar.

Debo apartar el cubo de basura para que Whitney pueda ocupar el hueco del todo. Una vez que ha aparcado, se baja del coche. Lleva el pelo castaño claro recogido en una coleta alta que oscila por detrás de su cabeza. Va con otros vaqueros azules y una diminuta camiseta sin mangas que resulta muy apropiada, teniendo en cuenta el calor que hace.

Sí, he *mirado*. Que me denuncien. Soy humano, nada más.

—Ey —digo.

Whitney me sonríe, sin duda encantada ante la perspectiva de mudarse a nuestra diminuta habitación libre.

—Ey, Blake. Muchas gracias por ayudarme.

—No hay de qué —contesto, como si no hubiera sido idea de Krista—. Vamos a ver qué traes.

Whitney me guía hasta el maletero del coche y lo abre con el mando. Me asomo y veo dos grandes cajas y una gigantesca bolsa de lona.

—¿Nada más? —pregunto atónito.

—Tengo otra bolsa grande de ropa en el asiento trasero.

Sigo mirando el maletero mientras intento comprender cómo es posible que todo lo que posee esta chica no llene siquiera la parte trasera de un Pinto. Cuando yo me mudé, necesité un camión entero, y eso era solo para mí. En cuanto a Krista…, estoy seguro de que podría llenar esa bolsa de lona solo con sus cinturones. (Le encantan los cinturones).

—No me interesa mucho la ropa —dice Whitney con un deje defensivo—. Y he estado moviéndome mucho, así que he tenido que simplificar.

Aun así. *Aun así…* Una vez más, se disparan en mi cabeza esas señales de alarma, aunque a estas alturas ya suenan como si fueran sirenas.

Todavía puedo rechazarla. Aún no se ha instalado. Desde luego, nosotros ya hemos ingresado su cheque y lo hemos usado para pagar facturas. Y es de suponer que Whitney habrá abandonado su actual alojamiento. Sería una mala jugada decirle que se vaya ahora, solamente por un «mal presentimiento». Eso más bien sería propio de Quillizabeth.

—Bueno —digo—, entonces no tardaremos mucho, ¿no?

El rostro de Whitney se relaja en una sonrisa mientras yo cojo una de las cajas del maletero. Tampoco es tan pesada. Ni siquiera está del todo llena. Podría cargar cinco cajas como esta sin ponerme a sudar.

Ella intenta coger la gran bolsa de lona del asiento trasero, pero apenas puede con el peso.

—Eh —digo—, déjala. Yo puedo subírtelo todo.

Ella la saca del asiento trasero con un gruñido.

—No, ya la tengo.

—Pero puedo hacerlo yo.

—¿Estás diciendo que soy una enclenque? —Me lanza una sonrisa juguetona—. Te apuesto cinco pavos a que puedo cargar más bolsas que tú.

Se ajusta la correa de la bolsa entre las curvas de sus pechos y tengo que apartar la mirada. Whitney es incluso más sexy de lo que había creído, lo cual no es nada bueno.

«Ni se te ocurra, Blake».

—¡Ey, Porter! —dice una voz arisca.

Apoyo la caja en el borde del maletero y me vuelvo. Mi vecino, el señor Zimmerly, está encorvado frente a su propia casa, vestido con unos pantalones de pijama y unas zapatillas peludas. No creo haber visto nunca a ese hombre con unos zapatos de verdad en todo el tiempo que llevo viviendo aquí. Ni siquiera estoy seguro de que tenga un par.

—Hola, señor Zimmerly —digo lo más educadamente posible.

Siempre he procurado ser amable con el señor Zimmerly, pero él no me lo ha puesto nada fácil. Ni siquiera sé cuál es su nombre de pila, porque nunca me lo ha dicho. Sé que empieza por hache porque, cuando su correo me llega a mí por error (y soy lo bastante amable como para acercarlo a su puerta), veo que siempre pone «H. Zimmerly», pero eso es lo único que he conseguido descubrir sobre él en los seis meses que llevo aquí. Por lo demás, ese hombre me odia, y no sé por qué.

—Porter —me ladra, pese a que yo le dije mi nombre de pila la primera vez que nos vimos—. ¿Por qué está otra vez su cubo de basura en la acera?

Debido a las ratas que plagan la ciudad, ya no nos está permitido dejar bolsas de plástico negro en la acera y tenemos que meter la basura en cubos: uno para la orgánica y otro para reciclar. Durante la semana, dejo encerrados mis cubos bajo la escalera de la entrada. (Nadie diría que un cubo que apesta a desperdicios puede correr el peligro de que lo roben, pero así es Nueva York). Luego, el día de recogida, los arrastro hasta el bordillo para que los vacíe el basurero.

La queja principal de Zimmerly respecto a mí es que el día de recogida dejo fuera los cubos demasiado tiempo. Él pretende que vigile cuándo pasa el camión de la basura y retire los cubos de la

calle un milisegundo después de que se hayan llevado las bolsas. He faltado a mi deber de hacerlo así repetidamente y, cada vez que nos vemos, me lo recuerda.

No es culpa suya del todo, sin embargo. No sé qué edad tendrá Zimmerly, pero, a juzgar por las profundas arrugas de su rostro y los mechones blancos de su cuero cabelludo, diría que ochenta y pico. Compró su casa hace un montón de años, cuando la vivienda en la ciudad aún era bastante barata, y espera que todo se haga como en la época en que él se mudó aquí, o sea, cuando los dinosaurios vagaban por la tierra.

—Lo siento —digo—. Lo estaba usando para reservar un hueco de aparcamiento. Ahora volveré a guardarlo.

Él murmura algo entre dientes y se relame los labios, sin conseguir deshacerse todavía del grumo de dentífrico que tiene incrustado ahí. Parece que se dispone a volver adentro, pero se queda paralizado cuando repara en Whitney y en las cajas que hay en su maletero.

—¿Qué sucede aquí? —me pregunta con acritud, como si yo estuviera tratando de hacerle una jugarreta.

Esbozo con esfuerzo una sonrisa.

—Esta es Whitney. Va a quedarse con nosotros una temporada.

Aunque espero que no sea *demasiado* larga.

—¿Otra mujer? —gruñe Zimmerly—. Dios mío, ¿cuántas necesita, Porter? ¡Está convirtiendo este barrio en un burdel!

Vamos a ver. He estado viviendo con una sola mujer durante todo el tiempo que llevo aquí, lo cual queda claramente muy lejos de lo que se entiende por un burdel. Pero no vale la pena explicarle eso a mi vecino.

—Es un placer conocerle —dice Whitney, muy educada—. Es el señor Zimmerly, ¿verdad?

Zimmerly se muestra bastante amable con Krista, pero no parece sentir lo mismo respecto a Whitney. Rezonga algo por lo bajini y luego vuelve a subir los escalones dando pisotones con las zapatillas.

—Siempre es así —le explico a ella en tono de disculpa—. No te lo tomes como algo personal.

A Whitney no parece afectarle el grosero comportamiento de Zimmerly. A mí, en cambio, no sé por qué, me saca de quicio que mi vecino me deteste. No me importaba que no todos mis compañeros de oficina me miraran con buenos ojos, pero esto me molesta.

Uno de los peldaños de la casa de Zimmerly se ha desmoronado en parte —tal vez erosionado por años de ventiscas— y, por un momento, el anciano tropieza. Enseguida se sujeta, pero poco le ha faltado para caerse. Se me ocurre de repente una idea y me acerco corriendo antes de que entre.

—¡Señor Zimmerly! —grito.

Él se vuelve con su invariable expresión agria.

—¿Ahora qué quiere, Porter?

Toco el escalón dañado con el pie y se desprende un poco más de cemento.

—Si quiere, puedo arreglarle este escalón. Para que no vuelva a tropezar.

Él me mira con los ojos entornados.

—¿Cuánto?

—Gratis —me apresuro a decir, aunque no me vendría mal el dinero.

Él me mira de arriba abajo y suelta un bufido.

—No tiene aspecto de poder hacer el trabajo. No enseñan a arreglar escalones en la universidad.

—Sé arreglar un escalón de cemento —digo a la defensiva. Es el tipo de cosas que solía hacer con mi padre cuando era niño. Aunque es cierto que no lo he hecho en muchos años, recuerdo cómo se hace. Es igual que ir en bicicleta. Y, si me quedo atascado, solo tengo que llamar a mi padre, que estará encantado de ayudarme.

Por un momento, el señor Zimmerly parece estar considerando la propuesta. Pero luego me hace un gesto desdeñoso con la mano.

—Probablemente lo dejaría aún peor. ¡Si ni siquiera es capaz de ocuparse de su propia basura!

Con estas palabras, da media vuelta, entra de nuevo en su casa y cierra de un portazo.

Bueno, lo he intentado.

Como salta a la vista que el señor Zimmerly no quiere mi ayuda, vuelvo al coche de Whitney. Cargo otra vez la caja en brazos y me echo además al hombro una de las bolsas de lona. Whitney me sigue con la bolsa del asiento trasero, a pesar de que le he dicho que ya me encargaba yo. Había dejado la puerta principal abierta, así que me lleva poco tiempo subir sus cosas por la escalera hasta el último piso. Ella empieza a vaciar la bolsa mientras yo voy al coche a buscar la última caja.

Cuando vuelvo a la habitación, Whitney ya ha sacado la mitad de su ropa y, alzando la mirada, me sonríe.

—Gracias, Blake. Déjala en el suelo.

Todavía no consigo asimilar el hecho de que Whitney haya logrado embutir su vida entera en dos cajas y dos bolsas.

—¿Seguro que no necesitas nada más?

—De hecho… —Se acerca a la puerta y sacude el pomo, que traquetea con fuerza, como si fuera a soltarse—. ¿Crees que podrías arreglar este pomo? Me da miedo que se acabe cayendo y me quede encerrada en la habitación.

Antes de perder el trabajo, este era el tipo de reparación para la que habría llamado a un manitas, porque yo estaba demasiado ocupado y, además, me lo podía permitir. Pero un pomo suelto, al igual que ese escalón roto, es algo que sé reparar. Tengo una caja de herramientas y soy perfectamente capaz de arreglar eso y cualquier otra cosa que se rompa en esta casa. Mi padre me enseñó muy bien.

—No hay problema —digo—. ¿Algo más?

Ella menea la cabeza.

—Solo tengo que hacer un viaje al supermercado para comprar algunos artículos de aseo.

—Si estás muy cansada para salir después de deshacer el equipaje, puedes usar mientras tanto nuestro jabón y otras cosas. O el detergente de la lavadora. Y también todo lo que necesites de la cocina. Ollas, sartenes…, kétchup, mostaza.

—Gracias. —Me mira a los ojos. Pensaba que eran castaños, pero ahora distingo unos puntitos de color ámbar—. Te lo agradezco de verdad, Blake. Eres una buena persona.

Tan solo pretende ser amable al decir esto. No sabe si soy una buena persona. No me conoce en absoluto.

—Es de verdad una habitación preciosa —añade, mientras dobla unos vaqueros idénticos a los que lleva puestos y los mete en un cajón abierto—. La decoraste de maravilla.

—En realidad —digo—, fue Krista la que se encargó de eso. Ella escogió el mobiliario porque quería tener una habitación de invitados bien bonita.

—Bueno, tu esposa tiene mucho gusto.

Esbozo una media sonrisa.

—Krista y yo no estamos casados.

—Ah. —Sus párpados aletean un momento, mientras se lleva una mano al pecho—. Vaya, lo siento. Creía…

—No tiene importancia —contesto—. Quiero decir, estamos prometidos. O sea que nos casaremos, ¿entiendes?

—¿Ya habéis fijado la fecha?

No. Yo estaba haciendo un horario sobrehumano en el trabajo después de proponerle que nos casáramos y luego, una vez que me despidieron, no me apetecía ponerme a planear una boda que no podía permitirme. Pero no voy a contarle nada de esto a Whitney.

—Aún no.

Ella me mira todavía unos segundos —lo suficiente para que yo me remueva con incomodidad—, pero enseguida se concentra de nuevo en vaciar las bolsas. Mientras vuelve a doblar su ropa y la coloca en los cajones, caigo en la cuenta de que ya es tarde para echarse atrás.

Ahora Whitney vive aquí.

—Bueno… —Me froto la nuca—. Te dejo trabajar. Pero… —Siento la necesidad de decir algo más antes de retirarme, así que añado—: Cenaremos más tarde.

Whitney alza los ojos de la caja que está desgarrando con las manos.

—¿Cenar? ¿Contigo?

—Y con Krista —digo, por si no fuera obvio. Joder, no quiero que crea que ya estoy tirándole los tejos a los cinco segundos de instalarse aquí.

—Ah, claro. ¡Suena perfecto!

Su entusiasmo hace que me sienta un poquito mejor en general. Sí, hemos metido a una desconocida en nuestra casa, pero Whitney parece realmente simpática. Tal vez lo pasemos bien los tres juntos.

Pero, incluso si nos hacemos amigos íntimos, voy a encontrar un trabajo mejor que el que perdí y después le mostraremos la puerta de salida.

8

Entre mis planes para esta mañana figura cambiar el agua de la pecera.

Krista solía encargarse de esta tarea en particular, pero, ahora que yo tengo más tiempo libre que ella, es cosa mía. De hecho, he asumido la mayor parte de las faenas de limpieza de la casa, y no me importa. Mi madre siempre fue muy puntillosa con la limpieza, de manera que he aprendido a disfrutar pasando el aspirador y fregando las encimeras hasta dejarlas relucientes. Incluso me encargo de hacer la cama por la mañana cuando Krista se levanta antes que yo. Por algún motivo, ella encuentra esto muy gracioso y se burla sin piedad de mí, llamándome «amo de casa».

Limpiar la pecera es una de las tareas más delicadas de nuestro hogar. No puedo vaciarla de agua y volver a llenarla como si nada porque, al parecer, el pez se moriría. Debo extraer tan solo el veinte por ciento del agua, ni más ni menos. Ah, y no reemplazarla con agua del grifo, porque en ese caso el pez también se moriría. Debo mezclar el agua del grifo con declorador. Y después sacar los residuos del fondo de la pecera con un sifón.

Es una cantidad de trabajo absurda, pero, por otra parte, no puedo permitir que le pase nada a Goldy. Es nuestra *bebé* de ensayo; si la dejáramos morir, sería un presagio funesto para el futuro. (La llamamos «ella» porque Goldy es un nombre femenino, pero no tenemos pruebas tangibles para sostener que se trate de una hembra).

Una vez que haya terminado con la pecera, me iré al gimnasio a hacer ejercicio. Últimamente, me da la sensación de que debo estar en movimiento sin parar o, de lo contrario, me pasaré el día entero durmiendo y no podré conciliar el sueño en toda la noche.

Mientras Krista está en la ducha, voy a la planta baja para limpiar la pecera. Ya tengo todos los utensilios preparados, pero me detengo de repente, extrañamente hipnotizado, al ver a Goldy nadando de aquí para allá en su pequeña pecera. Cuando quiero darme cuenta, descubro que llevo allí cinco minutos sin moverme.

—¿Qué demonios me ha pasado? —le pregunto a Goldy.

Ella describe un círculo hasta mirarme de frente.

—¿Y si no vuelvo a encontrar trabajo? ¿Y si pierdo la casa?

Goldy me mira. No tiene mucho que decir al respecto.

Vale, ahora estoy conversando con un pez. Quizá es que estoy bajo de azúcar. Necesito desayunar algo.

Cuando entro en la cocina, me sobresalto al ver a Whitney allí. No es que haya nada de malo en que esté en la cocina. Ya lleva viviendo dos días con nosotros y tiene todo el derecho a usarla. Pero yo aún me estoy habituando a la presencia de esta extraña en mi casa.

Además, Whitney no está vestida. O sea, no está *desvestida*, pero, todas las demás veces que la he visto, llevaba ropa normal, o un albornoz una vez, cuando la sorprendí saliendo de la ducha. Ahora, en cambio, lleva una camiseta de tirantes muy reveladora y unos shorts diminutos que parecen de pijama.

Y también le distingo los pezones a través de la camiseta. Lo cual no es nada bueno, teniendo en cuenta que yo voy con unos calzoncillos tipo bóxer.

—Buenos días, Blake —dice alegremente mientras mira dentro de la nevera, al parecer ajena al frío que hace ahí dentro.

—Ey, Whitney. —«No mires sus pezones erectos. No mires sus pezones erectos»—. ¿Has dormido bien?

Ella se aparta de la nevera con las manos vacías.

—De maravilla. La cama es supercómoda.

Debería serlo, considerando lo que nos costó.

Whitney coge una manzana del cuenco de la fruta y la inspecciona por si tiene algún golpe.

—¿Esta manzana es mía o tuya?

—Creo que es mía, pero puedes cogerla.

—Gracias. Iré pronto a hacer compras.

Me deslizo junto a ella, haciendo todo lo posible para no rozarme con la delgada tela de su pijama, y cojo una caja de Frosties de la encimera. Ahora mismo no puedo prepararme un desayuno energético. Me serviré un cuenco de cereales y saldré de aquí pitando.

—Ah, me encantan los Frosties —dice Whitney.

—Ah, ¿sí? —Sonrío a pesar de mí mismo—. Son mis cereales favoritos.

Ella le da un mordisco a la manzana. Le cae por la barbilla un poquito de jugo, pero se apresura a limpiárselo.

—Me entra nostalgia al ver esa caja. Tomé estos cereales cada día entre los seis y los nueve años.

—¿Todos los días?

—Bueno, tenía que hacerlo. Si reunías las tapas suficientes, podías mandarlas para que te dieran un bolígrafo de tinta invisible.

—¡El bolígrafo invisible! —Mis ojos se iluminan ante ese recuerdo común—. ¡Ya lo recuerdo! ¿Lo conseguiste?

—Por supuesto. —Me lanza una sonrisa, y en su mejilla izquierda se insinúa la curva de un hoyuelo, lo cual me distrae de sus pezones —. Cuando yo quiero algo, no dejo que nada se interponga en mi camino.

Asiento.

—Yo igual.

—En fin, ¡echo de menos los Frosties! —Mira la caja con una expresión anhelante—. No he probado desde hace años nada tan crujiente y tan bien recubierto de azúcar.

Le tiendo la caja.

—Oye, sírvete.

Ella titubea.

—No quiero robarte los cereales. Ya estoy usando tus platos y comiéndome tu manzana.

—No es que los robes. Te los estoy ofreciendo. No puedes desayunar solo una manzana. Y, de todos modos, nadie debería verse privado de ese tigre que hay en ti —digo, evocando el antiguo eslogan de los Frosties.

Eso le arranca una carcajada. Su risa es bonita y concuerda con el resto de su persona: dulce, limpia y simpática. Por mucho que me disguste la idea de tener una inquilina, debo reconocer que Whitney Cross no me desagrada del todo.

De hecho, más bien me gusta.

9

Krista suele salir a cenar con su mejor amiga, Becky, una vez a la semana, pero, como está cansada de mi aislamiento autoimpuesto, esta noche me ha arrastrado con ella a casa de Becky, donde celebraremos una cena de parejas con ella y su marido, Malcolm.

A mí no me hacen mucha ilusión este tipo de quedadas conyugales. Y tampoco ayuda el hecho de que Malcolm trabaje en Coble & Roy y vaya a ser la primera persona de la empresa que veo desde que me despidieron.

Pero, en fin, aquí estamos, en el rellano de la décima planta de su edificio, frente al apartamento de Becky y Malcolm. Yo tengo en la mano una botella de oporto que a Krista le encanta, y también llevamos las galletas de avena con pasas que ella preparó anoche. Krista va con ese vestido corto azul de espalda baja que le da un aspecto increíble, sobre todo con ese pelo rubio cobrizo que le cae sobre los hombros desnudos. No se ha aplicado el suficiente maquillaje para cubrir el puñado de pecas que tiene en el puente de la nariz y, cuando me lanza una sonrisa, siento esa inconfundible palpitación en el pecho.

Es un auténtico bombón, y, si no me espabilo de una puta vez, me va a dejar plantado.

Krista alza la mirada hacia mí, escrutándome el rostro.

—¿Estás bien?

—Sí, claro.

Pero ella sabe que miento. Me rodea con los brazos y aprieta su cuerpo menudo contra el mío. Me estruja justo lo suficiente como para que la velada parezca menos horrible, pero sin provocar un bulto en mis pantalones.

—¿Nivel seis?

—Quizá siete —respondo, y ella me aprieta un poco más.

Nos separamos con excesiva rapidez, pero es que ya llegamos cinco minutos tarde. Es Krista quien llama al timbre y, al cabo de unos segundos, Becky nos abre la puerta. Al instante, me invade las fosas nasales ese perfume floral del que Becky siempre tiende a abusar. No sé cómo Krista puede aguantarlo. Lo único que puedo hacer por mi parte es no respirar por la nariz cuando la tengo cerca.

Becky abraza primero a Krista y luego, tras un momento de reflexión, me da también un abrazo a mí. Fantástico. Ahora oleré igual que ella.

—Blake. —Becky retrocede para mirarme y arruga un poco la nariz, pese a que llevo una camisa de vestir, me he afeitado y no huelo como una flor. La cosa me parece especialmente insultante porque, antes, ella siempre coqueteaba conmigo de un modo que resultaba muy inapropiado, teniendo en cuenta que soy el novio de su mejor amiga.

—¿Cómo estás?

—Perfectamente —digo, aunque, si ella y Krista han hablado un poco, debe saber que es mentira.

—Blake empieza en un nuevo trabajo la semana próxima —anuncia Krista.

Yo me estremezco. El trabajo temporal de oficina en el que empezaré el lunes es lo último de lo que quiero hablar. Resulta humillante que haya tenido que recurrir a un puesto para el que ya estaba sobrecualificado hace diez años, con cero prestaciones y un sueldo igual de bajo. Pero, bueno, un trabajo es un trabajo.

—Fantástico, Blake —dice Becky—. Sabía que encontrarías algo.

Joder, ¿cuándo podremos abrir esta botella de vino?

Por supuesto, la cena no está lista ni mucho menos. Becky ha preparado una lasaña que aún requiere otra media hora en el horno. Mientras ella cocina, nos envía a la sala de estar con la promesa de que hay una bandeja de galletitas y queso esperándonos en la mesita de café. Malcolm ya está allí y se levanta de su sillón cuando entramos, agitando los brazos con entusiasmo.

—Blake. —Ladea la cabeza con un gesto de empatía que he llegado a odiar—. ¿Cómo te va?

—Perfectamente —digo con firmeza.

—Bien, bien, bien.

Casi se me había olvidado su irritante costumbre de repetir las palabras múltiples veces.

—¿Cómo van las cosas en… Coble & Roy? —acierto a decir.

Él me mira un poco avergonzado por la pregunta, como sin duda debería estarlo. Fui yo quien le consiguió el trabajo hace un año para hacerle un favor a Krista. Él era decididamente mediocre, pero de algún modo se las ha arreglado para seguir allí, y a mí me han despedido.

—Aquello no es lo mismo sin ti —me dice.

No sé qué responder a eso.

—¿Os sirvo algo de beber? —nos pregunta Becky.

Gracias a Dios.

—Yo tomaré una copa de tinto —digo demasiado deprisa.

Ella va a buscar dos copas mientras nos instalamos en el sofá. Me dispongo a coger una galletita de la mesa, más que nada por pasar el rato, pero Krista me aparta el brazo de un manotazo. Últimamente me hace mucho esto, como si pensara que estoy picando demasiado, lo cual, para ser justos, quizá sea cierto.

—Vas a perder el apetito —me riñe.

Le lanzo una mirada exasperada.

—Nos han puesto las galletitas para que las comamos.

Malcolm suelta una risita.

—No te sientas mal, Blake. Yo tampoco tengo permiso para comerlas.

Me arrellano en el sofá y me rasco el antebrazo. No sé por qué, pero esta camisa me pica en los brazos. Me desabrocho la manga y me la enrollo hasta el codo, y, en efecto, tengo roja e irritada la cara interna del antebrazo. Llevo apenas tres meses sin trabajar y ya he desarrollado una alergia a las camisas de vestir.

Me bajo la manga y vuelvo a abotonármela justo cuando Becky regresa con el vino. Acepto la copa, agradecido, y me bebo la mitad de un trago. Ella ha traído la botella y la ha dejado sobre la mesita de café, así que podemos servirnos nosotros mismos, lo cual no deja de ser peligroso. Me pregunto hasta qué punto puedo beber esta noche antes de que Krista lo note o yo empiece a trabucarme con

las palabras. Será un experimento entretenido. Voy a hacerlo en aras de la ciencia.

—Bueno —dice Becky—, ¿ya se ha instalado la nueva inquilina?

Krista asiente.

—Whitney se trasladó la semana pasada.

—¿Es agradable? —pregunta Malcolm.

—Mucho —dice Krista—. Es un encanto. Y muy tranquila. Casi perfecta, la verdad.

—¿Es guapa? —pregunta Becky.

Está mirándome a mí cuando hace la pregunta. Es más, de repente todos me miran a mí. Yo miro las galletitas que no tengo permitido comer.

—No mucho —digo, porque no soy un idiota rematado.

Krista pone los ojos en blanco.

—De hecho, es guapísima. Una belleza natural, ¿sabes?

—Ajá. —Malcolm me da un codazo en las costillas—. Suena peligroso, ¿no?, ¿no?, ¿no?

—Yo apenas la veo —musito. Mentira. Me la encuentro por toda la casa, en ocasiones solo con su pijama transparente, y una vez sin nada, únicamente con una toalla.

Krista se ríe y me pone una mano en la rodilla.

—No me preocupa.

Bueno, eso está bien. Creo.

El estómago me ruge cuando nos llega desde la cocina el aroma a queso fundido y salsa de tomate. Miro con nostalgia el queso y las galletitas, pero Krista ya ha montado un numerito para que no coma nada. Así que, obediente, apuro el resto de la copa de vino y me sirvo otra.

—De todos modos —dice Krista—, tendríais que haber visto a algunas de las personas que entrevistamos cuando buscábamos un inquilino. Fue un poco terrorífico, la verdad. Tuvimos mucha, pero que mucha suerte con Whitney.

—¿Sí? —dice Malcolm, acomodándose en su sillón—. Suena como si hubiera detrás una buena historia.

—Mi favorita es aquella mujer que casi se comió a Goldy —digo, empezando a sentirme un poco achispado por el efecto del vino con

el estómago vacío.

Krista me da un golpe en la rodilla.

—¡No es cierto que casi se comiera a Goldy!

—¡Ya lo creo! —insisto—. Se plantó justo delante de la pecera y empezó a decirnos lo bien que saben los peces dorados recién pescados. Básicamente, nos estaba dando las instrucciones para cocinar a Goldy.

—Bueno, sí mencionó que Goldy quizá resultaría deliciosa con unas patatas fritas —dice Krista.

—O rebozada —añado.

A Krista, también algo achispada, le ha entrado ahora una risita tonta. Se le ha encendido la cara, como siempre le ocurre cuando ha bebido un poquito de más. Nunca ha tenido mucho aguante.

—Pero esa no fue tan terrible como aquella última mujer… ¿Cómo se llamaba? Era una versión rara de Elizabeth, ¿verdad?

Se me revuelve el estómago; de repente el vino no me está sentando bien.

—Eh…, no sé si esa historia es interesante…

Krista mira a sus amigos con los ojos muy abiertos.

—No podríais creerlo. Esa mujer era una especie de vidente o algo parecido. Y, en cuanto me dio la mano, tuvo una visión.

—¡Guau! —Becky junta las manos—. ¡Me encantan estas cosas!

Por supuesto que le encantan.

—¿Cuál fue la visión? —pregunta Malcolm.

Krista da un sorbo a su copa, que está casi vacía.

—¡Dijo que Blake iba a matarme a puñaladas en la sala de estar!

Becky y Malcolm adoptan una expresión igualmente consternada. Por el amor de Dios. No es que *haya sucedido* de verdad. Fue solo una chiflada soltando disparates.

—Esa mujer no estaba en sus cabales. —Me rasco el antebrazo, que de repente me pica mucho más que antes—. O sea, llevaba un sombrero de papel de aluminio.

—¿De verdad? —Krista frunce el ceño—. Eso no lo recuerdo. A mí me pareció que iba muy bien vestida.

Becky cruza las piernas y se echa hacia delante.

—¿Ella vio que sucedía eso en vuestra sala de estar?

—Eso creo —dice Krista—. Señaló el suelo al decirlo.

Becky se lleva la mano a la boca y me mira con expresión horrorizada, como si yo estuviera en este mismo instante sobre su amiga con un cuchillo ensangrentado.

—Esa mujer no era una vidente de verdad. —Aprieto los dientes—. Deberíais haberla visto. Llevaba como tres túnicas y no paraba de esparcir sal por todas partes.

—La sal es importante para mantener a raya a los malos espíritus —dice Becky con aire de enterada.

¿Me toma el pelo?

—¿Por qué eres tan escéptico? —Becky me mira con esos ojos de color castaño oscuro—. ¿Acaso eres escorpio?

—Así es —dice Krista, asintiendo.

Yo las fulmino con la mirada, dispuesto a apuñalarlas a ambas. (Bueno, no tanto).

—Mirad, me tiene sin cuidado lo que nos dijera una mujer cualquiera. Yo no voy a matar a Krista, ¿vale? ¿Acaso os parezco un trastornado?

Y entonces me termino mi segunda copa de vino.

—Sin ánimo de ofenderte, Blake —dice Becky con delicadeza—. Nadie piensa que seas un asesino. Pero algunas personas desprenden esa vibración, como si fueran a hacer algo…, ya me entiendes, *impredecible*.

No me gusta el giro que está tomando esta conversación.

—Y debes reconocer —añade Malcolm— que en los últimos dos meses te has venido un poco abajo. Krista dice que lo único que haces es limpiar la casa e ir al gimnasio obsesivamente. Todos hemos estado preocupados por ti, colega.

No sé de qué están hablando. Sí, la cosa no ha sido fantástica desde que me despidieron. Pero hay una enorme diferencia entre ir al gimnasio un poco más de la cuenta y perpetrar una matanza en la sala de estar.

—Me encuentro bien —digo, con la sensación de haberlo repetido ya un millón de veces—. Y empiezo en otro trabajo el lunes, así que todo volverá a la normalidad y Krista no acabará asesinada.

Ella hace ademán de cogerme la mano. Por un momento, no me apetece dársela. O sea, ¿a qué demonios ha venido todo esto? ¿Por qué le ha contado a todo el mundo lo de esa lunática? Ahora todos piensan que tengo un tornillo suelto. Pero entonces Krista desliza los dedos entre los míos y, la verdad, me resulta difícil seguir enfadado con ella.

—Nos estábamos burlando de ti, Blake —dice—. Ya sé que no vas a matarme. —Me hace un guiño—. Al menos, hasta que empecemos a planear la boda…

—¡Aaah! —Becky se yergue, animada—. ¿Ya habéis decidido la fecha?

No creo que me haya sentido nunca tan aliviado por el hecho de que la conversación haya pasado a la fecha aún indefinida de nuestros próximos esponsales. Me repantingo en el sofá y me rasco el brazo distraídamente mientras doy sorbos a mi tercera copa de vino; entretanto, ellas dos analizan cuál es el mejor mes para casarse. (¿Mayo, al parecer?). Pero no dejo de observar que Becky evita mi mirada a propósito y que, cuando se dirige a mí, lo hace con un tono educado que me resulta exasperante.

¿Qué demonios pasa aquí? ¿De verdad cree que soy capaz de matar a mi prometida?

Es absurdo. Yo *amo* a Krista. *Jamás* le haría daño.

Jamás.

10

Después de la cena en casa de Becky y Malcolm, no puedo dormirme.

Es la una de la madrugada y me he pasado una hora mirando el techo. Me he levantado para mear hace veinte minutos, pensando que quizá me ayudaría a relajarme, pero no ha sido así. Krista no tiene el mismo problema. Se ha quedado frita a mi lado, con la boca entreabierta y un adorable charquito de saliva sobre la almohada. (La he agotado, según parece).

Mientras miro las fisuras del yeso que hay sobre mi cabeza, no paro de repasar los detalles de la velada. Es obvio que Becky y Malcolm piensan que soy un tremendo pringado. Pero lo peor de todo ha sido cómo me ha mirado Becky cuando Krista les ha contado lo que dijo esa vidente. ¿Cómo puede creer nadie que yo sería capaz de hacer daño a la mujer que amo? ¿Cómo es posible que todos se hayan vuelto tan deprisa contra mí?

Al final, renuncio a dormir. Me levanto de la cama y bajo las escaleras con el mayor sigilo posible para no despertar a nadie. Pero, al llegar al último peldaño, descubro con sorpresa que la planta baja no está en completo silencio, como suponía. Me llegan unos ligeros sonidos desde la sala de estar y, aunque las luces del techo están apagadas, distingo el leve resplandor de la televisión.

Whitney debe de estar despierta.

Entro en la sala de estar y ahí está, en efecto, sentada en el sofá, con el mismo exiguo pijama con el que duerme y los ojos fijos en la televisión. Al advertir mi presencia, se sobresalta y se lleva las manos al pecho.

—¡Blake! —exclama—. ¡Me has dado un susto de muerte!

—Perdona. —Le lanzo una media sonrisa—. No podía dormirme.

—Yo tampoco —dice ella con un suspiro.

—¿Te importa que me siente contigo?

—En absoluto. Cuantos más seamos, más nos divertiremos en el Club de los Insomnes.

Antes de sentarme con ella en el sofá, voy a buscar un vaso de agua a la cocina. Y, una vez allí, reparo en las galletas de Krista que sobraron de las que horneó para la cena. Pongo un puñado en un plato y me las llevo a la sala.

—Guau, ¿son las galletas que ha preparado Krista? —exclama Whitney.

Coloco el plato sobre la mesita de café.

—Avena con pasas.

—Son increíblemente adictivas. —Whitney extiende el brazo para coger una galleta y el pelo lacio le cae sobre la cara—. Tendría que ser pastelera profesional o algo así.

—Sí, es una cocinera asombrosa. —Cojo también una galleta y le doy un mordisco. Tiene el punto justo, ni muy blanda ni muy chiclosa—. Si me ves comer más de cuatro, no dejes de intervenir.

—De acuerdo —dice—. Es lo mínimo que puedo hacer después de que me arreglases ese cajón.

Uno de los cajones de la cómoda de Whitney se había salido del riel y estaba a punto de hundirse. Estos muebles caros son una mierda. Me pasé como una hora en su habitación, volviendo a ensamblar las partes del cajón hasta conseguir que se abriera y cerrara suavemente. Este es el tipo de apaños que practiqué con mi padre un montón de veces. Whitney se deshizo en elogios por lo bien que se lo había arreglado, y yo debo reconocer que me divirtió hacerlo, aunque en parte también me sentí avergonzado al pensar que mi mayor logro en los últimos tres meses había sido reparar una cómoda.

—Bueno —digo, tratando de cambiar de tema—, ¿qué estás mirando?

Whitney flexiona las piernas sobre el pecho.

—Verás. Es un programa en el que la gente prepara pasteles que deben parecer cualquier cosa menos un pastel, y tú tienes que adivinar si lo es o no.

—¿Por ejemplo?

—¿Ves esa guitarra que hay sobre la mesa?

—Ajá…

—Es un pastel.

—¡Imposible!

—Pues lo es —dice con la seriedad de un detective denunciando un homicidio.

Sonrío a pesar de mí mismo.

—¿Y este es el tipo de cosas que te ayudan a dormir?

Whitney mira la pantalla; las imágenes se reflejan en sus pupilas.

—En realidad, *nunca* puedo dormir. Al menos me entretengo.

Bajo la tenue claridad procedente de la televisión, distingo apenas los cercos morados que tiene bajo los ojos.

—¿No tomas algo?

—Lo he intentado, pero nada me funciona.

—Lo lamento.

Whitney alza un hombro, como si no fuese nada del otro mundo.

—No importa. Siempre que no te moleste que esté aquí abajo en mitad de la noche.

—Para nada. Me alegra tener compañía.

Eso le arranca una sonrisa.

—Bueno, ¿y a ti qué es lo que te quita el sueño esta noche, Blake?

Whitney extiende el brazo para coger otra galleta del plato que hay sobre la mesita. Es indudable que no lleva sujetador.

Me remuevo en el sofá.

—No lo sé. Supongo que me inquieta el futuro.

Ella arquea una ceja.

—¿Te refieres a contraer matrimonio?

—No, eso no me pone nervioso en absoluto —contesto con sinceridad—. Pero mañana es mi primer día en un trabajo nuevo y… es duro volver a empezar.

—Entiendo perfectamente a qué te refieres —dice Whitney de un modo que me hace sentir que lo comprende de verdad.

—En todo caso —añado antes de soltar un suspiro—, no puedo dejar de pensar en ello.

—Estás preocupado —constata.

—No, no preocupado. Es solo, ya sabes…

—Bueno, por si te sirve para sentirte mejor —dice ella—, tú pareces la clase de persona que cae siempre de pie, pase lo que pase.

Curiosamente, su voto de confianza me levanta el ánimo.

—Ah, ¿sí?

—Sin duda. Es evidente que —empieza a contar con los dedos— eres inteligente, carismático, entusiasta, atractivo…

Esperemos que solo pretenda ser educada, porque a Krista no le gustaría verme a solas en la sala de estar, en mitad de la noche, con una chica semidesnuda que me dice que soy atractivo. Pero ella me mira de un modo que me hace pensar que solo está siendo amable. Sus intensos ojos se clavan en los míos, y yo tengo que coger un cojín y situarlo estratégicamente sobre mi regazo, porque lo único que llevo es una camiseta y unos calzoncillos.

—Mira —dice—, estoy tan segura de que te irá bien en tu primer día que te traeré mañana un pastel del restaurante para que lo celebremos.

—¿Qué clase de pastel?

—El que tú quieras. —Se pasa la lengua un instante por el labio superior—. ¿Qué te apetecería, Blake?

Ahora sí que me alegro de verdad de tener este cojín en el regazo.

Aun así, no va a pasar nada entre Whitney y yo. Ni ahora ni nunca. No le haría eso a Krista ni en un millón de años.

Aunque es muy atractiva…

—Lo que tú quieras. —Carraspeo—. Siempre que parezca un piano.

Esa broma contribuye a disipar la tensión mientras Whitney y yo empezamos a discutir apasionadamente si la batería que aparece en la pantalla podría ser de hecho una tarta. Incluso puedo apartar por fin el cojín. Acabamos mirando la tele durante las siguientes horas, intercambiando algún que otro comentario, pero sobre todo compartiendo el sofá y comiendo galletas. Yo me quedo frito alrededor de las tres; cuando me despierto, con el cuello rígido y dolorido, Whitney ya se ha ido.

11

Hoy es mi primer día en ese estúpido empleo temporal y me siento un poco intimidado.

Pero debo tomármelo en serio, porque la agencia insinuó que, si lo hago bien, podría convertirse en un trabajo permanente. Y es una empresa prestigiosa, además, en la que tal vez pueda volver a abrirme paso con esfuerzo hasta conseguir un puesto decente. En todo caso, tengo una oportunidad.

Así pues, me he puesto el despertador a las siete y media, dándome un amplio margen para llegar a la oficina a las nueve si renuncio a mi sesión de ejercicio. Entro tambaleante en la ducha y retomo mi antiguo ritual de empezar el día con una buena dosis de agua helada para despejarme.

Cuando ya no puedo soportarlo ni un segundo más, regulo la temperatura para que salga el agua caliente, pero, por desgracia, lo único que consigo obtener de la alcachofa de la ducha es un chorro tibio. Krista aún está durmiendo, así que debe de haber sido Whitney la que se ha duchado esta mañana y ha consumido toda el agua caliente. Maldita sea. No es un gran comienzo.

Cojo el frasco de jabón, resignándome a una ducha apenas caliente. Pero, cuando lo estrujo y pongo la mano debajo, veo que no sale nada.

¿Qué demonios?

Aprieto el frasco con más fuerza, esta vez sacudiéndolo. Pero no hay suerte, está completamente vacío.

Es evidente que Whitney lo ha gastado todo. Cierto, yo le di permiso para usar nuestro jabón, pero este frasco estaba a la mitad hace solo unos días. ¿Quién puede gastar tal cantidad de jabón? Peor todavía: cuando intento ponerme un poco de mi champú

acondicionador para lavarme el pelo, compruebo que este frasco también está vacío.

No me queda más remedio que utilizar el jabón y el champú para chicas de Krista. De manera que, cuando salgo del chorro de agua tibia, el pelo me huele a coco y albaricoque y mi cuerpo, a limón y vainilla, en lugar de oler sencillamente a limpio.

Vale, vale, está bien. Hablaré con Whitney sobre los productos de aseo. Yo pretendía ser amable, pero es evidente que la idea de compartirlos no va a funcionar.

Me visto en silencio, procurando no despertar a Krista. Pese a los temores que me inspira este empleo, resulta agradable volver a trabajar. Aunque me acusaron de cosas horribles, mi carrera no ha terminado. Esto solo ha sido un tropiezo temporal.

Me hago el nudo de la corbata tal como aprendí a hacerlo por mí mismo durante mi primer año como becario de marketing. Lo examino en el espejo de cuerpo entero de nuestra habitación y está perfecto. No parezco un empleado temporal. Parezco un vicepresidente.

Dicen que debes vestirte para el puesto al que aspiras. Es solo una cuestión de tiempo.

Mi madre me enseñó que el desayuno es la comida más importante del día, y ese es uno de los pocos consejos suyos que se me han quedado grabados. Por mucha prisa que tenga para llegar al trabajo, siempre como algo antes. Como no hay tiempo para un desayuno energético, antes de salir corriendo para coger el metro hacia el centro voy a la cocina para tomarme un cuenco rápido de cereales. Los Frosties no son exactamente el desayuno de los campeones, pero la ingesta de azúcar me hará bien.

Cojo la caja de donde la dejé y la sacudo sobre el cuenco de cerámica. No sale nada, así que vuelvo a agitarla, ladeándola hasta colocarla del revés, momento en el cual cae en el cuenco un montoncito de azúcar y un polvillo de cereales.

¿En serio?

Al parecer, darle permiso a Whitney para usar mis productos ha sido como concederle barra libre. Los ha consumido hasta agotarlos del todo. Sin decir nada siquiera, en plan: «Oye, Blake, necesitamos

más cereales». O sea, ¿quién demonios se termina la caja y vuelve a dejarla sobre la encimera?

Y ahora debo irme en unos diez minutos y no tengo nada que comer.

Aprieto los dientes, exasperado. En un arrebato, agarro la caja vacía y la arrojo al suelo.

No es lo más inteligente que he hecho en mi vida. La caja rebota al estrellarse en el suelo de la cocina y se esparcen los trocitos de azúcar y las migas de cereales por todas partes.

Mierda.

Ahora, en vez de pasar estos últimos diez minutos tomándome un desayuno poco nutritivo, me los pasaré recogiendo con el aspirador los restos de Frosties. Lo que no voy a hacer es dejar esas migas por todo el suelo. Eso ya me sacaría de quicio.

Goldy me observa mientras paso rápidamente el aspirador por el suelo. Abre la boca y una burbujita asciende hasta la superficie de la pecera.

—¿Cómo es que no me advertiste de que ella se estaba comiendo todos mis cereales? —le pregunto.

Goldy no tiene respuesta.

—¿Blake? ¿Qué pasa ahí abajo?

Es Krista. La he despertado con el aspirador. Siento una punzada de culpa. Ella no tiene que trabajar hoy, así que era su ocasión para quedarse en la cama hasta tarde. Pero ahora está bajando por las escaleras, vestida con esa vieja y enorme camiseta mía de Green Day con la que duerme.

—Perdona —digo—. He tenido un pequeño percance.

Es una forma más decorosa de decir que me ha entrado un berrinche y he tirado la caja de cereales al suelo, y que luego he tenido que limpiarlo todo.

Krista bosteza y estira los brazos por encima de la cabeza.

—¿Ya has desayunado?

—Whitney se ha comido todos mis cereales —rezongo—. Y también se ha acabado mi jabón y mi champú.

Ella alza las cejas de golpe.

—¿Ha usado todas tus cosas sin pedir permiso?

—Bueno, no —reconozco—. Yo le dije que podía hacerlo, pero no que podía usarlo *todo*.

—Vale, o sea que ¿le dijiste que podía usar tus cosas y ahora estás furioso porque lo ha hecho?

Hago una mueca.

—Solo quería un cuenco de cereales, Krista.

—Pues coge de los míos. Son mucho más saludables que los Frosties.

—Los tuyos saben a cartón triturado.

—Vaya por Dios, lo siento. —Krista se ríe, me aparta para entrar en la cocina y coge esos repugnantes y saludables cereales de mierda que siempre se toma con una taza de yogur bajo en calorías —. De todos modos, si vas a armar un escándalo porque Whitney usa tus cosas, deberías decirle algo en lugar de pillar ese rebote.

Tiene razón. Whitney ya se ha ido a trabajar, pero la próxima vez que la vea debo decirle que no me parece bien que compartamos mis cosas. Estoy seguro de que lo entenderá.

Ya no me queda tiempo para desayunar de verdad, pero hay algunas manzanas en el cuenco de la fruta que aún no están del todo pasadas. Cojo una de ellas, observando que hay más mosquitas de la cuenta alrededor del cuenco. Sería buena idea deshacerse de las demás manzanas antes de que esas mosquitas empiecen a multiplicarse, cosa que tienden a hacer. He limpiado la cocina todos los días con la esperanza de mantenerla libre de insectos, pero la fruta resulta irresistible para estos bichos.

Krista deja su caja de cereales sobre la mesa y me sonríe.

—Que tengas buena suerte hoy —dice.

—Gracias —respondo, pasándome la mano por el pelo todavía un poco húmedo—. ¿Tengo buen aspecto?

—Casi… —Ladea la cabeza, examinando mi apariencia con atención. Extiende el brazo y endereza mi corbata azul marino, tensando el nudo un poquito más—. Ahí está. Ahora resultas irresistible. —Se pone de puntillas, descalza, alzando sus labios rosados para que pueda besarla, y yo la envuelvo en mis brazos—. Nivel nueve —me susurra al oído, y yo la estrecho con más fuerza. Con eso basta para que lamente tener que irme, aunque también es

un alivio volver a ser un miembro productivo de la sociedad. Cuando al fin nos separamos, Krista me aprieta el brazo.

—Déjalos boquiabiertos, Blake.

—Así lo haré.

Es un empleo temporal, pero le sacaré el máximo partido. En otros dos años, seré yo el director.

Salgo por la puerta principal. Ya tengo prevista la ruta a la oficina, que requiere tomar el metro en la estación que queda a tres manzanas. Es un trayecto de treinta minutos hasta Battery Park City y luego cinco minutos a pie. Así que debería llegar en unos cuarenta y cinco minutos, siempre que no haya retrasos. Justo entonces el señor Zimmerly, calzado con sus consabidas zapatillas, sale de su casa como si hubiera estado esperándome. A diferencia de lo que ocurre en las zonas residenciales de las afueras, aquí no hay ningún espacio entre las casas; la suya y la mía están prácticamente pegadas.

—¡Porter! —grita mientras baja los escalones.

Joder. ¿Ahora qué?

—Me voy al trabajo, señor Zimmerly.

Él examina de arriba abajo mi atuendo. Tuerce los labios y se restriega los pelillos del mentón.

—Al fin ha encontrado un empleo, ¿eh?

En los últimos quince años, no ha habido un solo día (dejando aparte estos meses desde que me despidieron) en el que no haya ido a trabajar, y eso incluye la época de la universidad en la que tenía dos empleos. Pero no me dan ganas de aclarárselo.

—Sí —me limito a responder—. Así que debo darme prisa…

—Tiene que hacer algo con sus escalones —me dice el señor Zimmerly.

Bajo la mirada al cemento gris que hay bajo mis relucientes zapatos negros.

—¿Mis escalones?

—¡Están asquerosos!

No sé qué responder. Los escalones de casa no están inmaculados, pero tampoco peor que los suyos.

—Bueno, están a la intemperie.

—¿Esa es su excusa? —me espeta—. ¡Esa porquería es una deshonra para toda la manzana! Y no soy el único que piensa así.

—Muy bien —digo—. Los limpiaré con la manguera, ¿de acuerdo?

El señor Zimmerly masculla algo entre dientes y vuelve a meterse en su casa. No parece muy convencido de que vaya a limpiar los escalones. Y está en lo cierto, porque no pienso hacerlo. Ni siquiera tengo una manguera.

12

El primer día en mi empleo temporal va todo lo bien que cabría esperar. Quiero decir, considerando que mi misión es, básicamente, archivar e introducir datos para personas que tienen cinco años menos que yo.

Tras pasar la jornada entera encerrado en una oficina, decido bajarme del metro antes de mi parada y recorrer a pie el último kilómetro y pico hasta mi casa. No es una carrera en el parque, que es lo que yo preferiría, pero eso no es posible con mi atuendo de trabajo. Además, el verano está tocando a su fin y hace un tiempo espléndido. Aunque mi barrio del Upper West Side no es ni mucho menos tan pintoresco como el de mi primer apartamento, que estaba en Greenwich Village, el paseo me despeja la mente. Estoy de tan buen humor que dejo un dólar en la taza de un tipo que mendiga frente a una licorería.

Después de recorrer poco más de medio kilómetro, me doy cuenta de que estoy a una manzana del Cosmo's, el restaurante donde Whitney trabaja de camarera. Antes de pensármelo demasiado, tomo un desvío y me abro paso entre los viandantes que vuelven del trabajo para llegar allí. Apenas son las cinco y media, lo cual significa que no habrá mucha gente. Si quiero charlar un minuto con Whitney, es el momento ideal para hacerlo.

El Cosmo's es como la mayoría de los restaurantes griegos de la ciudad: un establecimiento de tamaño mediano con reservados alineados a lo largo de las paredes y mesas en el centro del local, cuyo ambiente está impregnado de un leve aroma a hamburguesas al grill. La carta colgada en la pared, junto al certificado oficial que acredita la máxima calificación en la higiene y la seguridad alimentaria, proclama que tienen platos griegos como la musaka y

los dolmades, pero es evidente que el noventa y nueve por ciento de los clientes vienen aquí a comerse una hamburguesa con patatas.

Recorro el restaurante con la vista hasta localizar a Whitney en la parte trasera, vestida con otros vaqueros azules y una camiseta ceñida con el rótulo «Restaurante Cosmo's» estampado en la pechera. Lleva el pelo recogido detrás en un moño decoroso.

Whitney me ve al mismo tiempo que yo a ella, y se le ilumina el rostro mientras me saluda alegremente con la mano. Se apresura a acercarse a donde yo estoy, metiéndose un pequeño lápiz detrás de la oreja.

—¡Blake!

—¡Ey, Whitney!

Ella apoya la mano en mi bíceps, que está en muy buena forma dada la cantidad de ejercicio que he hecho durante toda esta temporada sin trabajar. Aunque yo tampoco lo tenso para que lo note.

Bueno, sí, un poquito.

—¿Qué tal? —pregunta—. ¿Cómo te ha ido tu primer día de trabajo?

—No ha estado mal.

Me rasco el antebrazo. Hacia el final de la jornada, he empezado a sentir picor, tal como me pasó en casa de Becky y Malcolm. Me pregunto si habré desarrollado una alergia a alguno de los componentes de las camisas de vestir durante el tiempo que he estado parado. ¿Suceden estas cosas? ¿O es simple estrés? Dios sabe que he sufrido más tensión de la cuenta.

—Te va a ir de maravilla —me dice Whitney, todavía con la mano en mi brazo—. Te lo prometo.

—Vaya, gracias.

Ella echa un vistazo por encima del hombro al comedor en gran parte vacío.

—Esto está muerto ahora mismo, ya lo ves. ¿Quieres una mesa? Nuestra tarta de merengue de limón está de muerte.

—En realidad —digo—, quería hablar un momento contigo. ¿Es posible?

—Claro. —Frunce el ceño con inquietud—. ¿Va todo bien?

—Sí. —Hago una pausa, reconsiderando si es buena idea ponerse a hablar de esto mientras ella está trabajando. Pero ya estoy aquí, así que sigo adelante—. En realidad, no. No exactamente. Mira, ¿recuerdas que te dije que podías usar mis cosas, como el jabón o los cereales?

Ella entorna los ojos y me suelta finalmente el brazo.

—Sí…

—En realidad, no creo que sea buena idea que sigamos compartiendo las cosas —digo—. Yo no tenía ni idea de hasta qué punto las usarías, pero estoy un poco sorprendido, francamente. Creo que será mejor que tengamos nuestras cosas por separado a partir de ahora.

Whitney me mira parpadeando.

—¿Has venido aquí a interrumpirme en el trabajo para decirme *esto*?

Vuelvo a rascarme el brazo.

—Era algo que me estaba agobiando.

—Bueno —me suelta—. Me alegra *mucho* que te hayas quitado ese peso de encima.

No se lo está tomando tan bien como esperaba. Ahora que lo pienso, ha sido un golpe bajo venir a su trabajo para quejarme de su conducta. Pero debo decir en mi defensa que ella siempre está haciendo doble turno y que yo no sabía cuándo estaría en casa. Y desde luego no quería mantener esta conversación a medianoche.

—Escucha —propongo—, quizá deberíamos poner etiquetas en nuestras cosas para que resulte más fácil.

—No hace falta que pegues una etiqueta en tus cereales, Blake —me dice con desdén—. No volveré a tocarlos, te lo prometo.

—Creo que es más fácil mantener las cosas separadas —insisto, tratando de aplacarla—. Quiero decir, tú eres nuestra inquilina. No es que seamos amigos ni nada parecido.

Whitney echa la cabeza hacia atrás como si la hubiera golpeado. Se saca el lápiz de detrás de la oreja y, por un momento, temo que vaya a clavármelo. Inspira hondo.

—Tienes razón —dice despacio—. No somos amigos. Buena observación.

Mis intenciones al venir aquí eran buenas, pero veo que estoy metiendo la pata a lo bestia. Me devano los sesos por si se me ocurre un modo de arreglarlo, pero justo en ese momento entra una familia en el restaurante.

—Disculpa —me dice Whitney con tono enérgico—, tengo que volver al trabajo.

Bueno, esto ha sido un desastre. Aunque, por otro lado, he dicho lo que tenía que decir. Whitney se ha sentido un poco ofendida, pero lo cierto es que no somos amigos. Ella es solo una chica a la que le alquilamos una habitación. Y, en cuanto yo vuelva a recuperarme, adiós muy buenas.

En todo caso, no creo que vaya a traerme esta noche un pastel a casa para celebrar mi primer día de trabajo.

13

Krista y yo estamos acurrucados en el sofá viendo una película.

Ella se ha mostrado más amorosa esta semana, desde que empecé a trabajar. No importa que mi empleo consista básicamente en ser un becario mal pagado. Al menos estoy ganando algo de dinero. Y cabe la posibilidad de que el puesto se vuelva permanente si consigo impresionarlos.

Hace un tiempo perfecto, además, para quedarnos acurrucados en el sofá. Llueve a cántaros y la sala de estar se ilumina ahora con un relámpago, seguido de un trueno. Ese fuerte retumbo incita a Krista a pegarse más a mí. Yo la tengo rodeada con el brazo y la estrecho con más fuerza (nivel nueve). Ella alza la cara para mirarme y sus labios brillan bajo el resplandor de la televisión. Aunque solo estamos a media película, me inclino para besarla.

—Hueles bien, Blake —me susurra al oído.

Huelo a mi jabón y mi champú habituales, que tuve que comprar de nuevo después de que Whitney los consumiera del todo. Ella no ha vuelto a usarlos, que yo sepa, y se ha comprado su propio frasco de gel de ducha Dove. Así que ahora ya no tengo que oler a coco y albaricoque, dos de las frutas menos masculinas que existen.

—Tú también hueles bien —susurro a mi vez.

Vuelvo a besar a Krista, esta vez más intensamente, y la tumbo sobre los cojines del sofá mientras sus dedos se hunden en la musculatura de mi espalda. Le deslizo una mano bajo la camiseta y ya casi he llegado al sujetador cuando oigo que gira una llave en la cerradura de la entrada. Me aparto de ella rápidamente.

Maldita sea. No soporto tener una inquilina. Me siento como un adolescente que intenta darse un revolcón a escondidas mientras los padres de su novia no están en casa, y no resulta divertido.

Whitney está en el vestíbulo, a nuestra espalda, y se sacude los zapatos mojados en el felpudo. Oigo que lucha con su paraguas y suelto un suspiro. Ojalá hubiera subido ya a su habitación.

Al cabo de un minuto, entra en la sala de estar. Viene empapada, con el pelo pegado al cuero cabelludo. Si llevara maquillaje, lo tendría todo corrido por las mejillas. Nos mira a los dos, que permanecemos sentados en el sofá con aire incómodo.

—¿Interrumpo algo? —dice con un tonillo burlón, aunque no hay ninguna alegría en sus ojos.

Desde que hablé con ella en el restaurante, nuestra relación se ha agriado considerablemente. Apenas me dirige la palabra y, cuando lo hace, es con un tono muy poco amistoso.

—Solo estábamos viendo una película —contesta Krista, ajena a la tensión que hay entre nosotros dos—. ¿Te apetecen unas palomitas? Hemos hecho un montón.

—Oh, no —dice Whitney, sarcástica—. No quisiera zampármelas todas.

Krista no capta el tono de su voz.

—¡No te preocupes por eso! Coge todas las que quieras.

Whitney ni siquiera responde. Da media vuelta y se va con aire ofendido a la cocina. Al cabo de un segundo, oigo el zumbido del microondas. Debe de estar calentando su cena.

Le doy un apretón a Krista en la rodilla.

—Voy a buscar más agua, ¿vale?

—Vale. Date prisa.

Cojo mi vaso de la mesita de café, aunque está medio lleno. No necesito nada. Pero me gustaría hablar a solas con Whitney un momento.

Cuando entro en la cocina, ella está mirando el microondas, donde gira lentamente un recipiente de poliestireno. Debe de haberlo traído del restaurante. Sin levantar la vista, ahuyenta una mosquita que zumba junto su oído.

—Me quitaré de en medio en un minuto —dice—. Así Krista y tú podréis seguir teniendo sexo en el sofá.

—No estábamos…

—No soy idiota, Blake.

He venido para disculparme, pero ahora, en cambio, me dan ganas de tirarle algo a la cabeza.

—¿Y qué, si fuera así? Esta es *mi* casa, Whitney. Tú solo tienes alquilada una habitación.

—Ya. Me lo has dejado más que claro. —Se echa hacia atrás la coleta por encima del hombro—. No te preocupes. No quiero usar *tu* televisión, sobre todo sin avisarte primero.

Joder, ¿por qué está tan enfadada?

—Mira, Whitney. —Suspiro—. No tenemos que ser amigos íntimos, pero, si vas a vivir aquí, es necesario que al menos nos llevemos bien. Si he hecho algo que te haya disgustado…

—¿Cómo que «si»? —exclama con un bufido—. ¿Tan lerdo eres?

—Lo siento —digo con firmeza—. Lamento mucho haberte disgustado. Y… tal vez podríamos volver a empezar.

Suena la campanilla del microondas. Whitney saca el recipiente de poliestireno, que contiene una hamburguesa con patatas fritas. Una hamburguesa con queso recalentada no parece demasiado apetitosa, pero a Whitney no parece importarle.

—¿Recuerdas —pregunta— cuando estabas tan preocupado por tu nuevo trabajo y te di ánimos diciéndote que pensaba que te iría de maravilla porque eres inteligente, carismático, apuesto y no sé qué más chorradas?

—Eh, sí…

—Bueno, nada de eso es cierto. —Su mirada me taladra con tal intensidad que doy un paso atrás—. El motivo por el que tendrás éxito, por el que has tenido éxito, es que eres un hijo de puta egocéntrico. Te gusta fingir que eres un buen tipo, pero en el fondo sabes que eres una persona horrible.

La miro boquiabierto. ¿De verdad está tan cabreada porque le dije que no usara mi jabón? Esta chica está loca.

—Whitney…

—Disfruta la película con tu novia. —Pasa por mi lado, rozándome con la fuerza suficiente para darme un empujón en el hombro—. Más te vale que ella no se dé cuenta de cómo eres en realidad. Aunque, por su bien, espero que lo haga.

Me quedo inmóvil en la cocina, tratando de recomponerme mientras suenan sus pasos ruidosos en los dos tramos de escaleras y luego un portazo en su habitación. ¿Qué demonios ha sido eso? Vale, reconozco que no fue lo más amable del mundo por mi parte presentarme en el restaurante y hacerle pasar un mal rato, pero ¿en serio merezco que me eche esa bronca?

No soy un hijo de puta. Sin duda he hecho algunas putadas a lo largo de mi vida. No consigues un codiciado puesto de vicepresidente de marketing actuando como un buen chico. Pero hay gente por ahí mucho peor.

En todo caso, tengo que vigilar de cerca a Whitney.

14

Como tenga que quedarme en esta reunión un segundo más, voy a perder el juicio.

En el mes que llevo en este trabajo temporal, me han dejado muy claro cuál es mi misión en las reuniones: redactar el acta. No se espera de mí que proponga ideas, que hable o que piense. Me limito a anotar lo que dicen todos los demás y a qué hora lo han dicho. Es una tarea importante. (Para nada).

Lo hago con papel y bolígrafo porque no me han concedido el privilegio de un portátil. Durante los primeros veinte minutos de la reunión, he estado tomando notas con gran eficiencia —como una superestrella, aunque sea temporal—, pero la cosa ha cambiado de manera radical en los veinte siguientes. Me he ido distrayendo cada vez más a causa de una intensa sensación de picor en todo el pecho y los brazos. Y ya solo puedo pensar en eso.

Es algo que he ido notando progresivamente. No todos los días, pero la verdad es que últimamente siento picor con frecuencia. Y ahora está resultando peor que nunca.

—¿Porter?

Me froto el antebrazo con los dedos, pero lo que de verdad querría hacer es arrancarme la camisa y rascarme el pecho durante cinco minutos seguidos o hasta hacerme sangre, lo que ocurra primero. No sé lo que queda oculto por la camisa, pero la irritación está asomando ahora por debajo de la manga.

—¡Porter!

Alzo la cabeza de golpe. Mi jefe, un tipo llamado Kenny que sin duda no pasa de los treinta, se me queda mirando. Agarro el bolígrafo con más fuerza y finjo que estoy anotando las tediosas chorradas que estaban debatiendo sobre soluciones sinérgicas.

Redactar el acta de una reunión es una tarea de mierda. No sabía siquiera que las empresas siguieran haciéndolo.

—Perdón —musito.

—¿A qué esperas, pues? —me pregunta Kenny.

Alzo los ojos para mirar su cara rasurada. Salta a la vista que me ha pedido algo cuando yo no prestaba atención, porque estaba demasiado distraído procurando no rascarme hasta arrancarme la piel, y ahora no tengo ni idea de lo que quiere. Lo único que puedo hacer es mirarlo con gesto de no entender nada.

—Café, Porter. —Suspira—. ¿Puedes traernos otra jarra de café?

Se me olvidaba mencionar mi otra importante misión durante estas reuniones: ir a buscar café.

—Sí. —Me pongo de pie de inmediato—. Claro. Lo siento.

Cojo la jarra vacía que está en la parte trasera de la sala de conferencias. Mientras salgo, oigo que Kenny le comenta a alguien:

—Algunos de estos temporales son mejores que otros, ¿eh?

Genial. Adiós a la idea de que este empleo se vuelva permanente.

Como ya no tengo ninguna posibilidad de quedarme a trabajar aquí, me tomo mi tiempo con el café. Llevo la jarra a la sala de personal, pero, en lugar de llenarla, la dejo ahí y me voy directo al baño.

Por suerte, no hay nadie dentro. Todo el mundo está en la reunión. Me desabrocho los diminutos botones de la camisa, resistiendo la tentación de desgarrarla. Cuando están todos desabrochados, me abro la camisa de golpe. Y sofoco un grito.

No es de extrañar que sienta un picor tan tremendo. Una furiosa erupción de color rojo cubre cada centímetro de mi pecho. Me quito la camisa del todo y descubro que se extiende también por los brazos y la espalda. Aunque sé que no debería, me quedo allí varios minutos rascándome a base de bien cada trecho de mi cuerpo que consigo alcanzar, hasta dejarme la piel en carne viva y casi a punto de sangrar.

¿Por qué me ha salido una erupción semejante? Dado que se localiza en la zona situada bajo mi camisa de vestir, debo suponer que esa es la causa. Pero la camisa no es nueva. La tengo desde hace años y nunca me había causado ningún problema. Y este picor

me ha estado atormentando todos los días, incluso llevando otras camisas.

No puede ser el detergente. A mí me encantaría usar uno cuya botella muestra a un tipo fornido sujetando un mazo con un bosque de fondo, pero yo compro otro en el que figura un animal de peluche y que es hipoalergénico, porque sé que soy sensible a esta clase de productos. Sin embargo, ni siquiera el detergente del tipo fornido me ha provocado nada semejante. Lo único que puede provocarme una erupción como esta es…

El limoneno.

Soy extremadamente alérgico al limoneno, que es una sustancia química de aroma cítrico que suele encontrarse en los detergentes. Lo descubrí de niño, cuando me salía un sarpullido cada vez que mi madre usaba un detergente de este tipo. Así que aprendí a evitarlo. Krista sabe que no debe comprar detergentes que contengan limoneno en su composición. De hecho, le he pedido que no los use nunca en nuestra lavadora, porque incluso los residuos pueden irritarme la piel.

Pero Whitney no lo sabe.

Ahora caigo en que he venido notando esta sensación de picor desde que Whitney se mudó a nuestra a casa, hace poco más de un mes. La cronología encaja. Whitney debe de estar usando un detergente con limoneno en la lavadora, y luego mi ropa queda impregnada de esos residuos al lavarla. Así que ahora tendré que hablar con ella de este asunto, y no me cabe duda de que será una conversación divertida.

Comprendo que no puedo pasarme el día en el baño, rascándome el pecho. Y sé que no estoy haciéndome ningún bien. Además de la erupción, ahora tengo marcas de haberme rascado por toda la piel. He de volver a ponerme la camisa, llenar la jarra de café y seguir con mis insignificantes tareas de esta excitante jornada.

Me salpico agua fresca por el cuerpo, confiando en que me aliviará el dolor de la piel en carne viva. Me ayuda un poco, aunque, por lo demás, no consigo otra cosa que dejarme la camisa algo húmeda. Cuando vuelva a la reunión, todo el mundo se preguntará qué demonios he estado haciendo.

Se puede afirmar con seguridad que he arruinado cualquier posibilidad de seguir trabajando aquí. Y será mejor que me ponga las pilas lo más rápido posible, antes de que acabe perdiéndolo todo.

15

De camino a casa, paro en una farmacia y me compro un tubo de pomada de cortisona, sabiendo que eso es lo único que puede ayudarme. No tengo ningún seguro médico en estos momentos, así que más me vale confiar en que este medicamento sin receta me haga efecto.

El picor es más intenso que nunca cuando llego a casa. Apenas puedo soportarlo, y desde luego no estoy de humor cuando la puerta del señor Zimmerly se abre de golpe y lo veo bajar los escalones haciendo ruido con sus zapatillas. Apartándose un mechón blanco de la frente, me mira con furia.

—¡Porter! —ladra—. ¡Sus cubos de basura están en la acera!

Tiene razón. Mis cubos de basura vacíos están ahí. La recogida era esta mañana. Estoy casi seguro de haber retirado los cubos antes de irme al trabajo. Recuerdo claramente que los he arrastrado por la acera, procurando no mancharme la camisa con los jugos de la basura. Lo he hecho, estoy seguro.

¿No?

Y, sin embargo, los cubos aún siguen en la acera. Zimmerly no se lo está inventando. Y no se me ocurre por qué alguien puede haber vuelto a llevar mis cubos de basura vacíos a la acera. Debo de estar acordándome de la semana pasada.

Lo último que me apetece después del día que he pasado es ocuparme de la basura. Pero, si no lo hago, no solo corro el peligro de enfrentarme a la ira de mi vecino, sino también de recibir una multa.

—Además —añade él—, ¡sus escalones siguen estando sucios!

El picor de mi pecho aumenta varios grados. Me dan ganas de arrancarme la piel. También de coger un cubo y estampárselo a Zimmerly en la cabeza hasta que cierre el pico de una puta vez. Yo

diría que, después de tres porrazos, ya no podrá seguir quejándose de nada.

—¿Y bien? —dice.

Lo fulmino con la mirada. Sin decir palabra, agarro el cuello de mi camisa y tiro con fuerza, notando cómo los botones se tensan y ceden por fin. En un segundo, tengo la camisa abierta. Me la arranco y la tiro sobre la acera con repugnancia, mientras Zimmerly me mira con la boca abierta. El aire de octubre me provoca un escalofrío en el torso desnudo, lo cual resulta bastante agradable, dado lo enrojecida que me ha quedado la piel.

—¡Mire! —Agarro el cubo de basura y empiezo a arrastrarlo para dejarlo encerrado junto a las escaleras—. ¡Ya lo estoy haciendo! ¿Contento?

Por una vez, el viejo cascarrabias se ha quedado mudo.

Antes de entrar en casa, recojo mi camisa del suelo y la estrujo hasta convertirla en un gurruño. Al estilo de Zimmerly, subo los escalones pisando con rabia y entro en casa. Todo está en silencio, pero veo las zapatillas de Whitney en el zapatero que hay junto a la puerta, lo que me indica que está aquí.

Bien.

Aunque me muero de ganas de untarme de arriba abajo con la pomada de cortisona, voy a inspeccionar la lavadora y la secadora. Mi detergente especial hipoalergénico está al lado, en el suelo, y no veo ningún otro detergente. Pero ella está usando *algo* con limoneno. Tiene que ser así.

Sin detenerme siquiera en mi propio dormitorio, subo el segundo tramo de escaleras, me voy directo a su habitación y llamo con el puño a la puerta. Fuerte.

Ella no abre de inmediato, así que vuelvo a llamar otra vez. Y otra. Tras unos segundos, la puerta se abre de golpe. Whitney está ahí con sus tejanos y una camiseta. Abre unos ojos como platos al verme sin camisa y, por un momento, me arrepiento de no haber cogido una camiseta antes de subir.

—¿Blake? —dice.

—Tienes que dejar de usar detergente aromatizado —le suelto—. ¡Mira cómo estoy!

Ella recorre con la mirada mi pecho desnudo, donde la erupción sigue tan inflamada y roja como cuando me he examinado en el trabajo. La piel me arde de mala manera. Una expresión divertida se insinúa en sus ojos.

—Ya veo…

—Soy muy muy alérgico al limoneno. —Me señalo el pecho con un gesto enfático—. Es un aromatizante que está en muchos detergentes. Aunque no se utilice en mi propia colada, acaba llegando igualmente a mi ropa. O sea, ¿te parece que esto es agradable?

—No. —Se dibuja una sonrisa en sus labios—. Desde luego que no. Pero si no uso un detergente aromatizado, ¿cómo se supone que voy a conseguir que mi ropa tenga un olor a fresco y limpio?

—Me tiene sin cuidado —le suelto—. Puedes ir a la lavandería de al lado. Como prefieras. Pero, a partir de ahora, nada de detergentes con aromatizante en nuestra lavadora. ¿Me oyes?

Ella sonríe con suficiencia.

—Te oigo alto y claro.

No parece estar tomándoselo en serio. No lo entiendo. Whitney parecía muy amable cuando la conocimos. ¿Cómo se las arregló para ocultar tan bien este lado suyo?

—Escúchame —digo—, si veo limoneno o lo huelo en la lavadora, te vas directa a la calle. No hemos firmado ningún contrato de alquiler. Tengo derecho a echarte cuando quiera.

La sonrisa desaparece en el acto de su rostro.

—Eso no es cierto, de hecho. En Nueva York, incluso sin un contrato, no puedes echarme sin más ni más. Mírate la ley, gilipollas.

Por supuesto, tiene toda la razón. Ya la consulté y, en el estado de Nueva York, incluso sin contrato, ella tiene sus derechos como inquilina. Lo máximo que podría hacer es darle un aviso de desalojo de treinta días, pero, si decide quedarse, no puedo obligarla a marcharse por la fuerza incluso después de esos treinta días. La ley está de su lado en este caso. Y lo último que quiero ahora mismo es una demanda judicial.

Esperaba que ella quizá no supiera todo esto. No ha habido suerte.

Tras esas palabras, Whitney me cierra la puerta en las narices. Yo me estremezco y doy un paso atrás. No sé si va a seguir usando detergente aromatizado en la lavadora o no, pero desde luego no he logrado mejorar la situación. Si tengo que convivir con esta mujer durante al menos unos meses más, he de aprender a llevarme bien con ella. Y la verdad es que necesitamos el dinero de su alquiler. El sueldo de mi empleo temporal es de risa.

Doy media vuelta, con el gurruño de la camisa en la mano, y solo entonces descubro que Krista está paralizada a media escalera, mirándome fijamente. No creo que lleve ahí mucho tiempo, lo cual es malo, porque es probable que no nos haya oído discutir. Pero, a juzgar por su expresión, sí ha visto a Whitney cerrando la puerta de su habitación y luego a mí sin camisa.

Mierda.

—Krista —acierto a decir mientras me apresuro a seguirla hasta el primer piso—. No es…, no es lo que parece.

—Ah, ¿de verdad?

La expresión dolida de su rostro casi me parte el corazón. ¿Cómo puede creer que yo la engañaría con Whitney? Ella sabe lo que pienso de esa chica.

—Solo estábamos hablando —digo—. Discutiendo, de hecho. Me ha cerrado la puerta en las narices.

—Y no llevas puesta la camisa porque…

Bajo la mirada a mi mano derecha, con la que sujeto el cuerpo del delito. Esto no podría tener peor aspecto.

—Me la he quitado cuando he entrado en casa porque hay algo que me ha irritado la piel. O sea, mírame, Krista.

El pasillo está sumido en la penumbra porque, por algún motivo, las bombillas de los apliques del techo no funcionan muy bien —algún fallo eléctrico, supongo—, pero hay la luz suficiente para que ella vea la erupción que me cubre el pecho y los brazos. Al darse cuenta, abre mucho los ojos.

—Por Dios, Blake —exclama, sofocando un grito—. Tiene un aspecto horrible. ¿Qué te ha pasado?

Hago una mueca.

—Es obvio que Whitney está usando un detergente con limoneno en la lavadora. No hay otra explicación. Ella no quiere reconocerlo, pero es lo único que podría haberme provocado una erupción semejante. —Miro la lavadora—. He de limpiar esa máquina a fondo y volver a lavar todas mis prendas.

Su expresión se suaviza.

—¿Necesitas ayuda?

—No, ya puedo yo. —Me rasco el pecho con las uñas. Con todo este número, se me había olvidado el picor, pero, ahora que las cosas se han calmado, está reapareciendo con toda su fuerza—. Aunque no me vendría mal un poco de ayuda para ponerme pomada de cortisona en la espalda.

Ella me hace un guiño.

—Cuenta con ello.

Gracias a Dios que me cree. Ya bastante malo es que casi todo se haya desmoronado en mi vida, pero no sé qué haría si perdiera a Krista. Perdería completamente el juicio.

16

¡Pum!

Abro los ojos de golpe ante el ruido que reverbera por la habitación. Hace un minuto, dormía a pierna suelta, pero ahora estoy despierto y confuso. ¿De verdad he oído algo? Quizá venía de la calle. Vuelvo la cabeza para mirar el reloj de la mesilla. Es la 1.18 de la madrugada, joder.

¡Pum! ¡Pum!

Alzo los ojos y suelto un gemido. Sea lo que sea ese ruido, parece proceder de arriba, justo por encima de mí. Miro el techo, deseando que deje de sonar y que pueda volver a dormirme.

¡Pum! ¡Pum, pum, pum!

Me siento en la cama, rechinando los dientes. Krista está a mi lado, del todo dormida, pero es que ella se acuesta con tapones en los oídos porque dice que ronco. Así que permanece tan feliz, ajena a este ruido que me está atormentando.

¡Pum!

Ha pasado una semana desde que me enfrenté con Whitney por el asunto del detergente y, aunque seguimos conviviendo, no puedo decir que nos estemos llevando bien. Cada vez que nos cruzamos en la sala de estar o de camino al baño, me lanza una mirada furiosa. Krista dice que debería disculparme, aunque no sé de qué tendría que hacerlo. ¿En serio debo pedirle perdón por reaccionar ante su grosería?

Al menos, mi erupción parece haber mejorado. Pero a costa de tener que limpiar la lavadora cada vez que pongo una colada, porque no me fío de que ella no esté usando limoneno.

¡Pum! ¡Pum!

Y ahora, al parecer, ha encontrado un nuevo modo de atormentarme.

¿Qué demonios está haciendo ahí arriba? ¿Una clase de zumba? ¿Un partido de balonmano? ¿Un baile tradicional irlandés? ¿Y por qué lo está haciendo a la una de la mañana?

¡Pum!

Ya está. No aguanto más.

Me levanto de la cama, casi levitando de rabia. Estaba durmiendo solo con calzoncillos, así que me pongo una camiseta. Me gusta dormir con la menor cantidad de ropa posible, con la esperanza de que haya suerte, aunque por desgracia las cosas han estado bastante apagadas en ese terreno desde que Whitney se mudó aquí. Se suponía que tener un inquilino me aliviaría en parte el estrés que me provocaba pagar las facturas, pero la verdad es que ahora me siento más nervioso que nunca.

Salgo del dormitorio y me voy directo a las escaleras que llevan al último piso. En cuanto llego a la escalera, sin embargo, los golpes se interrumpen de repente. Yo ya no los oigo, al menos. Aun así, no doy media vuelta hacia mi dormitorio. Whitney tiene que saber que lo que esté haciendo a la una de la madrugada, sea lo que sea, no es de recibo.

Sigo adelante hasta llegar a su puerta, donde, en efecto, aún se ve luz por debajo. La aporreo con el puño una y otra vez hasta que por fin se abre. Whitney está con sus diminutos shorts de pijama y una camiseta. No lleva sujetador, pero no me siento excitado en lo más mínimo.

—Blake. —Sus labios se curvan en una sonrisa—. ¿A qué debo el placer de esta visita a altas horas de la noche?

—Estás haciendo demasiado ruido —le espeto—. Es la una de la madrugada y estoy intentando dormir.

Ella pestañea con aire inocente.

—Lamento decírtelo, pero yo estaba sentada en la cama leyendo en silencio.

Estiro el cuello para mirar por encima de su hombro, aunque no sé muy bien qué estoy buscando. ¿Zapatos de claqué? ¿Un animal salvaje que tiene metido en su habitación? Todavía no sé qué estaba haciendo ahí dentro, pero no importa. Tiene que parar.

Aprieto los dientes.

—Tú modera el nivel de ruido a partir de las once, ¿vale?

—No es culpa mía si sufres alucinaciones con los ruidos, Blake.

¿Alucinaciones con los ruidos? ¿Qué demonios está diciendo? Los golpes se oían claramente desde nuestro dormitorio. No me los he imaginado.

De ningún modo.

Whitney ladea la cabeza.

—No tienes una pinta muy atractiva, Blake. Quizá deberías intentar dormir más.

—Gracias por el consejo. —Tengo que reprimir la sarta de groserías que estoy tentado de lanzarle—. Como he dicho…, sea lo que sea lo que estabas haciendo, para.

Ella tiene una expresión divertida en la cara.

—Entendido, jefe. ¿Nada más?

—No, nada más.

—Fantástico.

Y me cierra la puerta en las narices.

Bajo con pasos fatigados los escalones hasta mi dormitorio. Todavía noto el corazón acelerado por haberme despertado de sopetón y por mi tropiezo con Whitney. Tendré suerte si consigo volver a dormirme en la próxima hora. Lo único que puedo decir es que, si los ruidos empiezan otra vez, no respondo de mis actos.

17

Hay un olor a podrido en la cocina.

Lo vengo notando cada vez más desde hace como un mes. Pero hoy, cuando entro allí para coger una cerveza que me ayude a relajarme después de otra jornada realmente espantosa en mi empleo temporal —durante la cual casi me peleo con la fotocopiadora atascada—, la peste es abrumadora. Tengo que taparme la nariz con la mano.

Mi primer pensamiento es: «Culpa de Whitney».

Han pasado dos semanas desde que me encaré con ella por los golpes que sonaban en mitad de la noche. Los volví a oír al cabo de una semana, pero el ruido se interrumpió también en cuanto llegué a la escalera, y, en lugar de tener otro encuentro exasperante con la sonrisita engreída de Whitney, bajé a la sala de estar y me quedé dormido en el sofá viendo la televisión.

Por desgracia, esa ni siquiera fue la peor noche que he pasado en el último mes. No sé qué me sucede, pero he estado durmiendo fatal. Tengo unas bolsas permanentes debajo de los ojos.

Así pues, no estoy de humor para lidiar con un misterioso olor en mi cocina. Recorro las encimeras con la vista, tratando de localizar el origen. Un enjambre de mosquitas revolotea alrededor de mi cara. Esa es otra. El problema de las mosquitas de la fruta se ha vuelto casi insoportable. Le pregunté a Krista hace unos días si iba a preparar galletas y me dijo que no quería porque había demasiadas mosquitas en la cocina.

Abro de un tirón la nevera para ver si encuentro ahí dentro al culpable. Desde luego, el interior huele muy mal. Me agacho para echar un vistazo. Hay el surtido habitual de condimentos, una barra de pan, algunos embutidos, yogur desnatado y una docena de

huevos. Pero entonces reparo en varios recipientes de poliestireno en la parte trasera; son de esos que se trae Whitney del restaurante.

Los saco y, en cuanto los tengo en las manos, ya no me cabe duda de que esta es la causa del hedor. Huelen fatal. Como si contuvieran un diminuto cadáver putrefacto.

Bajo la mirada para examinarlos. Ni siquiera quiero tocarlos sin unos guantes. Pero no puedo reprimir una curiosidad morbosa. Tengo que saber qué hay dentro. Tengo que confirmar que esta es la causa del olor.

Abro el primer recipiente.

Me arrepiento en el acto. La visión de su contenido basta para que se me revuelva el estómago. En su momento fueron unas patatas fritas y un sándwich de pollo, pero el panecillo está completamente verde de moho. Las patatas debían estar sazonadas con alguna salsa, que a todas luces se ha agriado, y también se han vuelto verdes. El pestazo es insoportable.

Maldita Whitney.

No me molesto en abrir los otros dos recipientes porque estoy seguro de que su contenido es igual de asqueroso. Tiro los tres a la basura, cierro la bolsa y la saco afuera. No quiero que esta porquería siga en mi casa.

Cuando vuelvo a la cocina, continúa oliendo igual de mal. Hay docenas de mosquitas sobre la encimera y me cargo a todas las que puedo con la mano. Pero no estoy seguro de lo fácil que será librarse de ellas.

—¿Qué estás haciendo, Blake?

Krista ha aparecido en la cocina, vestida con su ropa de trabajo. Me ha pillado aplastando una mosquita, que estaba posada en la nevera, con más fuerza de lo estrictamente necesario.

Me vuelvo e inspiro hondo para calmarme.

—Whitney había dejado comida podrida en la nevera.

Ella arruga la nariz.

—Ya. Guau. Huele fatal.

—No me digas.

Su expresión se ilumina.

—Tengo un ambientador en la habitación. Podría echarlo por toda la cocina.

Sé a qué ambientador se refiere porque a veces rocía el baño con él. Tiene un olor abrumador a flores y me irrita los ojos. Por lo general, no lo soporto, pero será mejor que esta peste que no se va de la cocina. Me vale cualquier cosa que oculte el olor a comida putrefacta. Ahora mismo, sin embargo, tenemos un problema más importante.

—No quiero que Whitney siga viviendo aquí —le digo.

—¿Porque se le ha olvidado una comida estropeada en la nevera? A ti te pasa continuamente, Blake. ¿Estás seguro de que no era tuya?

—No lo era, créeme. —Me tiembla la mandíbula—. ¿Cómo es que no estás más molesta? Huele a cadáver aquí dentro.

—Tampoco es para tanto. —Se encoge de hombros—. Abre las ventanas y echa ambientador. Seguro que el olor se habrá ido en un par de horas.

—No es solo eso, ¿sabes? Esa chica… es tóxica. Me ha despertado dos veces en mitad de la noche haciendo Dios sabe qué…

—Yo no he oído nada.

—¡Porque tú duermes con tapones! —Alzo las manos, exasperado —. Créeme, lo hace para atormentarme. Y no deja de mirarme como si quisiera rebanarme el pescuezo mientras duermo. No me siento cómodo con ella aquí.

—Yo creo que es muy agradable. —Krista me mira parpadeando—. No lo acabo de entender. ¿No te gusta su forma de mirarte?

Aprieto los dientes.

—Me odia. ¿Sabes lo que es convivir con alguien que te odia?

—No te odia.

—¡Claro que sí! —Una mosquita baila ante mis narices y le doy un manotazo con rabia—. Me odia a muerte. Francamente, ¡no me sorprendería que haya dejado esa comida podrida en la nevera para torturarme!

La mosquita se aparta al fin de mi cara y aterriza en la encimera. Extiendo el brazo y la aplasto con la palma de la mano, aniquilándola. Siento una punzada de satisfacción.

Krista da un paso atrás, parpadeando.

—¿Estás bien, Blake?

—¡No, no estoy bien! —replico—. ¡Hay una psicópata viviendo en mi casa y quiero que se vaya!

Y ahora me entra un estúpido tic en el ojo.

—Los últimos meses han sido tremendamente estresantes para ti —dice Krista con delicadeza—. Sé que te ha resultado muy duro perder tu trabajo de ese modo, y también que odias tu nuevo empleo. Y sé que no estás durmiendo bien. Pero Whitney no es la causa de todos tus problemas. Eso te lo aseguro. —Empiezo a protestar, pero ella alza la mano—. Y debo recordarte que el dinero que Whitney nos paga por la habitación es lo único que nos mantiene a flote ahora mismo.

Eso es verdad. Necesitamos el dinero. Y no es que hubiera otros candidatos maravillosos haciendo cola.

—Vale —murmuro—. Al menos me he librado de esa comida podrida. Pero ella tiene que saber que no puedo volver a hacer esto.

—Yo hablare con Whitney —dice Krista—. Tú mantente al margen. No harías más que empeorar las cosas.

Eso seguro.

—Y podemos librarnos de las mosquitas —añade—. He estado mirándolo… ¡y se les puede poner una trampa con lavavajillas y vinagre de manzana!

—Fantástico.

Aguardo a que me envuelva en sus brazos y me estreche con fuerza. No me vendría mal un abrazo en este momento. Al menos de nivel siete o superior. Ella, sin embargo, se va arriba a buscar el ambientador. Resulta difícil creer que vaya a servir para librarnos de este olor horrible, pero vale la pena probarlo. Hay una ventana en la cocina y me apresuro a abrirla; luego voy a la sala de estar para abrir varias ventanas más, porque está empezando a oler mal por toda la casa. Hasta la pobre Goldy parece un poco verde en su pequeña pecera. Gracias a Dios que al menos hace un tiempo lo bastante decente como para mantener las ventanas abiertas.

Me compadezco de nuestro pobre pececito, así que le lanzo un par de bolitas. Debe de tener hambre, porque enseguida sube a la

superficie para engullirlas. Comer es de largo lo más interesante que hace. Es una criatura adorable. Siento una extraña oleada de afecto hacia nuestra pequeña mascota. Es bonito tener a alguien a quien cuidar.

Mientras me rasco distraídamente el pecho, que vuelve a picarme de repente, oigo unos pasos en la escalera. Alzo la mirada. Hay alguien parado arriba, y al principio creo que debe de ser Krista con el ambientador. Pero no. Es Whitney.

No digo nada, y ella tampoco. Permanece allí, vestida con sus vaqueros y una sudadera, mirándome desde lo alto. Me pregunto cuánto tiempo llevará ahí apostada. Me pregunto si habrá oído nuestra conversación.

Entonces se remete el pelo detrás de la oreja y sonríe con satisfacción. Lo ha oído todo.

18

Una de mis trascendentales tareas como empleado temporal es ir a buscar café a un Starbucks cada mañana.

Tengo que darme una vuelta por la oficina, anotar los pedidos como si fuese un camarero y luego Kenny me da la tarjeta de crédito de la empresa. Me voy trotando al Starbucks que queda a tres manzanas y me coloco en la cola que se alarga hasta la puerta, sea cual sea la hora a la que me presente. Si salgo de allí en menos de media hora, es un milagro.

Hoy tengo una larga lista de nueve pedidos, lo cual significa que me va a tocar cargar con dos bandejas de bebidas, una encima de la otra, al volver a la oficina. Mantener el equilibrio en esas condiciones mientras cruzas dos calles no es fácil, pero lamentablemente he aprendido a hacerlo muy bien en los dos meses que llevo trabajando aquí.

Permanezco en la cola detrás de otras cuatro personas y aspiro el intenso aroma a café recién hecho mientras, despreocupado, me rasco el brazo. La erupción remitió en cuanto empecé a limpiar la lavadora antes de usarla, pero en los últimos días ha aparecido otra vez. Está lo bastante presente como para resultar un incordio.

No solo eso. La cocina aún huele. No tanto como antes, pero el olor a comida podrida sigue ahí en buena medida, ahora mezclado con el aroma del ambientador de Krista. Aunque hemos montado una trampa formidable para las mosquitas siguiendo las instrucciones que encontramos en internet, la cantidad de esos bichos continúa siendo considerable. Y la cuestión es que la trampa funciona —a estas alturas, la taza parece un cementerio de mosquitas—, pero ellas continúan revoloteando por todas partes.

—¿Blake? Ay, Dios mío, ¿eres tú?

Me estremezco al oír mi nombre. El último sitio donde deseo ser reconocido es aquí, mientras vengo a buscar los cafés para la oficina. En cualquier caso, me vuelvo con amabilidad.

Uf, fantástico. Es Stacie, la secretaria del tipo que me despidió. Y tiene un aspecto absolutamente deslumbrante, con esa minifalda y esas piernas larguísimas. Sujeta en la mano derecha una taza de macchiato.

—Hola, Stacie. —Consigo sonreír de un modo que espero que parezca auténtico—. ¿Cómo te va?

—¡Bien! —Me devuelve la sonrisa mostrando su impecable dentadura blanca—. ¿Y tú…?

Enderezo la espalda mientras ella examina mi atuendo de trabajo. Ojalá pudiera hacer algo para ocultar los cercos oscuros que tengo bajo los ojos.

—¡Estás fantástico! Tienes un nuevo trabajo, por lo que veo.

—Sí. —No me molesto en aclarar que es un empleo temporal. Lo último que me hace falta es que vuelva corriendo a la oficina para explicarle a todo el mundo mi humillante situación—. Me va todo genial.

—¿Y Krista? —Arquea una ceja con aire insinuante—. Seguís…

—Sí —me apresuro a decir—. Estamos prometidos. Todavía.

—Ajá. —Ella ladea la cabeza—. Ya lo recuerdo. Solo me preguntaba si había cambiado algo.

—No.

Stacie me desliza la mano por el brazo. Yo retrocedo. Va a conseguir que se intensifique mi picor.

—Bueno —dice—, ha sido un placer volver a verte, Blake. Estaba muy preocupada por ti desde que Wayne te despidió, la verdad. Pero parece que todo ha acabado saliendo bien.

—Sí, desde luego —miento—. Yo no estaba demasiado preocupado. Siempre caigo de pie.

—No cabe duda —asiente.

Contengo el aliento hasta que Stacie se aleja con su café. Hay muchas otras personas de la empresa con las que no deseaba tropezarme, pero ella era la primera de la lista.

Al cabo de una media hora, camino de regreso a la oficina manteniendo en equilibrio nueve vasos de Starbucks. Un par de personas me hacen comentarios mordaces en la calle sobre la cantidad de café que llevo («¿Vas a tomarte todo eso?»), y, cuando un taxi frena con un chirrido una fracción de segundo antes de arrollarme en un paso de peatones, casi desearía que me hubiera embestido y sacado de mi miserable situación.

De milagro, y gracias a una habilidad adquirida con un montón de práctica, consigo llegar a la oficina sin haber derramado nada. Deposito las bandejas en el mostrador de recepción y aviso a la gente de que ya han llegado los cafés. Supongo que podría andar de aquí para allá con las bandejas repartiéndolos a todo el mundo, pero hoy no tengo ánimos para hacerlo.

Sí cojo, sin embargo, el moca con leche de avena de Kenny y se lo llevo a su despacho. Creía que había arruinado cualquier posibilidad de trabajar aquí de modo permanente, pero ayer, en una reunión, se me ocurrió hacer una sugerencia sobre una de las grandes cuentas. Intervine cuando no me tocaba, pero mi idea y el conocimiento base que implicaba parecieron impresionarle. Después de la reunión, me hizo más preguntas y casi parecía que estuviera pidiéndome consejo. Si puedo demostrar que soy útil, quizá sí tenga una oportunidad de conseguir un trabajo de verdad aquí.

Cuando entro en el despacho, Kenny está concentrado en su ordenador. Al verme, alza la vista, aunque no me sonríe.

—Aquí tienes, Kenny —digo mientras deslizo la taza por encima de su escritorio. Su despacho no es tan bonito como el que yo tenía, pero es mil veces mejor que el cubículo que ocupo ahora.

—Gracias. —Le lanza al café una extraña mirada de soslayo—. ¿Cuántas tazas has traído hoy?

—Nueve. Me ha hecho falta una habilidad endemoniada para que llegaran aquí.

Kenny no sonríe.

—Oye, Porter. ¿Cuántos sándwiches trajiste ayer para la reunión del almuerzo?

—Eh… Veinte. Es lo que me pediste.

—Si trajiste veinte sándwiches, ¿cómo es que se agotaron?

Me encojo de hombros.

—Supongo que la gente tenía hambre.

Kenny sigue mirándome con una expresión indescifrable que me está haciendo sentir muy incómodo. Desplazo el peso de un pie a otro y procuro no rascarme el brazo sin darme cuenta. ¿Por qué está interrogándome sobre la cantidad de sándwiches y cafés que he traído? No soy un camarero.

—¿Hay algún problema? —acabo preguntando.

Él me mira un momento y al fin asiente.

—De hecho, sí. Me quedé impresionado por los conocimientos que demostraste en la reunión de ayer y recordé haber visto el nombre de Coble & Roy en tu currículum. Así que hice unas llamadas…

Mierda. Ya sé a dónde va a parar esto. Adiós a la posibilidad de conseguir un puesto permanente aquí.

—No puedo creer que estafaras a tu propia empresa. —Kenny menea la cabeza—. No es de extrañar que a tu edad sigas teniendo un trabajo temporal.

—No estafé a mi empresa —digo con firmeza—. Fue un malentendido.

—No es eso lo que me dijo Wayne Vincent. Apuesto a que sacaste una fortuna haciendo eso.

Me estremezco. El pecho me pica a lo bestia, pero no puedo rascarme. Ahora no.

—¿Qué hay de la presunción de inocencia hasta que no se demuestre tu culpabilidad?

—Eso es en los tribunales, Porter. —Kenny quita la tapa del café y da un sorbo—. Puf, sabe fatal. ¿Me has traído un moca con leche de avena?

—No soy yo quien lo ha preparado.

—No te hagas el listillo. —Me desliza el recipiente por encima del escritorio—. Llévatelo al Starbucks y que te lo cambien por otro.

No quiero pasarme otra media hora en un Starbucks para que un mando intermedio de veintitantos años sienta un subidón de poder. Pero tampoco puedo dejar este trabajo. No sé cuáles serán las consecuencias de abandonar un puesto temporal, pero no estoy

seguro de que vuelvan a colocarme. Y, si lo hacen, tal vez sea embolsando patatas fritas en un garito de comida rápida.

—No te voy a perder de vista, Porter. —Me mira con los ojos entornados—. Si intentas robar algo de *mi* empresa, no volverás a trabajar en esta ciudad nunca más. Ni siquiera para una agencia de trabajo temporal.

No sé si este tipo tiene el poder suficiente para hacer realidad una amenaza semejante, pero la verdad es que prefiero no averiguarlo. Así pues, cojo su vaso y vuelvo a salir a la calle. Aunque no sin antes correr al baño y rascarme el pecho durante cinco minutos seguidos. Me rasco hasta sangrar.

19

No sé qué está pasando con mi ropa.

Ahora me da miedo lavar cualquier prenda. Esterilizo la lavadora lo mejor que puedo antes de usarla y no añado nada aparte de un tapón de mi detergente hipoalergénico; no obstante, todo lo que sale de allí me provoca una terrible reacción alérgica. Estoy perdiendo el juicio por completo.

—¿Con qué limpias la lavadora? —me pregunta Krista cuando lo comentamos, mientras nos estamos preparando para acostarnos. Es lamentable que esto se haya convertido en uno de mis temas favoritos. Debe de estar más que harta, pero yo no puedo contenerme.

—Con un espray de limpieza hipoalergénico que solo contiene ingredientes naturales —digo, sintiéndome más o menos tan viril como una niña de ocho años—. No lo entiendo, porque limpiar la lavadora pareció funcionar durante una temporada, pero ahora la cosa se ha recrudecido como nunca.

—¿Quieres que me lleve tu ropa a la tintorería? —pregunta—. Puedo lavártela allí.

—No quiero que te metas en un lío. —Dios sabe que no necesitamos que, encima, Krista pierda su empleo—. Quizá la lleve a la lavandería.

Me enfurece tener que llevar mi ropa a la lavandería cuando tengo una lavadora y una secadora en perfecto estado en mi propia casa. De hecho, me compré el modelo apilable más caro que tenían. Y ahora no puedo usarlo.

—A mí no me importa —contesta ella—. Nadie se enterará. De verdad, déjame que te la lave yo. No soporto verte sufrir así.

Voy a protestar de nuevo, pero Krista ya está cogiendo mi cesta de la colada. Saca del armario una bolsa de rejilla y empieza a meter

la ropa dentro.

—Krista, no te preocupes, en serio —insisto—. No tienes por qué hacerlo.

Ella no responde. Tiene en las manos una de mis camisas de vestir y la mira con una expresión extraña en la cara.

—¿Qué pasa?

—Blake —dice—, ¿qué es esto que hay en el cuello de tu camisa?

No sé de qué demonios habla. Rodeo la cama para echar un vistazo a lo que la tiene tan alterada. Todavía no sé por qué se ha puesto así, pero entonces lo veo: una mancha de intenso color rojo en el cuello de mi camisa blanca.

Ella restriega la mancha con un dedo y sale una parte del color.

—Es pintalabios —añade en tono cortante.

Me encojo de hombros.

—Supongo que me habrás manchado el cuello con tu pintalabios. ¿Qué pasa? Saldrá sin problemas al lavarla.

Krista vuelve la cabeza bruscamente y me fulmina con la mirada.

—Yo no uso ningún pintalabios de este tono.

Mi mirada salta del intenso color rojo del cuello de la camisa a los labios de Krista, donde ya no hay ni rastro del maquillaje que llevaba hoy. La miro sin comprender. ¿Cómo voy a saber qué colores de pintalabios utiliza?

—Yo solo uso el rosa —dice con toda intención—. Por el tono de mi piel.

Es posible que sea cierto. No puedo decir que recuerde haberla visto nunca con pintalabios rojo en todo el tiempo que llevamos juntos.

Entonces ¿cómo narices ha llegado este pintalabios rojo al cuello de mi camisa?

Ni siquiera acierto a imaginarlo, pero, por la expresión con la que Krista me mira, está claro que ella tiene más imaginación que yo.

—Krista. —Intento ponerle la mano en el hombro, pero ella se aparta con brusquedad—. No creerás que te estoy engañando, ¿no?

—Si no me estás engañando, ¿cómo has acabado con una mancha de pintalabios en el cuello? —Abre mucho los ojos—. ¿Por eso no querías que me encargara de tu colada?

—¡No! —Le arranco la camisa de las manos y examino esa mancha del cuello, devanándome los sesos para tratar de entender cómo ha podido acabar allí—. La verdad es que no lo sé. Quizá dejé tirada la camisa por ahí y se manchó con el pintalabios de Whitney.

—Whitney nunca se pinta los labios.

Es cierto. Parece que nunca se maquilla. Pero mi instinto me dice que ella ha tenido algo que ver con esto.

—¿Y si ha entrado en nuestra habitación mientras estábamos los dos fuera y ha manchado mis camisas con pintalabios? —sugiero—. Seguro que confiaba en que tú lo verías. Quiere crearme problemas contigo.

—¿En serio es esa tu respuesta? —Krista pone los brazos en jarras y me mira airada—. O sea que Whitney entró aquí y manchó tu ropa con pintalabios… ¿En serio? ¿Realmente te parece una explicación creíble?

Sí, claro que sí. Aunque por el modo que Krista tiene de decirlo deduzco que la respuesta correcta es no.

—Escucha —le digo—. Sinceramente no sé cómo puede haber llegado una mancha de pintalabios al cuello de mi camisa. Pero te prometo que no te he estado engañando. Yo jamás haría eso.

—Ya.

—Krista. —Procuro aplacar la sensación de pánico que está subiéndome por el pecho—. No es posible que creas que te estoy engañando. Por favor, dime que no lo crees.

Krista se desploma sobre la cama con los hombros caídos.

—Ya no sé qué pensar. Con franqueza, Blake, has estado actuando de un modo muy extraño últimamente.

—¿Extraño?

—Ya sabes a qué me refiero —murmura ella—. Apenas duermes. Estás siempre despotricando y desvariando sobre alguna cosa, incluidos esos ruidos en mitad de la noche que nadie oye aparte de ti. Y tienes una paranoia muy rara con Whitney. Quiero decir, a mí ella me parece muy amable.

Claro. Por supuesto que Whitney es amable con Krista. La inexplicable *vendetta* que ha organizado no es contra Krista.

—Escucha. —Le muestro los brazos, aún enrojecidos por esa erupción rabiosa—. Cualquier persona actuaría de un modo extraño si tuviera que lidiar con esto. A mí me está haciendo perder el juicio. Joder, ¿de verdad crees que mi estado mental es ahora el adecuado para tener una aventura? —Me agacho, buscando su mirada—. ¿Quién iba a desearme siquiera? ¡Cualquiera diría por mi aspecto que debería estar en una colonia de leprosos!

Eso le arranca una sonrisa casi imperceptible. Me siento a su lado sobre la cama, y ella me deja cogerle la mano, aunque no intento rodearla con el brazo. Un beso estaría totalmente fuera de lugar.

—Lamento que esta erupción esté volviéndome loco —digo—. Entiendo que tenga mala pinta que hubiera pintalabios en mi ropa, pero te juro que no sé de dónde ha salido. Te lo juro por mi vida. —Me muerdo el labio superior—. ¿Me crees?

Contengo el aliento, esperando su respuesta.

—Eh…, supongo —responde al fin—. Reconozco que resulta difícil imaginar que puedas tener un lío amoroso cuando no logras pasar ni cinco minutos sin rascarte por todas partes.

Le aprieto la mano.

—Exacto. Yo no quiero besar a ninguna otra mujer. Lo único que quiero es la receta de una pomada con cortisona.

Eso le provoca una risotada.

—Sé que estás sufriendo y que te estás esforzando todo lo posible. Por eso me he ofrecido a lavarte la ropa.

—De acuerdo —asiento—. Pero solo durante un tiempo. No quiero que esto se convierta en algo permanente.

Solo hasta que echemos a Whitney de una puta vez.

Aunque empiezo a temer que eso no va a suceder en un futuro próximo.

20

Cuando recibo una llamada de Malcolm —el Malcolm de Becky— deduzco que la instigadora debe de haber sido Krista.

Han pasado dos semanas desde que Krista encontró la mancha de pintalabios en mi camisa. No le pedí explicaciones a Whitney, pero, al día siguiente de que Krista lo descubriera, ella me lanzó una mirada mordaz que me convenció aún más de que aquello había sido obra suya. Estoy convencido también de que Whitney hizo algo en la lavadora o la secadora para que la ropa me picara, porque, desde que Krista empezó a llevársela a la tintorería, no he tenido ningún problema. La erupción ha desaparecido.

En cuanto a mi relación con Krista, las cosas han mejorado, aunque siguen siendo algo precarias. ¿De verdad cree que no la estoy engañando? Pienso que sí. Pero también pienso que ella misma no quiere reconocer hasta qué punto está preocupada por mí. Esta noche ha salido a cenar con Becky, así que la llamada del marido de su amiga resulta sospechosamente oportuna para evitar que me quede solo a mis anchas.

Estoy volviendo del trabajo, a unas dos manzanas de casa, cuando el teléfono empieza a vibrarme en el bolsillo. Como no tenía prisa y hace un tiempo perfecto, unos quince grados, he estado serpenteando por las calles residenciales. Decido responder a la llamada y aprieto el paso, pensando que tendré una excusa para colgar cuando llegue a casa. Deslizo el icono para responder y la voz cordial de Malcolm resuena en mi oído.

—¡Blake! ¿Cómo estás?

—Perfecto —miento—. ¿Y tú?

—Bien, bien, bien. —Su hábito de repetir las palabras me irrita más que de costumbre, pero procuro no demostrarlo—. ¿Y cómo le va a Krista?

—No sé. Pregúntaselo a Becky.

Malcolm se ríe con ganas ante lo que no era del todo un chiste.

—Escucha, Blake. Me estaba preguntando si te apetecería salir a tomar una copa conmigo algún día. Hace siglos que no lo hacemos.

No estoy seguro de que lo hayamos hecho nunca. Cuando yo trabajaba en Coble & Roy, a veces íbamos en manada a tomar una copa después del trabajo, y ambos formábamos parte del grupo. Pero ¿Malcolm y yo solos? Nunca. Y ahora mismo no me hace ilusión salir con un tipo que trabaja en la empresa que me despidió. Y al que, inexplicablemente, las cosas parecen irle mejor que a mí.

—Tal vez —contesto, queriendo decir que no.

—Creo que sería divertido —continúa él—. Las chicas son muy amigas, y pienso que tú y yo deberíamos llegar a conocernos mejor.

Paso frente al restaurante chino de la esquina, que sirve un dim sum excelente durante todo el día. Aunque deseo llegar cuanto antes a casa, me detengo un momento y considero la idea de pedir una ración de dumplings de gambas con cebollino, hasta que recuerdo que mi presupuesto actual ya no me permite una cantidad ilimitada de comida para llevar como antes.

—Ahora mismo estoy desbordado.

—Ah, ¿sí? ¿Va todo bien?

—Sí, todo perfecto. Simplemente estoy ocupado. Pero, ya me entiendes, en el buen sentido.

—Me alegra saberlo. Bien, bien, bien.

—Aun así —digo, apretando la mandíbula—, me apunto sin duda a una copa, pero tengo que esperar a que mi agenda se relaje un poco. Lo entiendes, ¿verdad?

—Claro —asiente Malcolm—, aunque quizá deberíamos fijar una fecha.

—Ajá. De acuerdo. —Ya estoy en mi manzana y mi casa aparece a la vista—. Lo que pasa es que ahora vuelvo del trabajo y estoy a punto de llegar a la puerta, o sea que… quizá podríamos hablarlo en otro momento.

Él vuelve a reírse.

—¿Estás intentando librarte de mí, Porter?

—En absoluto. Deberíamos salir de copas sin la menor duda. Suena genial. —Subo corriendo los escalones de la puerta principal —. Genial, genial, genial, ¿sabes? —Hurgo en el bolsillo para sacar las llaves—. Pero ahora mismo…

—¿Qué tal el próximo miércoles?

Me cuesta una fracción de segundo más de la cuenta idear una excusa.

—Eh…

—¡Genial! —dice él—. Quedemos en el Hannigan's a las ocho. Lo conoces, ¿no?

Claro que lo conozco. Está a la vuelta de la esquina de Coble & Roy. Pero una cosa es que no tenga más remedio que aceptar y otra muy distinta que vaya a un bar que casi seguro frecuentan mis antiguos colegas. Eso no me hace ninguna falta.

—Quedemos en el Cooper's. —Es un bar del Upper West Side a mitad de camino entre su apartamento y mi casa. Ya hemos estado allí otras veces las dos parejas, así que me consta que lo conoce.

—De acuerdo —responde—. ¡Estoy deseando que nos veamos!

—Sí —digo.

Consigo cortar la llamada justo cuando meto la llave en la cerradura. No estaba mintiendo del todo; las jornadas en la oficina son largas y a mí me lo parecen aún más. Me tiene agotado hacer de recadero de todo el mundo, y lo único que quiero ahora mismo es relajarme. Así que se me encoge el estómago cuando abro la puerta y veo a Whitney en mi sala de estar. Justo la persona con la que me apetece lidiar en este momento.

Whitney lleva sus habituales vaqueros azules rectos, aunque esta vez se ha puesto un top más bonito, de color negro, que resulta chic y sexy. Su aspecto es…, bueno, impresionante. Me pregunto si tendrá una cita. Aunque es difícil imaginarse a Whitney en una cita. Si tuviera sexo con un tipo, es probable que lo devorara al terminar el ritual de apareamiento.

—Hola, Blake —dice.

—¿Vas a salir? —pregunto.

—Quizá.

Me hace un guiño y saca del bolso una polvera con espejo y una barra de pintalabios. Abre la polvera y en cuanto desliza la barra sobre su boca reconozco el color.

Es exactamente el mismo que había en el cuello de mi camisa.

—¿De dónde has sacado ese pintalabios? —La pregunta me sale antes de que pueda contenerme.

Ella frunce los labios y me sonríe con dulzura.

—¿Y a ti qué te importa?

Me la imagino colándose en mi habitación y pasando la barra de pintalabios por el cuello de mis camisas, con la esperanza de que Krista se fijara y tuviéramos problemas. ¿Qué le sucede a esta mujer? ¿Qué demonios le he hecho para que me odie tanto? ¿Por qué quiere tratar de sabotear mi relación con Krista?

—Eres despreciable —le espeto.

Ella vuelve a guardar la polvera en el bolso. La sonrisa ya se ha desvanecido de sus labios pintados de rojo.

—¿Perdona? ¿Soy despreciable porque me pongo pintalabios?

—No pretendas negar lo que hiciste.

Whitney mete también en el bolso la barra de pintalabios y cierra la cremallera.

—Quizá deberías concentrarte menos en mí y procurar no cagarla en tu nuevo trabajo.

La miro con furia.

—Mi trabajo va muy bien, muchas gracias.

Ella arquea una ceja.

—¿Sí? Cuesta creerlo, ¿sabes?, teniendo en cuenta lo que ocurrió en tu última empresa…

¿Lo que ocurrió en mi última empresa? ¿Qué demonios quiere decir eso? ¿Qué es lo que sabe?

Whitney baja la mirada a su reloj.

—En fin, mejor me voy. No quiero llegar tarde.

—Un momento. —Voy a sujetarla de la muñeca, pero ella se zafa de mí con brusquedad—. ¿De qué estás hablando? ¿Por qué acabas de decirme eso?

—Ay, Blake… —Suspira—. Deberías preocuparte más de ti mismo. Tienes un aspecto de mierda, ¿sabes?

Con estas palabras, me aparta de un empujón y sale disparada de casa. Por Dios, me gustaría tener el dinero para poder echarla de una vez. O mejor, no haber estado nunca en la situación de necesitarla siquiera.

Me restriego los ojos. ¿Realmente tengo un aspecto de mierda? Me dan ganas de ir a mirarme en el espejo del baño, pero presiento que no me gustará lo que veré. La falta de sueño me está afectando de verdad.

¿Por qué ha hecho ese comentario sobre mi trabajo? Whitney y yo mantuvimos algunas conversaciones agradables antes de que ella empezara a odiarme, pero yo nunca le conté el motivo por el que me despidieron. ¿Acaso lo sabe? ¿O solo está jugando conmigo? Ella de ningún modo puede conocer los detalles de mi despido. A menos…

Se me cae el alma a los pies. ¿Es posible que el traslado de Whitney a esta casa no sea solo una horrible coincidencia? ¿Es posible que de algún modo ella orquestara todo esto desde un principio?

¿Acaso ha ido a por mí desde el momento mismo en que se mudó aquí?

21

La cabeza me da vueltas. ¿Podría ser que Whitney se hubiera mudado aquí con el decidido propósito de convertir mi vida en un infierno?

Es cierto que yo cometí un error al gritarle por consumir mi jabón y mis cereales, y me arrepiento de ello. Pero no he hecho absolutamente nada que justifique cómo me ha tratado. Da la extraña impresión de que me la tenía jurada desde el primer día.

O incluso *antes* del primer día. Quizá sea ella el auténtico motivo de que yo perdiera mi trabajo y necesitara buscar un inquilino.

Pero ¿cómo podría ser? ¿Cómo iba a conocer ella a Wayne Vincent? E incluso si lo conocía —suponiendo que tal cosa fuera posible—, ¿por qué? ¿Por qué iba a tenderme una trampa de esa manera? ¿Por qué iba a querer colarse en mi casa?

¿Hay un motivo para que Whitney Cross me la tenga jurada que yo desconozco?

No. No tiene sentido. Quizá yo esté un poquito más paranoico de lo normal últimamente, pero esa es una hipótesis excesiva incluso para mí. Y, además, antes de que ella se presentara a la entrevista, yo no la había visto en mi vida.

¿No?

Saco mi teléfono y tecleo «Whitney Cross» en el buscador de Google. Hice una búsqueda rápida cuando la conocimos, pero, al ver que no aparecía nada alarmante, dejé de indagar. Esta vez hago una inspección más a fondo.

Lo primero que aparece es una historiadora estadounidense llamada Whitney Rogers Cross, pero resulta que murió en 1955, así que supongo que no tiene nada que ver. Voy examinando al menos una docena de páginas de resultados y ninguno coincide con la Whitney que yo conozco. Reviso las redes sociales y encuentro

algunos perfiles bajo el nombre de Whitney Cross, pero ninguno lleva fotografía o alguna información que sea pública.

Todo esto es muy extraño. La mayoría de la gente de mi edad tiene alguna presencia en las redes sociales. Pero Whitney no. No hay una sola huella digital de esta chica.

Resulta inquietante.

¿Por qué no iba a tener alguna presencia en las redes? No da la impresión de ser una tecnófoba; siempre anda con el móvil en la mano. ¿Acaso está tratando de ocultar algo de su pasado?

O tal vez no le gusta internet, simplemente. Siempre está trabajando, así que podría ser que no tenga tiempo para las redes sociales. Eso no es un crimen, desde luego.

En todo caso, no parece que vaya a encontrar nada interesante en Google.

Como Krista ha salido con Becky esta noche, debo ocuparme yo de la cena. No me apetece preparar nada complicado, pero tenemos pan y pavo, así que… toca un sándwich. Saco de la nevera una barra de pan y un paquete de pavo procesado y los pongo sobre la encimera.

Basta con que los deposite ahí encima para que varias docenas de mosquitas de la fruta alcen el vuelo. Doy un paso atrás, atónito. El problema con esos insectos está totalmente fuera de control. ¿Cómo es posible que haya tantas?

Krista y yo montamos una segunda trampa en la encimera. Le echo un vistazo y se me encoge el corazón. Tiene que haber al menos un centenar de mosquitas en cada una de las trampas. Estamos atrapándolas a docenas, pero es como si, por cada una que matamos, aparecieran dos más en el aire.

Miro el pan y el pavo, ahora cubiertos de un manto palpitante de mosquitas. Me entran náuseas al verlo. Bueno, adiós a mi apetito. No entiendo qué es lo que estamos haciendo mal. Krista y yo nos hemos turnado para limpiar cada día la cocina, y yo froto hasta dejarme los dedos en carne viva. No hay ni una sola miga en la encimera, y tampoco fruta, desde luego. ¿Qué comerán estas estúpidas mosquitas?

No hace falta llamar a un exterminador de insectos para acabar con ellas, ¿no? No son el tipo de bichos que requiera un veneno potente. Deberíamos ser capaces de librarnos de ellas por nuestra propia cuenta. Todo se reduce a eliminar la fuente de comida.

Pero ¿cuál es? La cocina está inmaculada.

Alzo los ojos, reparando en que muchas de las mosquitas se han agolpado alrededor de los armarios superiores. No sé por qué estarán ahí arriba. Lo único que guardamos ahí son los platos limpios.

Abro el armario y un pequeño enjambre de mosquitas emerge del interior. ¿Qué demonios? Echo la cabeza hacia atrás para tratar de ver mejor lo que hay dentro. Da la impresión de que solo platos y cuencos limpios. ¿Por qué habrá ahí tantos insectos? Están todos apiñados alrededor del estante más alto, que no consigo ver bien.

¿Qué narices hay ahí arriba?

Por desgracia, no voy a poder verlo sin algo donde subirme. Hay un taburete en el armario del pasillo, de unos treinta centímetros de altura, que creo que debería bastarme para llegar a ese estante. Por desgracia, el taburete no es demasiado estable. De hecho, la última vez que lo utilicé para cambiar una bombilla, Krista dijo que me iba a partir el cuello.

Pero no habrá problema. No voy a partirme el cuello.

Arrastro el taburete hasta la cocina y lo sitúo bajo el armario. Cuando me subo, cruje de forma amenazante, pero no se viene abajo. Perfecto. No estaré mucho rato encima.

El armario sigue abierto y el estante superior resulta visible, aunque no está muy bien iluminado. La cantidad de mosquitas ahí es tan enorme que parece como si la balda misma hubiera cobrado vida. No creo que las mosquitas de la fruta hagan ruido, pero el enjambre en conjunto casi parece emitir un zumbido. Y hay un hedor peculiar. Yo ya había notado un olor en la cocina, aunque la verdad es que me había acostumbrado a él. Pero aquí, con el armario abierto, es mucho más intenso. Abrumador.

Parpadeo varias veces e intento ver, más allá de las mosquitas, qué es lo que las atrae tanto. ¿Qué puede ser lo que las ha estado alimentando?

Y entonces me doy cuenta.

Hay una bolsita de papel ahí dentro. Está muy claro que esa es la fuente de comida de las mosquitas, a juzgar por la gran cantidad que se aglomeran alrededor. Por un momento, considero la idea de usar una toallita de papel para evitar tocar la bolsa, pero no quiero tener que bajarme del taburete, ir a coger la toallita y volver a subir. No, la cogeré con las manos. Hay que ocuparse de esto *ahora* mismo.

Sujeto la bolsita de papel entre el pulgar y el índice. Las mosquitas se dispersan un poco, aunque siguen intensamente atraídas por su contenido. Respiro por la boca a causa del hedor y poco a poco tiro de la bolsa hacia mí hasta que queda en el borde del estante. La tengo lo bastante cerca como para ver lo que hay dentro. Inclino el borde de la bolsita para situarla a la altura de mis ojos y echo un vistazo dentro.

Se me revuelve el estómago. Oh, Dios. Dios mío.

Entonces suena un fuerte crujido y las patas del taburete ceden de repente. Antes de estrellarme en el suelo, lo único que puedo decirme a mí mismo es: «Odio a Whitney Cross».

22

Estoy bien.

Contra todo pronóstico, he sobrevivido a una caída desde una altura de treinta centímetros sin partirme el cuello, aunque me he quedado sin respiración a causa del golpe. Permanezco tendido en el suelo unos momentos, mientras voy haciendo inventario de mis lesiones. Me he machacado el codo con el impacto y siento una descarga de dolor a lo largo del antebrazo, pero no parece que tenga nada roto. No hace falta correr a urgencias.

La bolsita de papel sigue en el estante superior y agradezco que siga allí. Alzo la mirada hacia el estante, en cuyo borde se sostiene la bolsita en un equilibrio precario. Trago la bilis que tengo en la garganta.

Esa imagen está grabada a fuego en mi cerebro. No estoy seguro de lo que en su momento contenía la bolsita. ¿Manzanas? ¿Peras? Creo que eran manzanas. Eso no importa, en todo caso. Fuera lo que fuese, se ha podrido hasta el punto de que ahora se halla cubierto de gusanos. El aire está impregnado de ese repugnante olor dulzón.

Si ya es bastante malo encontrar algo así en mi cocina, resulta aún más inquietante adivinar cómo llegó ahí. A mí me gusta la fruta tanto como al que más, pero jamás metería un par de manzanas en una bolsa de papel y la dejaría en el estante superior, donde nadie pudiera alcanzarla.

No, quien la dejó ahí lo hizo con toda la intención. Y fue para asegurarse de que yo no descubriría que había algo podrido en la cocina hasta que las mosquitas se hubieran multiplicado, sacándome de mis casillas.

Empecé a reparar en las mosquitas de la fruta no mucho después de que Whitney se mudara. Da la impresión de que una de sus

primeras maniobras, después de entregar el depósito, fue encargarse de que mi casa no volviera a parecer un lugar limpio y seguro.

Lo peor es que, si le planto cara abiertamente, ella lo negará todo. A juzgar por lo que ha sucedido otras veces, me odiará todavía más.

Y Krista no creerá que haya sido Whitney. Ella ya piensa a estas alturas que estoy perdiendo el juicio. Teniendo en cuenta que nuestra relación parece pender de un hilo, no quiero involucrarla en este asunto.

Miro la bolsa de papel, que ahora está lo bastante cerca como para que pueda alcanzarla sin un taburete; y menos mal que es así, porque el único que tenemos está partido en pedazos esparcidos por todo el suelo. Así pues, cojo una de las ollas más grandes que hay sobre los fogones, la coloco invertida en el suelo y le aplico encima mi peso con cuidado, para ver si aguantará sin romperse. Aguanta. Me sujeto a la encimera con el brazo izquierdo, para mantener el equilibrio, y el codo que me he golpeado en la caída me hace aullar de dolor.

Ahora estoy a la altura suficiente como para poder agarrar la bolsa de papel. Casi de milagro, consigo retirarla del estante sin que ceda mi base de apoyo y la coloco sobre la encimera. Solo de pensar en su contenido, se me revuelve el estómago, aunque, más que nada, estoy furioso de verdad.

Pero no puedo enfrentarme con Whitney. Y tampoco puedo echarla a patadas. ¿Qué puedo hacer, pues?

Entonces se me ocurre la respuesta. Voy a hacerle probar su propia medicina.

Cojo una bolsa de plástico de la despensa, porque la posibilidad de que la bolsita de papel se desintegre, dejando escapar todo su contenido sobre el suelo de la cocina, resulta demasiado nauseabunda para imaginarla siquiera. Una vez que está a buen recaudo en la bolsa de plástico, salgo de la cocina y subo las escaleras hasta el segundo piso. El codo no deja de dolerme.

La habitación de Whitney está junto a la escalera. Tiene un cerrojo en la puerta, pero solo funciona desde dentro. Eso significa

que, cuando ella sale, queda abierta. Pongo la mano en el pomo y, en efecto, gira sin problemas.

No había estado dentro de esta habitación desde que Whitney se trasladó aquí. Me he enfrentado con ella varias veces desde el umbral, pero nunca he entrado. Habría resultado demasiado invasivo. Así pues, ahora echo un vistazo alrededor.

No tiene muy mal aspecto. No sé qué me esperaba. ¿Una barra de incienso encendida? ¿Restos de algún ritual satánico? ¿Una pintada en la pared con sangre diciendo «Odio a Blake»? No veo nada que se le parezca ni de lejos. La habitación está ordenada, con la ropa cuidadosamente guardada en los cajones; incluso la cama está hecha. Como yo, tiene el hábito de hacérsela, lo que me inspira cierto respeto, aunque sea con reticencia. Encuentro irritante, en cambio, que no haya vaciado la papelera que hay junto a la cama; está repleta de notas adhesivas estrujadas.

Por pura curiosidad, abro su armario. El interior resulta aburridísimo. Tiene una hilera de camisetas, pantalones y vestidos colgados de las perchas, y unas zapatillas de repuesto y unos zapatos de tacón en el suelo.

Vale, basta de fisgonear. Me concentro en lo que he venido a hacer.

Situándome frente a la cama de Whitney, echo un último vistazo a la bolsa de plástico y luego la vuelco.

Al caer sobre la cama, la base de la bolsita de papel se desprende, tal como esperaba, y todo su contenido se desparrama de golpe. La fruta podrida y los gusanos quedan esparcidos sobre la manta impoluta.

Muy bien. Ahora estamos empatados.

No había hecho nunca nada parecido. Mientras bajo por las escaleras hacia la cocina, donde tengo la intención de limpiar a fondo hasta que las mosquitas hayan desaparecido, hago planes para salir y celebrarlo con una cerveza cuando haya terminado. Me encanta mi casa y Whitney la ha convertido en un infierno. Me he limitado a desquitarme un poco.

Solo que estoy seguro de que Whitney no lo verá así. Por muy bien que me haya sentido al tomarme una pequeña venganza, tengo

la sensación de que acabo de cometer un error fatal.

23

Como no se me ha ocurrido ningún pretexto para saltarme el compromiso, esta noche voy a tomarme unas copas con Malcolm en el Cooper's.

Han pasado bastantes días desde que desparramé la fruta podrida y llena de gusanos sobre la cama de Whitney. Me avergüenza reconocer que esa noche, cuando me fui a dormir, me aseguré de que el cerrojo de la puerta de nuestro cuarto quedaba echado. Parecía factible que Whitney se colara dentro a hurtadillas y me rebanara el pescuezo mientras dormía. O que arrojara los gusanos sobre *nuestra* cama, cosa que habría sido casi igual de desastrosa.

Pero, por extraño que parezca, Whitney no hizo ningún intento de asesinarme en mitad de la noche. De hecho, no mencionó el episodio en absoluto. Cuando me crucé con ella en el pasillo, de camino al baño, fue como si nada hubiera sucedido, cosa que me pareció de lo más extraño e increíble. Estoy en ascuas, de todos modos. No sé si estará planeando algo.

Llego al Cooper's con diez minutos de retraso. Es un tugurio pequeño y oscuro, con sillas y mesas de madera maciza que casi siempre están pegajosas, incluso después de limpiarlas. Aunque ya no está permitido fumar en los bares de la ciudad, el local huele como un cenicero. Supongo que debe de ser por los clientes y empleados que se escabullen afuera para fumar un pitillo y vuelven a entrar solo unos segundos después de apagarlo. El suelo está manchado de ceniza. Gwen, mi última novia antes de Krista, era fumadora, y este olor me recuerda a ella de un modo turbador. Aquella relación solo duró unos meses y no acabó bien.

Malcolm no está en el bar cuando llego y casi estoy a punto de largarme. Fue él quien me forzó a quedar… ¿y ahora llega más tarde que yo? Pero Krista está tan entusiasmada ante la perspectiva de

que el marido de Becky y yo nos hagamos amigos que se enfadará si no vuelvo a casa con un informe de lo bien que ha ido la velada. Dadas las peleas que hemos tenido en los últimos tiempos, debo andarme con mucho cuidado para no cagarla.

Encuentro una mesa para dos y me siento yo solo. Hay dos chicas de veintitantos sentadas en la barra, disfrutando al parecer de una salida de amigas, aunque las faldas que llevan son muy muy cortas. Procuro no hacer caso, pero una de ellas capta mi mirada y me lanza una sonrisa sugerente. Me apresuro a mirar para otro lado. ¿Dónde demonios está Malcolm? Le doy cinco minutos más; si no, me largo.

Cuatro minutos después, Malcolm entra apresurado en el Cooper's. Un traje con corbata le cubre ese gran corpachón, lo que hace que casi me arrepienta de no haberme quedado con mi ropa de trabajo, en lugar de vestirme de modo más informal con unos vaqueros y una camiseta de la Universidad de Nueva York. Tiene ese aspecto de estar a la vez exhausto y acelerado que me resulta tan familiar. Así es como me sentía tras una larga jornada en Coble & Roy.

—¡Blake, amigo mío! —grita.

Al acercarse a la mesa, alza la mano y yo me dispongo a chocar el puño con él, pero resulta que lo que quiere es chocar los cinco, así que abro torpemente la mano y lo saludo de ese modo. Estoy deseando que esto se acabe.

Malcolm aparta la otra silla, haciendo chirriar las patas contra el suelo.

—¿Ya has pedido?

No. Confiaba en poder largarme.

—Aún no.

Malcolm llama a la camarera con un gesto rápido de muñeca. Yo pido una Heineken y él, un whisky escocés con hielo. Recuerdo con una punzada de amargura que era la bebida preferida de Wayne.

—¿Qué tal el nuevo trabajo? —me pregunta.

—Genial.

—Eso está bien —dice—. Bien, bien, bien, bien, bien.

—Ajá. Eh… —Carraspeo—. ¿Y cómo van las cosas en Coble & Roy?

Quizá algún día seré capaz de pronunciar ese nombre sin trabucarme, pero ese momento todavía no ha llegado.

Se encoge de hombros.

—Ah, como siempre. Ya sabes.

Me gustaría preguntarle si Wayne habla alguna vez de mí, pero no estoy seguro de querer conocer la respuesta. En lugar de esta pregunta, le hago otra cuya respuesta tampoco quiero conocer:

—¿A quién escogieron como nuevo vicepresidente? ¿A Chad?

—¿Chad Pickering? —dice Malcolm con un bufido—. De hecho, estuvieron a punto. Pero lo pillaron esnifando coca en el baño.

Alzo las cejas de golpe.

—Guau. ¿En serio?

—Ya lo creo.

Estoy sorprendido, pero tampoco tanto. Chad hacía más horas que nadie en la empresa y nunca parecía cansado; era casi inhumano. Pero he conocido a otros tipos que consumían coca y no capté esa onda en él. Tenía esposa y un hijo, y parecía bastante puritano. Supongo que nunca puedes saber a dónde te llevará la presión del trabajo.

—Entonces ¿quién acabó quedándose el puesto? —pregunto.

—De hecho —responde Malcolm—, fui yo.

—¿Cómo?

Lo digo levantando tanto la voz que, dos mesas más allá, un tipo que lleva una gorra con un pingüino se vuelve y me mira boquiabierto. La reaparición en ese momento de la camarera, que nos deja las bebidas delante, salva la situación. Estoy demasiado aturdido para darle las gracias siquiera. ¿*Malcolm* es el nuevo vicepresidente de marketing en Coble & Roy? Pero si apenas era competente… Hace seis meses, ni siquiera habría podido decirte qué es un posicionamiento en motores de búsqueda. ¿Qué demonios…?

Doy un trago de cerveza, tratando de contenerme y no soltar algo que luego lamentaré.

—Es… una extraña elección —acierto a decir al fin. Sueno como un capullo, pero me tiene sin cuidado. Es un error garrafal.

—He estado trabajando muy duro —responde él a la defensiva—. Wayne dice que soy su mano derecha.

—¿*Wayne* te dijo eso?

—Sí. —Se ruboriza—. Oye, yo al menos no tomo drogas ni le robo a la empresa.

Ahora soy yo quien se sonroja.

—Yo no le robé a la empresa. Jamás hice tal cosa. Eso era mentira y tú lo sabes.

—Ah, ¿sí? —Arquea una ceja—. Nunca fuiste precisamente el Señor Simpatía en Coble & Roy. Mucha gente tenía un montón de mierdas que contar sobre ti. Me pasaba la mitad de mi tiempo defendiéndote. Incluso Chad, antes de ser despedido, me dijo que le robaste ideas y las hiciste pasar como si fueran tuyas.

Agarro la botella de cerveza y apuro el resto en dos largos tragos. Luego la estampo sobre la mesa y me levanto de la silla.

—Me voy.

La expresión de Malcolm se ablanda, como suele hacer cuando alguien le replica de malas maneras. Es demasiado gallina para este trabajo; se lo comerán vivo en cinco segundos y Wayne se arrepentirá de haberme despedido.

—Ey, espera. Perdona. No pretendía decirlo en ese sentido.

—Sí, claro que sí. —Me saco la cartera del bolsillo y arrojo sobre la mesa un par de billetes para pagar mi bebida—. Ya hemos terminado.

Él se pone en pie con dificultad y se planta frente a mí.

—Pero Becky y Krista querían que saliéramos a tomar una copa —protesta, confirmando mis sospechas.

—Ya lo hemos hecho —digo—. Voy a darme un paseo antes de volver a casa. Tú puedes contarle a Becky lo genial que ha ido. Que ahora somos grandes amigos. —Me encojo de hombros—. Dile lo que mejor te parezca, pero yo no me quedo aquí ni un segundo más.

Lo aparto de un empujón y no me detengo hasta que he salido del bar. Tras su desganado intento de pararme, Malcolm ha decidido al parecer quedarse a terminar su copa. Todavía no me entra en la cabeza lo que me ha dicho. ¿Cómo es posible que *Malcolm* haya conseguido mi antiguo puesto? No está cualificado en absoluto. Debe de haberle lavado el cerebro a Wayne.

Justo antes de alejarme, atisbo por la ventana medio empañada del bar para comprobar que Malcolm no ha decidido seguirme. O peor, que no está contándole mi salida airada a Becky, quien a su vez se chivará a Krista. Pero ni me está siguiendo ni está hablando con Becky por teléfono. Ha decidido acercarse a esas dos chicas que me han sonreído al entrar. Bueno, espero que el muy gilipollas se lo pase bien.

24

Blake! ¡Blake!

Los gritos de Krista desde la planta baja me despiertan con un sobresalto. Tardo un segundo en orientarme. Es sábado, estoy en la cama, Krista no está a mi lado. Y son… Mierda, solo son las siete de la mañana.

—¡Blake!

Suena completamente histérica y se me encoge el estómago. ¿Qué será esta vez? Me da miedo descubrirlo.

Ha pasado un poco más de una semana desde el episodio de los gusanos. Aún no ha habido por parte de Whitney ninguna alusión a lo que hice. De hecho, empiezo a preguntarme si me lo habré imaginado todo. La sola idea de que alguien hubiera metido adrede una bolsa de papel llena de fruta podrida en el armario de la cocina parece bastante descabellada. ¿Podría haberse tratado de una especie de sueño lúcido?

Pero no. Uno no se imagina una bolsa llena de gusanos.

Además, el problema de las mosquitas de la fruta ha mejorado de forma notable. Hemos dejado en la cocina un montón de trampas nuevas que han atrapado, digamos, al noventa por ciento de las mosquitas. Entre esas y las que yo aplasto con la mano, la plaga ha quedado reducida a una leve molestia.

—¡Blake!

Me restriego los ojos y me incorporo con dificultad en la cama.

—¡Voy! —respondo.

Bajo las piernas por un lado de la cama. Me pongo una camiseta, pero no me molesto en cambiarme los calzoncillos por otra cosa. No me estoy vistiendo para Whitney. Mi novia puede verme en ropa interior.

Al llegar a la mitad de la escalera veo a Krista de pie en la sala de estar. Tiene la cara toda roja y, cuando me acerco un poco más, veo sus mejillas arrasadas en lágrimas. Está llorando.

Oh, no. ¿Qué ha pasado?

—¡Es Goldy! —gime—. ¡Goldy está muerta!

Me apresuro a bajar el resto de los escalones descalzo. Cuando llego junto a la pecera, veo que, en efecto, Goldy está panza arriba en el agua. Nunca había visto un pez muerto, salvo en la pescadería, pero no me cuesta reconocer que se ha ido al otro mundo.

—Lo siento muchísimo. —Le paso a Krista el brazo por los hombros y la atraigo hacia mí—. Es… muy triste.

Resulta extraño, pero *es* triste en cierto modo. Pese a que no teníamos mucha interacción directa con Goldy, me había acostumbrado a su presencia. Y le he estado hablando un poco más de lo que dictaría la cordura. Sé que era solo un pez, pero tenía su personalidad. Un poquito de personalidad, al menos. Para ser un pez.

Krista, por su parte, está afectada de verdad. Se aferra a mí y solloza sobre mi pecho. Le doy un abrazo de nivel diez mientras sus lágrimas me humedecen la camiseta. Tras unos minutos, alza la mirada con los ojos hinchados y enrojecidos.

—Ya sé que es extraño estar tan afligida por un pez —dice—, pero le había tomado cariño. Y era la primera mascota que hemos tenido como pareja, ¿sabes? Da la sensación de que… su muerte es una señal.

—No es una señal. —Tengo que cortar de raíz ese pensamiento—. En la tienda de mascotas ya nos dijeron que estos peces dorados no suelen vivir mucho tiempo.

—Pero parecía muy sana —gimotea Krista—. No lo entiendo. Le puse la comida ayer y ¡parecía estar perfectamente! ¡Se zampó las bolitas en un momento!

—Ajá —digo.

Ella se seca la cara con el dorso de la mano.

—Le cambiaste el agua el pasado fin de semana cuando te lo pedí, ¿no? —me pregunta.

—Pues claro.

—Pero no se la cambiaste toda, ¿verdad? Solo el veinte por ciento…

—Sí. Así lo hice. —Más o menos.

—Y pusiste una tableta para eliminar el cloro, ¿no?

—Por supuesto.

Mientras Krista me interroga sobre lo que hice cuando cambié el agua la semana pasada, no puedo evitar sentir un poquito de alivio por el hecho de que ya no vaya a tener que hacerlo más. Cambiar el agua de la pecera era una lata. Aunque tengo el mal presentimiento de que es probable que pronto volvamos a la tienda de mascotas para comprar otro pez. Tal vez pueda disuadirla de ello. Al menos hasta que las cosas se tranquilicen.

Tendré que investigar un poco qué animales son más fáciles de cuidar. Un lagarto sería genial.

—Hemos de… enterrarla —dice Krista.

—¿En serio? ¿Quieres decir que no podemos… tirarla simplemente por el váter?

Krista me lanza una mirada horrorizada. Quizá eso ha sido un poco insensible. Siento una pequeña punzada en el pecho mientras miro el cuerpecillo inerte de Goldy.

—Perdona —me apresuro a decir—. Claro que podemos enterrarla. Podemos celebrar un funeral y todo lo demás.

Con esto, ella parece aplacarse en cierta medida. Fantástico. Ahora me he comprometido a celebrar un funeral por un pez dorado. No puedo creer que vaya a ser así como voy a pasar la mañana del sábado.

—Voy a buscar una bolsa hermética para guardarla —dice Krista—. ¿Puedes sacarla tú de la pecera?

—Claro.

Me da un poco de asco la idea de manipular un pez muerto, pero supongo que no es algo muy distinto, estrictamente hablando, de cuando estoy comiendo sashimi. Eso me digo a mí mismo, en todo caso.

Al inclinarme sobre la pecera con la red, capto un tufillo en el agua. Es entonces cuando lo huelo. Al principio, pienso que debo

estar imaginándomelo. Pero no. Hay un hedor inconfundible procedente de la pecera.

Es lejía.

Krista vuelve a la sala de estar con una bolsita lo bastante grande como para meter a Goldy dentro. Todavía tiene los ojos hinchados, y me pregunto por un momento si no será una crueldad decirle que su pececito no ha muerto por causa natural. Pero Krista tiene que saber la verdad. Tiene que saber con qué estamos lidiando aquí, porque ella no parece tomárselo en serio.

—Krista —digo muy despacio—. Alguien ha puesto lejía en la pecera.

Abre los ojos como platos.

—*¿Qué?*

—Lo estoy oliendo. —Ahora que he identificado el hedor, me parece como si inundara toda la sala. No comprendo cómo no lo he detectado antes—. Es un olor inconfundible.

Krista viene corriendo y acerca la nariz a la pecera mucho más de lo que yo estaría dispuesto a hacerlo habiendo un pez muerto dentro. Luego alza la cabeza.

—Yo no huelo nada.

—¿En serio? —Yo sería capaz de olerlo desde el fondo del pasillo —. Es lejía sin la menor duda, Krista.

Ella vuelve a husmear la pecera.

—No lo sé. Ni siquiera estoy del todo segura de cómo huele la lejía.

—¡Es un olor químico! ¡Es lejía!

Solo me doy cuenta de cómo estoy levantando la voz al ver que ella da un paso atrás.

—Vale, ¿y por qué tendría que haber lejía en la pecera?

Yo me estaba preguntando lo mismo.

—Debe de haberla puesto Whitney.

—¿Whitney? —Me mira con ojos desorbitados—. ¿Por qué demonios iba *Whitney* a hacer eso?

—Porque es una psicópata —respondo, puesto que es *obvio*—. Sé que necesitamos el dinero, pero creo que deberíamos echarla de aquí. En serio.

Krista frunce el ceño.

—Y entonces ¿cómo vamos a pagar la hipoteca?

A estas alturas, casi prefiero que me echen de esta casa que vivir aquí con Whitney. No me fío de ella. Si está dispuesta a envenenar a un pez, ¿quién sabe de qué más es capaz?

—¿De verdad quieres que convivamos con una persona capaz de envenenar a un pez indefenso?

—Yo no huelo nada, la verdad…

—Créeme, Krista.

Ella me mira con escepticismo. Es exasperante. ¿Cómo es posible que no perciba este hedor químico? ¿Acaso tiene el olfato atrofiado?

—Hemos de librarnos de Whitney —digo con más firmeza—. Ya encontraremos a otra persona.

—Todos los demás candidatos eran horribles —me recuerda—. A mí me gusta Whitney. Durante todo el tiempo que lleva aquí, no ha mostrado otra cosa que una actitud amable.

—Sí, contigo.

Me dirige la misma mirada que cuando Quillizabeth declaró haber tenido la visión de que yo la mataba a puñaladas.

—Blake, ¿no cabe la posibilidad de que estés…?

—De que esté… ¿qué?

Ahora aparta la mirada.

—Que estés *imaginándote* algunas de las cosas que dices que Whitney ha hecho.

—Eso es absurdo. —Aunque no lo reconozco, su acusación me provoca una sensación inquietante—. No me he imaginado nada. Whitney me odia.

—No me dijo nada de que no le cayeras bien cuando almorzamos juntas.

Me siento como si acabara de recibir una patada en el estómago.

—¿Almorzasteis juntas?

—¿Y por qué no? —Krista pone los brazos en jarras—. Ella no es el enemigo, Blake. Vive con nosotros.

—Sí que *es* el enemigo —replico, aunque, al tiempo que salen estas palabras de mis labios, me doy cuenta de que sueno un poco

histérico. El agua de la pecera de Goldy chapotea un poco. Carraspeo—. Y seguramente ha hecho esto para vengarse de mí.

—¿Por qué tendría que querer vengarse de ti? ¿Vengarse de qué?

—De lo que le hice a su cama.

Krista inspira de golpe.

—¿Qué le hiciste a su cama?

Mierda. No debería haber dicho eso. No estaba pensando.

—¿Qué hiciste, Blake? —Me mira entornando los ojos—. Dime la verdad.

Me remuevo, avergonzado. Cuando tiré aquella porquería sobre la cama de Whitney, estaba de lo más cabreado. Ahora, si echo la vista atrás, me avergüenza haberlo hecho. Pero la culpa es suya. Fue ella quien escondió aquella fruta podrida en la cocina. Es *ella* la malvada.

—¿Te acuerdas de que teníamos en la cocina todas aquellas mosquitas? —empiezo—. Bueno, resulta que Whitney había metido en el estante superior de los armarios un par de piezas de fruta que estuvieron pudriéndose ahí desde que ella vino a esta casa. Habían empezado a criar gusanos. —Me estremezco al recordarlo—. Así que… me desquité.

—¿Cómo que te desquitaste? ¿Qué quieres decir?

—Tiré esa fruta podrida sobre su cama.

—Ay, por Dios. —Krista empieza a deambular por la sala de estar —. ¿En serio tiraste fruta llena de gusanos en la cama de Whitney? Pero ¿qué demonios te pasa? ¿Has perdido el juicio?

—Fue ella quien la dejó en la cocina…

—¿Y cómo lo sabes? —explota—. Eres tú el que siempre está comiendo manzanas. ¡Quizá dejaste *tú* esa fruta ahí arriba!

—¡Creo que me acordaría si hubiera metido unas manzanas en una bolsa de papel y la hubiera dejado en el estante de arriba, a donde ni siquiera llego sin un taburete!

Krista menea la cabeza.

—¿Usaste ese horrible taburete del que te niegas a deshacerte? Algún día, cuando se rompa, vas a hacerte daño de verdad.

—No me estás siguiendo —le suelto—. Mira, sé que fue Whitney quien dejó la fruta allí. Y ahora se ha vengado de mí echando lejía en la pecera.

—¿Por qué iba a vengarse de esa manera de ti? —me replica—. Soy yo la que quería a Goldy. ¡A ti no te importa lo más mínimo! ¡Estabas dispuesto a tirarla al váter!

A mí me *gustaba* Goldy; *quererla* me parece excesivo para un pez. Pero sí, la verdad, si Krista me diera la opción, tiraría el pez por el váter y me ahorraría ese absurdo funeral. Ahora, sin embargo, debo adoptar el papel del novio sensible. Porque cada vez es más evidente que, si no intento arreglar las cosas, corro el peligro de perder a Krista. Ella actúa como si yo me hubiera trastornado últimamente, lo cual no es cierto. Teniendo en cuenta que he perdido mi trabajo y he estado durmiendo fatal (en buena parte gracias a otro episodio de golpes en mitad de la noche), creo que estoy sobrellevando la situación bastante bien, joder.

Inspiro hondo varias veces para dominarme. Replicar a Krista a gritos no hará más que empeorar las cosas.

—Krista —digo con suavidad—, perdona. A mí sí me importaba Goldy. O sea, me importa. Y deseo en serio celebrar ese funeral. Era un buen pez.

—Sí, *era* un buen pez —gimotea Krista.

No dice nada más sobre la lejía, lo que me hace pensar que no cree que haya sido eso lo que ha matado a Goldy. Es curioso: cuando vuelvo a husmear la pecera, ya no huele tan fuerte. Pero no me lo estoy imaginando.

Whitney ha matado a nuestro pez. No he estado tan seguro de algo en toda mi vida.

Y tengo el mal presentimiento de que esto es solo el principio.

25

Tenemos un pequeño jardín trasero, que en realidad no es tanto un jardín como un reducido trecho de tierra y hierba detrás de la casa, aunque eso ya es un paraíso en Manhattan, donde nadie dispone de un espacio exterior. Había pensado que acabaríamos montando una mesita y unas sillas para cenar fuera en otoño, pero todavía no hemos encontrado el momento de hacerlo. En cambio, el primer uso que vamos a darle a nuestro jardín es el de lugar de reposo para Goldy.

Después de sacar a Goldy de la pecera y meterla en la bolsita hermética, he subido para vestirme como es debido, porque una camiseta y unos calzoncillos no son al parecer un «atuendo apropiado» para el funeral de un pez dorado. Considero la idea de ponerme unos vaqueros, pero lo último que deseo es que Krista se enfade porque no estoy tomándome esto en serio, así que elijo unos bonitos pantalones de color caqui y una camisa de vestir. Lo que no voy a hacer es usar corbata para el funeral de un pez; por ahí no paso. Un detalle positivo es que mi irritante erupción parece haber desaparecido desde que Krista empezó a encargarse de mi colada.

Cuando vuelvo a la sala de estar, veo que Whitney ha vuelto a casa después de hacer media jornada en el restaurante. Se me cae el alma a los pies al verla hablar en voz baja con Krista, que se seca los ojos con la mano. Me pregunto qué estará diciendo Whitney de mí; desde luego, nada bueno. Y la cosa me gusta aún menos cuando parece señalar con énfasis hacia mí. Es de suponer de qué hablarán durante su próximo almuerzo juntas. Pero entonces Krista me hace una seña para que me acerque. Y no parece enfadada, sino solo afligida.

—Whitney quiere unirse al funeral de Goldy —me dice.

No creía que este funeral pudiera llegar a ser menos atrayente, pero por lo visto sí era posible.

—Fantástico —respondo.

Los ojos de color castaño claro de Whitney me devuelven la mirada.

—Es muy triste lo de Goldy. Realmente era como una más de la familia.

—Es cierto —asiente Krista.

Miro enfurecido a Whitney. «Tú has matado a nuestro pez, maldita bruja».

Ella se vuelve hacia la pecera.

—Deja que me encargue yo de guardarla. Debe de resultar duro mirarla ahora que está vacía.

—Sí —dice Krista—. Tienes razón. Muchas gracias.

No quiero que Whitney se deshaga de la pecera y del agua que hay dentro. Quiero demostrar que ahí hay lejía, porque debe de haber un método para detectarla. Pero si Whitney se deshace de las pruebas, Krista nunca me creerá.

Así pues, antes de que Whitney pueda coger la pecera, le toco el brazo a Krista.

—Quizá no deberíamos hacerlo. Tampoco queremos librarnos sin más del recuerdo de Goldy, ¿verdad? Deberíamos, no sé, preservarlo durante el mayor tiempo posible.

Krista me mira como si me hubiera vuelto loco.

—Es solo agua sucia. Creo que podemos tirarla.

Empiezo a protestar de nuevo, pero Whitney ya ha cogido la pecera, y lo único que puedo hacer es mirar cómo desaparece con ella en la cocina. Suena un ruido de agua corriendo. Cualquier prueba de que nuestro pez ha sido envenenado se ha ido literalmente por el sumidero.

Whitney regresa de la cocina con las manos vacías. No sé dónde habrá dejado la pecera, pero parece muy orgullosa de sí misma. Me lanza un guiño tan rápido que estoy seguro de que a Krista se le pasa por alto.

Los tres salimos al exiguo jardín trasero para celebrar el funeral del pez dorado. Krista ha encontrado una piedra grande para que

sirva de lápida y yo he cogido una de las grandes cucharas metálicas de la cocina para cavar.

—¿A qué profundidad debería llegar? —pregunto.

—Bueno —dice Krista, pensativa—, se supone que para una persona de estatura media debes hacer un hoyo de dos metros de profundidad. Así que para un pez de unos cinco centímetros…, no sé. Unos cuantos centímetros, supongo.

Perfecto, porque no me entusiasma cavar con una cuchara.

Una vez que he abierto en la tierra un hoyo de unos cuantos centímetros, Krista deposita dentro a Goldy con delicadeza. Se besa los dedos y luego los pone sobre el pez envuelto en plástico. Yo utilizo entonces la cuchara para cubrirlo de tierra y Krista coloca encima la piedra. Mientras ella se arrodilla llorosa junto a la tumba del pez, me vuelvo hacia Whitney, que tiene una sonrisita en los labios. Me dan ganas de estrangularla.

—Deberíamos decir unas palabras en memoria de Goldy —propone.

Krista vuelve a ponerse de pie, secándose los ojos.

—Eso estaría muy bien.

—Blake —dice Whitney—, ¿quieres empezar?

De verdad que la odio. Pero no puedo cagarla ahora. Si quiero que Krista siga considerándome el marido perfecto, tengo que ser capaz de dar la cara en los momentos trágicos.

—Hoy nos hemos reunido aquí para decirle adiós a Goldy. —Bajo la cabeza—. La encontramos en una tienda de mascotas… Era la más rápida de todos los peces dorados. Le gustaba comer bolitas, también le encantaba nadar en círculos, y… —Miro a hurtadillas a Krista, que me observa expectante—. Y era un buen pez.

¿Ha sido suficiente? No lo sé. Krista parece algo decepcionada. Pero…, o sea, venga ya. ¿Cuántas cosas puedes decir de un animal que ha pasado dentro de una pecera todo el tiempo que lo hemos tenido?

—Echaré de menos a Goldy —empieza a hablar Whitney—. Siempre que yo estaba en la sala de estar, tenía la sensación de que me hacía compañía. A veces, casi parecía que me sonreía. Cuando llegaba del trabajo, por muy cansada que estuviera, allí me la

encontraba, dispuesta a distraerme nadando de un lado para otro. Y las noches en las que no podía dormir, Goldy estaba conmigo. A pesar de que se haya ido, es como si su espíritu siguiera aquí. Con nosotros. —Toma una bocanada de aire entrecortada—. Y, desde luego, nunca nunca la olvidaremos.

Los ojos de Krista se llenan de lágrimas.

—Ha sido precioso, Whitney. Estoy de acuerdo. Da la sensación de que su espíritu sigue aquí.

¿Bromea? ¿«Nunca nunca la olvidaremos»? A mí me gustaba Goldy, pero, vamos, era un *pez*. Me enfurece que Whitney me haya eclipsado. En especial, porque es ella la que ha matado a Goldy. Krista quizá no me crea, pero yo sé que es cierto.

—Necesitaba oír algo así —continúa Krista, mirando a Whitney—. Muchas gracias por esas amables palabras sobre Goldy. Eres una buena amiga. Ya sé que todo esto puede parecer un poco tonto… —Me mira con toda intención—. Pero la verdad es que ayuda.

Whitney le tiende la mano y Krista la coge. A mí me palpita una vena en la sien; me está entrando un sordo dolor de cabeza. Y no hace más que aumentar cuando Krista empieza a llorar otra vez y, en lugar de venir a abrazarme, se vuelve hacia Whitney, que la rodea con los brazos. Ya no lo aguanto más. Es que no puedo.

—Bueno, ya basta de tonterías —exploto—. Sé que has sido tú quien ha matado a Goldy, Whitney.

Las dos se vuelven hacia mí a la vez. Una expresión divertida destella en los ojos de Whitney, pero Krista está furiosa.

—¡Blake! —me espeta—. ¿Qué demonios te pasa?

—Es la verdad —replico—. Ha asesinado a Goldy y ahora está fingiendo que se siente muy triste. Mírala. ¡Salta a la vista que finge!

Krista se vuelve hacia Whitney, que ahora, por arte de magia, está derramando lágrimas como si se sintiera apenada de verdad por ese estúpido pez. ¡Por favor!

—Blake está alterado por la muerte de Goldy, eso es todo —observa Whitney con delicadeza—. No sabe lo que dice.

—¡No está alterado! —grita Krista—. ¡Quería tirarla por el váter!

—¡Blake! —exclama Whitney—. ¿Cómo se te ha ocurrido algo así?

De nuevo, hay una expresión risueña en sus ojos. Está disfrutando todo esto. Le encanta que Krista la crea a ella y no a mí.

Es justo lo que ella quería que sucediera. He caído de cabeza en su trampa.

—Vale, sí, quería tirar el pez al váter. —Mientras las palabras salen de mis labios, me estremezco ante la expresión de mi novia—. ¡Pero yo no le he hecho ningún daño a Goldy! ¡Al menos no soy un psicópata que ha envenenado a nuestro pez con lejía! ¡Deja de ser tan ingenua, Krista!

Ella parece traumatizada por mis comentarios, mientras que Whitney está reprimiendo claramente una risotada. ¿Cómo es que Krista no lo ve?

Ahora me lanza una mirada dolida.

—Necesito… estar sola. Voy a salir a dar una vuelta.

Se suponía que esta tarde íbamos a ver una película, pero debo hacerme a la idea de que eso ha quedado descartado, ya que estamos de luto. Whitney y Krista vuelven adentro juntas, mientras que yo me quedo al lado de la tumba recién consagrada del pez dorado. Pero, justo cuando están desapareciendo en el interior de la casa, Whitney se vuelve a mirarme, y la sonrisa que tiene en la cara me da ganas de hacerle exactamente lo que ella le ha hecho a mi pez. Ojalá pudiera enterrarla también.

26

Ha pasado una semana desde que murió Goldy.

Durante un par de días después del funeral, las cosas entre Krista y yo han estado tensas. Ella se negaba a creer que Whitney pudiera ser la responsable de la muerte repentina del pez dorado. Y, cada vez que yo sacaba el tema, se oponía a hablar de ello.

Pero luego se ha ido calmando. Anoche, mientras Whitney estaba trabajando en el último turno, vimos una película en la tele y nos reímos juntos, y, al terminar, ella incluso decidió hornear una bandeja de galletas con pepitas de chocolate, cosa que llevaba semanas sin hacer. Y como Whitney no estaba en casa, tuvimos sexo en el sofá, cosa que llevábamos *meses* sin hacer. Así que quizá volvemos a estar bien.

Hoy es sábado y, cuando Krista vuelva esta noche del trabajo, voy a llevarla a cenar a un restaurante refinado, cosa que no he hecho desde que perdí mi puesto de vicepresidente. Ella se pondrá un vestido bonito y yo me echaré la mejor colonia que tengo o alguna chorrada por el estilo. Desplegaré todo mi encanto y la conquistaré tal como hice al principio.

De lo contrario, me dejará. Y eso es algo que de verdad no quiero.

Tras el almuerzo, he salido a correr por Central Park, cosa que no hacía desde hace unas semanas. Me he dado caña hasta que las piernas me dolían y mi camiseta estaba empapada de sudor, pese a que hace cuatro grados, y luego he vuelto a casa corriendo y me he duchado con agua fría. Seguro que mañana lo pagaré, pero cuando he terminado me sentía de maravilla.

Mientras espero a que llegue Krista de la tintorería, pongo la televisión y cojo unas galletas suyas para picar algo. La adrenalina del ejercicio ya se ha agotado y acabo dando una cabezada. No me despierto hasta que oigo las llaves de Krista en la puerta de entrada.

Me levanto con torpeza mientras me sacudo las migas de la camisa de vestir que me he puesto especialmente para nuestra salida.

«El prometido perfecto. ¡Sí, tú puedes!».

Krista entra en casa con el pelo rubio cobrizo recogido en lo alto de la cabeza. Huele vagamente a productos de tintorería, pero tiene un aspecto estupendo. La sonrisa que se extiende por su rostro al verme me hace comprender que las cosas irán bien entre nosotros. Whitney no conseguirá separarnos.

—No tienes que levantarte por mí —me dice con tono burlón.

—Por supuesto que sí. —Cruzo la sala para estrechar su cálido cuerpo entre mis brazos—. Te he echado de menos.

Ella se ríe.

—No he estado fuera tanto tiempo.

—Pues incluso así te echaba de menos.

Ella alza la cabeza y me sonríe. Me encanta cuando me mira así.

—Perdona el retraso. ¿Has recibido mi mensaje?

No, no lo he recibido. Normalmente, el pitido del teléfono al entrar un mensaje me despierta si estoy dormido. Tanteo mis bolsillos buscando el teléfono, pero no lo encuentro. Lanzo una mirada a la mesita de café, donde suelo dejarlo cuando veo la televisión, y tampoco está ahí encima.

—Mierda. —Reviso mis bolsillos más a fondo—. ¿Dónde estará?

—¿En la habitación?

—Es probable. —Solo que estoy seguro de que lo tenía aquí abajo. Recuerdo que he estado leyendo las críticas de varios restaurantes para esta noche—. Déjame echar un vistazo. Pero, en cuanto lo haya encontrado, vamos a salir a cenar.

Se le ilumina la mirada.

—Estaba esperando que lo dijeras. ¿A algún sitio especial?

Le sonrío.

—Tú ponte elegante.

A ella le encanta arreglarse. Sí, las cosas van a ir bien entre nosotros. El drama del pez fue tan solo un pequeño bache.

Subo a buscar mi teléfono y Krista me sigue para ponerse algo bonito (y esperemos que sexy y transparente) para la cena. Cuando entro en la habitación, no localizo el teléfono a simple vista. Lo suelo

dejar sobre la mesita de noche, que es donde tengo el cargador, pero allí no está. Tampoco encima de mi cómoda. Incluso aparto las mantas de la cama de un tirón y busco entre las sábanas, pero no hay ni rastro de él.

—¿Qué demonios…? —mascullo—. ¿Dónde se habrá metido?

Krista saca su teléfono.

—¿Quieres que te llame?

—Sí, más vale.

Soy el primer contacto en la agenda de Krista. Ella pulsa el botón para hacer la llamada y, al cabo de un segundo, oigo un timbrazo. Al menos ya no cabe duda de que mi teléfono está en casa.

Pero los timbrazos suenan lejos. ¿Vienen de abajo? Quizá me lo he dejado en la cocina, lo cual encajaría, porque estoy seguro de que lo he usado mientras estaba en la planta baja.

Solo que cuando salgo de la habitación, siguiendo el sonido de mi tono de llamada, me resulta evidente que no viene de abajo. Alzo los ojos.

Viene de arriba. Del último piso.

27

Los timbrazos continúan durante unos segundos más; luego salta el buzón de voz. Pero para nosotros dos es obvio de dónde venía el sonido.

Krista me mira fijamente.

—¿Por qué está tu teléfono *arriba*?

—No…, no lo sé.

Cruzo el pasillo a grandes zancadas y subo el angosto tramo de escalones que lleva al segundo piso. No hay luz bajo la puerta de Whitney, lo que significa que ha salido, aunque estoy seguro de que ella aún seguía aquí cuando he bajado antes a la planta baja. Pongo la mano en el pomo.

—No deberíamos entrar sin su permiso —dice Krista, inquieta.

—Me importa una mierda —contesto—. ¿Qué está haciendo mi teléfono ahí dentro?

Antes de que Krista pueda volver a protestar, giro el pomo y abro de un empujón lo bastante fuerte como para que la puerta se estampe contra la pared. La habitación tiene más o menos el mismo aspecto que la última vez que estuve aquí, cuando por un impulso desparramé la fruta podrida en su cama. La única diferencia es que esta vez la cama no está hecha.

Recorro la habitación con la vista. Los timbrazos se han detenido.

—Quizá nos hemos equivocado —dice Krista. Resulta evidente que no le entusiasma haberse colado en la habitación de Whitney mientras ella está fuera, pero a mí me tiene sin cuidado—. A lo mejor te lo has dejado en el baño. Sería lo más lógico.

—Vuelve a llamarme —le pido.

Krista, obediente, vuelve a seleccionar mi número en su teléfono. Los timbrazos empiezan a sonar de nuevo, y esta vez la fuente del

sonido está bien clara. Aparto las mantas desordenadas de la cama de Whitney y ahí está mi móvil, acurrucado entre las sábanas.

Me apresuro a cogerlo. Hay dos llamadas perdidas de Krista y un mensaje suyo avisándome de que va a llegar con retraso. Pero nada de eso explica cómo ha llegado aquí mi teléfono.

—¿Blake? —La voz confundida de Krista suena a mi espalda—. ¿Qué es esto?

Me giro en redondo. Y ahora ¿qué? Por un momento, casi tengo la esperanza de que haya algo terrible en la habitación, como una pared cubierta de fotos mías con los ojos recortados, porque eso serviría para que Krista viera a Whitney como yo la veo. Pero lo único que tiene en la mano es un tubito de color blanco. Ni siquiera entiendo qué es hasta que ella quita el tapón.

Un pintalabios.

—Es del mismo tono que había en el cuello de tu camisa —señala Krista con voz temblorosa.

—¿Qué? —digo a la ligera—. No, no lo es.

Solo que es mentira. Es exactamente del mismo color. Es el mismo pintalabios que Whitney estaba poniéndose el otro día, justo antes de que yo encontrara la fruta podrida en la cocina.

—¿Por eso has estado actuando de un modo tan extraño respecto a Whitney? —La voz de Krista rezuma dolor—. ¿Te estás acostando con ella?

—¡No! —grito—. ¡Vaya locura! ¡Detesto a Whitney!

A ella le tiembla el labio inferior.

—Entonces ¿por qué había pintalabios suyo en el cuello de tu camisa? ¿Por qué está tu teléfono en su cama?

—¡Me está tendiendo una trampa! —Alzo las manos—. ¿Es que no lo ves? Está haciendo todas estas cosas para hacerte creer que te estoy engañando. Pero no es así.

—¿Y por qué iba a querer que yo crea tal cosa?

Que me aspen si lo sé. Ojalá lo supiera. Ojalá supiera por qué ha decidido ir a por mí. Porque, si supiera el motivo, podría hacer que parara.

—Krista —digo—, te quiero. Deseo que seas mi esposa. Jamás te engañaría. Te lo juro.

Su mirada va del teléfono que tengo en la mano derecha al pintalabios que ella sujeta con la izquierda.

—Yo… ya no sé qué pensar.

—Por favor. —Estoy a punto de arrodillarme y suplicar—. Tienes que creerme. Tú me conoces, Krista. Yo no haría una cosa así.

Ella vuelve a dejar el pintalabios sobre la cómoda y se mordisquea la uña del pulgar con expresión preocupada.

—No es solo esto. Llevas meses actuando de un modo extraño, Blake.

—No, no es cierto.

Ella arquea una ceja.

—Vale —reconozco—. Han sido unos meses difíciles para mí después de perder mi puesto y todo lo demás. Pero ya estoy saliendo de ese túnel. Te lo juro.

Krista juguetea con un sedoso mechón que se le ha soltado del moño.

—No sé. Creo… que quizá sería una buena idea que nos tomáramos un tiempo separados.

No. *No*. No puede hablar en serio.

Pero, sí, lo dice en serio. La sigo aturdido mientras baja por la escalera al primer piso y vuelve a nuestra habitación. Y luego observo horrorizado que saca su maleta del armario.

—No, Krista —le suplico.

No puedo perder a Krista. No puedo. Ella es lo único bueno que queda en mi vida.

Pero, por lo visto, va a suceder. En un momento, Krista empieza a sacar ropa de los cajones y va amontonándola en la maleta. Me gustaría arrebatársela antes de que pueda llenarla.

—No lo hagas. —Se me quiebra la voz—. Por favor, Krista.

—Solo necesito un par de días. —Juguetea con su anillo de compromiso, que aún lleva en el anular de la mano izquierda. Como se lo quite, me muero—. Me quedaré en casa de Becky y Malcolm.

Fantástico. Va a quedarse con Becky, que me odia, y con Malcolm, que tampoco es un gran admirador mío después de nuestro fallido intento de salir de copas. Estoy seguro de que ambos se pasarán todo el tiempo poniéndome de vuelta y media.

Pero está bien. Si necesita pasar unos días fuera, adelante. Tal vez sea bueno que estemos un tiempo separados. Y, si dispongo de algo de tiempo a solas con Whitney, tal vez logre que ella desembuche qué es lo que le molesta tanto de mí y podamos solucionar el problema.

Todo saldrá bien. Yo siempre caigo de pie, de un modo u otro.

Todavía no entiendo cómo ha podido Whitney hacerse con mi teléfono. Debe de habérmelo cogido de la mesita mientras yo estaba medio dormido. Por lo visto, no puedo cerrar los ojos ni un momento mientras esa mujer anda cerca.

—Blake, ¿qué es esto? —dice Krista.

Y ahora ¿qué más?

Krista está agachada frente al armario, seguramente decidiendo cuál de sus cinco millones de pares de zapatos quiere llevarse. Solo que ahora ha dejado de preparar el equipaje y está mirando algo que hay en el armario. No tengo ni idea de lo que será.

—¿Qué pasa? —pregunto.

Krista se incorpora sujetando una pequeña botella blanca. Tardo un instante en comprender lo que tengo delante.

—¿Lejía? —Estoy demasiado sorprendido para decir nada más.

—¿Qué hace esto en nuestro armario?

—No tengo ni idea.

—¿Ni idea? —repite—. Fuiste tú el que estuvo diciendo una y otra vez que Goldy había muerto porque alguien había echado lejía en la pecera. Y ahora… ¿encuentro *esto* en el armario?

—Espera un momento. —La miro parpadeando—. ¿Acaso crees que *yo* maté a Goldy? ¿Me tomas el pelo? ¡Pero si tú ni siquiera creíste que la pecera oliera a lejía!

Ella vacila unos momentos.

—No estaba segura. No creía que Whitney hubiera hecho eso. Pero…, bueno, sí que olía un poco a lejía. —Me mira con aire acusador—. ¿Tú mataste a Goldy para inculpar a Whitney?

—¡No! Claro que no, por Dios. No es posible que pienses…

—Ya no sé qué pensar. —Tira dentro del armario la botella de lejía, que cae con estrépito—. Has estado actuando de un modo muy extraño últimamente. Y ahora encuentro tu teléfono en la cama de

Whitney. Y esta lejía en nuestro armario, cuando tú no has parado de decir que estabas seguro de que Whitney la usó para envenenar a Goldy.

—Por el amor de Dios, ¿de verdad crees que yo sería capaz de envenenarla?

—No lo sé. Tal vez. —Krista baja la mirada—. La verdad es que a estas alturas no hay nada de lo que no te crea capaz. Al fin y al cabo, robaste a tu propia empresa.

Siento una tremenda punzada en el pecho. No puedo creer lo que acaba de decirme. Cuando se produjo ese jaleo de mierda en Coble & Roy, no hubo ni un solo momento en el que Krista no me brindara su apoyo incondicional. ¿Qué le ha hecho cambiar así?

¿Será algo que Whitney le haya dicho?

—¡Yo no robé a mi empresa! —Estoy levantando demasiado la voz, pero no logro controlarme—. ¿Cómo puedes pensar eso?

—Últimamente, tengo la sensación de que apenas te conozco. —Me mira con el ceño fruncido—. Te pasas el tiempo desvariando con tus absurdas teorías conspiratorias sobre nuestra inquilina. Deambulas por la casa de noche, en lugar de dormir. Y, cuando te duermes, hablas en sueños…

—¿Hablo en sueños? —Esta revelación me impresiona—. ¿Qué…, qué digo?

—Sobre todo cosas sin sentido. —Krista menea la cabeza—. A veces pronuncias el nombre de Whitney, lo cual es rarísimo.

Guau. Eso resulta… inquietante.

—Empiezo a pensar que aquella vidente tenía razón —me dice—. Si me quedo aquí más tiempo, Dios sabe lo que serás capaz de hacer.

—Krista, *no*. —Ahora me está entrando el pánico. Se marcha de verdad, tal vez para siempre—. Yo jamás te engañaría y jamás te haría daño.

Krista cierra la cremallera de su maleta, a pesar de que solo la ha llenado a medias. Ni siquiera ha cogido alguno de sus zapatos; tantas son las ganas que tiene de largarse cuanto antes.

—Creo que será mejor que me vaya.

—Krista. —Me planto frente a la puerta, cerrándole el paso—. Tienes que creerme. Whitney está tendiéndome una trampa con todo esto. Ha estado haciendo ruidos extraños durante toda la noche para no dejarme dormir. Puso esa fruta podrida en la cocina. Y fue ella la que envenenó a Goldy y luego dejó la lejía en el armario para incriminarme.

—Blake, ¿tú te escuchas a ti mismo?

Me mira a los ojos. No cree una palabra de lo que digo. Piensa que he perdido el juicio… o algo peor.

—Me voy —añade—. Ya te lo he dicho, necesito unos días para aclarar mis ideas.

No quiero que se vaya. Durante una fracción de segundo, me viene un pensamiento a la mente: soy mucho más corpulento y más fuerte que Krista. Y ella no tiene ningún arma. Tal vez no quiera, pero yo podría *hacer* que se quedase. Lograr que *viera* con claridad.

—Blake —dice, y de repente hay un destello de temor en sus ojos.

Me apresuro a apartarme y dejarle paso, horrorizado por mis propios pensamientos. ¿Qué estoy haciendo? Jamás forzaría a una mujer a quedarse conmigo. ¿Cómo se me puede haber pasado esa idea por la cabeza? No soy esa clase de persona. Mi madre me enseñó a respetar a las mujeres.

¿Qué está haciendo Whitney conmigo?

Aun así, sigo a Krista a la planta baja. Contemplo cómo coge su chaqueta y se pone las zapatillas. Está marchándose de verdad. Y no tengo ni idea de cuándo volverá. Si es que vuelve.

—Te quiero, Krista. —La voz se me quiebra al decirlo.

Ella se vuelve a mirarme, y la expresión que tiene en la cara casi me destroza. No parece furiosa. Solo apenada.

—Lo siento. —Le tiembla la voz—. No es esto lo que yo quería.

Aunque sé que no debería hacerlo, la sigo afuera. No sé qué estoy esperando en realidad, pero no consigo detenerme.

—Krista —repito—, ¿no podemos hablar un poco más? Por favor.

Ella ni siquiera me responde esta vez. Lo que hace en cambio es levantar el brazo para parar un taxi.

Incluso en las mejores condiciones, cuesta varios minutos encontrar un taxi en nuestro barrio, y lo habitual es que tengamos

que acabar pidiendo un Uber. Pero, por supuesto, al cabo de un segundo un taxi amarillo pega un frenazo frente a nuestra casa y me salpica con el agua de un charco, mientras que a Krista la deja casi indemne. Ella no se demora ni un segundo y se sube al vehículo.

—¡Krista! —grito.

Ni siquiera se vuelve a mirar por la ventanilla.

El taxi se aleja antes de que yo pueda decirle adiós. Lo miro desaparecer a lo lejos, mientras me pregunto si esta será la última vez que vea a Krista. Si vuelve a casa, será en un momento en el que sepa que estoy trabajando y que puede recoger el resto de sus pertenencias sin que yo la moleste…

No, no permitiré que suceda tal cosa. Voy a recuperar a Krista.

Cueste lo que cueste.

—¡Porter!

La voz cascada que suena a mi espalda me pone los nervios de punta. Esto no. Ahora no. Me giro con los puños apretados. No estoy de humor para aguantar al señor Zimmerly.

—¿Cuántas veces voy a tener que repetirle que guarde sus cubos de basura? —me ladra el viejo.

Al decir estas palabras, varias gotitas de su saliva me dan en la cara.

—Lo siento —musito—. Ha sido un día complicado y no he podido hacerlo.

—Ya han pasado *dos días* —señala él.

¿Sí? Maldita sea.

—El día de recogida era *ayer*. Ha dejado sus cubos fuera durante dos días. —Carraspea unas flemas con un ruido asqueroso—. ¿Acaso cree que la calle es su basurero particular, Porter?

—Me los voy a llevar ahora —digo entre dientes.

—Ah, magnífico —masculla—. Se los lleva un día más tarde y solo cuando yo se lo digo. ¿Cómo es que usted es el único vecino de la manzana que no consigue hacerlo correctamente? Supongo que no le enseñaron a leer la hora en esa elegante universidad donde estudió, ¿no?

Pues la verdad es que ya no aguanto más al señor H. Zimmerly. Llevo haciéndolo casi desde el primer día que me mudé aquí y ya

estoy harto.

Harto.

—¿Quiere que saque mis cubos de basura de la acera? —Cojo uno de los cubos metálicos—. Bueno, ¡aquí lo tiene!

Dicho esto, le arrojo el cubo con todas mis fuerzas. El señor Zimmerly debe de andar cerca de los noventa y es probable que el impacto lo hubiera matado, pero el cubo pasa muy desviado por su lado y rueda por la acera. Él abre mucho esos ojos legañosos.

—¿Qué demonios le pasa a usted, maldito chiflado! —me grita—. ¡Podría haberme matado!

Recojo el cubo de la acera.

—Quizá debería volver a probar.

Esta vez Zimmerly capta el mensaje y se escabulle enseguida hacia su casa, arrastrando las zapatillas por el suelo. Se mueve tan deprisa que está a punto de tropezar con el escalón roto que me ofrecí a arreglarle. A su edad, caerse por esa escalera sería un mal asunto.

Varias personas han oído el barullo y merodean en la calle con aire incómodo. Hay un montón de entrometidos en este barrio. Quizá lo mejor sería largarse de aquí.

Saludo con la mano a los curiosos y vuelvo a subir enfadado los escalones de mi casa. No pretendía golpear al señor Zimmerly con el cubo de basura; he fallado a propósito. No tenía intención de hacerle daño. No he perdido el juicio del todo.

Pero no puedo decir lo mismo sobre lo que haría si tuviera a Whitney delante.

28

Acabo dando un largo paseo por el barrio.

Soy de esos neoyorquinos que siempre van por la calle con una meta prefijada, de manera que evito mirar a los ojos a los transeúntes mientras camino con brío a donde me dirija. Pero hoy no tengo ningún destino en concreto. Camino sin rumbo mientras el sol desciende en el cielo y la llovizna se convierte en un aguacero.

E incluso entonces sigo caminando. No llevo chaqueta, aunque hace bastante frío. Me duelen las piernas a causa del circuito que he hecho antes corriendo, pero me importa una mierda.

En lo único que puedo pensar durante todo el tiempo es en Krista, en cómo la he cagado del todo, y no entiendo cómo lo he conseguido. Yo no he dejado mi teléfono en la habitación de Whitney. Esa botella de lejía del armario no era mía. Y yo jamás le habría hecho eso a Goldy y mucho menos a Krista.

Whitney quería que Krista y yo rompiéramos. Ese era su objetivo desde el principio.

Aunque me inquieta pensar que ese no sea su único objetivo.

Esto solo es el principio.

Camino durante unas dos horas. Vuelvo a casa después de las ocho, con la camisa húmeda, las piernas ardiendo y el pelo pegado al cuero cabelludo. Todo eso me va bien, de todos modos. Prefiero sentir algo más que ese dolor agudo en el estómago cada vez que pienso en Krista.

Veo luz arriba y, por un momento, siento un destello de esperanza. ¿Ha vuelto Krista? ¿Ha cambiado de idea?

Pero no. Son las zapatillas de Whitney las que están junto a la puerta. Es ella quien está arriba.

Mientras alzo la mirada hacia el primer piso, mi estómago emite un ronco rugido. No me había dado cuenta del hambre que tengo.

Pretendía llevar a Krista a cenar esta noche, pero no va a ser posible, así que tendré que mirar en la nevera y ver qué encuentro. Al menos las mosquitas de la fruta ya han desaparecido.

Abro el frigorífico y veo el recipiente de comida china para llevar de anoche. Krista y yo nos terminamos la carne con brócoli, pero todavía nos queda un táper de fideos lo mein. Bien puedo comérmelos antes de que se estropeen.

Y hay cerveza. Un montón.

No me molesto en calentar los fideos; los prefiero fríos, sin sacarlos del recipiente de comida para llevar. Quito el tapón de la cerveza, me bebo la mitad de un trago y luego me llevo el táper y la cerveza a la sala de estar.

Ya que no voy a salir con Krista esta noche, me puedo emborrachar.

Pongo en la televisión un reality show cualquiera y me acomodo en el sofá. Abro el recipiente y aspiro el aroma de la comida china de ayer. Hundo el tenedor en los fideos, le doy un par de vueltas y me meto en la boca una buena porción con la esperanza de que me alivie el dolor de estómago. Empiezo a masticar y entonces…

De repente me entran arcadas. Casi estoy ahogándome.

¿Quién no conoce esa sensación de comer algo y darse cuenta de que hay algún pelo en la comida? ¿Esa sensación de que se enrolla sobre sí mismo en el fondo de la garganta? No hay nada más asqueroso.

Bueno, en este momento es como si tuviera la boca *llena* de pelos. Me da la sensación de estar comiendo pelos enredados en un fideo o dos. Y cada vez me parece que son más largos…

Tiro el recipiente sobre el sofá mientras me da otra arcada y escupo la comida en la mano. El estómago se me revuelve al ver lo que acabo de sacar. En efecto, ahí está. Y no es un solo pelo.

Recojo el recipiente del sofá y examino el contenido. No lo había mirado con atención antes de empezar a comer —por qué iba a hacerlo—, pero ahora veo que está mezclado con largos pelos castaños. Hay casi tantos como fideos. Quizá más.

Sí, hay pelos en mi comida. Un montón.

Oh, Dios. Creo que voy a vomitar.

Corro al fregadero de la cocina, tosiendo. Entre mis desesperados jadeos para tomar aire, consigo sacarme cinco pelos enteros de la garganta, pero todavía me parece que tengo más ahí dentro, amenazando con asfixiarme. Doy una arcada, me tanteo hasta que los dedos tropiezan con un pelo que ya se había colado en parte garganta abajo y noto al extraerlo cómo me rasca la laringe; es más largo que mi mano. Al final, no llego a vomitar. Por suerte, no me he tragado nada; de lo contrario, lo habría sacado todo. Pero había *pelos* en mi comida. Y por su aspecto sé con certeza de quién son.

Me sube por el pecho una oleada de rabia que no recuerdo haber experimentado nunca. Abro el grifo del fregadero, me lleno la mano de agua y doy un trago. Me zumba la cabeza. Si tuviera a Whitney aquí delante, cogería uno de esos cuchillos del bloque y le…

«No. Basta. Contrólate, Blake».

Respiro hondo varias veces, pero no consigo calmarme. Whitney ha infestado mi casa de mosquitas, me ha provocado una terrible erupción, ha matado a mi pez y ha destrozado mi relación con la única mujer a la que he amado en mi vida. Y todo ¿para qué? Ya no lo aguanto ni un segundo más.

Se acabó. Esto se ha terminado. Esa chica está acabada.

Subo en un arrebato los dos tramos de escaleras y mi rabia aumenta a cada peldaño. Cuando llego al segundo piso, veo luz bajo la puerta de Whitney. Me alegra mucho que esté en casa.

Golpeo la puerta con la palma de la mano. Repetidamente. Y, cada vez, los golpes suenan más fuertes.

Necesito pasarme un minuto entero aporreando la puerta para que ella se digne a abrirla con toda tranquilidad. Parece que está preparándose para acostarse. Lleva una de sus camisetas de tirantes con los shorts de pijama y el pelo castaño recogido en coletas a ambos lados de la cabeza. La camiseta es casi transparente y, durante un breve instante, eso me detiene en seco. Pero después recuerdo las ganas que tengo de rodearle el cuello con los dedos y apretar hasta que esté muerta.

Me hace falta todo mi autodominio para no hacerlo.

—Quiero que te largues —mascullo entre dientes.

—Buenas noches a ti también, Blake. —Sus labios se curvan en una sonrisita—. ¿Dónde está Krista esta noche?

Aprieto los puños.

—Quiero que te largues *ahora*.

Ella me mira parpadeando.

—¿Perdona?

—Ya me has oído. Tienes que largarte de mi casa ahora mismo.

—Estamos en mitad de la noche —señala—. No puedes esperar que recoja mis cosas y me vaya en este momento.

—Me da igual la hora que sea —le suelto a bocajarro—. Esta es mi casa y quiero que te largues. Ya he tenido de sobra. De sobra, ¿me oyes?

Su mirada se endurece.

—Bueno, qué mala suerte, Blake. No puedes echarme en mitad de la noche sin un preaviso, simplemente porque te apetece. Yo *vivo* aquí. Tengo mis derechos.

—Sí, bueno… —La miro de un modo tan mortífero que casi puedo ver cómo su piel crepita abrasada y se desprende de los huesos. Empiezo a hablar despacio, con deliberación—. Te conviene largarte por tu bien, por tu propia seguridad.

Ella arquea una ceja.

—¿Sí? ¿Qué piensas hacer?

¿Bromea? Le saco al menos quince centímetros de estatura y tengo mucho más músculo. Podría hacer *muchas* cosas. Podría hacerla pedazos.

Me imagino que mi puño se estrella contra su rostro arrogante. Me imagino que envuelvo con los dedos ese cuellito flacucho y que aprieto hasta que los labios se le vuelven azules. Me sentiría de maravilla.

Doy un paso amenazador hacia ella, todavía con los puños muy apretados. Pero Whitney no se amilana.

Ha visto mi farol. Por furioso que esté, no voy a hacerle daño. Nunca en mi vida le he puesto la mano encima a una mujer y no voy a saltarme esa norma por Whitney. Aunque quisiera, no sería capaz de hacerlo.

Aprieto los dientes.

—Considera esto como el preaviso de treinta días.

Si ella no se va por propia voluntad, sacaré todas sus cosas y las tiraré en la acera delante de casa. Me tiene sin cuidado que me demande. Estoy sin blanca, de todos modos.

—Ah, no te preocupes —dice Whitney con una risotada—. Me habré ido mucho antes de eso.

Y, sin más, me cierra la puerta en las narices. Oigo el clic del cerrojo.

Su respuesta debería tranquilizarme. Al fin y al cabo, lo que yo *quiero* es que se vaya. Sin embargo, había algo en su tono que me deja muy inquieto.

Sonaba como una amenaza.

29

Mientras camino hacia casa desde la parada de metro, tras otra jornada de trabajo, me vibra el teléfono en el bolsillo.

Ha pasado una semana desde que Krista se fue. En los días siguientes, le envié como un millón de mensajes de texto y de voz. Ella me respondió con uno solo, pidiéndome que le diera un poco de espacio, y entonces yo procedí a mandarle otro millón de mensajes de texto y de voz. Me está costando mucho actuar con serenidad. Lo único que quiero es que vuelva.

Cada vez que suena mi teléfono, tengo la esperanza de que sea ella. Así que no puedo decir que no me sienta decepcionado cuando saco el móvil y leo «Papá» en la pantalla. Pero lo cierto es que no he hablado con mi padre desde hace semanas, quizá incluso más, y ahora caigo en la cuenta de que deseo con desesperación verlo y escuchar su voz. No tengo amigos en mi nuevo trabajo, porque Kenny le contó a todo el mundo mi historia, y ninguno de mis antiguos compañeros de Coble & Roy me dirige la palabra. Significa que no hay nadie con quien haya podido hablar de lo ocurrido entre Krista y yo. Ni siquiera Goldy.

Deslizo el icono para aceptar la llamada y siento una opresión en el pecho cuando la voz de mi padre inunda mi oído.

—¡Blake! ¡Has respondido!

La opresión se vuelve aún más intensa.

—Siempre respondo. Si puedo.

—Claro —dice él—. No importa. Ya sé que estás ocupado, Blake.

Fantástico. Sabe perfectamente que rehúyo sus llamadas. Bueno, no voy a volver a hacerlo. Voy a dejar de actuar como un hijo pésimo. Cuando me llame mi padre, contestaré. Siempre que pueda, en todo caso.

—Bueno, ¿cómo va? —me pregunta—. ¿Qué tal el nuevo trabajo?

—Genial —miento.

—Eso es estupendo —comenta, y debo decir en su favor que suena como si lo pensara de verdad—. ¿Y cómo está Krista?

—Ella… —Estoy a punto de volver a mentir, pero luego comprendo que es con mi padre con quien estoy hablando. ¿Para qué fingir? ¿A quién pretendo impresionar?—. Se ha ido de casa.

—Ay, Blake —dice, bajando un poco el tono de voz—. Lo lamento mucho. Parecía una buena chica, y sé que a ti te gustaba mucho.

¿Que me gustaba mucho? Era *la definitiva*. Y Whitney lo ha arruinado todo.

—Sí —acierto a responder.

—¿Qué ha ocurrido?

Me trago ese nudo que se me forma en la garganta siempre que pienso en Krista.

—Ella cree que la he engañado.

Y también que asesiné a su pez dorado. Aunque eso voy a dejarlo de lado.

—¿Lo has hecho?

—¡No! —No puedo creer que me haga esa pregunta—. Se le metió esa idea en la cabeza, simplemente. No hay ninguna base real, pero ella no me cree.

—Bueno, si tú no has hecho eso de lo que te ha acusado, ¿por qué no la convences para que vuelva?

—Lo estoy intentando, créeme. —Krista no me ha bloqueado todavía, pero, si sigo enviándole esa cantidad de mensajes, acabará haciéndolo—. Ella dice que necesita espacio.

Mi padre se queda callado, pensando. Estoy aguardando a ver qué dice. Lo más gracioso es que, aunque no hablo mucho con mi padre, él sabe dar grandes consejos. Es un tipo inteligente. Llevaba casado con mi madre casi treinta años cuando ella murió y, aunque tuvieron problemas económicos y mi padre no pudo darle todo lo que yo pensaba que merecía, siempre fueron muy felices.

Mi madre quizá no llegó a tener la casa de sus sueños, y a veces la electricidad se cortaba, pero estaba contenta. Me dio una infancia maravillosa, llena de salidas de camping, cenas caseras y expediciones para buscar luciérnagas. Y cuando el cáncer al fin pudo

con ella, murió en su propio hogar, cogida de la mano de mi padre. Quizá no he sabido entender todo esto.

—Si quiere que le des espacio —dice papá—, tienes que dárselo. Ella sabe que la quieres. Yo creo que al final volverá contigo.

No puedo evitar recordar otro consejo que me dio cuando perdí mi trabajo. Me dijo que debía volver a Cleveland y llevarme a Krista conmigo. Si hubiera seguido ese consejo, nada de esto estaría pasando. Viviría en mi ciudad natal con mi futura esposa y ahora tal vez estaríamos buscando juntos una casa.

Me pregunto si ya es demasiado tarde para hacer realidad ese sueño.

—También quería saber —dice papá— si piensas venir a casa este año para Acción de Gracias.

Ah, cierto. El día de Acción de Gracias se celebra dentro de dos semanas, pero es en lo último en lo que pensaba. La mayoría de los años, he trabajado durante esas vacaciones. No he ido a Cleveland en Acción de Gracias desde…, bueno, desde hace mucho. Pero ahora, de repente, siento un deseo apremiante de ver a mi padre y mi casa natal.

Y la ventaja adicional es que podré descansar de Whitney también.

—Sí —le digo—. Allí estaré.

—¡Magnífico! —No le veo la cara, pero puedo percibir su sonrisa—. Empezaré ahora mismo a planificar el menú.

Mi padre ya está divagando sobre el puré de boniato y el relleno de pan de maíz cuando doblo la esquina de mi manzana y me detengo en seco. Veo algo que me deja estupefacto. Parpadeo, convencido de que debe de ser una especie de espejismo, porque lo que estoy viendo sencillamente no es posible. Estoy aún más atónito que cuando encontré aquella fruta podrida en el armario de la cocina. Por un momento, siento que se me paraliza el corazón.

Hoy es día de recogida de basura y ya estamos al final de la jornada, pero los cubos del señor Zimmerly *siguen en la acera*.

—Papá —digo—, tengo que dejarte.

—Claro —contesta—. Aguanta, Blake. Estoy seguro de que la recuperarás.

—Gracias, papá.

Corto la llamada justo cuando me detengo frente a mi casa. Creía que se trataba de una especie de espejismo, pero, ahora que estoy aquí, veo con meridiana claridad que los dos cubos del señor Zimmerly, el de basura normal y el de reciclaje, siguen todavía en la acera, pese a que ya han sido vaciados y son casi las 17.30.

Ah, cómo voy a disfrutar restregándoselo por la cara.

Me tomo un minuto para guardar mis propios cubos en el hueco de la escalera y poder demostrar sin lugar a dudas que la ventaja moral está de mi parte. El señor Zimmerly todavía no ha salido a recoger los suyos, así que subo con decisión los escalones de su puerta principal.

Llamo al timbre y oigo cómo reverbera la campana en el interior de la casa. Aguardo a que suenen sus pasos arrastrados, pero, como pasa un rato y no los oigo, llamo por segunda vez. Y luego doy unos golpes en la puerta, por si acaso.

Tras un minuto largo, sigue sin haber señales del señor Zimmerly. Tampoco se oye nada. ¿Podría ser que esté de viaje? Supongo que es posible, pero anoche sacó los cubos de basura. Sería extraño que hubiera sacado la basura y luego se hubiera ido de la ciudad.

Tal vez se está echando una siesta. Los viejos se pasan el día sesteando, ¿no? Y el señor Zimmerly es muy viejo.

Joder, espero que se encuentre bien.

Ya estoy a punto de dar media vuelta y regresar a mi casa cuando, obedeciendo un impulso, tanteo el pomo de la puerta. Y gira sin problema.

No es una buena idea entrar en su casa. El señor Zimmerly y yo no somos muy amigos, por decirlo con delicadeza. Pero la verdad es que estoy preocupado por él. Que no haya retirado sus cubos de la acera después de la recogida es tan asombroso como inusual en él. Podría llamar a la policía y transmitirles mi inquietud, pero yo mismo lo vi ayer, así que quizá consideren que no hay motivos para investigar basándose solo en un par de cubos vacíos. Y, cuando sí los haya, tal vez ya sea demasiado tarde.

¿Y si está tirado en el suelo de su habitación con la cadera rota? No, el señor Zimmerly no es mi persona favorita, pero la idea de que

esté tendido, impotente y lastimado, en algún rincón de la casa me provoca una punzada de angustia. Pese a lo que Krista y Whitney parecen creer, soy una persona decente. Si mi vecino necesita ayuda, debo tratar de ayudarlo.

Voy a entrar.

Entreabro la puerta y me detengo un momento para escuchar si viene a mi encuentro un perro o algún otro animal. Aunque nunca he oído ladridos procedentes de esta casa, ya nada me sorprendería a estas alturas. Cuando cruzo el umbral, sin embargo, solo me recibe el silencio.

—¿Señor Zimmerly? —grito.

No hay respuesta.

Llevo viviendo aquí casi un año, y nunca había estado dentro de la casa del señor Zimmerly. Él nunca me ha invitado y yo no me he molestado en tratar de conocerlo mejor. Pero, al entrar ahora, me queda claro que no recibe muchas visitas. El mobiliario de la sala de estar está viejo y polvoriento, como si nadie hubiera pisado esta estancia desde hace años, aunque es obvio que él vive aquí. Paso junto a la repisa de la chimenea, también cubierta de una capa de polvo, y veo que está llena de fotos en blanco y negro con marcos metálicos. Mis ojos se demoran un instante en lo que parece la fotografía de una boda tomada mucho antes de la era de las cámaras digitales. También hay un reloj antiguo que se parece muchísimo al que nosotros tenemos en la cocina, aunque este al parecer ha dejado de funcionar; las manecillas están congeladas en las once y ocho minutos.

—¿Señor Zimmerly? —vuelvo a gritar.

Mientras recorro la sala de estar, pisando una rígida alfombra marrón, una voz en el fondo de mi cerebro me dice que debería dar media vuelta y marcharme. En sentido estricto, estoy allanando la vivienda de mi vecino. Y, por el silencio que me rodea, presiento que la casa está desierta en este momento. Si el señor Zimmerly ha salido a hacer la compra y me encuentra aquí al volver, se pondrá furioso. Quizá será él quien llame a la policía.

Aun así, no me voy.

Hago mi siguiente parada en la cocina, que es aún más pequeña que la mía. A diferencia de la de mi casa, no ha sido reformada y los fogones tienen una costra marrón que me indica que no se han usado en mucho tiempo. Pero lo que me más inquieta es lo que hay sobre la encimera.

Un vaso de agua, lleno hasta el borde. Y un sándwich de pan integral, cuidadosamente cortado por la mitad.

Parece extraño que una persona se prepare el almuerzo y luego lo deje sobre la encimera para salir de compras. O incluso para echarse una siesta. No, mi vecino se ha preparado un sándwich con la intención de comérselo. Y luego, por alguna razón, no lo ha hecho.

—¿Señor Zimmerly? —grito de nuevo.

Mierda.

Salgo de la cocina, vacilante. Se me agolpan las ideas en la cabeza. Debería llamar a la policía ahora mismo. Al fin y al cabo, tengo pruebas suficientes de que algo va mal. Tendré que explicarles qué hago aquí, pero no es que haya entrado a robarle a mi vecino. Solo me he colado en su casa porque estaba preocupado.

Me llevo la mano al bolsillo para sacar el teléfono y, justo cuando lo estoy cogiendo, veo que está encendida la luz del baño de la planta baja.

La puerta se halla un poco entornada y por la rendija asoma una franja de luz amarillenta. El señor Zimmerly no es el tipo de persona que sale de una habitación sin apagar la luz. Si hay luz en el baño, aún debe estar ahí.

Me acerco con sigilo. Al llegar a la puerta, titubeo y aguzo el oído por si se oye algo dentro.

No, nada.

Aunque supongo que podría estar sentado en el váter.

—¿Señor Zimmerly? —digo por última vez.

Llamo con los nudillos, pero, dado que ya está entornada, la puerta empieza a moverse. Las bisagras protestan mientras se abre por completo, dejando a la vista el pequeño baño. Hasta los cimientos tiemblan cuando suelto el alarido más brutal que ha sonado en esta casa en muchos años.

30

No puedo dejar de mirar.

Incluso una vez que salgo corriendo del baño y marco el teléfono de emergencias. Incluso después de que lleguen los sanitarios y declaren que no hay nada que hacer. Incluso después de que saquen de la casa al señor Zimmerly en camilla, con una sábana cubriéndole la cara.

—¿Se encuentra bien, señor Porter? —me pregunta un joven policía de uniforme azul.

Me sobresalto cuando las puertas de la ambulancia se cierran de un golpe.

Por supuesto, cuando se aleje no sonará la sirena. No hay ninguna urgencia. Lo he sabido en cuanto he encontrado a mi vecino tendido en el suelo del cuarto de baño, con un charco de sangre alrededor de la cabeza.

—Sí —murmuro, aunque no me encuentro bien. Ojalá me envolvieran con una manta o algo así, porque no puedo parar de temblar. Es humillante.

—Estas cosas pasan —dice el agente con aire entendido, aunque no parece pasar de los veinte—. Ese hombre tenía noventa y tres años. Debe de haber resbalado y se ha golpeado en la cabeza. Lo vemos a menudo.

Noventa y tres. Dios mío, no tenía ni idea de que fuera tan viejo.

—Sí —vuelvo a decir.

Él me mira entornando los ojos.

—¿Tiene a alguien que pueda quedarse con usted?

No tengo absolutamente a nadie, pero no voy a contarle mi vida a este policía.

—Tengo una inquilina —me limito a decir.

Él asiente, como si con eso bastara. Estoy seguro de que le espera una noche ajetreada y lo último que desea es tener que hacerle de niñera a un hombre de treinta y dos años. Además, me repondré. Sí, ver ese cadáver ha sido todo un shock. Voy a tener pesadillas por la noche. Pero me repondré.

A diferencia del señor Zimmerly.

—Bueno, debo confirmar los datos una vez más… —El agente se saca de la chaqueta algo parecido a un pequeño iPad—. ¿Por qué estaba usted en la casa del señor Zimmerly?

—Estaba preocupado —digo—. No había retirado sus cubos de basura y él es muy obsesivo al respecto. Así que he deducido que algo iba mal.

No tengo ninguna necesidad de decirle que he llamado a la puerta de mi vecino con la intención de echarle la bronca.

El policía asiente con expresión comprensiva.

—Sí. Yo tengo un vecino igual. Entonces… ¿usted tiene una llave de la casa?

—No. La puerta estaba abierta.

—¿Abierta?

—Sin la llave echada, quiero decir.

—¿Él suele dejar la puerta así?

—No tengo ni idea.

—Entonces ¿usted ha entrado al ver que no estaba cerrada con llave?

Asiento.

—Solo quería comprobar que se encontraba bien, pero entonces he visto que había dejado algo de comer en la encimera de la cocina. Y he visto luz en el baño y yo…

De repente siento que me ahogo. No entiendo por qué. Ni siquiera me caía bien el viejo cabrón.

—Tranquilo. —El agente da un golpecito sobre la pantalla del iPad y se lo vuelve a guardar en la chaqueta—. Creo que con esto basta.

Asiento, incapaz de hablar.

—Me encargaré de llamar a su hija —me dice— y la informaré de lo ocurrido.

—¿El señor Zimmerly tenía una hija?

—Eso parece —me confirma—. Vive al otro lado del país, en California. Supongo que no debían de verse mucho.

Nunca he visto a nadie entrar o salir de la casa del señor Zimmerly desde que lo conozco. Desde luego, a ninguna mujer lo bastante joven como para ser su hija. (Aunque supongo que, dada su avanzada edad, cualquier hija debería andar al menos por los sesenta). El anciano tenía toda una familia de la que yo no sabía nada, pero parece que nadie se preocupaba por él lo más mínimo.

Por alguna razón, pienso en Krista. Y en cómo me había imaginado que construiría una vida a su lado. Ahora, sin ella, no tengo a nadie. Del mismo modo que el señor Zimmerly no tenía a nadie.

Fantástico. Voy a acabar solo, y amargado y obsesionado con la basura, hasta que un día me caiga muerto en mi propio baño.

En cuanto los últimos miembros de la comitiva abandonan mi manzana, saco el móvil y le escribo un mensaje a Krista:

El señor Zimmerly ha muerto.

Me reconforta ver que aparecen enseguida unas burbujas en la pantalla, indicando que quizá me esté respondiendo. Aunque esas burbujas me han inducido a engaño en otras ocasiones.

Pero entonces emerge una respuesta:

Lo siento. ¿Estás bien?

Algo conmocionado. Al menos ya no tendré que preocuparme por los cubos de basura.

Ella escribe:

Esa es la parte positiva.

Está hablando conmigo. Eso es muy buena señal. Quizá ya ha terminado de reflexionar y está dispuesta a volver. Mientras aún conservo su atención, tecleo en la pantalla:

Te echo de menos.

Vuelven a aparecer las burbujas. Parpadean en la pantalla una y otra vez mientras permanezco ahí, conteniendo el aliento, a la espera de su respuesta.

Pero no llega a responder.

31

Estoy en la lavandería.

No es el lugar ideal donde desearía estar, sobre todo después de haberme pasado la noche dando vueltas en la cama entre pesadillas por el hallazgo del cadáver del señor Zimmerly. Pero no tengo otro remedio. Ya no cuento con Krista para que me lave la ropa en la tintorería y no me fío de mi lavadora y mi secadora.

Así que ahora debo rebajarme a usar la lavandería automática que queda a dos manzanas. Es fin de semana y no tengo nada más que hacer, así que he metido la ropa en la lavadora y ahora estoy sentado en un rincón con el teléfono en la mano y la cesta de la colada y el humillante detergente del animal de peluche a mis pies. Tengo que matar otros veinte minutos hasta que pueda pasar mis cosas a la secadora.

Mi vida es fascinante.

Krista no me ha respondido después de que le dijera que la echaba de menos. Pero el hecho de que me mandara un par de mensajes es una buena señal. Quizá no acabe muriéndome solo en el baño.

Aunque, a estas alturas, daría cualquier cosa simplemente por volver a vivir yo solo en mi casa.

Anoche no vi a Whitney. Supongo que debió de volver en algún momento, pero no estaba en casa cuando me fui a dormir. Temía que me despertaran esos fuertes golpes procedentes de arriba —los estaba esperando—, pero el segundo piso ha permanecido en silencio durante toda la noche. Ni siquiera estoy seguro de que ella se encontrara allí esta mañana. Por supuesto, ya no nos dirigimos la palabra, o sea que tampoco es que vaya a hacerme saber que está en casa.

Mientras espero a que termine el programa de la lavadora, busco el nombre de Whitney en Google. El primer intento que hice no arrojó grandes resultados, pero ahora me siento mucho más motivado que entonces. Y más aburrido.

Una vez más, los resultados son mínimos. Reviso las redes sociales una a una, pero no veo ninguna cuenta a su nombre. Es como un fantasma.

Entonces se me ocurre una idea.

Cuando ella presentó la solicitud para alquilar la habitación, me dejó sacar una foto de su permiso de conducir. Encuentro esa imagen, todavía guardada en el teléfono, y recorto la fotografía del documento. Luego entro en una web de reconocimiento facial y subo la foto. Contengo el aliento mientras el buscador trabaja.

Al parecer, Whitney tiene un rostro muy común, porque aparecen en la pantalla un montón de páginas de fotografías. Reviso las docenas de mujeres que se parecen a Whitney, pero en realidad no se parecen a ella en nada. Una fotógrafa que se llama Cherilynn. Una ingeniera informática que se llama Alexandra. Una estudiante de doctorado que se llama Amanda.

Ninguna me resulta familiar. Ninguna es una mujer a la que haya tratado mal en el pasado. Tampoco es que haya tratado mal a muchas mujeres. Puedo ser un cabrón en el trabajo cuando es necesario, pero por lo general he sido honesto con todas las mujeres con las que he salido. Ha habido, por supuesto, algunas excepciones. Hubo esa fiesta durante mi último año de secundaria en la que me enrollé en el baño con una animadora mientras mi novia tomaba chupitos en la cocina. Hubo aquella alarma de embarazo durante mi segundo año en la universidad, en la que reconozco que podría haberme portado mejor. Aun así, al final dije las cosas adecuadas antes de que a ella le viniera la regla por arte de magia y acabáramos rompiendo.

En todo caso, Whitney no es ninguna de aquellas chicas. Nunca salí con ella. Jamás le había puesto los ojos encima antes de que viniera a vivir con nosotros. Me apostaría la vida.

Está volviéndome loco este asunto. ¿Quién es esta mujer a la que he permitido vivir en mi casa? Y, lo que es más importante, ¿qué

quiere de mí?

Dejo el teléfono, frustrado, y, al estirar las piernas, le doy una patada sin querer a la botella de detergente. Acaba volcándose y, como por supuesto no he enroscado bien el tapón, el detergente se derrama por todas partes. Está visto que hoy no es mi día. De hecho, parece que este no es mi año.

Voy al baño de la lavandería y cojo un puñado de toallitas de papel para limpiar el estropicio. Vuelvo a donde se ha derramado el detergente y me pongo de rodillas. Bueno, así al menos tendré algo que hacer hasta que llegue el momento de sacar la ropa. A este punto hemos llegado.

Pero, cuando me inclino sobre el detergente derramado, un aroma cítrico me golpea en las narices. No lo había notado antes, pero ahora, con el detergente fuera de la botella, resulta tan obvio que hace daño.

Limoneno.

Hay limoneno *en* mi maldito detergente.

Cojo la botella, que ahora está casi vacía. Es el detergente para pieles delicadas que siempre he usado, sin aditivos químicos ni aromatizantes. Reviso la composición para comprobar que no contiene limoneno. Y no.

Lo cual significa que alguien ha puesto limoneno en el detergente a mis espaldas.

Ahora todo encaja. Al fin entiendo por qué toda la ropa que lavaba me provocaba una reacción alérgica, a pesar de que yo limpiara obsesivamente la lavadora antes de usarla. Era porque estaba lavando la ropa con limoneno.

Me siento tan furioso que arrojo la botella de detergente al otro extremo de la lavandería. En un impulso, cojo el móvil y le mando un mensaje a Krista:

¡Whitney ha estado poniéndole limoneno a mi detergente! ¡Por eso me salía la erupción!
Te lo dije: ¡ella estaba detrás de todo esto!

En cuanto envío el mensaje, me arrepiento de haberlo hecho. Krista ya piensa que sucede algo extraño entre Whitney y yo. No

estoy mejorando las cosas con este mensaje.

Intento anularlo, pero entonces veo que queda marcado como «leído», así que ya es demasiado tarde. Krista ha leído lo que he escrito. Y, una vez más, no responde.

Vale, recuperar a Krista no va a ser tan fácil como esperaba. Pero ahora mismo tengo que centrarme en sacar a Whitney de mi casa. No voy a recuperar mi vida hasta que esa mujer se haya ido.

Antes, sin embargo, debo salir a comprar más detergente y lavar la ropa. Otra vez.

Es hora de limpiar este estropicio.

32

Como Krista se ha ido y yo estoy sin blanca, cuando termino con la colada me paro en uno de esos carritos de comida halal para comprar algo de cenar.

Que nadie me juzgue. La verdad es que me encantan esos puestos callejeros; siempre me atraen los tentadores olores a ajo asado y carne chamuscada. Incluso me inspira cierta admiración el hecho de que a veces no pongan la lista de precios a la vista y luego, cuando ya han preparado tu pedido, improvisen una cifra a voleo. Por desgracia, Krista se ha negado a recurrir a ellos desde que sufrió una grave intoxicación por culpa de uno situado a la entrada de Central Park. Pero ella ahora no está aquí y este es un carrito completamente distinto. Tampoco es justo discriminar a todos los puestos ambulantes de comida de la ciudad basándose en el que le provocó vómitos durante dos horas seguidas.

Estoy en la cola para hacerme con un wrap de falafel cuando noto ese peculiar hormigueo en la nuca, como si alguien me estuviera mirando. Lo ignoro durante todo el tiempo que puedo porque, vamos, esta ciudad está llena de gente y siempre hay algunos, sobre todo tipos estrafalarios, que se quedan mirando a los que esperan en la cola de un carrito callejero.

Como la sensación de hormigueo no desaparece y ya empieza a molestarme, me giro en redondo solo para demostrarme a mí mismo que no es más que una paranoia. Casi he de mirar dos veces para acabar de convencerme.

Hay un hombre junto al quiosco contiguo al carrito que me mira sin parar.

Es bajito y escuálido, con una perilla desaliñada y ropa arrugada. En cuanto se percata de que estoy observándolo, se vuelve para otro lado, de repente muy interesado en la oferta de chicles del quiosco.

¿Estaba mirándome a mí o solo sopesando sus opciones para la cena? Seguro que es esto último. Podría desentenderme sin más del asunto, solo que…

Me resulta tremendamente familiar.

Observo la gorra de béisbol que lleva en la cabeza y trato de refrescar la memoria. Es una gorra blanca con el dibujo de un pingüino de tebeo. No es del tipo que cabría esperar en un hombre adulto y estoy seguro de haberla visto antes.

Entonces caigo en la cuenta. Es una de las personas que vino a ver la habitación libre antes de que se presentara Whitney. El individuo que quería hacer un agujero en la pared, motivo por el que tuve que echarlo. Y no solo eso. Estoy seguro de haberlo visto al menos en otra ocasión desde entonces.

Él vuelve a mirar y esta vez, cuando nuestros ojos se encuentran, no aparta la mirada.

Me salgo de la cola —de la que estoy harto, porque ya llevo esperando diez minutos— y me acerco al quiosco. El hombre se ajusta la gorra y baja la mirada de nuevo.

—Disculpe —digo—, ¿hay algún problema?

No me responde. Coge un paquete de Mentos y examina la etiqueta.

Carraspeo con fuerza.

—He dicho «disculpe».

Al principio, estoy seguro de que va a seguir ignorándome, pero luego vuelve a ajustarse la gorra y me mira alzando la barbilla.

—Lo que le hizo a Whitney —dice en un siseo— fue *repugnante*.

Me quedo boquiabierto. ¿Qué demonios? ¿Cómo es que este potencial inquilino conoce a Whitney? No puede tratarse de una coincidencia, ¿no? ¿Y qué le hice yo a Whitney que fuera tan repugnante?

—¿Qué acaba de decirme? —le suelto.

—Ya me ha oído.

Ahora no aparta los ojos. Se queda mirándome, desafiante.

Es en ese momento cuando me doy cuenta de que le saco al menos media cabeza a este pequeño cretino y de que debo de pesar unos veinte kilos más. Últimamente no he frecuentado tanto el

gimnasio como cuando estaba en paro, pero aún conservo una buena musculatura. Nunca en mi vida he dado un puñetazo, pero, si ahora lo hiciera, derribaría a este tipo. Y, maldita sea, me sentiría de maravilla.

Doy un paso hacia él mientras la rabia fluye por mis venas.

—¿Qué acaba de decirme?

Los ojos del tipejo se abren más. Sabe que no estoy de broma, que podría aplastarlo si quisiera. Así que da media vuelta y se escabulle calle abajo, recordándome a esas ratas que veo a veces cuando estoy en el andén del metro.

Al menos no estoy tan paranoico como creía. Ese hombre estaba observándome a mí; no me lo he imaginado. Pero eso no me sirve para sentirme mejor. Porque no tengo ni la menor idea del motivo por el que lo hacía.

33

Me siento tremendamente achispado.

Estoy terminándome la cuarta cerveza. ¿O es la quinta? En algún momento he perdido la cuenta.

Cuando trabajaba en Coble & Roy, cinco cervezas ni siquiera me habrían afectado. Pero, desde que salí de la empresa, no he tenido ocasión de beber con tanta frecuencia. Suelo tomarme una copa por noche y solo un par de veces a la semana. Así que estoy notando de verdad el efecto de estas cervezas. Sin embargo, necesito algo para mitigar el dolor esta noche. No estoy borracho todavía, pero voy de camino.

Mi vida se ha desmoronado. Perdí mi puesto de vicepresidente. No sé qué voy a hacer para pagar la hipoteca el mes que viene, ya que se me han agotado los ahorros y ni siquiera me basta con el alquiler de Whitney para cubrir todos los gastos. Krista se ha ido de casa.

Y mi inquilina ha montado una *vendetta* contra mí que no entiendo.

Después de apurar la cerveza, me voy tambaleante a la cocina para coger otra. No puedo evitar percatarme de que las mosquitas de la fruta han reaparecido en los últimos días. No quiero ni pensar qué cosa podrida habrá escondido Whitney en algún rincón de mi cocina. No tengo energía para ponerme a buscar ahora.

Quito el tapón de otra botella y lo tiro a la basura. Doy un largo trago mientras me vuelvo al sofá. Pero, cuando estoy entrando otra vez en la sala de estar, tropiezo con la alfombra, desplazando una esquina, y caigo de rodillas.

Suelto una maldición entre dientes. Quizá estoy más borracho de lo que creía. Puñetera alfombra. No sé cómo he tropezado con ella, pero, cuando intento volver a alisar la esquina, me doy cuenta de que toda la alfombra está descentrada. Se supone que la esquina

debe quedar debajo del sofá, pero no está colocada así; por eso he tropezado.

No entiendo cómo no me he dado cuenta hasta ahora, pero está claro que en algún momento de las últimas semanas esta alfombra se ha desplazado de su sitio. Antes quedaba en gran parte debajo de la mesita de café, pero ahora más de la mitad está *al lado* de la mesita, en el camino del sofá a la cocina. Recuerdo haber notado que había algo raro en la sala de estar, pero no he podido identificarlo con exactitud hasta ahora.

¿Por qué ha movido alguien la alfombra?

A pesar (o quizá a causa) de mi embriaguez, decido volver a colocarla en su sitio. Aparto la mesita de café, que la mantiene sujeta, para poder levantarla del suelo. Pero, al retirar la alfombra, veo que en el rectángulo del suelo de madera donde reposaba hay una gran mancha marrón.

¿Qué es *eso*?

¿Por qué hay una mancha en el suelo? La miro entrecerrando los ojos para intentar averiguar qué demonios es. Esta mancha no estaba cuando me mudé a esta casa, pero ha estado ahí el tiempo suficiente como para que, sea lo que sea, parezca incrustada en las tablas de madera. ¿Cómo acabas teniendo una mancha *debajo* de la alfombra cuando la alfombra misma está limpia?

¿Acaso alguien la movió para tapar la mancha?

Miro con los ojos entornados la mancha marrón, que mide unos treinta centímetros de diámetro. No sé qué puede ser. Da la impresión de que alguien haya derramado una copa de vino.

Me agacho junto a ese círculo irregular marrón y deslizo los dedos por las tablas de madera. Hace mucho que se secó. Me pregunto si podré sacarla.

Vuelvo a la cocina y cojo un puñado de toallitas de papel húmedas, además de un espray de limpieza de debajo del fregadero. Me voy a cabrear de verdad con Whitney si resulta que derramó algo en el suelo y ahora ya no puedo limpiarlo. Esto tendrá que pagarlo con el depósito.

Rocío las tablas con una cantidad generosa de líquido de limpieza y espero sesenta segundos para que se absorba. Tal vez no es el

tiempo suficiente, pero no quiero pasarme toda la noche limpiando el suelo, así que hago una primera pasada con una toallita de papel. Para mi alivio, un parte de la sustancia derramada se queda pegada en el papel. Solo que…

No me había percatado cuando la mancha estaba seca, pero ahora que se ha adherido a la toallita de papel es evidente que me he equivocado de color. La mancha no es marrón.

Es de tono rojo oscuro.

Solo puede ser vino. Es justo de ese color. Bueno, no exactamente, porque no tiene ese matiz violáceo que yo suelo asociar con el vino. Pero debe ser eso. ¿Qué otra cosa podría ser? ¿Qué otro líquido rojo podría haber caído sobre las tablas del suelo?

Vale, hay otra cosa que podría ser.

Sí, es justo del color de la sangre. Se parece mucho más a la sangre que al vino. Y tiene un extraño olor metálico. Pero no puede ser eso. ¿Por qué debería haber una mancha de sangre en el suelo de mi casa?

Mientras permanezco mirando la toallita de papel y trato de resolver el enigma con mi cerebro empapado de cerveza, suena el timbre. Me incorporo de golpe, con el corazón acelerado. ¿Cabe la posibilidad de que sea Krista? No he tenido noticias suyas, pero quizá ha decidido pasarse por aquí.

Aunque solo venga a recoger algo más de ropa, espero que sea ella.

Tras una breve vacilación, vuelvo a extender la alfombra en el suelo para tapar la mancha. Aunque una parte se ha quedado pegada en la toallita de papel, sigue siendo muy visible. Prefiero que Krista no se la encuentre.

Pero no es a ella a quien veo por la mirilla. Es un hombre con un traje oscuro el que se halla frente a mi puerta. No lo conozco y, por un instante, me quedo ahí tratando de figurarme qué demonios hace ese desconocido llamando a mi puerta a las ocho de la noche.

Vuelve a tocar el timbre.

—¿Quién es? —pregunto sin abrir.

—Soy el detective Garrison, de la policía de Nueva York —responde, alzando la voz lo suficiente para hacerse oír a través de la

puerta—. ¿Puede atenderme un momento, señor Porter?

¿Por qué hay un detective en mi puerta? Echo un vistazo a la alfombra, que ahora oculta lo que podría ser muy bien una mancha de sangre en el suelo de mi casa. Pero no es posible que el detective venga por eso.

Mierda. No quiero dejar entrar a un detective en mi casa ahora. Ni ahora ni nunca, en realidad. Pero ¿qué se supone que debo hacer? ¿Decirle que se vaya, que vuelva más tarde, por favor? Eso no es una opción.

Finalmente, entreabro la puerta. Solo cuando me golpea el aire frío de noviembre caigo en la cuenta de que voy con camiseta y calzoncillos. No es precisamente la indumentaria ideal para hablar con un detective. Pero seguro que habrá visto cosas peores.

El aspecto del detective es bastante vulgar. De unos cuarenta años, con el pelo marrón oscuro y los ojos castaños, no tiene ningún rasgo característico, aparte de un par de arrugas en las mejillas que le hacen parecer mayor de lo que es. Lo único destacable en él es la voz, más grave de lo que cabría esperar por su estatura y su complexión.

—¿Blake Porter? —pregunta.

—Ajá.

—Detective Garrison —se presenta, aunque ya me ha dicho su nombre a través de la puerta—. Confiaba en poder hacerle unas preguntas. Es sobre su vecino.

No me entusiasma invitar a entrar a un detective en mi casa cuando hay algo potencialmente sospechoso bajo la alfombra. Pero, bueno, ahora está tapado. Y el detective no investiga un homicidio. No sé por qué quiere hablar conmigo sobre el señor Zimmerly, pero la cosa parece más bien inocua. No hay nada demasiado excitante en la historia de un anciano que resbala y se golpea la cabeza en el baño.

—Claro. —Me aparto mientras estrujo la toallita de papel que aún tengo en la mano derecha—. Pase.

El detective entra con paso decidido y yo cierro la puerta, bloqueando la corriente de aire frío. Desplazo el peso de un pie a otro. Voy descalzo y lamento no llevar al menos unos pantalones.

¿Por qué no me los he puesto antes de abrir? ¿Qué demonios me pasa?

—Bonita casa —comenta el detective.

—Gracias. —Intento sonreír, pero me sale un gesto torcido—. Bueno…, ¿qué sucede? ¿Va todo bien? El señor Zimmerly sigue muerto, ¿no?

Hago una mueca. Buf, ese chiste ha sido de muy mal gusto. Por su expresión, el detective piensa lo mismo. Pero tampoco van a detenerme por tener un sentido del humor desagradable.

—Sí, sigue muerto —me confirma el detective Garrison.

—Me siento mal por lo que ocurrió —digo, tratando de parecer un poco sensible.

—Ah, ¿sí? —Arquea una ceja tupida—. ¿Por qué?

—Bueno, porque el hombre se cayó y se golpeó la cabeza… —Me rasco el antebrazo con la mano libre, aunque en realidad no me pica. Se supone que ya resolví el problema de mi erupción en cuanto cambié el detergente y decidí guardarlo en mi habitación bajo llave cuando no lo uso—. Quizá si yo hubiera entrado antes, es decir, antes de que fuera demasiado tarde, lo habríamos salvado.

—No lo creo.

—Bueno, tal vez no. No lo sabemos con certeza.

El detective me mira a los ojos.

—De hecho, el forense cree que su vecino no murió a causa de la caída.

¿Qué?

—No entiendo. —Meneo la cabeza—. ¿Por qué le hicieron siquiera la autopsia a un tipo de noventa y tantos? No parece que sea un uso demasiado correcto de los recursos médicos.

—Fue una muerte accidental. Y ha sido útil que le hicieran la autopsia, porque el forense piensa que el traumatismo que tenía en la cabeza no es compatible con un topetazo con el lavabo o la bañera, sino con un golpe asestado con un objeto contundente.

Me quedo mirándolo.

—¿Cómo? ¿Qué está diciendo?

—Estoy diciendo que alguien golpeó a su vecino en la cabeza. —El detective frunce el ceño—. Que fue asesinado.

34

Me recorre una oleada de vértigo. Tengo que sujetarme contra la pared para no derrumbarme en el suelo. Las cuatro o cinco cervezas que he tomado me están revolviendo el estómago.

—¿Ha estado bebiendo, señor Porter? —me pregunta el detective Garrison.

No me gusta su forma de preguntarlo. Ya es de noche y estoy en mi casa. Tengo derecho a tomarme unas cervezas. Por la Vigesimoprimera Enmienda y todo eso.

—Un poco. Es solo que… me ha sorprendido. ¿Está seguro de eso?

—Completamente seguro —dice Garrison—. También hemos encontrado restos de su sangre en el antiguo reloj de la repisa de la chimenea.

El *reloj*.

Lo vi cuando estuve echando un vistazo a la repisa. Recuerdo haber pensado que se parecía mucho al que hay en nuestra cocina, que era casi idéntico. Y ahora se me ocurre que…

¿Cuándo fue la última vez que vi el reloj en la cocina?

—Así que he estado hablando con sus vecinos —está diciendo Garrison— para averiguar si alguien vio algo.

—Yo no vi nada —me apresuro a decir—. Estuve todo el día en el trabajo.

—De acuerdo, pero el forense ha dictaminado que su vecino murió la noche anterior. ¿Usted vio a alguien entrando o saliendo de su casa la noche anterior?

—No —murmuro—. Yo… no vi nada.

¿La noche anterior? Eso significa que el sándwich de la encimera no era su almuerzo, sino una triste y exigua cena. El señor Zimmerly estaba a punto de cenar cuando alguien entró en su casa y lo golpeó en la cabeza con ese reloj antiguo, causándole la muerte.

De pronto, siento un deseo apremiante de ir a la cocina para comprobar que nuestro reloj sigue en su sitio. Debe de ser una coincidencia. *Tiene* que serlo.

—¿… se llevaba mal con él? —está acabando de decir el detective.

De algún modo, me he desconectado. Tengo la mente obnubilada. Joder, necesito un café o algo parecido.

—¿Qué? —digo al fin.

Garrison no parece nada divertido.

—¿Conoce a alguien con quien el señor Zimmerly se llevara mal?

—No, la verdad —respondo—. Solía ser muy reservado.

—Ajá. —El detective asiente despacio—. ¿Y qué hay de usted? ¿Se llevaba bien con el señor Zimmerly?

No me gusta a dónde quiere ir a parar, pero sigo cooperando.

—No éramos amigos ni nada parecido. Pero nos llevábamos bien.

—Entonces ¿de qué estuvieron discutiendo la semana pasada?

De repente, me arrepiento de muchas de las cosas que he hecho últimamente.

—Fue una estupidez. Solo una discusión sobre la recogida de basura. Chorradas entre vecinos.

—Chorradas entre vecinos —repite él.

—Exacto.

Garrison ladea la cabeza.

—¿Y usted le arrojó un cubo de basura?

Mierda.

—No pretendía darle. —Bajo la cabeza—. Mire, no se trataba de él. Mi novia acababa de dejarme…

—¿Su novia le había dejado?

¿Por qué repite todo lo que digo? Me paso una mano temblorosa por el pelo, que ahora mismo me parece extremadamente grasiento. ¿Cuándo fue la última vez que me duché?

—Estamos atravesando algunos problemas, eso es todo. Tomándonos un tiempo separados.

—Ajá.

Me da todo vueltas. Tengo que sentarme antes de que acabe por derrumbarme. ¿Acaso cree este detective que yo maté a mi vecino? ¿Es eso posible?

Pero alguien lo mató. Alguien le estampó al señor Zimmerly en la cabeza un pesado reloj de metal. Ni siquiera consigo hacerme a la idea.

—Señor Porter —dice Garrison—, me pregunto si le importaría venir conmigo a la comisaría para hacer una declaración formal. Podemos conseguirle un café y charlar allí con tranquilidad. Así terminamos con esto.

—No…, no creo…

—Además, sería perfecto poder tomarle las huellas —dice—. Solo para descartarlo a usted por completo y que pueda librarse de estas molestias.

Quiere mis huellas.

Esto no me gusta.

Todavía tengo la mente aturdida por toda esa cerveza, pero conservo la claridad suficiente para saber que no debería ir a la comisaría sin un abogado y empezar a darle a este detective datos que pueda usar después en mi contra.

Además, debo deshacerme de esa mancha de la sala de estar, que estoy casi seguro de que es de sangre, así como de la maldita toallita de papel que tengo estrujada en la mano derecha.

—De hecho —digo—, no me encuentro muy bien. No creo que pueda ayudarle demasiado en este momento. Creo que… necesito acostarme.

—Podría llevarle yo con mucho gusto —dice él—. He aparcado el coche aquí mismo.

Tengo la terrible sensación de que, si voy ahora a la comisaría, quizá ya no salga de allí.

—Lo lamento —digo—. Ahora mismo no puedo. A menos que… No tengo que hacerlo, ¿no?

El detective Garrison permanece inmóvil un momento, y yo temo que saque de repente unas esposas, me las ponga en las muñecas y me obligue a acompañarlo a comisaría. Pero él no hace nada de eso. Solo menea la cabeza.

—No —contesta—, no tiene que hacerlo. Al menos, todavía no.

«Al menos, todavía no». Eso no suena nada bien. Pero es mejor que unas esposas.

—De acuerdo, pues —dice—. Me voy. Gracias por su tiempo.

Suspiro con alivio cuando da media vuelta y se dirige hacia la puerta. Se va. Gracias a Dios. Me apresuro a adelantarme para abrirle.

—Quizá tenga que hacerle algunas preguntas más, señor Porter —me advierte mientras manipulo con torpeza el cerrojo. Los dedos no me funcionan del todo ahora mismo—. Procure estar disponible, por favor.

—De acuerdo —acierto a responder—. Encantado de ayudarle, si puedo.

No estoy encantado, desde luego. Espero que no vuelva más.

Me quedo mirando por la ventana situada junto a la entrada, cerciorándome de que desaparece calle abajo para recoger su coche. ¿A qué demonios ha venido esto? ¿De verdad el señor Zimmerly fue asesinado? ¿Cómo es posible? ¿Quién iba a asesinar a un hombre tan viejo? O sea, unos meses más y la naturaleza se habría encargado de ello.

A menos que…

¿Es una coincidencia que el señor Zimmerly fuera asesinado poco después de que yo tuviera un altercado con él en plena calle, a la vista de todo el mundo? ¿Qué habría descubierto ese detective si yo le hubiera dejado que me tomara las huellas?

Casi tropiezo con mis propios pies al apresurarme a volver a la cocina. Lo primero que hago es tirar a la basura la toallita de papel manchada de sangre. Luego vuelvo la mirada al extremo de la encimera, donde Krista colocó ese reloj antiguo cuando lo compramos en un mercadillo en su día…, cuando las cosas aún iban bien.

Pero ese espacio está vacío.

Mierda.

¿Cuánto hace que ha desaparecido el reloj? Ni siquiera lo sé. Toda la semana pasada está borrosa. Pero es evidente que el reloj de nuestra cocina fue el que utilizaron para matar al señor Zimmerly. Y luego el asesino lo dejó en la repisa de su chimenea, sabiendo que sería identificado como el arma homicida. Ese reloj está cubierto de huellas mías, estoy seguro.

Pero quizá la cosa no sea tan siniestra como parece. Es muy posible que…, no sé…, que Krista le regalara el reloj al señor Zimmerly. Y que luego ese reloj se convirtiera por casualidad en el arma que empleó un ladrón sorprendido in fraganti para reducir al anciano.

Solo que… no creo que haya sido así.

El corazón me palpita con fuerza cuando vuelvo a la sala de estar. Retiro de nuevo la alfombra para mirar la mancha del suelo. Ahora que la he humedecido, se ve bien que es más roja que marrón. Y, cuando acerco la nariz a las tablas de madera, no me parece que huela a vino en absoluto.

Oigo girar una llave en la cerradura de la entrada y levanto la cabeza de golpe. Consigo ponerme como puedo de pie justo cuando Whitney entra en casa, vestida con una chaqueta ligera. Al verme, alza las cejas.

—Hola, Blake —dice—. ¿Interrumpo algo especial entre el suelo y tú?

¿Es posible que *Whitney* sea la responsable de lo que le ocurrió al señor Zimmerly? ¿Se llevó ella el reloj de la cocina y se lo estampó al anciano en la cabeza para inculparme a mí? Pese a todo, es muy difícil imaginarla haciendo algo tan deliberado y diabólico. Aunque no imposible. Nunca se sabe de lo que es capaz una persona.

Le señalo las tablas del suelo, agradecido por la desinhibición que me provoca el alcohol.

—¿Qué es esta mancha, Whitney?

Ella me sigue la corriente, se acerca a donde estoy y baja la mirada a la mancha. Se le dibuja una sonrisa en los labios.

—Da la impresión de que va a ser un auténtico coñazo quitarla.

—¿Tú has hecho esto?

Parpadea con aire inocente.

—Chico, te estás volviendo muy paranoico, ¿no? Quizá deberías reducir un poco la bebida.

—Me he tomado *tres* cervezas —digo entre dientes. Vale, cuatro. Tal vez cinco—. Quizá deberías dejar de actuar *tú* como una zorra manipuladora.

—¿Y qué vas a hacerme? —Cruza los brazos sobre el pecho, con ojos relampagueantes—. ¿Lo mismo que le hiciste al señor Zimmerly?

Me quedo boquiabierto. ¿Habla en serio?

—Un detective me ha abordado cuando salía esta mañana. —Está disfrutando la expresión que tengo en la cara—. Me he encargado de explicarle que Herb no era precisamente tu persona preferida.

La oleada de rabia que siento me resulta casi abrumadora. ¿Cómo se atreve a implicarme ante la policía? Sí, el viejo me sacaba de quicio a veces, pero yo no entraría en su casa y lo asesinaría por gritarme.

—Jamás le habría hecho daño al señor Zimmerly. ¡No es posible que me creas capaz de una cosa así!

—No sé muy bien de lo que eres capaz. Te dejas llevar todo el rato por incontrolables ataques de rabia a propósito de naderías. Eres pero que muy paranoico. A mí me has *amenazado*. Y llegue a la hora que llegue por la noche, te encuentro vagando por la casa como si estuvieras en trance. Solo Dios sabe qué andas tramando.

¿Es eso cierto? Yo no vago por la casa toda la noche. Sí, he estado durmiendo fatal. Pero no hasta ese punto.

¿No?

No, en absoluto. Whitney está intentando provocarme. Está tratando de hacerme creer que estoy perdiendo el juicio. Incluso está consiguiendo que me pregunte si yo podría ser responsable de algún modo de lo que le pasó a mi vecino, aun cuando sé que no es así. Es una mala persona.

De pronto, me asalta el impulso abrumador de rodear con las manos su cuellito flacucho. Soy mucho más fuerte que ella. Solo necesitaría apretar lo suficiente y ya no tendría que aguantar nunca más su sonrisita burlona.

Sería tan fácil…

No puedo evitar acordarme de aquella vidente que vino a nuestra casa antes de que apareciera Whitney. Esa mujer parecía completamente segura de que yo apuñalaría a Krista en esta misma sala de estar. Dijo que me había visto inclinado junto a su cadáver. El temor que reflejaban sus ojos era real, hasta tal punto que le dijo a

Krista que huyera de aquí. En aquel momento, pensé que todo aquello era una chorrada.

Pero ¿y si acertó? ¿O si al menos acertó en parte?

¿Y si su visión era verdadera, pero se equivocó en la identidad de la chica que yacía en el suelo?

Doy un paso atrás, consternado por mis propios pensamientos. Yo jamás mataría a alguien a puñaladas. Es algo impensable. ¿Qué está haciendo Whitney conmigo?

—Me…, me voy a la cama —mascullo entre dientes.

No estoy cansado, pero tengo que salir de aquí. Tengo que alejarme de Whitney antes de acabar haciendo algo que luego lamentaré.

Subo la escalera lo más aprisa posible, notando sus ojos clavados en mi espalda todo el tiempo.

35

A la mañana siguiente, tengo una resaca terrible.

Me duele la cabeza como cuando bebía en exceso a los veintipocos. Hace años que no había tenido una resaca como esta y yo entonces solía beber mucho más. Desde que estoy con Krista, no he sentido el deseo de salir de borrachera con amigos.

Espero que Krista vuelva pronto.

Estoy tumbado en la cama cuando suena el timbre. Cojo la almohada que tengo al lado y me la pongo sobre la cara con la esperanza de que quien haya llamado se vaya o de que Whitney se encargue de abrir. Cuando el timbre suena por segunda vez, comprendo que no va a pasar nada de eso. Además, tengo que ir a trabajar. Y a estas alturas no es que sea precisamente el empleado preferido de Kenny.

Al fin, me levanto a duras penas de la cama, lo cual no hace más que empeorar mi dolor de cabeza. Me da la sensación de que tengo la boca cerrada con pegamento. No sé cómo voy a arreglármelas para llegar al trabajo. Podría llamar diciendo que estoy enfermo, pero detesto hacerlo. Siempre me he sentido orgulloso de mi ética profesional.

Al salir de la habitación, oigo voces abajo. Suena como si, después de todo, Whitney sí que hubiera abierto la puerta y, al parecer, es alguien que ella conoce. Ahora que me he librado de bajar a abrir, me meto en el baño y meo como cinco minutos seguidos.

Esta vez, me pongo unos pantalones de chándal antes de bajar. Si Whitney está acompañada, prefiero no andar con ropa interior. Aunque es raro, porque ella *nunca* tiene visitas. Ha salido algunas veces, pero nunca ha invitado a nadie aquí. Ni una sola vez. No creo que tenga un solo amigo, al menos que yo sepa. ¿Eso no es un rasgo característico de una sociópata?

Cuando llego a la mitad de la escalera, veo que Whitney está hablando en voz baja con alguien en la sala de estar. Y que le toca el brazo. Tardo un instante en darme cuenta de quién es, y tengo que parpadear varias veces, porque no sé si estoy viendo bien.

Es Malcolm.

Va vestido con traje y corbata, es de suponer que de camino a otra ajetreada jornada en Coble & Roy, donde ocupa el puesto que debería haber sido mío. Me apresuro a bajar el resto de los escalones sin hacer caso del dolor de cabeza. ¿Por qué está aquí Malcolm? ¿Ha venido a hablar conmigo de Krista? ¿O es algo relacionado con Coble & Roy? ¿Y por qué está charlando con Whitney como si fueran viejos amigos?

Antes de que ellos me vean, me demoro en los últimos escalones y aguzo el oído para captar de qué hablan. Pero no lo consigo. Doy un paso más, conteniendo el aliento, y trato de acercarme con el máximo sigilo.

—¡Blake! —exclama Malcolm—. ¡Ey, ey, ey!

Me ha pillado.

—Ey. —Acabo de bajar la escalera, sin ser capaz de esbozar siquiera una sonrisa falsa—. ¿Qué ocurre?

Malcolm y Whitney intercambian una mirada, cosa que encuentro muy extraña. Ella se mete las manos en los bolsillos de la chaqueta, le lanza una sonrisa a Malcolm y se dirige hacia la puerta.

—Será mejor que me vaya a trabajar —dice—. Así podrás hablar con Blake.

¿A qué viene esto?

—¿Cómo es que conoces a Whitney? —pregunto del modo más informal posible.

Malcolm vacila una fracción de segundo.

—Trabaja en ese restaurante, el Cosmo's. Me encanta ese sitio.

Supongo que tiene sentido. Aunque ¿de qué han estado hablando todo este tiempo? Eso no puedo preguntarlo, por supuesto.

—Bueno, ¿y a qué viene esta visita?

—Escucha, Blake. —Se mete las manos en los bolsillos de la gabardina que lleva encima del traje—. Quiero disculparme por mi

forma de actuar cuando nos vimos en el Cooper's. Sé que has tenido un montón de problemas últimamente y me porté como un idiota.

—Está bien… —La disculpa parece sincera, pero el momento resulta un tanto extraño—. ¿Para eso has venido? ¿Para disculparte?

Malcolm está hurgando en el bolsillo de la gabardina. Al principio, creo que está tratando de encontrar algo que decir, pero luego me doy cuenta de que está buscando alguna cosa. Tras unos segundos, saca un estuche de joyería de terciopelo azul. Se me cae el alma a los pies.

—No —murmuro—. No.

—Lo siento mucho, Blake —dice él.

—No. —Doy un paso atrás, como si el estuche de terciopelo fuese venenoso—. No voy a aceptar que me lo des tú. No es así como ella va a romper nuestro compromiso.

—No lo está rompiendo. —Intenta ponerme la mano en el hombro y yo me aparto—. Ha dicho solo que necesita espacio y que quiere que tú recuperes esto. Ha dicho… Piensa que el dinero que saques de venderlo podría ayudarte a salir adelante.

Me revienta que Krista tenga razón. El dinero que obtendría por este anillo podría sacarme de apuros durante un mes o dos. Pero ¿luego qué? Igualmente acabaré perdiéndolo todo.

—Blake… —La cara de Malcolm está llena de compasión—. Ella aún siente algo por ti. Solo tienes que darle un poco de tiempo.

Trago saliva con dificultad.

—Tienes que irte, Malcolm.

—Blake…

—Vete. Ahora mismo.

Solo he llorado una vez en los últimos años, y eso fue cuando murió mi madre. Pero en este momento estoy muy cerca de hacerlo. Y no quiero echarme a llorar delante de este tipo.

Él deposita con delicadeza el estuche de terciopelo sobre la mesita de café. Luego me lanza una última mirada y se escabulle hacia la puerta.

En cuanto oigo que se cierra con un clic, me derrumbo en el sofá y me tapo la cara con las manos. No. *No*. Esto no puede acabar así. Tengo que verla. Tengo que hablar con ella.

Saco el teléfono del bolsillo. Antes de pensármelo demasiado, tecleo un mensaje:

Necesito verte, Krista.

Aparecen esas burbujas en la pantalla y yo contengo el aliento, confiando en que vaya a responderme. Espero que me diga que puedo ir a verla.

No creo que sea buena idea.

Chorradas. Si cree que puede romper conmigo a través de Malcolm, está muy equivocada. Miro mi reloj. Faltan todavía tres horas para que abra la tintorería. Casi seguro que aún está en casa. Me tiemblan las manos mientras tecleo el siguiente mensaje:

Voy ahora mismo a casa de Becky.
Tengo que verte.

Me quedo mirando la pantalla mientras pienso que ella me va a amenazar con llamar a la policía y denunciarme. No sé qué haré si me dice tal cosa. No quiero que me detengan, sobre todo en este momento, cuando ya me preocupa que el detective con el que hablé ayer sospeche de mí. Así que añado:

Por favor.

Agarro con fuerza el móvil esperando su respuesta, que llega unos segundos después:

Vale. Ven dentro de una hora.

Tengo el tiempo justo para ducharme.

36

El edificio de Becky y Malcolm no queda lejos, así que, en cuanto salgo de la ducha, me pongo las zapatillas y echo a andar.

Llego al bloque de apartamentos cinco minutos antes de la hora. Espero fuera, deambulando por la acera, y la gente empieza a mirarme con desconfianza. Saco mi teléfono y utilizo la cámara para comprobar si tengo buen aspecto, y la verdad es que voy un poco desaliñado. Aunque acabo de ducharme, tengo el pelo húmedo y algo alborotado por el viento, y además descubro que llevo la camiseta del revés.

Me la quito, lo cual requiere toda una maniobra porque llevo una chaqueta encima. Consigo darle la vuelta y vuelvo a pasármela por la cabeza. Mientras me pongo otra vez la chaqueta, me doy cuenta de que a unos pocos pasos hay una mujer de pelo rubio platino que me está mirando.

—¿Blake? —exclama.

Fuera de contexto y con un peinado distinto al que llevaba la última vez que la vi —¿más corto?, ¿más largo?—, tardo unos segundos en reconocer a mi antigua novia.

—¿Gwen?

—*Eres* tú. —Gwen parece atónita, a pesar de que en mi opinión sigo más o menos igual que hace dos años—. ¿Qué estás haciendo?

—Es que tenía la camiseta… —La señalo con un ademán de impotencia—. En fin…, eh…, ¿cómo estás tú?

Ella yergue el busto y resulta evidente que no lleva la camiseta del revés. Y desde luego ya no huele a cigarrillo. Me pregunto si lo habrá dejado.

—Genial, la verdad —dice con un deje en la voz que me sorprende —. Me ascendieron en el trabajo y, además, me prometí la semana pasada.

Y entonces me planta un diamante gigantesco en las narices.

No sé por qué me está restregando por la cara su éxito, porque fue ella la que rompió conmigo sin apenas ningún motivo. Bueno, lo que pasó más bien fue que ella inició una discusión estúpida que nos llevó a romper. No sé si se quedó con la idea de que yo tenía la culpa de la ruptura, pero, por su modo de mirarme, noto que no alberga sentimientos muy cálidos hacia mí.

—Me alegro mucho por ti, Gwen. —Lo digo en serio… más o menos. No voy a empezar a enumerar mis propios logros, cuyos puntos más destacados incluyen haber sido despedido del trabajo y haber sido abandonado por mi prometida—. Tienes todo el aspecto de que te va de maravilla.

Su mirada me recorre de arriba abajo.

—Y tú pareces…

No termina la frase. Mejor así.

Miro mi reloj. Ya es hora de subir.

—En fin, me alegro de haberte visto, pero tengo mucha prisa.

Me dirige una extraña mirada que no me esfuerzo mucho en interpretar.

—Sí, yo también. Eh…, bueno, nos vemos, Blake.

Me apostaría mil pavos que no tengo a que no la veré nunca más.

El encuentro con mi antigua novia no me ha dejado en el estado mental adecuado para ver a Krista. Antes estaba angustiado; ahora me siento mucho peor. ¿Y si dentro de dos años me encuentro a Krista por la calle y apenas la reconozco? La sola idea me provoca una opresión en el pecho.

Me había olvidado de que el edificio de Becky y Malcolm tiene portero, así que mi idea de subir por las bravas seguramente no habría funcionado. Por este motivo, agradezco que, al decir mi nombre, el portero me indique sin más que pase. Durante todo el trayecto en ascensor hasta la duodécima planta, voy dando golpecitos en el suelo con el pie derecho, aunque reprimo el impulso de empezar a deambular de nuevo.

Al acercarme a la puerta del apartamento, percibo de golpe un olor familiar. Es evidente que he conseguido estresar a Krista, porque está preparando sus galletas de canela. Ese aroma me

provoca una oleada de nostalgia. La echo muchísimo de menos. Estoy más decidido que nunca a reconquistarla. Irguiendo los hombros, llamo con decisión a la puerta.

Me estaba esperando que Becky ejerciera de guardiana, así que me llevo una pequeña sorpresa al ver a Krista en la puerta. Lleva su pelo rubio cobrizo recogido detrás, en su característico moño desordenado, y sus labios parecen de algodón de azúcar rosado. Se la ve un poco cansada y también algo desaliñada, si debo ser sincero. Pero eso solo hace que resulte más guapa.

Ha transcurrido poco más de una semana desde la última vez que la vi, pero parece que haya sido un año. Lo único que deseo es cogerla y darle un abrazo de nivel diez.

—Krista —digo con voz ahogada.

No me lo estoy imaginando: sus ojos se llenan de lágrimas.

—Ey, Blake.

El anillo de diamante está en el bolsillo de mi chaqueta. Estoy preparado para devolvérselo.

—¿Puedo pasar? —pregunto.

Ella inspira hondo.

—Vale, pero solo un minuto.

Cuando entro en el apartamento, percibo con más intensidad el aroma a canela. Sigo a Krista a la cocina. Ella coge un guante de cocina, saca del horno una bandeja de galletas recién hechas y la coloca junto a otra que ya está enfriándose. Ha preparado un montón. Salta a la vista que se siente fatal.

—Huelen de maravilla —digo—. Como siempre.

Ella consigue esbozar una pequeña sonrisa, pero no me ofrece una.

—Gracias.

—Echo de menos tus galletas.

—Gracias.

—Te echo de menos *a ti*, Krista.

Ella aparta la mirada. Se le sonrojan las mejillas.

—Blake…

—Por favor, dame otra oportunidad. —Intento cogerle la mano, pero ella retrocede para impedírmelo—. No pasó nada entre Whitney

y yo. Te lo juro por mi vida.

—Lo creo —dice, suspirando—, pero aun así tienes una obsesión extrema y malsana por esa mujer. ¡Solo hablas de ella, Blake!

—No es cierto.

—¡Es totalmente cierto! Actúas como si ella fuese el mal encarnado, pero solo es una persona corriente. Una persona *agradable*.

Aprieto los dientes.

—Whitney puede ser muchas cosas, pero *no* es agradable. De hecho…

«De hecho, creo que es posible que haya matado al señor Zimmerly».

«Creo que puede haber sucedido algo terrible en nuestra sala de estar».

«Creo que Whitney podría estar intentando inculparme del asesinato».

Mientras pienso estas cosas, me doy cuenta de lo descabelladas que suenan. ¿Whitney inculpándome de un asesinato? Suena absurdo. No puedo decir eso en voz alta. Si Krista cree que estoy obsesionado con Whitney, decirle lo que de verdad pienso empeorará aún más las cosas. Aunque todo sea cierto.

—Estoy preocupada por ti, Blake. —Frunce el ceño hasta juntar las cejas—. Me preocupa… que estés perdiendo el contacto con la realidad. Me da pavor. Estás paranoico y no escuchas nada de lo que yo digo.

Vale, queda claro que no puedo contarle que creo que Whitney mató al señor Zimmerly.

—Estoy bien, Krista —contesto—. Te lo juro. El único motivo de que no esté bien es que tú te hayas ido.

—Necesitaba irme. —Arruga el ceño de nuevo—. Lo siento, pero estás fuera de control. Ya no podía lidiar con todo eso.

—¿Lidiar con qué? —replico.

—Blake…

—¡Hablo en serio! ¿A qué te refieres?

No me doy cuenta de que he levantado la voz hasta que Becky se materializa a mi espalda con los brazos cruzados sobre el pecho. Se

aclara la garganta con un fuerte carraspeo.

—Creo que ya es hora de que te vayas, Blake —dice.

Miro a una y después a otra. Becky me observa furiosa; Krista solo parece apenada. Esto no es justo. Yo no he hecho nada malo. Nunca he engañado a Krista, y no son imaginaciones mías que algo extraño pasa con Whitney. Krista puede no creerme, pero sé que esa mujer me la tiene jurada. Ha ido a por mí casi desde el momento en que se trasladó a nuestra casa.

Me dirijo a Krista:

—¿Podemos hablar un poquito más, por favor?

—No —dice Becky con firmeza.

No entiendo por qué tiene que ejercer de guardiana.

—Ya es hora de que te vayas. Además… —Becky me mira de arriba abajo—, llevas la camiseta hacia atrás.

Bajo la mirada y, en efecto, la etiqueta asoma por la parte de delante. Maldita sea. Me la debo de haber colocado así cuando la he puesto del derecho. ¿Cómo es que cuesta tanto ponerse bien una jodida camiseta?

—De acuerdo —digo—. Me voy.

Miro la bandeja de galletas que están enfriándose en la encimera. ¿Podré volver a probar algún día las especialidades al horno de Krista?

—Espera. —Debe de haber percibido mi expresión, porque coge una espátula de la encimera—. Te voy a dar unas galletas… para el camino.

Estoy seguro de que no seré capaz de comérmelas porque son lo último que me queda de ella, pero dejo que me las prepare. Me grabo en la memoria este momento, mientras observo cómo sus dedos esbeltos desprenden las galletas de la bandeja. Tiene las uñas pintadas de un tono rosa pálido que hace que sus manos parezcan aún más frágiles. Mete como media docena en una bolsa hermética y la cierra bien para que se mantengan frescas. Luego se acerca y me desliza la bolsa en el bolsillo de la chaqueta.

Es un gesto extrañamente íntimo, lo que me hace pensar que, pese a todo, cabe la posibilidad de que volvamos a estar bien algún día.

Ojalá pueda librarme de Whitney.

—Adiós, Blake —dice.

—Adiós, Krista —acierto a responder.

Me da un abrazo de nivel siete, una intensidad suficiente para hacerme sentir otra pizca de esperanza. Yo la estrecho un buen rato, de tal modo que Becky me acaba mirando con reprobación. Que se vaya al infierno.

De un modo u otro, voy a recuperar a Krista.

37

Cuando llego a casa, lo primero que hago es comprobar que Whitney no esté. Una vez que me he asegurado de que no hay nadie, cojo mi portátil y me lo llevo al sofá. Aguardo a que arranque y luego abro la revisión de antecedentes de Whitney que me bajé al disco duro antes de que ella se mudase aquí hace cinco meses.

No contiene gran cosa. Certifica que nunca ha sido detenida o encarcelada. No hay ninguna orden activa de detención. Lo único que demuestra es que, si Whitney ha cometido algún delito en su vida, no la han atrapado.

Pero no es esa la información que estoy buscando.

En la revisión de antecedentes figura también la ciudad en la que nació. Es una localidad de New Jersey llamada Telmont, de la que nunca he oído hablar. Miro en la Wikipedia, que dice que se trata de una ciudad del condado de Sussex con una población de quince mil habitantes. Queda a unas dos horas en coche de Manhattan.

Yo nunca he estado allí, de eso estoy seguro. Pero hay algo en el nombre de esa ciudad que me suena vagamente.

Un poco más de investigación me revela que el lugar es lo bastante pequeño como para que solo tenga un centro de educación secundaria. Abro la web del instituto de Telmont, donde figura un número de teléfono.

Me quedo mirando el número en la pantalla del portátil. No sé muy bien qué estoy haciendo ahora mismo. Solo por que Whitney naciera en Telmont no quiere decir que hiciera allí la secundaria. En casa de Becky, tanto esta como Krista me miraban como si yo hubiera perdido el juicio —como si les diera *miedo*—, y ahora que estoy aquí sentado, buscando escuelas de secundaria en New Jersey, una parte de mí se pregunta si no andan del todo desencaminadas.

Sin embargo, mi instinto me dice que algo extraño pasa aquí.

Había dejado el teléfono sobre la mesita de café y ahora empieza a vibrar. Me apresuro a cogerlo y se me encoge el estómago al ver quién me está llamando. Mierda, es Kenny. Se me ha olvidado por completo avisar de que estoy enfermo. Deslizo el icono para responder.

—Porter —me ladra Kenny—, ¿dónde estás? Ya sabes que tenemos esa reunión con Haywood en veinte minutos.

En mi antiguo trabajo, yo habría dirigido una reunión de este tipo. Ahora fotocopio hojas de cálculo y sirvo café. Y redacto el acta, por supuesto.

—Lo siento, estoy muy enfermo. Ni siquiera puedo levantarme de la cama.

Hay un largo silencio al otro lado de la línea.

—¿Enfermo, dices?

—Sí. Me ha empezado justo al despertar. Fiebre, escalofríos. Algo realmente fuerte.

—¿Sabes? Davidson te ha visto en la calle esta mañana. Me ha dicho que ha sido por el lado oeste, cuando iba de camino a coger el metro.

¿Será posible? Yo *estaba* en el lado oeste, es cierto, frente al bloque de apartamentos de Becky y Malcolm. Aunque Davidson es un cretino, y lo creo capaz de inventarse cualquier cosa para meterme en un lío.

—Ha dicho que te estabas quitando la camiseta —añade Kenny.

Vale, no cabe duda, era yo.

—Ah —me limito a murmurar.

—O sea que no estás enfermo.

—Es que… —Lo último que deseo es contarle ninguno de mis problemas a mi jefe, a quien ya le caigo mal—. Ha sido una mañana difícil. Necesito un día libre.

—Lo que no me gusta es el engaño —dice él con voz tensa—. Podrías haber pedido un día de permiso. Para empezar, podrías haberme avisado a primera hora. En lugar de eso, soy yo el que tengo que llamarte al ver que no te molestas en aparecer, y luego me mientes. Aunque tampoco debería sorprenderme, después de lo que me han contado de ti.

—Yo… Lo siento —tartamudeo.

—¿No quieres venir hoy? Perfecto. No te molestes tampoco en venir mañana.

—Kenny…

—Te mandaremos tus cosas por correo. Adiós, Porter.

Y me cuelga sin más.

Me ha despedido. No puedo creerlo. Bueno, en realidad sí puedo, porque he estado trabajando sin ganas últimamente, incluso cuando me presentaba en la oficina. Ni siquiera soy capaz de conservar un empleo temporal.

Kenny comunicará a la agencia que me han despedido. Y luego ¿qué? No lo sé. Supongo que me encontrarán otro puesto degradante. Sin lugar a dudas, tendré que vender la casa.

De algún modo, Whitney está detrás de todo esto. Es solo que no comprendo por qué o cómo.

Me concentro en la pantalla del portátil. Instituto de Secundaria Telmont. Todavía es por la mañana, así que, si llamo, seguro que contestan. Al menos esto es algo que puedo hacer.

Marco los diez dígitos en mi móvil. Enseguida empieza a sonar. Agarro el teléfono con fuerza; tengo la palma sudorosa de repente. No sé qué estoy haciendo en realidad, pero por algún lado he de empezar. Necesito información sobre Whitney Cross, y esta es una pista tan buena como cualquier otra.

Tras unos tonos de llamada, me contesta una mujer de voz agradable.

—Instituto de Secundaria Telmont —gorjea.

Yo carraspeo.

—Sí, hola. Me llamo… John Sanders. Estoy considerando la posibilidad de contratar a una candidata para un empleo y quisiera conseguir una copia de su expediente. Ella me dijo que ustedes me lo podrían mandar.

—Sí, desde luego que podemos hacerlo —dice la mujer, animada —, aunque necesitaríamos una autorización firmada del alumno.

Maldita sea, ya me temía que dijera esto.

—De hecho, se la hemos enviado por fax esta mañana. ¿No la han recibido?

Para mi alivio, ella se echa a reír.

—Ah, es probable. Hemos recibido un montón de faxes esta mañana y todavía no los he mirado. Seguro que está ahí.

—Sin duda —le aseguro.

Oigo que empieza a teclear.

—¿Cuál es el nombre de la candidata?

—Whitney Cross.

Ella deja de teclear en el acto.

—¿Whitney Cross?

—Eso es.

—¿Whitney Cross ha hecho una solicitud de trabajo?

—Sí. ¿Hay algún problema?

Oigo que inspira hondo.

—Quizá no me corresponda a mí decirlo, pero…

—¿Qué sucede?

—Si Whitney ha hecho una solicitud para trabajar con usted, yo le recomendaría encarecidamente que escoja a otro candidato.

Sujeto el teléfono con más fuerza.

—¿Por qué?

Ella baja mucho la voz.

—Whitney Cross… es extremadamente peligrosa. Yo, en su lugar, me mantendría alejado de ella.

38

Whitney Cross es extremadamente peligrosa».

Ese es un dato que me habría resultado útil conocer *antes* de permitir que se mudase a mi casa.

—¿Peligrosa? —exclamo.

—Lo lamento, señor…

Tardo un segundo en recordar el nombre que me he inventado.

—Sanders.

—Señor Sanders —se corrige—. Tampoco quisiera difundir rumores. Y eso fue hace mucho tiempo.

—Ella tiene unas referencias excelentes. —Eso es cierto, de hecho. Hablé en persona con el jefe de Whitney en el restaurante, así como con un amigo que dijo que ella había sido compañera suya de piso, y ambos la pusieron por las nubes. «Nunca he conocido a una persona más agradable o más responsable», me dijo su jefe.

—Ah, sí, estoy segura —replica la mujer—. A Whitney siempre se le dio muy bien hacer que la gente dijera lo que ella quería.

—¿Cómo es que la recuerda siquiera? Ha pasado mucho tiempo.

—Jamás podría olvidar lo que hizo Whitney. Créame.

—Pero…, eh… —Me remuevo en el sofá—. ¿Qué hizo Whitney exactamente? Su certificado de antecedentes está limpio.

—Bueno, puede ser —reconoce la mujer—. Whitney tenía mucha habilidad para no meterse en líos. Puedo enviarle su expediente y verá que sus notas son excelentes. Era muy muy inteligente.

—¿Pero?

—Era manipuladora —dice la mujer en voz baja—. De esas chicas que siempre estaban rodeadas de amigos, pero tú te dabas cuenta de que ninguno era un amigo de verdad. Y, si alguien hacía algo que no le gustaba, ella se encargaba de destrozarle la vida.

—¿Destrozarle la vida?

—Bueno, todo esto son conjeturas, señor Sanders. —De repente, parece reacia a decir nada más—. No quiero empezar a propagar rumores sobre ella. Tal vez ha cambiado.

Por mucho que diga, más bien parece, por el contrario, que a esta mujer le encanta difundir rumores. Solo tengo que animarla a seguir hablando.

—Todo esto es confidencial —la tranquilizo—. Pero se trata de un puesto importante y tengo que asegurarme de que es la candidata adecuada.

—Ah, entiendo.

—O sea que, si hay algo que deba saber, le agradecería que me lo dijera. Me haría usted un gran favor.

—Sí, lo comprendo. —Ahora baja todavía más la voz, de manera que tengo que aguzar el oído para escucharla—. Verá, circularon un montón de historias sobre las cosas que hizo Whitney cuando era más joven, pero yo misma no fui testigo de ninguna. Nunca vi de lo que era capaz hasta que se armó un drama con su novio cuando ella estaba en el último año.

—¿Con su novio?

—Se llamaba Jordan Gallo —dice—. Un buen chico. Jugador de fútbol americano. Salió con Whitney más o menos durante un año. Y luego, al parecer, la engañó con otra chica. Ya sabe cómo son los adolescentes. Fue el típico drama de instituto que has visto un millón de veces. Rompieron, y Whitney se propuso destruirlo como si fuera la misión de su vida.

—Ah. —Tampoco suena tan grave. Como ella ha dicho, parece el típico drama adolescente. Me sorprende que esta mujer se acuerde todavía quince años después.

—Señor Sanders…, Jordan Gallo se tiró desde la azotea del instituto.

Me quedo helado.

—¿Qué?

—Ella lo *atormentó* —me susurra al teléfono—. Recuerdo que lo vi un par de días antes de que se matara y tenía un aspecto terrible. Como si lo estuviera persiguiendo un fantasma.

—¿Qué hizo ella para atormentarlo?

—Yo solo oí rumores. Soy simplemente la secretaria del instituto. —Su susurro es casi inaudible y tengo que pegarme el teléfono al oído—. Pero justo después de la ruptura, a él lo pillaron haciendo trampas; le encontraron en la mochila una copia de un examen que se iba a hacer a los pocos días, aunque él juró que no tenía ni idea de cómo había llegado allí. No lo expulsaron del centro, pero sí lo echaron del equipo de fútbol. Ese equipo lo era todo para él y confiaba en obtener una beca para la universidad. Como es natural, no lo consiguió. —La mujer hace una pausa, como perdida en sus recuerdos—. Y luego, un día, Jordan abrió su taquilla y la encontró llena de insectos. —Casi percibo a través del teléfono cómo se estremece.

La historia de lo que le ocurrió a Jordan Gallo es diferente de la mía, pero me resulta familiar de un modo inquietante.

—Y eso no es todo —añade—. Aunque Jordan tenía un comportamiento extraño antes de su muerte, sus padres dijeron que él jamás se habría suicidado.

—¿Qué creían que había pasado?

—Al parecer, Jordan y Whitney solían subir a la azotea juntos para estar a solas —dice la mujer—. Sus padres insistieron en que ella lo había empujado y había hecho que pareciera un suicidio.

—Eso es… —Me interrumpe una tos—. Guau. Es espantoso. ¿Llegó a ser acusada?

—Ellos trataron de que la policía investigara —me explica—. Pero entonces Whitney levantó el vuelo. Quiero decir, se largó enseguida de la ciudad. Ni siquiera se molestó en terminar el curso. Sus propios padres no sabían a dónde había ido…, o eso declararon.

—Ah…

—Yo siempre pensé que había salido del país —musita la mujer—. Parecía el tipo de persona que desea recorrer mundo. En todo caso, tuvo que salir de la ciudad porque el ambiente estaba muy caldeado. Si se hubiera quedado, es probable que la hubieran acusado.

—Bueno, pues ahora está en Manhattan —digo en un susurro—. O sea que…

—Ay, cielos. He estado hablando por los codos, ¿no? —Suelta un suspiro—. Mire, no pretendía preocuparle. Todo eso eran rumores y

sucedió hace mucho tiempo.

Sí, pienso, pero ella no ha cambiado en absoluto.

—No importa —acierto a decir—. Sin duda es bueno saber todo eso.

—¿Todavía quiere su expediente, señor Sanders?

—Eh, sí. Sí, sería perfecto.

Le dicto el número del fax virtual que tengo, que va directo a mi cuenta de email. La solícita secretaria del Instituto de Secundaria Telmont me dice adiós, no sin antes desearme buena suerte, y yo aguardo a que llegue el fax con el expediente de Whitney.

Después de colgar, las manos no paran de temblarme. Voy al baño a echarme un poco de agua en la cara y, cuando me miro en el espejo por encima del lavabo…, veo que estoy hecho un desastre. Tengo el pelo de punta, así como cercos morados bajo los ojos, y parezco diez años más viejo que hace solo unos meses. Hasta mis dientes parecen menos blancos e impecables que antes.

Me pregunto qué aspecto tenía el exnovio de Whitney antes de arrojarse desde la azotea.

Ese pobre chico, Jordan Gallo. Cometió un pecado contra Whitney Cross y ella se lo hizo pagar con la pena máxima.

Y ahora me está haciendo a mí lo mismo. Solo que, en este caso, no entiendo por qué.

Me seco la cara y entro en la cocina. Me muero por una cerveza, solo para apaciguar los nervios, pero me doy cuenta de que son las diez de la mañana. No quiero deslizarme por esa pendiente. Me sirvo, pues, un vaso de agua del grifo. Mientras estoy llenándolo, una mosca zumba junto a mi cara. Las moscas han vuelto con fuerzas redobladas, aunque estas son más grandes. Me pregunto si Whitney ha escondido más fruta podrida en mi cocina. La creo perfectamente capaz.

Esta vez observo que las moscas se aglomeran en el hueco entre la encimera y la nevera. Es un espacio de unos siete centímetros, lo bastante amplio como para meter a presión una manzana o una pera podrida, algo de ese tipo. Tiene que haber alguna cosa ahí. Estoy seguro.

Me saco el teléfono del bolsillo y enciendo la linterna. Enfoco la rendija y, en efecto, puedo distinguir apenas algo parecido a una bolsa de papel embutida ahí dentro.

En parte, preferiría dejarla ahí. No tengo ganas de vérmelas con más gusanos, al menos ahora mismo. Pero cuando me acerco un poco más para mirar mejor, el hedor me revuelve el estómago. Huele de un modo distinto y mucho peor que la otra vez.

¿Qué demonios habrá ahí?

Me agacho junto a la nevera e introduzco el brazo en el hueco para intentar coger la bolsa de papel. Pero mi brazo no es lo bastante largo. No la alcanzo. Me faltan unos centímetros para llegar.

Me levanto, hurgo en uno de los cajones y saco una cuchara de servir. Vuelvo junto a la nevera y esta vez, usando la cuchara, empujo un poco la bolsa hacia fuera. Tras varios intentos, consigo cogerla por una esquina y sacarla de la rendija.

Si tenía alguna duda de que el contenido de la bolsa era la causa del olor y las moscas, ahora ya no me queda ninguna. Incluso antes de mirar dentro, el hedor dulzón y putrefacto resulta abrumador. Los insectos pugnan por acercarse a lo que hay ahí dentro, sea lo que sea.

Tengo que mirar. Tengo que saber qué hay en esta bolsa. No quiero hacerlo, pero debo verlo.

«Échale cojones, Blake. Tampoco puede ser tan malo».

Las manos todavía me tiemblan. Atisbo con los ojos entornados el interior de la bolsa de papel marrón, tratando de echar un buen vistazo sin derramar el contenido sobre la encimera. Parece que hay tres pequeños objetos, cada uno de unos siete centímetros de largo.

¿Qué demo…?

Oh, Dios.

Oh, Dios mío.

Esto es mucho peor de lo que pensaba.

39

No es fruta podrida.

Ojalá fuera fruta podrida. Eso sería muchísimo mejor.

Son unos *dedos*.

He tardado varios segundos en deducirlo porque están hinchados y descoloridos, y porque, además, al abrir una bolsa de papel no esperas encontrarte tres dedos dentro. Incluso si te esperas algo horrible, nunca será nada parecido.

Son las uñas pintadas de rosa lo que me ha hecho identificarlos.

Se me retuerce el estómago y me asalta una abrumadora oleada de náuseas. Entre la bolsa con los dedos dentro y las moscas volando en círculo, creo que voy a enloquecer. Sin embargo, respiro hondo varias veces, con una espiración sibilante, y enseguida me siento bien. Bueno, tan bien como puede sentirse alguien que sujeta una bolsa de papel con tres dedos dentro. Siento un hormigueo en mis propios dedos.

Una vez que he recuperado el dominio de mí mismo, me saco el móvil del bolsillo. Marco un nueve, seguido de un uno, pero, antes de teclear el último dígito del teléfono de emergencias, me detengo.

Quizá no debería llamar a la policía.

Parecería lo más lógico en esta situación. Estos dedos pertenecían a un ser humano, y estoy seguro de que no han llegado a mi casa con su permiso. ¿Cómo se supone que voy a explicárselo a la policía? «Sí, estaba buscando por la cocina y me he encontrado estos dedos. ¿Qué les parece?».

Además, no puedo evitar pensar en el señor Zimmerly, en ese accidente doméstico que después de todo resultó no ser un accidente y en cómo empieza a parecer que yo podría haber sido el responsable su muerte.

¿Y si de algún modo estos dedos apuntan también hacia mí?

No sé cómo podrían hacerlo. Al fin y al cabo, no conozco a nadie que haya sido asesinado o que haya desaparecido… Quiero decir, aparte del señor Zimmerly, pero estoy seguro de que él conservaba todos los dedos. Aunque está esa extraña mancha de sangre en el suelo que todavía no he conseguido limpiar por completo… ¿Es posible que todo esto proceda de Whitney?

Dejo la bolsa de papel sobre la encimera. Me siento casi como en un trance mientras abro mi email en el teléfono, a donde acaba de llegar un nuevo documento.

Es el expediente de Whitney del Instituto de Secundaria Telmont.

El nombre de la ciudad me sigue sonando de algo. Juraría que lo he oído en alguna parte. Voy pasando las páginas del documento y, tal como me ha asegurado esa mujer del instituto, contiene las excelentes calificaciones de Whitney en las distintas asignaturas de secundaria. Pero nada de eso me interesa. Solo hay un dato en este expediente que capta mi atención.

La dirección de la casa natal de Whitney.

Es donde vivía su familia cuando ella estaba en secundaria. Y cabe muy bien la posibilidad de que sigan viviendo allí. Presiento que en la historia de Whitney Cross había aún más cosas de lo que ha podido contarme la secretaria y siento una desesperada necesidad de encontrar respuestas. Me falta algún dato importante sobre esa chica, y quizá el lugar del que procede contenga la clave.

Tengo que hablar con sus padres. Tengo que saber por qué me está haciendo esto.

Podría llamarlos, pero me da la sensación de que no van a responder a mis preguntas por teléfono. No, esto hay que hacerlo en persona.

Introduzco la dirección en la aplicación de mapas de mi teléfono. Es un trayecto de poco más de dos horas en coche. Miro mi reloj. Si salgo enseguida, podría llegar allí a primera hora de la tarde. Por supuesto, no tengo coche, lo cual complica las cosas. Telmont no es el tipo de población a la que se pueda llegar con transporte público. Y quién sabe si los padres de Whitney viven aún en esa dirección. Quizá ya han abandonado la ciudad a estas alturas, como haría cualquiera cuando su hija ha sido acusada de asesinato.

Debería llamar a la policía. Es lo que haría una persona normal y respetuosa con la ley si encontrara en su cocina unas partes desmembradas de un cuerpo humano.

Solo que yo no puedo dejar de pensar en Jordan Gallo. Ese pobre chico que se atrevió a engañar a Whitney Cross. No me cabe duda de que ella fue la responsable de su muerte y que luego se las arregló para hacer que pareciera un suicidio. Me da la sensación de que, si llamo a la policía, saldré de mi casa esposado.

A la mierda. Me voy a Telmont.

40

El asunto del coche va a ser un problema. Es decir, yo no tengo uno y alquilarlo es caro.

En gran parte, tener coche es un lastre cuando vives en Manhattan. Las calles son peligrosas y el aparcamiento, escaso. Y hay transporte público por todas partes. No hay motivos para tener coche.

Muchos de mis amigos en Coble & Roy tenían uno. Vehículos de lujo que sobre todo usaban como símbolo de su estatus y para hacer escapadas los fines de semana. Siendo una persona que se crio en la pobreza, a mí nunca se me ocurrió gastarme una fortuna en un Porsche que de todos modos habría de pasarse la mayor parte del tiempo encerrado en un garaje. Pero ahora ya no tengo ningún contacto con mis antiguos amigos, así que no puedo llamarlos sin más para pedirles prestado el coche.

La única persona que conozco que tenga coche es Malcolm. Él y yo no somos precisamente buenos amigos, pero quizá, después de robarme el puesto y darme la noticia de que mi prometida me ha dejado, sienta un impulso caritativo. Por suerte, tengo guardado su número en mi teléfono.

Antes de hacer nada más, vuelvo a meter la bolsa de papel con los dedos desmembrados en el hueco de la cocina donde la he encontrado. De este modo, Whitney no se dará cuenta cuando vuelva de que he descubierto lo que dejó aquí escondido. Eso me hace sentir como si fuera un paso por delante de ella.

Aunque también se me ocurre que mis huellas están ahora por toda la bolsa de papel.

Busco el número de Malcolm en el teléfono y me dispongo a seleccionarlo, pero luego titubeo al recordar su charla amigable con Whitney de esta mañana. Eso ha sido muy extraño. Aunque, por

otro lado, la explicación que me ha dado de que la conocía del restaurante tiene sentido. No hay motivo para desconfiar de él. Últimamente, dudo de todo el mundo.

Al fin, pulso en su número. Suena varias veces. Quizá no responda. Es probable que esté en el trabajo, al fin y al cabo. Yo soy aquí el único pringado sin empleo. Aunque al menos conservo mi libertad…, por ahora.

—¿Hola? —La voz grave de Malcolm resuena en mi oído—. ¿Blake? ¿Eres tú?

Carraspeo.

—Hum, sí.

—¿Todo bien, colega?

—Sí, por supuesto. —Quizá sea la mayor mentira que he dicho en mi vida—. Pero, escucha, necesito un favor.

—Claro, dime.

—Necesito que me prestes tu coche.

—¿Mi coche? —Parece patidifuso—. ¿Para qué lo necesitas?

—Tengo que hacer un pequeño viaje por carretera.

—¿A dónde?

—No muy lejos. A New Jersey.

—¿A New Jersey? —No habría sonado más sorprendido si le hubiera dicho que me iba a la Luna—. ¿Para qué vas *allí*?

—Voy a ver a un amigo.

—¿Y qué hay del tren rápido?

—Es que el sitio queda algo… apartado. —Aún tengo el expediente de Whitney en la mano, que se arruga bajo la presión de mis dedos —. ¿Dónde tienes el coche? ¿Está en el garaje de tu edificio?

—Sí, pero… —Vacila un momento—. No sé, Blake. ¿Ahora, de repente, tienes que irte a las quimbambas de New Jersey? Y, si hay un accidente, ni siquiera sé si mi seguro lo cubrirá. ¿Tú tienes un seguro?

Es obvio que no. ¿Por qué iba a tener seguro si no tengo coche?

—Soy un conductor muy prudente. Te prometo que no pasará nada.

—Lo siento, chico. —Suelta un suspiro—. Quisiera ayudarte, pero… no creo que sea buena idea. Pero, oye, ¿qué tal si salimos, nos

tomamos una copa y hablamos de todo esto…?

—¡No necesito una *copa*! —le espeto—. ¡Necesito un *coche*!

No debería haberle gritado. Noto por el silencio al otro lado de la línea que se ha molestado. Si había alguna posibilidad de que estuviera dispuesto a ayudarme, la acabo de perder.

—¿Seguro que te encuentras bien? —insiste.

—Olvídalo —mascullo. Y cuelgo sin más.

Vale, Malcolm no va a dejarme su coche. Pero no importa. Puedo alquilar uno. No le necesito.

De un modo u otro, voy a hacerlo. Voy a llegar al fondo de este asunto, aunque sea lo último que haga.

41

Acabo alquilando un Corolla.

Cuesta más de lo que quería gastar, pero tampoco será tan grave si lo devuelvo antes del final del día, cosa que debería poder hacer. De todos modos, va todo a cargo de mi tarjeta de crédito y la factura tardará en llegar dos semanas más. Ese es un problema para el Blake del futuro.

Ya pasa de la hora del almuerzo cuando consigo salir a la carretera. Hay más tráfico de lo que esperaba, pero voy todo lo deprisa que me atrevo a circular en una autopista. No pierdo de vista el GPS de mi teléfono, y mi corazón se acelera a cada kilómetro que recorro.

Son más o menos las 15.30 cuando llego a Telmont. Tal como esperaba, es una ciudad tranquila con calles estrechas y montones de casitas con cercas de madera. Me recuerda al pueblo de las afueras de Cleveland donde crecí con mi familia. Entonces me moría de ganas de salir de allí y hacer algo con mi vida, pero ahora siento una punzada de nostalgia. Tampoco habría sido tan malo vivir de adulto en un sitio como ese, y tengo la sensación de que a Krista también le gustaría.

Tal vez, cuando todo esto haya terminado, podríamos irnos los dos de Nueva York. Volver a empezar en un sitio nuevo, donde el coste de la vida no sea tan demencial. Es decir, suponiendo que pueda recuperarla.

Por eso estoy aquí. Para averiguar qué se propone Whitney y conseguir que Krista se ponga otra vez de mi lado.

Y también para averiguar de quién son esos dedos que hay en mi cocina.

El GPS me guía hasta una casa de color amarillo claro con una cerca que rodea en parte el jardín delantero. Es pintoresca, el tipo

de casa en la que cualquier niño estaría encantado de criarse con un montón de hermanitos y quizá un perro o dos. Cuesta imaginar que alguien que ha crecido en un hogar semejante se haya convertido en una persona como Whitney.

Aparco junto a la acera, cerca de la casa. Tardo unos minutos en mentalizarme, pero luego me bajo del coche y camino hasta la puerta principal. Está pintada con un tono amarillo más reluciente que el del resto de la casa; demasiado reluciente, de hecho. Casi cuesta mirarla.

Musito una breve oración y luego toco el timbre. Y espero.

Tras un minuto, está claro que no va a venir nadie. Miro alrededor, por si alguien está observando, y luego atisbo por la ventana contigua a la puerta. El interior parece a oscuras. No hay nadie en casa.

Vuelvo a recorrer el sendero hasta donde se encuentra el buzón. Echo otro vistazo en derredor y lo abro. Miro la primera carta del montón y leo que va dirigida a Jeannette Cross.

Eso significa que esta es la casa. Aquí es donde se crio Whitney Cross y donde sus padres siguen viviendo.

Bueno, me ha costado dos horas llegar hasta aquí, así que no voy a irme sin hablar con alguien. A menos que se hayan ido de viaje, supongo que volverán antes de que anochezca.

Regreso al coche alquilado para esperar.

Me echo atrás en el asiento y cierro los ojos un momento. Estoy cansadísimo, pero no voy a poder dormir. Me resultaría imposible, sobre todo porque, cada vez que cierro los ojos, veo esos tres dedos con las uñas pintadas de rosa en la bolsa de papel marrón. ¿De quién serán esos dedos? Esta pregunta me obsesiona.

Y entonces se me ocurre una idea que me provoca un escalofrío por toda la columna.

¿Podrían ser de Krista?

No, no es posible. La he visto esta mañana; luego he vuelto a casa y he encontrado los dedos en la cocina. Sí, vale, he vuelto a pie y sin prisas, pero es imposible que en ese lapso de tiempo Whitney haya matado a Krista, le haya cortado los dedos y los haya escondido en la cocina. Es físicamente imposible.

¿Verdad?

No, no. No puede ser. Esos dedos estaban… O sea, no tengo duda de que estaban en fase de descomposición. Así que, incluso si Whitney hubiera hecho lo imposible, esos dedos no podrían ser los de Krista. Aunque, por otro lado, tampoco es que los haya examinado muy bien. Lo único que he visto claramente es el esmalte de uñas, que resultaba ser del mismo rosa algodón de azúcar que he observado que llevaba Krista esta mañana cuando estaba despegando las galletas de la bandeja.

Cojo el teléfono con dedos temblorosos y tecleo un mensaje para ella:

¿Estás bien?

Krista no tiene que responderme. No tiene que hacer nada, salvo mirar el mensaje, de manera que yo vea la marca de «leído».

Pero la marca no aparece. La aplicación ni siquiera indica que haya recibido el mensaje.

Vale, estoy poniéndome paranoico. Sí, estoy seguro de que esos dedos eran de mujer, y sí, el esmalte de uñas era del mismo tono que el que llevaba Krista, pero no veo aun así cómo podrían ser de ella. Krista está bien. La acabo de ver esta mañana. Está *bien*.

Y, si no es así, mataré a Whitney con mis propias manos.

42

Espero en el coche durante más de una hora.

En un momento dado, me entra hambre. Me he saltado el desayuno y lo único que he almorzado ha sido una bolsa de patatas fritas del súper que había junto a la empresa de alquiler de coches. Solo cuando ha pasado la primera hora recuerdo la bolsa de galletas de Krista. Yo quería guardarlas, pero el estómago me ruge con la suficiente insistencia como para que decida comerme algunas. Cuando el sabor a canela se extiende por mi boca, se me forma un nudo en la garganta. Espero que estas no sean las últimas galletas que Krista prepara para mí.

La sola idea me deja casi sin aliento.

Durante todo este rato, he revisado el móvil un montón de veces para ver si ella ha respondido a mi mensaje. No lo ha hecho. Tengo que creer que es imposible que esos dedos pudieran ser suyos. La secuencia cronológica es demasiado apretada. Krista está bien. Solo que…

El tono del esmalte de uñas era muy parecido al que yo le he visto esta mañana. O al menos a mí me parece que lo era. Cada vez que lo pienso, se me encoge el estómago.

¿Por qué no responde a mi mensaje?

Ya son cerca de las cinco cuando un Chevrolet se detiene en el sendero de la casa amarilla. Me agazapo dentro del coche y observo a una mujer sesentona de pelo rubio oscuro que se baja del vehículo y camina hacia la puerta. Debe de ser la madre de Whitney. Se le parece un poco.

Aguardo unos minutos. No quiero abalanzarme sobre ella cuando apenas acaba de entrar. Voy a darle tiempo para quitarse los zapatos y relajarse un poco. Luego, una vez que se haya puesto cómoda, llamaré a la puerta. Me como otra galleta mientras tanto.

Cuando la mujer ya lleva diez minutos en casa, me bajo del coche. Vuelvo a recorrer el sendero hasta la puerta principal, esta vez sabiendo que alguien me abrirá. Solo espero que no me diga algo que no quiero oír.

Llamo al timbre y suenan unos pasos arrastrados en el interior. Aún no he decidido qué voy a decirle a la madre de Whitney. Tengo en mente varias historias que podría usar como tapadera, pero todas son muy pobres. Si ella se da cuenta de que estoy mintiendo, me cerrará la puerta en las narices y se habrá acabado todo esto.

Me abre la mujer que supongo que es la señora Cross. Vista de cerca, no se parece tanto a Whitney como yo creía; supongo que esta se parecerá más a su padre. Desde lejos, he calculado que debía de tener sesenta y pico, pero, ahora que la tengo delante, veo una red de arrugas en torno a sus ojos y una mirada atormentada que me recuerdan a lo que veo cuando me miro a mí mismo en un espejo.

Es en este momento cuando decido contarle la verdad.

—¿Señora Cross?

Ella me mira con recelo.

—Sí…

—Me llamo Blake Porter —digo—. Y… la cuestión es que, desde hace cinco meses, tengo una inquilina llamada Whitney Cross. Y…

Por un momento, no puedo continuar al pensar en todas las cosas horribles que han sucedido desde que Whitney se mudó a mi hogar. La comida podrida en la cocina. La marcha de Krista. El asesinato del señor Zimmerly. Y ahora esos dedos desmembrados que Dios sabrá de quién son. (Por favor, que no sean de Krista). Es algo abrumador. Y, aunque antes la idea de venir aquí me parecía que era lo que debía hacer, ahora ya no estoy seguro.

¿Y si no sirve de nada?

La señora Cross escruta mi rostro y, al parecer, ve en mí lo mismo que yo he visto en ella. Extiende el brazo y me pone la mano en el hombro. No puedo por menos que pensar: «Esta mujer lo entiende».

—Pase, señor Porter —dice—. Tenemos que hablar.

43

La señora Cross me invita a quitarme la chaqueta, pero me la dejo puesta, pensando que cabe la posibilidad de que deba salir de aquí pitando. Me lleva a la sala de estar y me hace sentar en un impecable sofá blanco, con grandes y mullidos cojines. Como el resto de la casa, la sala tiene un aspecto acogedor y pintoresco. Puedo imaginarme a mí mismo apoltronado aquí en pleno invierno, con la chimenea encendida y una taza de chocolate caliente en la mano.

La madre de Whitney se sienta frente a mí en un sofá de dos plazas a juego, sin apartar los ojos de mi rostro. Cuando empieza a hablar, lo hace con un tono mesurado. Sus verdaderos sentimientos solo se manifiestan con un leve temblor en su voz.

—Usted está viviendo con Whitney —dice.

—Así es.

Ella baja la mirada a su regazo y alisa con cuidado una arruga de su falda beis.

—Creía que quizá había muerto. Debería haber supuesto que no era así.

Resulta chocante oír hablar a una mujer con tanta indiferencia de la muerte de su propia hija. Pero, ahora que conozco a Whitney, tampoco es tan sorprendente.

—Necesito ayuda —digo—. Me está arruinando la vida y ni siquiera sé por qué.

—Eso parece propio de Whitney. —Me lanza una sonrisa exenta de humor—. Pero, si ha decidido arruinarle la vida, tendrá un motivo. Siempre hay un motivo.

No se me ocurre cuál podría ser. Nunca había visto a Whitney antes de que se presentara aquel día buscando una habitación

donde vivir. Sí, fui grosero con ella en el restaurante, pero eso no parece suficiente. Debe de tener otro motivo.

—Voy a contarle una pequeña historia sobre mi hija —dice la señora Cross, irguiéndose en su asiento—. Tengo otro hijo más joven. Cuando él tenía cuatro años y ella siete, mi hijo le rompió sin querer una de sus muñecas. No fue algo intencionado; él solo tenía cuatro años. Al día siguiente los llevé a los dos al parque infantil, y ella esperó hasta que alcanzaron la parte más alta de las barras para empujarlo. Joey me contó lo ocurrido cuando estaban enyesándole el brazo en urgencias. —Cruza las piernas—. Cuando le pregunté después a Whitney por lo que había hecho, lo único que dijo fue: «Eso es lo que te pasa si no vas con cuidado». Entonces la llevé a terapia, pero a ella no le gustó y se las arregló para que no fuéramos más.

—¿Cómo?

Sus ojos adquieren una expresión atormentada.

—Me robaba cosas, objetos que yo atesoraba, como el collar de diamantes de mi abuela o una antigua carta de mi difunto padre. Los destruía y luego dejaba los restos en un lugar donde sabía que yo los encontraría.

—Dios mío.

—Aprendí a tener mucho cuidado con mi hija, señor Porter. Y créame si le digo que eso no es lo peor que ha hecho. Ni de lejos.

Trago saliva. Ojalá hubiera sabido algo de todo esto —solo algo— antes de permitir que Whitney se mudara con nosotros. Ahora sospecho que he abierto una puerta que no puede cerrarse.

—He sabido lo de Jordan Gallo.

Ella se estremece.

—Sí, aquello fue terrible.

—¿Fue ella…? Quiero decir, ¿cree que fue ella quien…?

—¿Que si ella lo mató? —Hay un destello divertido en los ojos de la señora Cross y, por un momento, me pregunto si no será que «de tal palo, tal astilla»—. Solo Whitney conoce la respuesta a esa pregunta. Bueno, Whitney y Jordan. Si tuviera que conjeturar, diría que sí; creo que ella lo empujó desde la azotea. Pero no puedo estar

segura. Whitney tiene una forma de hacerte sufrir tal que, de repente, el suicidio parece una opción viable.

Sus palabras me sacuden hasta lo más hondo cuando pienso en los dos últimos meses.

—Sí —musito.

—Mi marido aún seguiría aquí si no hubiera sido por ella. —Baja los ojos—. Él no pudo resistirlo. Sufrió un ataque al corazón un mes después de que ella desapareciera.

—Cuando desapareció —pregunto—, ¿a dónde fue?

—Al principio, no lo sabía —dice la señora Cross—. Todavía no lo sé con certeza. Los Gallo estaban creándole muchos problemas, así que entiendo que quisiera marcharse. Nosotros denunciamos su desaparición, pero la policía consideró que se había fugado y, como no había una orden de detención contra ella, no se molestó mucho en buscarla. —Ladea la cabeza con aire pensativo—. Es indudable que en algún momento salió del país. Tres años después de desaparecer, nos envió una postal desde Braga, en Portugal.

Braga, en Portugal. Igual que el nombre de Telmont, me suena vagamente. ¿Por qué no logro recordarlo? Es pero que muy frustrante.

—Pero supe que había vuelto a Estados Unidos —añade.

—¿Cómo? ¿Contactó con usted?

—No. —La señora Cross se echa hacia delante, como para contarme un secreto—. Porque seis años más tarde, la chica por la que Jordan dejó a Whitney apareció asesinada.

Necesito un segundo para poder asimilarlo. El novio de secundaria de Whitney la engañó con otra chica, y ella lo mató de inmediato, esperó *seis años* y luego se cargó también a la chica. Todo por una estúpida infidelidad adolescente.

Eso requiere un género especial de locura.

—Así que debe comprender, señor Porter —me dice la mujer—, que, si usted le ha hecho algo a Whitney, ella no lo dejará correr. Ni al cabo de un año, ni al cabo de diez. Ella se encargará de hacérselo pagar, sin importar el tiempo que haga falta.

Me tapo la cara con las manos. No lo entiendo. Yo ni siquiera la había visto antes de que se mudara a mi casa y mucho menos había

cometido un crimen imperdonable contra ella. ¿Por qué está haciéndome esto? ¿Por qué?

—¿Se encuentra bien? —me pregunta la señora Cross con delicadeza—. ¿Quiere tomar algo? ¿Un poco de agua?

Alzo la cabeza y asiento.

—Un vaso de agua sería genial. Gracias.

Una profunda depresión se apodera de mí. Esperaba que venir aquí resolvería todos mis problemas, pero no ha servido para resolver nada. La señora Cross no es más capaz de manejar a su hija que yo. Y todavía no entiendo por qué Whitney la ha tomado conmigo.

La mujer me deja solo en la sala de estar y desaparece en la cocina. Me levanto para estirar las piernas y me acerco a la chimenea, sobre cuya repisa hay varias fotos enmarcadas. Hay una de la señora Cross y de un hombre que supongo que es su difunto marido. Y luego otra de un hombre de veintitantos, presumiblemente su hijo.

Tiene también una foto de familia que parece haber sido tomada hace mucho tiempo. La señora Cross parece al menos quince años más joven que ahora. Situados entre los padres, están sus dos hijos adolescentes: una versión mucho más joven del hombre de la otra foto y una chica. Me quedo mirando la foto mientras me sube del estómago una sensación de náusea.

¿Qué demonios está pasando aquí?

La señora Cross vuelve con un vaso de agua en la mano. Aparto los ojos de la foto de familia y me vuelvo para mirarla. Le señalo con el dedo el marco de la fotografía.

—¿Qué es *esto*?

—Es una foto familiar —responde a la defensiva—. Solo porque mi hija haya hecho algo terrible, no quiere decir que tenga que olvidarla por completo.

—Pero… —Meneo la cabeza—. ¿Quién es esta chica de la foto?

Ella me mira como si hubiera perdido el juicio.

—Es Whitney. Mi hija.

—Pero… esa no es…

Me vuelvo para examinar la foto de nuevo y comprobar que no me lo estoy imaginando. Luego miro a la señora Cross. Ahora sí veo el parecido.

—¿Señor Porter? —La mujer frunce el ceño—. ¿Se encuentra usted bien, joven?

No, no me encuentro bien. Estoy muy lejos de encontrarme bien.

Porque la chica adolescente de esa foto no es la mujer que ha estado viviendo en nuestra habitación de invitados, la que me ha estado atormentando. La que se hace llamar Whitney Cross. No, la adolescente de la fotografía es una persona completamente distinta.

Es *Krista*.

44

La cabeza no para de darme vueltas.

Durante un segundo, tengo visión en túnel y debo sujetarme en la repisa para no caerme. La señora Cross parece un poco alarmada. Quizá se arrepiente de haberme invitado a entrar.

—¿Señor Porter? —dice, inquieta.

—Yo… —Respiro hondo varias veces, haciendo un esfuerzo para no desmayarme—. Es que…

¿Cómo es posible que esa persona terrible que me ha estado describiendo sea *mi* Krista? Es absurdo. No tiene sentido.

Aunque…

En cierto modo, tiene todo el sentido del mundo.

Oh, no.

Me viene un pensamiento terrible. Tengo que salir de aquí. La situación acaba de pasar de mala a peor.

—Gracias por atenderme, señora Cross —digo—. Pero tengo que…

Ella parece entenderlo. Me acompaña a la puerta y yo salgo de allí lo más rápido que puedo, jadeando para respirar aire fresco. Pero lo que necesito es volver a sentarme. Bueno, necesito sentarme y hacer una llamada. De inmediato.

Vuelvo a toda prisa al coche. Una vez dentro, busco en los contactos de mi teléfono. No es fácil, teniendo en cuenta la manera en que me tiemblan las manos. Cuando por fin encuentro el nombre de Stacie Parker, la secretaria de mi antiguo jefe, lo selecciono para llamarla.

«Por favor, responde. Por favor».

Tras varios tonos, salta el buzón de voz. No contesta. Pero quizá no pasa nada. La gente a veces no responde al teléfono.

La cabeza me da vueltas de tal modo que a duras penas puedo pensar con claridad. Tengo que concentrarme en controlar mis

manos mientras abro la aplicación de Facebook en el teléfono. Encuentro su perfil enseguida, con esa cara preciosa y sonriente. Lo selecciono y, al instante, veo que el último post no lo ha escrito ella. Está firmado por otra chica que me consta que es su compañera de piso.

> Todavía estamos tratando de localizar a Stacie. Si alguien tiene alguna información o ha recibido noticias suyas, ¡que nos avise enseguida, por favor! ¡Todavía conservamos la esperanza de que vuelva a casa sana y salva!

Pero no, Stacie no va a volver a casa sana y salva. Y, cuando la encuentren, le faltarán tres dedos con las uñas pintadas de rosa.

Mierda. Mierda, mierda, mierda.

Fue una vez. *Una* sola vez. Yo no pretendía nada. Estaba trabajando muchísimas horas, tratando de conseguir el ascenso, y ella andaba por allí y simplemente… cometí un desliz.

Fue una estupidez. Lo supe en ese momento y también justo después. Le dije a Stacie que no iba a suceder nunca más. Me sentía afortunado por el hecho de que Krista no lo hubiera descubierto.

Excepto que resulta que sí lo sabía. Lo ha sabido todo el tiempo. Yo creía que las cosas entre nosotros marchaban a la perfección. Íbamos a casarnos, por el amor de Dios.

Me meto el teléfono en el bolsillo de la chaqueta e intento decidir qué demonios hacer ahora. Mientras tengo la mano en el bolsillo, noto que hay dentro un papel en el que no había reparado antes. Lo saco y descubro que es una hoja de un cuaderno de notas doblada varias veces.

¿Qué es esto?

Desdoblo la hoja y veo que es una carta manuscrita con tinta negra. La letra, de hecho, se parece mucho a la mía. Yo noto la diferencia, pero es probable que un observador superficial no fuera capaz de apreciarla.

> *Lamento muchísimo lo que he hecho. No he podido asimilar la pérdida de mi trabajo y todo, en conjunto, ha resultado demasiado*

para mí. Después de todas las vidas que he segado, ya no puedo seguir. He decidido que es mejor terminar de una vez.

Blake

¿Es una nota de suicidio?

¿Me la ha deslizado Krista en el bolsillo? A juzgar por lo que le hizo a su novio de secundaria, parece que este es su *modus operandi*. Solo que yo no estoy muerto. ¿Por qué hay entonces una nota de suicidio en mi chaqueta? No tiene sentido. ¿De qué serviría una nota de suicidio si aún estoy vivo?

Cuando vuelva a Nueva York, ¿estará Krista esperándome en la azotea de la casa, dispuesta a empujarme? ¿O me esperará en la cocina con un cuchillo carnicero? Sea cual sea su plan, ahora sé cuáles son sus intenciones. No voy a dejar que me mate y luego simule que ha sido un suicidio. Ha perdido su oportunidad.

Solo que…

Vuelvo la cabeza hacia el asiento del copiloto. Ahí está la bolsa hermética, en la que aún queda una galleta.

Las *galletas*.

Krista sabía que iba a ir a verla. Sabía que me dirigía hacia allí, y lo primero que ha hecho ha sido ponerse a preparar galletas. Sabía que me las comería; son mis preferidas.

Mierda.

Abro de golpe la puerta del Corolla. Salgo deprisa del coche y me voy directo hacia unos arbustos que hay en el extremo de la residencia de los Cross. Me meto el dedo índice en la garganta hasta que mis ojos empiezan a lagrimear. Pero no retiro el dedo. No lo voy a retirar hasta que haya vomitado todo lo que tengo en el estómago.

SEGUNDA PARTE

KRISTA

(ANTES LLAMADA WHITNEY CROSS)

No te preocupes. Ambos se lo merecían.

45

Ocho meses antes

Becky y yo estamos almorzando en el restaurante Cosmo's.

Becky es una buena persona para tenerla como amiga. Siempre que conozco a una posible amiga, evalúo sus cualidades positivas y negativas. Becky es increíblemente leal, el tipo de amiga que me ayudaría a enterrar un cadáver, si tal cosa fuese necesaria, aunque, de hecho, eso ya me ha sucedido en alguna ocasión. Además, es mucho menos atractiva que yo, así que no constituye una tentación para mi pareja. Por ello he cultivado su amistad desde que regresé para siempre de Portugal. Incluso convencí a Blake para que le encontrara un empleo en la empresa al pringado de su marido.

—Bueno, ¿ya habéis fijado la fecha de la boda tú y Blake? —me pregunta mientras moja una patata frita en la salsa ranchera que hay en su plato—. Yo creo que el otoño es sin duda la mejor época para casarse. Todo el mundo piensa que es mejor en verano, pero el principio del otoño es mucho más bonito.

—Blake ha estado muy ocupado en el trabajo —digo—. Apenas hemos tenido tiempo para celebrarlo.

—Ah, apuesto a que lo habéis celebrado. —Me hace un guiño—. Él apenas puede quitarte las manos de encima. Y es supersexy. Eres muy afortunada, Krista.

Ya sé que Becky piensa que Blake es muy sexy, a juzgar por su forma descarada de coquetear con él. Pero está en lo cierto, me siento afortunada. Blake, a fin de cuentas, lo tiene todo. Es inteligente y, además, ambicioso y exitoso. Si formo una familia con él, se encargará de mantenernos, lo cual será agradable teniendo en cuenta que he estado malviviendo a duras penas con mi sueldo en la tintorería. Blake es amable, pero no tanto como para que la gente lo

pisotee. Es leal; nunca lo sorprendo mirando a otras mujeres. Y tiene un lado muy dulce, a pesar de que él nunca lo reconocería. Abraza mejor que cualquier otra persona que haya conocido y, cuando me estrecha entre sus brazos, siento el amor que emana de su cuerpo.

Estoy deseando casarme y pasar el resto de mi vida con él.

La camarera se acerca a nuestra mesa. Es una chica muy guapa, con ese tipo de cara fresca y juvenil como la mía, y se me pasa por la cabeza que esta es la clase de chica de la que Blake podría haberse enamorado si no me tuviera a mí. Mala suerte para ella.

Y entonces leo su nombre en la placa que lleva prendida en la blusa: WHITNEY.

Mi antiguo nombre. A mí me encantaba mi nombre cuando era más joven y me revienta haber tenido que empezar de cero con uno nuevo. Pero no podía arriesgarme: la familia de Jordan Gallo no se andaba con tonterías. Aun así, siento una punzada de nostalgia cada vez que encuentro a alguien que se llama Whitney. Siempre he pensado que algún día, cuando las cosas se hayan calmado, podré volver a ser Whitney Cross.

—¿Les traigo algo de postre? —nos pregunta esta nueva Whitney.

Becky me mira alzando una ceja, pero yo meneo la cabeza.

—Solo la cuenta, por favor.

—¡Ahora mismo! —dice Whitney.

Aplaudo su entusiasmo. He trabajado de camarera y sé que puede llegar a ser agotador. Ella atiende a un montón de clientes, pero mantiene en todo momento la sonrisa. Aunque me pregunto si conservará su buen talante ahora, porque el encargado se le acerca con una expresión agria.

—Señorita Cross —dice con un tono nada simpático—, ¿podemos hablar un momento, por favor?

¿Señorita *Cross*?

¿Cómo?

La chica nos lanza una sonrisa de disculpa.

—Perdonen un momento. Enseguida vuelvo con la cuenta.

Se aleja corriendo. Becky está diciéndome algo, pero yo no puedo oírla siquiera. Porque el encargado acaba de llamar «señorita Cross» a la camarera. ¡Se llama Whitney Cross!

Ese es *mi* nombre.

Y no es un nombre corriente. Por lo que yo sabía, no había nadie más que se llamara así. Y, sin embargo, ahora resulta que hay otra Whitney Cross. Y no solo eso, sino que es más o menos de mi edad. De mi estatura y complexión. Incluso se me parece, si no la miras muy de cerca, y tiene el pelo del mismo color que el mío antes de que empezara a teñírmelo.

Qué… interesante.

—¿Krista? —me dice Becky. Bueno, ese no es mi nombre; es solo el que adopté cuando ya no pude seguir siendo Whitney—. ¿Estás bien? Pareces completamente ida.

—¿Eh? —Me obligo a concentrarme de nuevo en la cara redondeada de Becky—. Perdona, tengo un montón de cosas en la cabeza.

—Y muchas más vas a tener cuando empieces a planear tu boda con Blake —me dice con tono burlón.

Pero yo ya no puedo seguir esta conversación. Debo averiguar quién es esta chica. Tengo que saber si me ha robado el nombre.

Y para eso necesito a Elijah.

46

Aunque no he hablado con Elijah Myers desde hace más de un año, cuando le digo que quiero que nos veamos, está disponible en solo una hora.

Acabamos viéndonos en nuestro sitio habitual, un parque bastante tranquilo del centro de Manhattan que no queda nada cerca de donde vivimos ninguno de los dos. Nunca he estado en el apartamento de Elijah, pero sé que vive en Brooklyn. Cuando quedamos, él toma la línea D del metro para venir.

Elijah está esperando en un banco del parque y va con la misma gorra de béisbol con el pingüino de Linux que ha usado desde secundaria, solo que ahora da la impresión de haber conocido tiempos mejores. Lleva la perilla un poco más arreglada que la última vez que lo vi, pero, aparte de eso, tiene la misma pinta de siempre. Ni siquiera ha echado algún kilo desde el instituto.

Se levanta cuando llego al banco y se le iluminan los ojos, tal como suele suceder cuando llevamos mucho tiempo sin vernos.

—¡Whitney! —exclama.

—Krista —le corrijo, aunque en secreto me encanta que me llame Whitney. Es la única persona que todavía lo hace.

—Claro, perdona —se apresura a decir—. Es que… me alegro mucho de verte.

Da la impresión de querer darme un abrazo, pero no lo hace, cosa que me alegra. Elijah y yo no tenemos ese tipo de relación, aunque tengo la fuerte sospecha de que a él le gustaría que la tuviéramos. No se engaña, de todos modos. Sabe que esto no es una cita entre amigos.

Nos sentamos juntos en el banco. Elijah se estira el cuello de su camiseta de la Universidad Carnegie Mellon y me mira con curiosidad a través de sus gafas de montura metálica.

—Bueno, ¿qué pasa? —me pregunta—. ¿Qué necesitas?

—¿Tú crees —digo, bajando la voz— que cabe la posibilidad de que alguien haya empezado a usar mi nombre?

—Imposible —responde—. Cuando conseguí el documento de identidad de Krista Marshall, el nombre estaba completamente limpio. Lo comprobé varias veces. Nadie más lo está usando.

Cuando me fui de casa a los diecisiete años, fue Elijah quien me ayudó a conseguir un documento de identidad nuevo. Era el mayor cerebrito en todo lo relacionado con la tecnología de nuestro instituto, y circulaban rumores de todo tipo sobre sus habilidades para el pirateo. Nosotros nos conocimos en la clase de informática durante el tercer año de secundaria, en la época en la que yo pensaba que iría a la universidad y haría carrera en ese campo… Qué le vamos a hacer. Pero al menos conocí a Elijah, y aquel fue sin duda el contacto más importante que he hecho en mi vida.

—No —digo—, me refiero al de Whitney Cross. ¿Podría ser que alguien estuviera usando mi antigua identidad?

La pregunta le da que pensar. Agradezco que no se limite a desechar mi inquietud. Elijah es meticuloso en este sentido.

—Es posible —reconoce—. Whitney Cross figuraba en la lista de personas desaparecidas, tú no has usado ese nombre desde hace mucho tiempo y yo he borrado de internet todas las menciones acerca de Jordan y de ti. Si alguien estaba buscando una identidad alternativa, ese era un nombre disponible.

No es esa la respuesta que quería oír.

—Ah.

Él frunce el ceño.

—¿Por qué lo preguntas? ¿Hay alguien que creas que ha estado usando ese nombre?

Titubeo. No quiero explicarle más de lo necesario. Elijah tiene tendencia a hacer demasiadas preguntas.

—Quizá.

—Podría investigártelo —me propone. Y, cuando empiezo a protestar, añade—: No te cobraría nada.

Nunca me cobra. Solo los gastos de los materiales, como el coste de un nuevo pasaporte para Krista Marshall. E, incluso en ese caso,

estoy segura de que me hizo una rebaja.

—De acuerdo —asiento—. Investígalo.

—Así lo haré. —Se arrellana en el banco—. Bueno, ¿cómo está…, eh…, Blake? ¿Todavía seguís juntos?

Por alguna razón, no me sorprende que recuerde el nombre de mi novio después de más de un año. Sí me sorprende que no haya reparado en el gigantesco anillo de diamante que llevo en el dedo anular izquierdo. Me toco el anillo de modo instintivo y jugueteo con la enorme piedra preciosa, girándola en el sentido contrario a las agujas del reloj.

—Sí —contesto—. Estamos prometidos, de hecho.

—Ah —dice—. Muy bien. Me alegro por ti.

Él ya debe de saber que, aunque Blake no hubiera aparecido en mi vida, nosotros dos no estaríamos juntos. Pero nunca se lo he dicho con estas palabras.

—¿Y tú? —pregunto por educación—. ¿Alguna persona especial?

Sus mejillas se enrojecen ligeramente.

—No. La verdad es que no.

—Bueno… —Echo un vistazo por encima del hombro. Un artista callejero se ha instalado detrás de nosotros y está tocando a la vez una guitarra acústica y una armónica. Se ha formado un pequeño corrillo de gente que arroja dinero en la funda abierta de la guitarra —. Será mejor que me vaya. Te agradezco esto de verdad, Elijah.

—No hay de qué.

Cuando me pongo de pie, él hace otro tanto. Siempre ha sido bajito: tiene la misma estatura que yo cuando llevo tacones; es decir, mide un metro sesenta y cinco más o menos. Ese no es el motivo de que nunca vayamos a estar juntos. Aunque tampoco ayuda.

—Adiós, Whit…, eh, Krista —dice—. Te llamaré cuando averigüe algo.

—Gracias, Elijah.

47

Intento esperar despierta a Blake por las noches, pero resulta difícil cuando vuelve a casa cerca de las doce.

Vale la pena, eso sí. Cuando llega y me ve sentada en el sofá, esperándolo, quizá con una bandeja llena de galletas recién hechas, parece contentísimo. La radiante sonrisa que se extiende por su rostro hace que me fallen las rodillas, incluso después de casi dos años. Como he dicho, estoy deseando ser su esposa.

Yo quería realmente a Jordan. Pensaba que algún día nos casaríamos, aunque ahora reconozco que las relaciones en secundaria no están hechas para durar. Cuando descubrí que me estaba engañando, aquello me *destruyó*. Me rompió por dentro.

Por eso tuve que hacer lo que hice. No soy una sociópata homicida. Tan solo sabía que no podría ser feliz mientras Jordan siguiera en este mundo.

Así que *solucioné* el problema.

Blake es el primer hombre que he amado desde Jordan. La primera vez que se presentó con su traje para que lo laváramos en seco, supe que él era el definitivo. Por eso seguí haciéndole falsos descuentos en la tintorería hasta que me pidió una cita. ¡Le costó bastante, desde luego! Aunque estaba claramente interesado, no me lo pedía, así que investigué para ver qué ocurría.

Tras apostarme frente a la dirección que Blake había dejado en el resguardo de sus trajes, descubrí que estaba saliendo con una chica flacucha de pelo rubio platino que fumaba como una chimenea, un hábito asqueroso. Mientras estaban juntos en un restaurante, pagué a una camarera para que alertara a la chica de que él había estado allí con otra hacía solo unos días, actuando de un modo apasionado. Ella lo hizo mientras Blake estaba en el baño, y la expresión en la

cara de su novia fue la que yo me esperaba. Pocos días después, él me pidió salir.

Aquella chica no lo habría hecho feliz a la larga. Está claro que le hice un gran favor a Blake.

Esta noche, es cerca de la una cuando suena la llave en la puerta de la casa a la que nos mudamos juntos hace unos meses. Tiene tres habitaciones, y yo supe que Blake no tardaría en proponerme que nos casáramos cuando él mismo mencionó que la de en medio sería perfecta como cuarto para los niños. Fue un gesto precioso que me sugiriese que tuviéramos un pez a modo de ensayo para cuando fuéramos padres, y yo he asumido muy en serio mis responsabilidades maternas con el pececito para probarme a mí misma ante él. Y procuro ser comprensiva respecto a su trabajo, porque sé que este ascenso es importante para él, pero me cuesta.

Me esfuerzo todo lo posible, eso sí. Intento actuar como la esposa que él quiere que sea.

Me levanto del sofá justo cuando él entra tambaleante en el vestíbulo. Lleva alborotado ese pelo castaño suyo y la corbata floja alrededor del cuello. Me tomo un segundo para mirarlo. Es muy guapo, pero apenas parece consciente de ello. Quizá por eso no es tan egocéntrico como otros hombres atractivos con los que he salido. Últimamente, me ha estado diciendo que quiere darme todas las cosas que su padre, por falta de dinero, no pudo darle a su madre antes de que ella muriera. Es decir, está centrado en la relación a largo plazo.

Cuando entra en la sala de estar y me ve allí de pie, espero ver cómo se extiende por su rostro esa sonrisa que tan bien conozco. Pero, en cambio, él parece solo sorprendido.

—Krista —dice—, no sabía que estarías despierta. Es casi la una de la madrugada.

—Te he esperado levantada —respondo con orgullo.

—Ah.

—Y te he preparado galletas.

Eso debería provocarle alguna reacción. A él le encantan las galletas que yo preparo; siempre le ponen una sonrisa en la cara. Esta vez, sin embargo, se da una palmada en el vientre.

—Mejor que no. Estoy empezando a echar barriga.

No es cierto, en absoluto. Además de trabajar, va religiosamente al gimnasio dos veces a la semana. Está más cerca de tener una tableta impecable que de echar barriga. Además, ¿cuándo se ha preocupado de eso? ¿A quién tiene que impresionar? Al fin y al cabo, yo ya estoy enamorada de él.

Blake se acerca para darme un beso y yo espero que sea uno de esos largos e interminables que con frecuencia nos acaban llevando a la cama. Pero, en lugar de eso, me da un piquito en los labios. El tipo de beso que le das a tu esposa cuando llevas con ella cuarenta años.

Y, cuando se aparta, observo algo más: tiene mal abrochada la camisa.

Me apuesto cualquier cosa a que Blake no ha pasado toda su jornada de dieciséis horas con la camisa mal abotonada. Es imposible. En algún momento se la ha desabrochado. Y luego ha vuelto a abrochársela a toda prisa antes de volver a casa.

Además, noto un olor a perfume.

Pero no, me estoy poniendo paranoica. Blake no me engañaría. Es un buen tipo, no como Jordan. Quiere pasar su vida conmigo. Quiere llenar de hijos las habitaciones de arriba. Me ama.

Y sin embargo…

Le deslizo los dedos por el pecho.

—¿Sabes? —digo con tono juguetón—, yo no estoy muy cansada. ¿No te apetecería un poco de diversión?

—Krista. —Me mira atónito—. ¡Es la una de la mañana!

Eso nunca lo ha detenido. Hemos tenido sexo a cualquier hora de la noche. A él *siempre* le apetece, si me apetece a mí.

Salvo en este momento, al parecer.

Se inclina y vuelve a darme un piquito en los labios.

—Perdona. Estoy hecho polvo esta noche. Esa campaña Henderson me está matando. Pero mañana… —Esboza una sonrisita —. Te daré un buen meneo, ¿vale? ¿Lo dejamos para entonces?

—Ajá —digo, alicaída.

Me mira un momento y luego me sorprende atrayéndome hacia sí para darme un fuerte abrazo.

—Te quiero, Krista. Mucho. Estoy deseando casarme contigo, cariño.

—Yo también te quiero —respondo.

Le quiero, sí. Mucho.

Pero no me fío de él.

48

Blake está roncando.

No ronca de un modo insoportable. Es un sonido suave, a medio camino entre una respiración fuerte y un ronquido descarado. En ocasiones puede ser molesto, pero la mayoría de las veces resulta enternecedor. Sabes sin duda que un hombre te gusta cuando le tomas cariño a su modo de roncar.

Pero ahora lo importante es que, si ronca, seguro que está dormido.

Me levanto con sigilo y rodeo la cama, sin apartar la vista de su rostro para comprobar que no se despierta. Al llegar a su mesita, cojo su teléfono, que está cargándose. Blake lleva un tiempo diciendo que va a comprarse uno nuevo, pero no ha llegado a hacerlo porque ha estado trabajando sin parar. Y ahora me alegro de ello, porque este móvil antiguo todavía tiene un sistema de reconocimiento por huella digital.

Con todo el cuidado posible, le cojo a Blake el pulgar y lo pongo en el sensor del teléfono. Enseguida nota alguna molestia. Suelta un gruñido y se da la vuelta, musitando algo en sueños. Contengo el aliento, temiendo que sus ojos vayan a abrirse de golpe.

Pero no se abren. Sigue dormido. Y, al cabo de un momento, empieza a roncar otra vez.

Ahora el teléfono de Blake está desbloqueado. Lo cual significa que tengo acceso a su correo, sus fotografías y sus mensajes de texto. Puedo mirar lo que quiera.

Algunas personas dirían que esto es una violación de su privacidad. Pero si resulta que vamos a casarnos, si estamos empezando una nueva vida juntos, no debería haber secretos entre nosotros. Lo que es mío es suyo y lo que es suyo es mío. Y, puesto

que este móvil es suyo, también es mío en realidad. Y tengo todo el derecho a examinarlo.

Me parece muy improbable que haya algún email o fotografía comprometedores, así que voy directa a los mensajes de texto. Encuentro el previsible surtido de mensajes de sus compañeros de trabajo y una cantidad exagerada procedente de su jefe. La mayor parte es tranquilizadora hasta el aburrimiento. Solo hay un nombre que me llama la atención.

Stacie.

Stacie es la secretaria del jefe de Blake. Tengo entendido que también actúa con frecuencia como asistente de toda la oficina. La conocí en la fiesta navideña del año pasado, y estaba absolutamente despampanante con un vestido escotado que dejaba muy poco margen a la imaginación. Y no es que no encaje en los gustos de Blake.

Al contrario.

Pero no, él no lo haría.

¿No?

Leo sus conversaciones. La mayor parte son inocuos asuntos profesionales, pero el último mensaje de Stacie es de la una y media de la madrugada, lo cual resulta una hora muy sospechosa para mandar un mensaje. Y lo que aún es peor es el contenido:

Me lo he pasado genial esta noche. Si algún día cambias de idea y quieres repetir, ya sabes dónde encontrarme.

Bueno, ahí está.

Por supuesto, no puedo contenerme y reviso el resto de sus mensajes, aunque lo lamento después de haberlo hecho. Algunos son de trabajo, pero la mayor parte son puro coqueteo. De acuerdo, ella coquetea más con Blake que a la inversa, pero él también es plenamente culpable. Reviso los últimos de esta noche.

¿Sigues aquí, Porter?

Agh, sí. Trabajando hasta tarde. ¿Tú qué haces aquí todavía?

Se me había olvidado el bolso.
Solo he venido a recogerlo y me largo.

Qué suerte la tuya.

Deberías tomarte un descanso.
¿Quieres compañía?

Claro.

Ese es el último mensaje que han intercambiado antes de que ella le haya escrito diciendo que se lo ha pasado genial y que deberían repetir. Y luego él va y se presenta dando tumbos a la una de la madrugada con la camisa mal abotonada y oliendo a su perfume. No hace falta ser ingeniero espacial para deducir lo que ha ocurrido.

El muy hijo de puta. Me dijo que me *amaba*. Me dijo que quería casarse conmigo. Me regaló un anillo. Fingía ser un buen tipo. Y, durante todo el tiempo, ha estado engañándome. *Mintiéndome*.

Vuelvo a dejar el teléfono de Blake en la mesita. Todavía duerme como un tronco, exhalando aire entre los labios. Tiene en la mandíbula esa sombra oscura que se le ve siempre hasta que se afeita por la mañana. Es sexy. Sé a la perfección lo que ella ha visto en él.

Me imagino lo que pasaría si bajara a la cocina, pusiera agua a hervir, la trajera aquí y se la arrojara a la cara. Eso cambiaría su vida para siempre. Las quemaduras que sufriría serían permanentes; le quedaría la cara cubierta de cicatrices toda la vida. Tal vez perdería la visión.

No volvería a engañarme, eso seguro.

Considero la idea. La considero *muy* en serio. Pero al final decido no hacerlo. En primer lugar, las consecuencias de quemar a alguien a propósito podrían ser importantes. Tal vez acabaría en la cárcel. Y, si me detuvieran, la policía sin duda averiguaría que soy Whitney Cross, y entonces sí que estaría metida en un buen lío.

Yo creía que Blake era el definitivo. Lo amaba.

¿Por qué ha tenido que comportarse como un cabronazo infiel, igual que todos los demás?

49

Después de descubrir esos mensajes en el teléfono de Blake, doy vueltas y vueltas en la cama durante gran parte de la noche.

Cuando descubrí que Jordan me engañaba, todavía estaba haciendo secundaria y viviendo con mis padres. No puedo afirmar que tuviera una relación muy buena con ellos, por decirlo suavemente. Mis padres siempre me culparon por un estúpido accidente que se produjo cuando yo era una cría. ¿Quién le guarda rencor a una *niña*? Mi padre decía que era una sociópata, a pesar de que yo solo tenía siete años y no sabía lo que significaba esa palabra. De todos modos, Joey estaba bien. Solo se había roto un brazo. No es que sufriera una lesión cerebral. No impedí que su niño mimado llegara a conseguir ese sofisticado puesto como banquero de inversiones.

La relación con mi padre ya nunca fue igual después de aquel incidente, pero a mí siempre me tuvo sin cuidado lo que él pensara. Y ahora está muerto, de todos modos.

¿Tan malo es querer vengarse de la gente que te ha hecho daño? Cuando estaba en la escuela intermedia y mi mejor amiga, Ashley Cerutti, decidió que yo ya no era lo bastante guay para formar parte de nuestro grupo de amigos, ¿tenía que haberme encogido de hombros y decir: «No hay problema»? ¿Quedarme de brazos cruzados mientras ella me quitaba a todos mis amigos? En fin, si no quería que se le incendiara el pelo, no debería haber llevado tanta laca.

Cuando toda la escuela descubrió que Jordan estaba engañándome, corrí a casa a contarle a mi madre lo que había ocurrido. Ella estaba en la cocina, pelando patatas para la cena, cuando entré sollozando.

Me miró con el ceño fruncido.

—¿Qué pasa, Whitney?

—¡Jordan me ha engañado! —exclamé.

Ella podría haberme estrechado entre sus brazos. Era lo que yo esperaba que hiciera. Quería llorar hasta hartarme mientras ella me acariciaba el pelo y me decía que Jordan era un canalla y que encontraría a alguien mil veces mejor. Y luego comeríamos juntas masa de galleta, mi golosina favorita.

Pero lo que hizo fue mirarme y decir:

—Quizá si no hicieras tantas locuras, él no lo habría hecho.

Y siguió pelando patatas.

Esa noche, en mi habitación, comí yo sola masa de galleta mientras sollozaba sobre la almohada y maquinaba un modo de hacérselo pagar a Jordan.

Así que al final estuvo bien que mi madre no me hiciera caso cuando le conté lo de Jordan. Porque, si me hubiera hecho caso, él nunca habría comprendido lo mal que se había portado. Nunca habría reconocido lo que me hizo, y menos aún llorando y suplicándome que arregláramos las cosas. ¡Como si él pudiera arreglarlo! Estoy segura de que se habría convertido en el futuro en una persona terrible que habría hecho daño a muchas otras mujeres. Le hice un favor al mundo.

Cuando Blake y yo empezábamos a ir en serio y me presentó a su padre, comprendí que yo debía hacer lo mismo. Al principio de nuestra relación, le había contado lo del ataque al corazón de mi padre, pero reconocí que mi madre aún vivía. Debería haberle dicho que ambos habían muerto, porque él entonces tenía la expectativa de conocerla.

Que Blake conociera a mi madre real estaba descartado, claro. Pero encontré una escuela de interpretación en el East Village y abordé a uno de los profesores para preguntarle si había alumnos de mediana edad que pudieran estar interesados en un trabajillo adicional.

Así es como conocí a Wanda.

Wanda tenía cincuenta y dos años, y era *perfecta*. Mi madre se parece más a mí, pero Wanda se me acercaba lo suficiente con su pelo rubio teñido y su tez blanca. Nos tomamos un café en la terraza

de una cafetería, junto a Washington Square Park, y hablamos del papel que yo quería que interpretara.

—A mí me encanta hornear —le expliqué a Wanda—, así que podrías contarle que preparábamos galletas sin parar cuando yo era pequeña.

Mi madre real horneaba galletas muy a menudo, pero dejamos de hacerlo juntas casi del todo después del accidente de Joey. Ella no parecía querer pasar mucho tiempo conmigo después de aquello.

—A mí no se me da muy bien cocinar al horno —reconoció Wanda —. ¡No creo que haya hecho galletas en toda mi vida!

—Es muy fácil —le dije yo—. El secreto está en la mantequilla.

Entonces le expliqué que siempre usaba una mantequilla de gran calidad que dejaba a temperatura ambiente durante quince minutos exactos, ni más ni menos. Wanda asentía y tomaba notas en un trozo de papel.

—Parece un buen tipo, ese Blake —dijo ella, después de que le explicara con detalle cómo preparar unas galletas de canela perfectas y lo mucho que las disfrutaba él—. Da la impresión de que te gusta de verdad.

—Oh, sí.

Ella frunció el ceño mientras daba un sorbo a su capuchino.

—Entonces ¿por qué no le cuentas la verdad sobre tu madre? Apuesto a que lo comprenderá. Vamos, no es que quiera renunciar a este trabajo, pero me parece que la verdad es siempre la mejor política.

En aquel momento, a mí me habría encantado poder presentarle a Blake a mi madre real. Me habría gustado tener una familia normal a la que pudiéramos visitar juntos en New Jersey y que ella lo hubiera acribillado con montones de preguntas entrometidas, que él se hubiera mostrado irritado más tarde y que luego nos hubiéramos reído al recordarlo.

Pero yo no podía contarle la verdad. No podía contarle que mi madre no me miraba con buenos ojos porque pensaba que yo era una sociópata, que ni siquiera debía de acordarse de mí y que probablemente pensaba que estaba muerta. No, mejor dicho, que *esperaba* que estuviera muerta.

—No —repuse—. Él no lo entendería.

Acabé contratando a Wanda y ella interpretó su papel a la perfección. Actuó de un modo cariñoso, pero no demasiado, e incluso le hizo a Blake un afable interrogatorio sobre sus intenciones respecto a mí. A mí me encantó cómo respondió él a esas preguntas. Compartimos con Wanda varias comidas agradables antes de que yo le contara apenada a Blake que mi madre iba a regresar a su casa en Idaho. Me había imaginado que volveríamos a verla en nuestra boda, pero ahora no parece que eso vaya a suceder.

No, Blake y yo hemos terminado.

Finalmente, a las cuatro de la madrugada renuncio a dormir. Me levanto de la cama y cruzo con sigilo nuestra habitación hasta el armario. Saco una caja de zapatos que tengo escondida al fondo y bajo con ella a la sala de estar.

A Blake no le interesan en absoluto mis zapatos, así que no me preocupa que vaya a revisar las cajas. Me siento en el sofá y quito la tapa de la caja, que está repleta de cartas sin enviar, escritas en hojas de papel blanco y dobladas en tres partes. Saco una del montón, fechada un mes atrás, y empiezo a leerla:

Querida mamá:

Blake me ha sorprendido hoy. No era ninguna ocasión especial, pero me ha comprado una rosa roja en una floristería que hay en el trayecto que hace de vuelta a casa desde el metro. Me gustaría más que nada en el mundo que pudieras asistir a nuestra boda, porque quiero que veas que soy una buena persona.

Tú y papá os equivocabais sobre mí. Lo único que necesito es el hombre adecuado que me haga feliz.

Vuelvo a doblar la carta, incapaz de continuar. Es doloroso leer mis propias palabras, escritas cuando creía que Blake y yo acabaríamos

teniendo juntos un final feliz. Ahora todo se ha desmoronado. Quizá yo tenía razón, quizá soy una buena persona y lo único que necesito es el hombre adecuado que me haga feliz. Pero Blake no es ese hombre. Tal vez no exista.

Pienso en cómo interpretó Wanda el papel de mi madre, cuando salimos los tres a cenar. Aunque aquello no era real, fue la mayor muestra de afecto que había recibido de una figura materna en muchos años. Cuando terminó, añoré con dolor a mi propia madre.

Pero no puedo ver a mi madre. No puedo verla porque no puedo volver a Telmont. Y, de todos modos, ella probablemente cree que estoy muerta. E, incluso si pudiera verla, mi madre no me daría el consuelo que necesito. No me acariciaría el pelo ni comería masa de galleta conmigo. Me diría que levantara el ánimo y que, si Blake me ha engañado, es por mi culpa.

No es de extrañar que Blake no me quiera. Ni siquiera mi propia madre fue capaz de quererme.

Aun así, escribirle se ha convertido en un hábito en los últimos quince años. Así que saco otra hoja y redacto otra carta que nunca enviaré.

Querida mamá:

Bueno, ha vuelto a suceder. El hombre al que amaba me ha traicionado del modo más horrible.

Ya sé que tú no crees que sea digna de ser amada, y quizá tengas razón. Tú no crees que yo merezca una vida feliz con un hombre decente. Yo pensaba que Blake era el hombre que demostraría que estabas equivocada, pero lo que ha hecho es burlarse de mí.

¿Cómo ha podido hacer eso, mamá? ¿Cómo puede decirme que me ama y quiere casarse conmigo y luego tratarme así?

Tú siempre me decías: «Déjalo pasar». Lo que querías decir en realidad es que yo debería dejar que él se saliera con la suya.

Pero eso no lo voy a consentir. No dejaré que Blake se salga con la suya después de lo que me ha hecho.

Voy a hacérselo pagar. Igual que a Jordan. Igual que a los demás.

Te quiero,

Whitney

50

Al día siguiente, vuelvo a reunirme con Elijah en el parque.

Sería más fácil hablar por teléfono, pero él siempre ha tenido una paranoia con los teléfonos. O eso dice, al menos. En parte, creo que solo tiene ganas de verme.

Una vez más, él ha llegado primero. A diferencia de ayer, se pone de pie al verme, sonriendo de oreja a oreja.

—Ey —dice.

—Ey —digo sin entusiasmo.

Él frunce el ceño.

—¿Va todo bien?

No le he contado a nadie lo que descubrí anoche. Pero me da la sensación de que, de toda la gente que conozco, Elijah es el único capaz de guardar un secreto.

—He descubierto que Blake me está engañando.

—Joder —exclama—. Menudo idiota.

—Sí —murmuro.

—¿Cómo estás tú?

No sé bien cómo responder a esa pregunta. Estoy tan herida y decepcionada que apenas puedo pensar con claridad.

Pero al menos me he asegurado de que voy a sacar algo de todo esto. Cuando bajé anoche a la sala de estar, encontré el lápiz de memoria que Blake guarda en su maletín. Le gusta tener una copia de todos sus documentos. Siempre es muy responsable. Yo copié todos los archivos de sus clientes en mi propio lápiz de memoria. Tengo la intención de venderle a la competencia todo lo que pueda. No solo voy a sacarme así un montón de pasta, la suficiente para rehacer mi vida, sino que, cuando su jefe se entere, Blake no podrá volver a trabajar nunca más en el sector.

Quiero decir, tal vez no sea tan bueno como empujarlo desde la azotea, pero algo es algo.

—Me repondré —digo al fin—. Bueno…, ¿qué has averiguado sobre esa camarera?

—No ha sido fácil encontrar la información —responde Elijah con una expresión sombría—. Pero resulta que tenías razón. Está usando tu nombre y tu número de la Seguridad Social.

Aunque ya lo sospechaba, la noticia me llena de rabia, incluso más de la que sentí al descubrir que Blake me estaba engañando. Esa chica me ha robado la identidad. Me ha robado el nombre. No tenía derecho a hacerlo, pero lo hizo igualmente. La muy zorra.

—Su auténtico nombre es Amanda Lenhart —continúa Elijah—. Era estudiante de doctorado en Biología.

Renunció a una vida como bióloga y ahora está sirviendo mesas. Lo que la impulsó a apropiarse de mi nombre debía de ser muy grave.

—¿Sabes por qué necesitaba una nueva identidad? —pregunto.

Él niega con la cabeza. Resulta frustrante que no lo sepa, porque Elijah siempre parece saberlo todo.

—No hay cargos criminales contra Amanda Lenhart —dice—, así que deduzco que alguien la perseguía. Alguien que quizá le habría hecho daño si la encontraba.

En cierto modo, me trae sin cuidado que ella tuviera un buen motivo para actuar así. El hecho de que me haya robado la identidad me parece la peor violación que existe. ¿Es peor que lo que Blake ha hecho?

No lo sé. Los dos merecen ser castigados.

Jugueteo con el anillo de compromiso y me asalta una oleada de tristeza. Pronto le devolveré para siempre a Blake este precioso anillo. Y es entonces cuando se me ocurre una brillante idea. Pensaba decirle hoy mismo que todo ha terminado, pero ahora creo que esperaré. Creo que hay un modo de castigarlos a ambos y salir impune yo misma.

Además, una vez que Whitney/Amanda esté muerta, podré recuperar mi nombre.

—Elijah —digo—, necesito tu ayuda para otra cosa.

Él se echa hacia delante con entusiasmo.
—Lo que tú quieras.
Voy a darle una lección a Blake. Voy a darles una lección a los dos.

51

Blake está enloqueciendo.

Han pasado dos semanas desde que perdió su empleo, después de que yo alertara a su jefe sobre los archivos vendidos a la competencia. La cosa funcionó incluso mejor de lo que esperaba. Wayne Vincent ni siquiera se molestó en escuchar la versión de Blake y se encargó de ensuciar su buen nombre por toda la ciudad. Ahora no puede encontrar otro trabajo. Está obsesionado con hacer ejercicio durante todo el día y, cuando no entrena, se dedica a jugar en el ordenador. Y se pasa la noche entera despierto.

He entrado también en su portátil y sé con exactitud el poco dinero que le queda. Cuando le propuse la idea de buscar un inquilino, estaba segura de que acabaría accediendo.

En cuanto a Amanda, la zorra que me robó la identidad, la han echado de su apartamento. Eso fue muy fácil. Solo tuve que enviar a Elijah a su bloque con aspecto desgreñado y hacerle llamar a varias puertas diciendo que buscaba a «esa Whitney que vende crack». La echaron de allí y ahora está durmiendo en el sofá de una amiga. Al día siguiente, colgué en el Cosmo's el anuncio ofreciendo una habitación barata y ella me llamó.

Debía organizar las cosas de manera que esa chica fuera la única candidata a la que tomáramos en consideración. Por este motivo, he usado una parte del dinero que saqué vendiendo el contenido del lápiz de memoria de Blake para contratar a varios actores más de aquella escuela de interpretación que pudieran hacerse pasar por unos candidatos verdaderamente horribles. Incluso Elijah interpretó uno de los papeles, y Blake estuvo a punto de darse por vencido cuando él sacó su taladro y trató de hacer un agujero en la pared.

Amanda vendrá a ver la habitación mañana. Estoy segura de que su cara bonita y su pulcra apariencia bastarán para convencer a

Blake de que la dejemos mudarse a nuestra casa. Aunque no estoy convencida del todo. Me gustaría contar con algo más para asegurarme.

Mientras vuelvo a casa del trabajo, paso frente a un rótulo parpadeante que dice: TAROT Y VIDENCIA. Se me enciende una bombilla. No hay nada que Blake desprecie más que este tipo de cosas. En una de nuestras primeras citas, le sugerí en broma que deberíamos hacernos la carta astral y él me miró como si hubiera dicho que la luna era un pedazo de queso y que yo iba a fundirlo para hacerme un sándwich.

Esto será perfecto.

Empujo la pequeña puerta de cristal y entro en el local. Es muy pequeño y apesta a incienso. Es incluso más diminuto que ese garito de la calle Setenta y seis que tiene unos tacos tan buenos. La iluminación básica procede de una lámpara violeta colgada del techo, que arroja un cerco de luz sobre una mesita situada en el centro y cubierta con un mantel azul marino con dibujos de las estrellas, la luna y el sol.

Una mujer se halla sentada ahí, ordenando un gran mazo de cartas sobre la mesita, que por lo demás no tiene otra cosa que una bola de cristal en el centro. Debe de andar por los sesenta y tiene un largo cabello plateado que casi parece destellar bajo la luz de la lámpara. Alza despacio la mirada hacia mí y en el rostro se le dibuja una sonrisa.

—Hola, querida —dice—. Me llamo Quillizabeth. ¿Cuál es su nombre?

¿Quillizabeth? Guau, esto es incluso mejor de lo que imaginaba.

—Krista.

—Krista. —Hay un deje de escepticismo en su voz—. No tiene aspecto de llamarse Krista.

Tiene razón, y ese es uno de los motivos por los que debo ocuparme de la situación con Amanda. Yo soy Whitney Cross y algún día volveré a ser yo misma. Pero ahora no voy a entrar en todo eso.

—Pues sí, me llamo Krista.

Ella parece aceptarlo con reticencia.

—¿Y cómo puedo ayudarla…, Krista?

—Bueno —digo—, esto quizá sonará un poco raro, pero…

—Siéntese, por favor. —Quillizabeth me señala la silla situada frente a ella—. ¿Se ha hecho alguna vez una lectura psíquica?

Me siento en la silla.

—No, nunca.

—Yo recomiendo para empezar una lectura de la mano —dice—. Es lo mejor para introducirla poco a poco en la experiencia. Pero la próxima vez podemos hacer una lectura más profunda.

No estoy interesada en nada de eso. Comparto el escepticismo de Blake sobre los fenómenos sobrenaturales, aunque están bien para cachondearse.

—En realidad —digo—, necesito su ayuda para otra cosa. Le pagaré, por supuesto. Lo que usted quiera.

La mujer alza las cejas. Observo ahora que lleva puestas varias túnicas. Ay, Dios, a Blake esto le va a reventar.

—Necesito que finja estar interesada en una habitación que mi novio y yo hemos puesto en alquiler —le explico—. O sea, que venga a verla y luego diga un montón de cosas esotéricas intimidantes.

Los labios de Quillizabeth forman una línea recta, de tal manera que casi desaparecen en su boca.

—Yo no puedo decir un montón de «cosas esotéricas» si no las siento. Esto no es un *juego*.

—No, claro que no —me apresuro a decir. Madre mía, esta mujer es algo fuera de serie—. Simplemente pienso que estaría bien que mi novio escuchara la opinión de una vidente sobre la habitación, ¿comprende? Así, de antemano, podremos saber si hay algún… problema espiritual antes de alquilarla.

Ella se toma un momento para reflexionar.

—Usted quiere que le mienta a su novio.

—No, no es mentirle, exactamente. Pero estoy convencida de que es importante que la casa esté despejada desde un punto de vista espiritual, y él no querrá saber nada de esto a menos que digamos que usted está interesada en alquilar la habitación.

Observo su rostro, preguntándome si se lo va a tragar. Más allá de lo que pueda decir sobre esta mujer, no cabe duda de que se toma muy en serio su profesión.

—Yo no apruebo el engaño —dice—, pero simpatizo con su deseo de neutralizar su casa espiritualmente. Iré. Y, cuando vaya, le daré mis recomendaciones.

—Me parece perfecto —digo—. Muchas gracias.

Yo tenía en la cabeza todo un guion para que esta mujer interpretara su papel, pero ahora pienso que cualquier cosa que se le ocurra por su cuenta será mucho mejor. Estoy deseando que llegue el momento.

52

Blake está enfrascado en una conversación con Quillizabeth.

Justo después de poner las galletas en una bandeja, me he espolvoreado un poco de harina en la camiseta para tener una excusa para retirarme y que Blake se quede a solas con Quillizabeth. Cuando vuelvo a la sala de estar, él la mira con ojos desorbitados y parece estar contando los segundos que faltan para poder echarla de nuestra casa.

Me acerco deprisa y finjo presentarme a la mujer a la que conocí ayer. Pese a su renuencia al engaño, Quillizabeth simula de maravilla que es la primera vez que nos vemos. Me tiende la mano y yo se la estrecho.

Y entonces, cuando nuestras manos entran en contacto, ella se aparta de golpe. Abre los ojos como platos y da un paso atrás.

—Yo… —dice con voz enronquecida—. En realidad, tengo que irme. Esta casa… es demasiado pequeña. No voy a alquilar la habitación, después de todo.

Blake parece tan tremendamente aliviado que es casi desternillante.

—Muy bien, ha sido un placer conocerla —dice con un poquito más de alegría de la cuenta.

Yo finjo inquietud.

—¿Qué sucede? Ni siquiera ha visto la habitación aún.

Quillizabeth vuelve la mirada hacia Blake. Si yo no supiera que todo esto es una comedia, estaría aterrorizada de verdad. Ella me mira entonces a mí y me dice con tono apremiante:

—¿Podría… hablar con usted afuera, querida Krista?

¿Afuera? No, ni hablar. Quiero que Blake presencie su actuación sin perder detalle.

—¿Qué es lo que quiere decirme? —insisto.

Quillizabeth da otro paso atrás.

—Afuera. *Por favor*.

—Mire, Quillizabeth. —Blake parece completamente exasperado—. Tenemos a otra posible inquilina que está a punto de llegar, así que…

—Él la va a matar —me dice ella de repente—. Blake va a matarla, Krista. Tiene que salir de aquí.

Ay, Dios mío. Esta mujer se merece un Emmy. Sin duda se ha equivocado de profesión.

—Va a apuñalarla con un cuchillo de cocina. —Quillizabeth señala la alfombra que tiene bajo los pies—. Pasará justo *aquí*.

Blake parece un poco asustado. Como mínimo, quiere que la mujer se largue de una vez. Le pone una mano en la espalda, pero ella se aparta de golpe como si la hubiera quemado.

—Créame, Krista, por favor. —Quillizabeth extiende una mano nudosa hacia mí—. Tenga cuidado. Mis visiones… nunca son erróneas.

Soy yo la que al final debe acompañarla afuera, porque ella insiste en que quiere hablar conmigo. Vale, está bien. Quiero darle una propina, de todos modos. Ha estado espectacular. Amanda se presentará pronto y el contraste resultará abrumador. Se habrá mudado aquí a últimos de esta semana.

Pero, cuando salgo afuera, Quillizabeth se aferra a mi brazo y no quiere marcharse.

—Tiene que escucharme, Krista. Ese hombre… Blake… es peligroso.

—¿Blake? —Me echo a reír mientras saco unos billetes de mi cartera—. No, no lo creo. Y ahora él ya no puede oírla, así que no hace falta que siga con la actuación. Ha estado fantástica, de todos modos.

—¡Actuación! —exclama—. Esto no ha sido una actuación. Lo he *visto*. Le he visto inclinarse sobre su cadáver. He visto la sangre por todo el suelo.

Pese a lo agradecida que estoy con ella, empiezo a impacientarme.

—Blake no va a matarme. No tiene que preocuparse por eso.

—¡Yo lo he visto! —insiste—. No había tenido una visión de esa intensidad desde hace muchos años. Estaba tan claro como la luz del día. —Me coge de la muñeca, clavándome los dedos—. Él va a matarla, Krista. Tiene que marcharse. *Ahora mismo.*

Un escalofrío me recorre la espalda. No me creo ninguna de estas chorradas, pero hay algo en la convicción que se refleja en su rostro que está empezando a asustarme. En serio cree que Blake va a matarme. Cree que va a apuñalarme en mi propia sala de estar.

Eso es absurdo.

Consigo zafarme de su agarre y liberar la mano.

—Vale. Ya basta.

—Krista…

—No —digo con firmeza—. Estoy bien. Sea lo que sea esto…, no tiene que preocuparse por mí. Se lo aseguro.

Quillizabeth se resiste a marcharse y, por un momento, temo que tendré que llamar a la policía. Pero al final me dirige una mirada temerosa y echa a andar calle abajo. Yo permanezco allí, mirándola, para comprobar que no se queda en las inmediaciones o que, Dios nos libre, pretende volver.

Siempre he pensado que estos rollos esotéricos son una chorrada, pero parece que Quillizabeth tiene un don de verdad. Porque algo terrible va a suceder en esta casa. Solo que no será Blake quien se incline sobre mi cadáver.

Seré yo quien lo haga sobre el suyo.

53

Amanda lleva una semana viviendo con nosotros.

Ya he sorprendido a Blake y Amanda sentados en el sofá en mitad de la noche, un poquito demasiado cerca, mirando juntos la televisión. Si los dejara solos, sería solo una cuestión de tiempo que sucediera algo entre ambos: infiel una vez, infiel para siempre.

Pero esa posibilidad está descartada. Porque, a partir de mañana, Blake y Amanda se odiarán mutuamente.

Esta mañana me levanto muy temprano, cuando Blake todavía está profundamente dormido en la cama. Quería asegurarme de que dormía toda la noche, así que ayer le preparé unas galletas mezcladas con un sedante. Lo conseguí la semana pasada, cuando convencí a mi médico para que me lo recetara inventándome que tenía problemas de insomnio. Tampoco me resultó difícil fingir; de hecho, estoy durmiendo menos horas desde que descubrí que estaba prometida a un hombre infiel. Probé una de esas galletas y, a decir verdad, si prestabas atención, tenía un regusto amargo, pero era algo casi imperceptible. Blake no lo notó cuando se comió tres anoche.

Quería asegurarme de que estaba dormido, porque tengo que hacer un montón de cosas.

Oí que le decía a Amanda que podían compartir sus Frosties. Por supuesto, era previsible que se mostrase amable con una chica guapa. Pero resulta que Amanda está a punto de abusar de su amabilidad. Cojo la caja de Frosties de la encimera, que está casi a la mitad, y la vacío toda en el triturador de basura.

Mi siguiente paso es coger dos manzanas del cuenco de la fruta y meterlas en una bolsita de papel. Me subo a la encimera y dejo la bolsa en el estante superior del armario. Llevará un poco de tiempo, pero estas manzanas acabarán pudriéndose. Ya solemos tener

mosquitas de la fruta aquí, así que, con un poco de estímulo y una fuente de alimento, aparecerán por todas partes. Blake es un obseso de la limpieza y esto lo sacará de quicio.

La siguiente parada la hago en el baño, donde vacío a conciencia su gel y su champú, así como la mayor parte de su dentífrico. Mis productos no los toco. Puede usarlos si quiere, aunque alguna vez ha comentado que le revienta «oler como una chica».

Por último, saco una botella de detergente para la ropa que compré y dejé escondida en el armario del pasillo. Blake es muy alérgico a cualquier detergente aromatizado, sobre todo a los que contienen un producto químico llamado limoneno. Eso lo descubrí al principio de nuestra relación, cuando decidí lavar algunas de sus prendas para actuar como una buena novia y él se alarmó porque yo usaba detergente con limoneno. «Me sale una erupción terrible incluso con una pequeña cantidad». Ese dato ha resultado ser muy útil ahora.

Vierto con cuidado una cucharada de mi detergente en el hipoalergénico de Blake. Cierro la botella y la agito bien para que se disuelva el limoneno. Vuelvo a abrirla y acerco la nariz. No percibo el aroma cítrico, pero todas sus prendas quedarán impregnadas de esta sustancia la próxima vez que él haga la colada.

Blake no sospechará de mí. Al fin y al cabo, llevamos meses viviendo juntos. Amanda es el único factor nuevo en la ecuación.

Muy pronto dejarán de coquetear entre ellos. Van a odiarse.

Y esto solo es el principio.

54

Blake ya está acostado esta noche cuando Amanda vuelve de su turno en el restaurante. Él está mirando el teléfono y no parece darse cuenta del ruido de la puerta de entrada.

Me pregunto si todavía habla con Stacie. No lo he comprobado, porque en realidad no importa. Lo que va a pasarle sucederá de todos modos.

—Voy a bajar a buscar un poco de agua —le digo—. ¿Quieres algo?

Él niega con la cabeza. Quizá le está enviando un mensaje a Stacie. O a otra mujer.

Cuando llego abajo, Amanda está en la cocina bebiendo agua en uno de nuestros vasos. Aunque le dijimos que podía hacerlo, siento una oleada de irritación por el hecho de que esté usando nuestras cosas. Es otra más que ha tomado prestada de mí y que pronto volverá a ser mía.

—¡Hola, Whitney! —digo en un tono jovial. El nombre me deja un regusto amargo en la lengua.

Ella alza los ojos. Los tiene un pelín enrojecidos.

—Ah, hola, Krista.

Entro en la cocina y me apoyo en la encimera de un modo que espero que parezca amigable.

—¿Todo bien?

—Más o menos. —Esboza una sonrisa ladeada—. Blake está enfadado conmigo por comerme sus cereales, aunque me dijo que podía hacerlo.

—¿Te ha dicho que estaba enfadado?

Ella crispa la mandíbula.

—Ha venido al restaurante y me ha hablado a gritos mientras yo estaba trabajando.

Ay, Blake. Casi estallo en carcajadas. No es algo propio de él en absoluto, pero últimamente ha estado muy estresado y apenas duerme.

—Siento mucho que te haya hecho eso. No me parece aceptable.

—Ni siquiera he comido muchos cereales —dice ella—. ¡Solo unos poquitos!

—Es que Blake… —Escojo las palabras con cuidado—. Es una persona complicada. No es fácil convivir con él, y le gusta que todo esté siempre a su manera. Para ser sincera contigo, Blake no tenía muchas ganas de alquilar la habitación, pero accedió porque vamos justos de dinero desde que perdió su trabajo.

Amanda asiente con aire comprensivo.

—Ya me parecía que lo habían despedido…

—Ah, ya lo creo —le confirmo—. Hubo…, bueno, un *incidente*. Y ahora, claro, tiene problemas para encontrar otra cosa.

No voy a darle los detalles más truculentos, pero sí puedo insinuar que Blake cometió una irregularidad. Bastará con eso para que su mente se ponga a funcionar.

—Mira —le digo—, a mí me gusta tenerte aquí, Whitney. Me encargaré de que Blake no te moleste, pero quizá sería buena idea que te mantengas alejada de él. No tiene sentido provocar a la fiera.

Ella se restriega la cara con las manos. Parece cansada.

—Sí. He aprendido la lección, desde luego. Creía que nos haríamos amigos, la verdad. Parece muy buen tipo.

A juzgar por su expresión, estoy segura de que no era eso lo único que pensaba de Blake. Yo vi lo cerca de él que estaba en el sofá, cuando estuvieron a solas aquella noche. ¿Un buen tipo o un buen amante? Ella no deseaba ser su amiga. Lo deseaba *a él*.

Eso está punto de cambiar radicalmente.

55

Blake y yo apenas salimos ya a cenar.

No tenemos mucho dinero, así que cenar fuera es un lujo que no nos podemos permitir. Por suerte, a mí me gusta cocinar y me encanta preparar cosas al horno, así que tampoco representa un gran sacrificio para mí.

Hoy es viernes por la noche y hemos decidido salir. Hemos ido a ese cuchitril mexicano barato que es famoso por sazonar en abundancia la comida con deliciosas salsas picantes. A decir verdad, es más bien un local de comida para llevar, porque se pide todo en el mostrador. Una vez que has hecho el pedido, te traen la comida a los asientos que hayas encontrado libres. Y, si te tomas un margarita, te lo sirven con una pequeña sombrilla dentro.

Blake está sentado frente a mí mientras esperamos. Él ha pedido un burrito de carne y yo, para evitar los carbohidratos, un burrito bowl; al fin y al cabo, volveré a estar soltera muy pronto. Blake lleva una camiseta y se rasca el brazo sin darse cuenta. Tiene una erupción horrenda a causa de las pequeñas cantidades de detergente aromatizado que he ido añadiendo al suyo, que es hipoalergénico. La erupción ya le deja la piel roja e irregular de por sí, pero además tiene unas fuertes marcas de rascado por todo el brazo porque le pica muchísimo.

También tiene cercos oscuros bajo los ojos de no dormir bien. Ya sufría insomnio desde que perdió su trabajo, pero a mí se me ha ocurrido la brillante idea de poner en mi teléfono, en mitad de la noche, una grabación a todo volumen de unos golpes espantosos. Escondo el móvil en lo alto del armario, de manera que suena como si viniera de arriba, y, en cuanto Blake sale de la habitación para echarle la bronca a Amanda, lo apago. Dudo que haya podido dormir

pasablemente una sola noche durante todo el último mes. Resulta fácil sacar de quicio a una persona cuando la conoces bien.

Casi me compadezco de él.

Casi.

Blake y Amanda se odian. Yo he contribuido bastante dejando notitas adhesivas en la parte interior de la puerta de ella. Están firmadas con el nombre de Blake y dicen cosas como «No vuelvas a dejar encendida la luz de la cocina» y «Por favor, pide permiso para utilizar nuestra televisión con veinticuatro horas de antelación». Ahora, cuando están juntos, ella parece querer estrangularlo con sus propias manos. Si tuviera otro sitio a donde ir, ya se habría marchado. Pero como su último casero cree que es traficante de drogas, no tiene demasiadas opciones.

—Estoy pensando en vender la casa —me dice Blake de golpe.

A mí se me cae el alma a los pies. Si la vende, Amanda tendrá que mudarse y se habrá acabado la historia.

—¿Cómo? Tú adoras nuestra casa.

—Sí —reconoce—. Pero ya no puedo permitírmela, Krista. No puedo hacer frente a los pagos de la hipoteca. Encontraré otra más barata, quizá en Queens o algo así.

—¿En Queens? Ay, Dios. Los dos tendremos que hacer un trayecto espantoso para llegar al trabajo.

—Lo sé. —Se pasa la mano por el pelo, que le queda un poco erizado. Antes era el tipo más atildado que he conocido; ahora va hecho un desastre—. Pero ¿qué quieres que haga? No puedo pagar la hipoteca.

—¿Y qué hay de Whitney?

Hace una mueca, la misma que hace siempre que la menciono.

—¿Qué pasa con ella?

—Ya nos hemos gastado los dos meses que nos adelantó, más el depósito. Tendremos que devolvérselo.

—Ya…

Nos interrumpe un camarero que se acerca con nuestras cestas de comida. Blake baja la mirada a su burrito como si no tuviera el menor interés en comérselo. Vuelve a rascarse el brazo.

—No sé —dice al fin—. No veo otra salida.

Tengo que idear algún modo de evitar que venda la casa, al menos durante un poco más de tiempo. Pero me distraigo cuando veo una cara conocida que entra en el local, va al mostrador y se pone en la cola detrás de una familia de cuatro personas.

Es Elijah.

¿Qué demonios hace aquí?

Blake echa una mirada por encima del hombro.

—Oye, ¿ese no es uno de los tipos que vino a ver la habitación?

Le miro parpadeando.

—¿Quién?

—Ese tipejo bajito con perilla y esa gorra con un pingüino. —Echa otra mirada—. Me acuerdo de esa gorra absurda. ¿Tú no?

Meneo la cabeza despacio.

—No sé. Pasó tanta gente. Quizá me suena algo…

Maldita sea, Elijah. Ahora que Blake ha vuelto a concentrarse en mí, Elijah está mirando en nuestra dirección. No es una coincidencia que esté aquí. Él vive en Brooklyn. No puede ser una casualidad que haya venido al mismo restaurante que nosotros un viernes por la noche.

¿Me estará siguiendo?

—Perdona —le digo a Blake—. Tengo que ir al baño.

Cojo el bolso y me apresuro hacia el único baño del local, donde resulta que hay un cartel de FUERA DE SERVICIO. El pomo gira, sin embargo, así que me meto dentro y cierro la puerta. La taza del váter está inundada de toallitas de papel —inutilizable—, pero no es eso lo que he venido a hacer aquí. Me encierro por dentro y busco el número de Elijah en mi teléfono. Me responde al segundo tono.

—¿Qué estás haciendo aquí? —cuchicheo entre dientes incluso antes de que pueda decir hola—. ¿Me estás siguiendo?

—No —dice enseguida.

—Elijah…

—Vale, de acuerdo. Un poco. —Carraspea—. Estoy preocupado por ti, Whitney.

—*Krista*.

—Blake no tiene buen aspecto —continúa él—. Parece… desquiciado.

Las luces del baño parpadean.

—Ya, resulta que ese es el objetivo de todo esto, maldita sea.

—Sí, pero… ¿estás a salvo con él? ¿Y si tiene una crisis nerviosa de verdad?

—Blake no va a hacerme daño.

—Pero ¿y si lo hace? ¿Qué hay de lo que dijo esa vidente?

Pongo los ojos en blanco. No puedo *creer* que ahora me venga con esas. Solo se lo conté porque pensaba que era increíblemente divertido y necesitaba comentarlo con alguien. Bueno, también lo comenté con Becky y Malcolm, pero, cuando se lo dije a ellos, tuve que actuar como si realmente me lo creyera.

—Blake no es violento —le aseguro—. Te lo prometo, no va a hacerme daño. No creo que haya dado siquiera un puñetazo en toda su vida.

—Solo estoy preocupado por ti…

Me siento como una idiota por gritarle a Elijah, cuando todo se reduce a esto. Está preocupado por mí.

—Tienes que dejar de seguirme —le digo—. Blake te ha reconocido. Si continúas haciéndolo, se dará cuenta y se asustará.

—Vale. —Por fin parece entenderlo—. Dejaré de hacerlo. Perdona.

Estoy empezando a pensar que, si bien Elijah ha sido mi mayor recurso desde que me fui de casa, también se está convirtiendo en un lastre considerable. Sabe demasiado y se preocupa demasiado. Es un problema.

Pero es un problema que debo posponer de momento. Tengo otras cosas de que preocuparme.

56

Estoy en la sala de estar hablando por teléfono con Becky de lo que se ha convertido en uno de nuestros temas favoritos: el estado de Blake y si es posible que esté perdiendo el juicio.

—Simplemente estoy preocupada por ti, Krista —me dice Becky.

Pero no está preocupada por mí del mismo modo que Elijah. Ella está preocupada por mí tal como yo quiero que lo esté.

—No debes preocuparte —digo de un modo que suena como si quisiera tranquilizarla, aunque en realidad yo también estoy preocupada—. Blake está…, bueno, pasando un momento difícil, pero se recuperará. Él no…, o sea, no me ha amenazado ni me ha pegado nunca.

—¿En serio estás dispuesta a esperar a que suceda eso? —me presiona ella.

Amanda entra por la puerta principal. Parece exhausta. Me dirige un desganado gesto de saludo y sube fatigosamente por la escalera.

—Si quieres —dice Becky—, estás invitada a venir y quedarte con nosotros todo el tiempo que necesites. Tenemos una habitación extra…

—Eres muy amable —contesto—, pero no hace falta. Aquí estaré bien.

—¿No recuerdas lo que dijo aquella vidente? ¿Y si resulta que te mata a puñaladas?

Casi suelto una carcajada.

—Eso no va a pasar, Becky.

Aunque lo digo con un deje nervioso. Como si pensara que cabe la posibilidad de que Blake me haga daño.

Becky dice algo más, pero no lo oigo, porque de repente suena por la casa un alarido ensordecedor. Sujeto el teléfono con más fuerza, alzando la mirada hacia el techo.

—Becky —digo—. Tengo que dejarte.

—De acuerdo —responde—. Pero, si Blake hace algo violento, sales de ahí de inmediato. Malcolm tiene coche y podemos recogerte en cinco minutos.

—Gracias —contesto con tono lloroso—. Eres una buena amiga, Becky.

Cuelgo y empiezo a subir por la escalera hacia el segundo piso. Amanda no ha vuelto a gritar, pero al acercarme a su habitación oigo que está sollozando. ¿Ahora qué pasa?

Llamo a la puerta con suavidad.

—Aman…, eh, Whitney.

Hay un largo silencio antes de que responda.

—¿Qué?

—Soy Krista. ¿Va todo bien?

Ella abre la puerta de golpe. Tiene su preciosa cara cubierta de lágrimas y los ojos hinchados y enrojecidos.

—¿Qué sucede, Whitney? —pregunto.

—Blake me ha tirado fruta podrida y llena de gusanos por toda la cama —acierta a decir, gimiendo—. Eso es lo que ha hecho tu novio.

Alzo las cejas de golpe. ¿Blake ha hecho esto? Guau, está perdiendo la chaveta de verdad.

Quizá no sea tan inofensivo como creía.

Me tapo la boca con la mano.

—Ay, Dios mío. ¡Qué espanto! ¿Tienes idea de por qué lo ha hecho?

—¡Porque está fuera de sí! —Solloza—. Es una persona horrible. Se pasa el tiempo dejándome notas desagradables y me mira como si quisiera verme muerta. —Se vuelve hacia la cama, donde en efecto hay unas manzanas podridas y llenas de gusanos esparcidas por toda la manta, que tal vez debamos tirar. No se me había ocurrido que él podría hacer algo así cuando encontrara la bolsa con la fruta podrida—. No creo que pueda aguantar mucho más. Quizá… deba mudarme.

Esto no va bien. Amanda quiere marcharse y Blake ha empezado a hablar de vender la casa. Voy a tener que acelerar las cosas.

—¿A dónde irás? —le pregunto.

—No lo sé —dice con tono desvalido—. Ya quemé a todas mis amistades instalándome en su sofá antes de mudarme aquí. No creo que pueda volver a pedírselo. Y… no tengo mucho dinero.

Amanda me está haciendo confidencias. Este quizá sería un buen momento para decirle lo que sé de ella. Quiero que confíe en mí y eso sería un paso importante. Pero lo fundamental es que necesito que ella me confiese lo que ha hecho, porque debo estar segura al cien por cien.

—Escucha. —Entro en su habitación y cierro la puerta para que estemos a solas—. Quiero que sepas… que lo sé.

En sus ojos aparece un destello de temor, aunque ella trata de mantener la compostura.

—¿Qué es lo que sabes? ¿A qué te refieres?

—Tú ya sabes a qué me refiero…, Amanda.

Ella sofoca un grito y da un paso atrás.

—Yo…, yo no…

—Tengo un amigo informático que me dijo que tu permiso de conducir parecía una falsificación, así que se puso a investigar un poco —le explico—. Pero no te preocupes. Blake no lo sabe. No se lo he contado a nadie.

Ella frunce el ceño, juntando las cejas.

—¿No se lo has contado a *nadie*?

Bingo.

—Absolutamente a nadie.

Amanda se sienta en el borde de la cama, lejos de las manzanas y los gusanos, y se tapa la cara con las manos.

—No entiendo cómo ha sucedido todo. ¿Cómo es posible que mi vida se haya convertido en *esto*?

—Si quieres que hablemos…

Ella alza la cara.

—¿Me juras que no se lo contarás a nadie?

—Te lo juro por mi vida.

Y eso es completamente cierto.

Ella cierra los párpados con fuerza. Una lágrima rueda por cada una de sus mejillas.

—Mi madre tenía cáncer. Cáncer de estómago. El pronóstico era fatal, sobre todo sin tratamiento. Pero el tratamiento… no era barato y su seguro no lo cubría.

—Ah —musito.

—No puedes ir a un banco y pedir un crédito para hacer quimioterapia —murmura sin mirarme a los ojos—. Así que le pedí prestado el dinero a otra gente. Una gente que no hacía demasiadas preguntas.

—Entiendo.

Yo había supuesto que Amanda estaba huyendo por motivos criminales. Y resulta que lo hacía porque había intentado conseguir dinero para pagar un tratamiento para el cáncer de su madre. En cierto modo, esto me irrita todavía más. Amanda tenía una madre que la quiso lo suficiente como para que ella hiciera cualquier cosa con el fin de salvarle la vida. Eso es muchísimo más de lo que yo he tenido nunca.

—Y luego, por supuesto, mi madre murió igualmente. —Amanda se ríe sin alegría—. Después de todo ese dinero, del catéter de quimioterapia, de los vómitos, de la caída del pelo…, ni siquiera vivió tanto tiempo como el que le habían pronosticado sin el tratamiento. Y entonces me quedé atrapada con toda aquella deuda. —Hace una mueca—. No es una situación en la que puedas declararte en quiebra, ¿sabes? Si no encontraba el dinero, esa gente iba a matarme.

—Así que cambiaste de nombre…

—Usé el poco dinero que tenía para adquirir una nueva identidad —me explica—. Whitney Cross era una adolescente que desapareció hace un tiempo, probablemente asesinada o algo así. Ella no estaba usando su identidad y yo la necesitaba.

Aprieto los dientes. Yo no fui *asesinada*, por el amor de Dios. ¡Menuda idea! Solo dejé de utilizar mi identidad durante un tiempo. Pero eso no le daba a ella el derecho de apropiársela. El hecho de que no le haya pasado nada desde que se convirtió en Whitney Cross quiere decir que yo habría podido volver a mi antigua identidad sin problemas.

Es decir, si ella no me la hubiera *robado*.

—Esta es mi patética historia —concluye Amanda—. Si se la cuentas a alguien, estoy muerta. Así que espero que no lo hagas.

Me siento a su lado en el borde de la cama.

—Tu secreto está a salvo —la tranquilizo—. De hecho, me parece maravilloso cómo intentaste ayudar a tu madre.

—Inútilmente —dice ella—. Mi madre se puso furiosa cuando supo cómo había conseguido el dinero para su tratamiento. Ella no quería esto para mí. Había trabajado muy duro para poder darme una educación, y ahora…

Ah, ahora el gran drama. Pidió prestado dinero a un usurero y le salió el tiro por la culata. ¿Qué esperaba?

—Escucha —digo—, ahora que me has explicado todo esto, quiero contarte un secreto mío.

Ella me mira con interés.

—¿Qué?

—Estoy pensando en dejar a Blake.

Amanda se queda con la boca abierta.

—¿En serio?

—¿Tanto te sorprende? Tú lo consideras un psicópata.

—Claro. Pero…

—Él antes no era así. Cada vez me da más miedo. —Me estremezco—. Tengo que alejarme de él antes de que suceda algo terrible. Me inquieta que pueda llegar… a hacerme daño.

Me coge la mano. Yo la dejo hacer, aunque desearía darle un bofetón.

—Pero necesito algo más de tiempo —continúo—. No dispongo de muchos ahorros y quiero asegurarme de tener el dinero suficiente y un lugar a donde ir.

—Lo comprendo a la perfección —dice Amanda.

—Quizá —añado— podríamos coger un apartamento entre las dos y pagarlo a medias.

Por primera vez desde que se mudó aquí y empezó a ver las cosas que Blake hacía, se le ilumina el rostro.

—Eso sería genial, Krista. Me encantaría.

Le devuelvo la sonrisa haciendo un esfuerzo, aunque la mía me parece como de plástico.

—Echa un vistazo a los apartamentos en alquiler. Si encuentras algo, avísame.

Ella asiente con entusiasmo.

—Te apuesto cinco pavos a que encontramos un sitio tan grande como este en Staten Island por una cuarta parte del precio.

¿En Staten Island? ¿Está de broma?

—Venga. Vamos a limpiar este desastre.

Ayudo a Amanda a limpiar la manta y las sábanas. Para que conste, estoy furiosa con Blake por haber hecho esto. ¿Qué demonios le pasa? ¿Por qué no podía tirar esas manzanas llenas de gusanos a la basura, como cualquier persona normal? Por lo visto, toda la tensión está haciendo que su comportamiento se vuelva un poco más imprevisible de lo que esperaba. Ahora me veo obligada a limpiar otro de sus estropicios.

Hacen falta varios viajes y un montón de detergente, pero al final conseguimos dejarlo todo limpio. Me enjuago esos restos repugnantes de manzana de las manos en el fregadero de la cocina. Amanda, mientras, está rociando su habitación con mi ambientador.

Después de secarme las manos, deambulo por la sala de estar, donde Goldy nada dando vueltas en su pequeña pecera. Blake y yo la compramos cuando nos mudamos aquí. Era nuestra primera mascota. Pensábamos que algún día pasaríamos a un animal que requiriese más responsabilidad y más amor, como un gato. Y luego tal vez a un perro. Y, algún día, a un hijo.

Pero no va a suceder nada de eso. Ya no.

Gracias a Blake.

Me acerco a la pecera de Goldy. Doy unos golpecitos en el cristal y ella me mira. Es un buen pez. Nos ha entretenido mucho durante el tiempo que la hemos tenido, aunque ese tiempo está llegando rápidamente a su fin. Más rápidamente de lo que yo creía.

—Adiós, Goldy —digo con tristeza—. Lamento esto, pero debes saber que la culpa es de Blake.

Goldy era un símbolo de la vida que estábamos iniciando juntos. No deja de ser lógico que, ahora que nuestro futuro se está yendo por el retrete, ella sea la primera en seguir el mismo camino.

57

Estamos en el dormitorio y Blake mira fijamente la botella de lejía que tengo en la mano. La que escondí en el armario después de que Goldy se quedase panza arriba.

—¿Qué hace esto en el armario? —le exijo que me diga.

Blake tiene una expresión de desconcierto en la cara. Por mucho que lo odie, una parte de mí casi desearía darle un abrazo de nivel diez, porque la verdad es que da la impresión de necesitarlo. No logra entender cómo ha ido a parar su teléfono a la habitación de Amanda ni cómo puede haberse manchado el cuello de su camisa con el pintalabios de nuestra inquilina. No tiene más remedio que culparla a ella de todo. Está completamente desorientado.

—No tengo ni idea —dice, tragando saliva.

—¿Tú mataste a Goldy para inculpar a Whitney?

Me mira como si estuviera a punto de vomitar.

—¡No! Claro que no, por Dios. No es posible que pienses…

Esto me da la oportunidad de enumerar todas sus faltas, todas las cosas extrañas que ha hecho últimamente, aunque muchas de ellas no las haya hecho él, en realidad. Blake me escucha como queriendo protestar, pero consciente en el fondo de que no voy a creerle. Mientras tanto, voy metiendo mi ropa en una maleta.

—Empiezo a pensar que aquella vidente tenía razón —concluyo—. Si me quedo más tiempo, Dios sabe lo que serás capaz de hacer.

—Krista, *no*. —Parece a punto de llorar—. Yo jamás te engañaría y jamás te haría daño.

Eso es una sarta de mentiras. Cierro la cremallera de la maleta.

—Creo que será mejor que me vaya.

Y entonces él se planta delante de mí, cerrándome el paso.

—Blake, sal de en medio —le digo.

Él no se mueve. La tensión va en aumento. Por un instante, temo haberle presionado en exceso. Me da miedo que mi educado prometido se haya acabado rompiendo del todo. Y que quizá vayan a encontrar mi cadáver abajo, en medio de un charco de sangre.

Pero entonces Blake se hace a un lado.

No se ha dado por vencido, de todos modos. Me sigue por la escalera a la planta baja, suplicándome todo el tiempo. No puede saber que esta noche aún se va a poner peor si toma para cenar la comida china que sobró. He cogido un puñado de pelos de Amanda del cepillo que hay en el baño y los he mezclado con los fideos, como una especie de aderezo adicional. Él no los calienta ni los saca nunca del recipiente para comérselos.

Todavía sigue suplicando cuando llego a la puerta y no deja de hacerlo mientras me pongo la chaqueta y las zapatillas. Incluso me sigue afuera.

—Te quiero, Krista —dice.

Sí, ya.

Parece sorprendido al ver el taxi que aparece frente a nuestra casa, ya que no suelen pasar muchos por esta calle. No sabe que yo lo he pedido de antemano por teléfono, y la sincronización ha resultado impecable. Me subo al vehículo, aliviada por no tener que escuchar más sus mentiras.

Mientras el taxi arranca, me vuelvo para mirar por la ventanilla trasera. Blake sigue plantado en la calle, observando cómo me alejo. Veo que el señor Zimmerly sale de su casa, y una vez más la sincronización es perfecta. En el peor momento posible, empieza a gritarle a Blake, seguramente para que retire los cubos de basura. No los oigo, pero eso es lo único de lo que suele hablar ese hombre. Por pura diversión, he estado añadiendo un poco de combustible a las llamas volviendo a sacar los cubos después de que Blake los retirase. Lo he sorprendido varias veces mirando los cubos y rascándose la cabeza, como si estuviera seguro de haberlos guardado. Estos pequeños detalles siempre funcionan. Cuando doblamos la esquina, Blake ha empezado a replicarle a gritos al señor Zimmerly.

Blake lo odia, me consta. Y todos los vecinos lo saben también. Si algo le sucediera al señor Zimmerly, Blake sería el primer sospechoso.

Y eso me da una idea.

58

Stacie Parker sigue los mismos horarios cada sábado por la noche. La he estado vigilando, así que lo sé con certeza.

Entre las 20.00 y las 20.30, sale de su bloque de apartamentos, tambaleándose sobre unos zapatos de tacón de aguja y ataviada con un vestido vergonzosamente corto. Espera un minuto o dos y se sube a un Uber. El coche la lleva a un bar o a un club, donde se pasa el resto de la noche bebiendo y coqueteando con los hombres.

No puedo creer que a Blake le gustara esa mujer. No puedo creer que tirase por la borda todo lo que teníamos por ella.

Una cosa que debo reconocerle es que no se da por vencido con facilidad. Desde que me marché, me ha estado llamando y enviando mensajes sin parar. Becky ha tratado de convencerme para que lo bloqueara, pero a mí me gusta verlo sufrir. Me gustaron sobre todo los mensajes que me mandó al descubrir que el señor Zimmerly estaba muerto.

Eso debió de suponer toda una conmoción para él. El señor Zimmerly también se quedó conmocionado cuando lo golpeé en la cabeza. No sabía muy bien qué usar, pero acabé decantándome por ese reloj antiguo que compramos en un mercadillo. Las huellas de Blake estarán sin duda en él, así que me pareció una buena forma de decir adiós a nuestra vida juntos. Es solo cuestión de tiempo que la policía acabe sacando conclusiones.

Ahora mismo, estoy sentada en el coche de Malcolm frente al edificio de Stacie. No he pedido permiso para cogerlo prestado, pero sabía que ellos no iban a salir y no lo echarían de menos. Necesito un vehículo para lo que tengo que hacer a continuación.

Poco después de las ocho, Stacie sale de su edificio tambaleante, con aspecto de estar ya un poco borracha. Mejor. Eso facilitará mucho las cosas.

Ni siquiera lleva una chaqueta encima, y está temblando de frío con este aire de las noches de noviembre. Seguro que ya ha pedido un Uber, así que tengo que darme prisa. Me detengo frente a su edificio y bajo la ventanilla antes de que ella pueda comprobar la matrícula, aunque no parece el tipo de persona precavida que haría tal cosa.

—¿Stacie? ¿Ha pedido un Uber?

Ella me sonríe.

—Sí, gracias.

Y sube al coche, cerrando la puerta. Hay otro coche que está entrando en la calle, pero yo me alejo deprisa antes de que llegue.

—Tengo botellas de agua detrás, si quiere —le digo.

—¡Ah, gracias! —contesta Stacie—. ¡Las conductoras de Uber son mucho más consideradas! ¡Seguro que le voy a dar cinco estrellas!

El agua de detrás está pensada para dos cosas. En primer lugar, la distraerá de su teléfono, de manera que no se dará cuenta de que el Uber que ha pedido no es el mismo que el que la ha recogido. En segundo lugar, he inyectado algo en las botellas con una aguja muy fina.

—Bueno —digo con un tono jovial—, ¿algún plan divertido para esta noche?

—Eso siempre. —Stacie suelta una risita—. Aunque esta noche solo voy a salir con las chicas.

—¿Ningún novio?

—No. Ahora mismo no, es una lástima.

Miro por el retrovisor y veo que está bebiendo agua de una botella. Bien. No tardará en sentirse soñolienta. Le he puesto más cantidad de sedante que la que usé en las galletas que tumbaron a Blake antes de cogerle el teléfono y esconderlo en la habitación de Amanda.

Blake tenía una foto mía en su escritorio de la oficina, así que me preocupaba un poco que Stacie fuera a reconocerme. Por eso me compré una peluca barata y me he maquillado de un modo creativo. Pero no debería haberme preocupado. Stacie no parece interesada en mí en lo más mínimo y, además, solo me ve por detrás. También

he puesto una emisora de música pop con el volumen alto, por si se diera la remota posibilidad de que reconociera mi voz.

—Resulta difícil creer que está soltera —comento—. O sea, si *usted* no tiene novio, ¿qué esperanza nos queda a las demás?

Stacie se echa a reír.

—Se sorprendería. Es más difícil de lo que cree, incluso para mí. Todos los buenos ya están adjudicados.

Aprieto la mandíbula.

—Ah, ¿sí?

—Sí, créame.

—¿Y en su trabajo? He oído decir que es un buen sitio para conocer gente. Bueno, qué voy a saber yo. —Me río con ganas.

—Oh, no. —Veo por el retrovisor que menea la cabeza con energía —. Lo intenté una vez y no funcionó.

—Parece una historia interesante…

Tengo la esperanza de que Stacie sea el tipo de persona que disfruta hablando de sí misma. Desde luego lo parece.

—No tan interesante —dice—. Había un tipo… que no era exactamente mi jefe, pero estaba justo por debajo de mi jefe. En fin, era supersexy. A mí me gustaba mucho.

—Cuesta imaginar que usted no le gustara a él.

—Oh, sí, ya lo creo que le gustaba —me asegura, y a mí me entran ganas de estrangularla ahora mismo. Pero no, aún no. Esperemos a que el sedante surta efecto—. Pero resulta que ya estaba prometido con otra chica, una de esas novias perfectas, al parecer. Creí que podría seducirlo y alejarlo de ella. Y me faltó poco para conseguirlo.

—Ah, ¿sí? ¿Se lio con él?

—Una vez. En su despacho. —Suelta otra vez su risita—. Fue la bomba.

Ahí está. La confirmación de que Blake me engañó con Stacie. Estaba segura al noventa y nueve por ciento de que era cierto, pero ahora lo estoy al cien por cien.

Ese hijo de puta me engañó de verdad. Yo lo amaba con toda mi alma y creía que él me amaba igualmente. Se suponía que íbamos a pasar juntos el resto de nuestra vida. Lo ha arruinado *todo*.

Así que no debo sentirme mal por lo que está a punto de suceder.

—¿Y qué falló? —pregunto—. ¿Por qué no dejó a su prometida?

Vuelvo a mirar por el retrovisor, justo a tiempo para sorprenderla poniendo los ojos en blanco.

—Después de liarnos, él se puso bastante idiota. No paraba de decir que había sido un error enorme, que no podía volver a suceder nunca más, que quería muchísimo a su prometida y bla, bla, bla. Fue pero que muy patético. Le perdí completamente el respeto después de aquello.

Yo también.

Stacie suelta un ruidoso bostezo y apoya la cabeza en la ventanilla.

—Por Dios, ¿por qué estoy tan cansada? Solo son las ocho. Me estoy haciendo vieja.

—Si quiere cerrar los ojos, la despertaré cuando lleguemos allí.

Ella sonríe con aire adormilado.

—Gracias. Es usted un cielo.

Al cabo de unos minutos, se ha quedado inconsciente en el asiento trasero. Mejor así, porque a estas alturas habría notado que no vamos ni mucho menos al sitio donde ha quedado con sus amigas para tomar unas copas.

Pero el sedante no durará eternamente. Por eso tengo a mi lado también una botella de cloroformo. Con esto quedará noqueada el tiempo suficiente para poder atarle las muñecas y los tobillos con cinta adhesiva cuando lleguemos a nuestro destino final, que es una zona boscosa no muy lejos de Telmont, donde yo vivía, en New Jersey.

Y entonces Stacie Parker y yo vamos a divertirnos un poco. Bueno, al menos yo. Y, cuando se acabe la diversión, voy a llevarle a Blake un pequeño souvenir para la cocina. Creo que le va a gustar de verdad.

59

Tengo que mudarme —me dice Amanda por teléfono—. Blake se ha vuelto insoportable. Ya no lo aguanto más.

He recibido la llamada de Amanda justo al salir de la parada de metro de la línea D, en Brooklyn. Al parecer, Blake se ha dedicado a aterrorizarla desde que yo me fui. Quiere que ella se vaya y ella quiere marcharse. No sé muy bien qué es lo que ha provocado esto. Me imagino que los pelos en la comida china han llevado a Blake al límite. Es muy aprensivo.

Dudo que nadie haya encontrado aún el regalito que dejé en la cocina. Si los dedos hubieran aparecido, me habría enterado. Y dudo aún más que Blake haya descubierto la sangre de Stacie en el suelo de madera de la sala de estar. Guardé esa sangre después de matarla y la derramé justo en el centro de la sala para que a la policía le resulte fácil de encontrar, incluso si son unos completos incompetentes. Aunque no creo que les cueste convencerse de que Blake mató a Stacie, sobre todo porque ella ya no está viva para salir en su defensa.

—Comprendo que no puedas vivir con él. Quiero decir, por eso me fui yo. Tampoco aguantaba más.

—No lo había pensado hasta ahora —contesta Amanda con voz temblorosa—, pero empiezo a temer que pueda ser peligroso.

Sigo sin creer que Blake sea capaz de hacerle daño a nadie. No creo que tenga lo que hay que tener. Y sé de qué hablo.

—¿Qué te parece si nos vemos mañana? —le propongo—. Puedo ir allí antes de que Blake vuelva del trabajo, y así comentamos lo de coger un apartamento juntas. —Al ver que titubea, añado—: Bueno, no es que vayas a mudarte en este mismo momento, ¿no?

—Supongo que no —responde Amanda, aunque parece dudar.

—Escucha —le digo—, tú mira la oferta de apartamentos de algunas inmobiliarias. Nos organizaremos para ir a verlos.

Este plan parece aplacarla. Accede a quedar mañana a media tarde.

Eso significa que no tengo mucho tiempo. Lo que vaya a pasar, sea lo que sea, tiene que pasar mañana.

Así que es bueno que esté ahora en Brooklyn, a una manzana del apartamento de Elijah. Él tiene varias cosas para mí, pero no quería andar con ellas encima. Especialmente con una de ellas.

Elijah vive en un edificio de cuatro plantas sin ascensor y, por supuesto, la suya es la última. La calle se halla casi desierta, dejando aparte a un hombre que, tendido en la acera, se aferra a una botella metida en una bolsa de papel marrón. Varios locales están cerrados y tapiados con planchas de madera cubiertas de grafitis obscenos. No es precisamente un edificio de lujo, como nuestra casa del Upper West Side, y me sorprendo a mí misma sujetando el bolso contra el pecho con más fuerza. Con su talento, Elijah podría tener un éxito increíble, pero carece de la ambición de Blake. Me da la sensación de que prefiere pasar su tiempo libre jugando a videojuegos y no trepando por la escala corporativa. Además, carece por completo de habilidades sociales.

Me acerco al interfono y pulso el botón del apartamento 4A. Casi al instante, suena un zumbido y puedo entrar en el vestíbulo.

Subo resoplando las escaleras hasta el cuarto piso. No sé cómo Elijah puede vivir aquí, aunque me lo imagino subiendo disparado estas escaleras todos los días. Seguramente le gusta.

Cuando llego al apartamento 4A, me tomo un momento para recuperar el aliento antes de llamar al timbre. De nuevo, Elijah me abre casi al instante, como si hubiera estado esperando detrás de la puerta, y se le ilumina el rostro al verme ahí, con la cara enrojecida.

—Whitney —dice con una sonrisa—. Pasa.

No me molesto en corregirle esta vez. Nadie importante va a escuchar nuestra conversación en este lugar de mala muerte.

Entro en el pequeño apartamento y me quito la chaqueta. Es la primera vez que vengo aquí y me sorprende lo limpio que está todo. No sé lo que estaba esperando exactamente. Me había imaginado

cajas de pizza vacías y montones de botellas de refrescos energéticos. Quizá ha limpiado porque sabía que yo iba a venir. El mobiliario es escaso: un sofá, una pantalla gigante de televisión, una librería construida con bloques de hormigón y una mesita de café con un mando de juegos abandonado encima.

En cuanto a Elijah, tiene la misma pinta de siempre. Va con otra camiseta vieja y unos vaqueros y, aunque no estamos en la calle, lleva su gorra blanca de béisbol con el pingüino de Linux. Solo lo he visto sin ella unas pocas veces, y siempre tiene su escaso pelo rubio pegado al cráneo, el efecto crónico de andar siempre con la cabeza cubierta.

—Bonito apartamento —comento.

Él me sonríe de oreja a oreja.

—Gracias.

Vale. Basta de naderías.

—¿Lo tienes todo?

La sonrisa se evapora de su rostro. Siempre parece orgulloso de ayudarme en todo lo que le pido, pero no esta vez.

—Sí.

—Pues venga.

—Whitney. —Baja la vista a sus sucias zapatillas—. Es que no estoy seguro de esto…

—Puedo pagarte más, si ese es el problema.

Él alza la cabeza de golpe.

—Ese no es el problema. En absoluto.

Frunzo el ceño.

—Me dijiste que podías ayudarme. ¿Vas a hacerlo o no?

Elijah suelta un largo suspiro.

—Vale. Un momento.

Aguardo en la sala de estar mientras él desaparece en otra habitación. Espero varios minutos, demasiado nerviosa como para mirar siquiera mi teléfono, y al fin reaparece con una bolsa de papel. Observo que es del tamaño perfecto para contener un par de manzanas… o un par de dedos. Un buen ejemplo de versatilidad.

Elijah me tiende la bolsa.

—Aquí tienes.

Miro dentro. En efecto, está todo lo que quería. Una tarjeta de la Seguridad Social y un pasaporte con una nueva identidad. Es algo que espero no necesitar, pero no se sabe lo que pasará mañana, cuando todo se desate. Al fin y al cabo, no supe prever cómo se iban a complicar las cosas después de lo que sucedió con Jordan.

Y hay otra cosa más en la bolsa. Una botellita muy pequeña llena de un líquido claro.

—¿Es esto? —pregunto—. ¿La tetrodotoxina?

Me estuve informando y decidí que la tetrodotoxina, el veneno del pez globo, era la mejor opción. Quería algo que fuera letal y que no funcionara de forma instantánea.

—Sí —dice—. Es esto.

—Perfecto. Gracias.

Los ojos de Elijah se ven muy grandes detrás de las gafas.

—Eso lo matará, ¿sabes?

—Sí, esa es la idea.

Elijah ya sabe que maté a Jordan. También sabe lo de aquella zorra que me robó a Jordan. Como ya he dicho, sabe un poco demasiado.

—Bueno —digo con tono de darlo por terminado—, gracias por todo.

Su rostro se llena de pánico.

—Escucha, Whitney, no tienes que hacerlo.

Vuelvo a meter la botellita de tetrodotoxina en la bolsa de papel, junto con mi nuevo pasaporte y la tarjeta de la Seguridad Social.

—Sí, debo hacerlo.

—No, no es cierto —insiste—. O sea, sí, Blake es un cretino y te engañó. Pero ¿a quién le importa? Es idiota. Ni siquiera te merece. Puedes largarte y dejarlo correr.

Elijah no sabe lo que le he hecho al señor Zimmerly y a Stacie Parker. Si lo supiera, no me estaría diciendo esto. Sabría que ya es demasiado tarde.

—No puedo dejarlo correr —digo con firmeza—. ¿Cómo te sentirías tú si la persona a la que amas estuviera teniendo sexo con otro?

Él me mira con tristeza.

—Créeme, sé perfectamente lo que se siente.

No es ningún descubrimiento que Elijah está enamorado de mí. Lo he sabido desde hace mucho tiempo. Me he aprovechado de esta situación durante años, pero ahora la cosa ha ido demasiado lejos. Su obsesión conmigo se ha vuelto irritante y está empezando a interferir con mis planes.

—Elijah —digo con un tono paciente que he usado otras veces con él.

—Ya, ya lo sé —gime—. Me doy cuenta de que no sientes eso por mí. Pero, escucha, Whitney, yo sería muy bueno contigo. Te adoraría todo el tiempo y nunca jamás te engañaría como ha hecho él.

Ojalá pudiera amar a Elijah. Todo sería mucho más fácil, en ese caso.

—Te trataría como a una reina —prosigue—. Me despertaría cada mañana pensando en lo afortunado que soy solo por estar contigo.

—Elijah…

El anhelo se refleja claramente en su rostro. Por un momento, me pregunto si todavía es virgen. No parece fuera del ámbito de lo posible. Si lo es, la culpa es mía en parte. Ha estado suspirando por mí desde que éramos adolescentes. Es un buen tipo, pero este amor no correspondido le ha arruinado la vida. Le habría ido mucho mejor si no me hubiera conocido.

—Olvídate de Blake —me dice—. Yo te amo, Whitney. Déjame demostrarte hasta qué punto, por favor.

Y entonces se inclina y me besa.

Es un beso aceptable. No como el primero que nos dimos Blake y yo y que desató una explosión de fuegos artificiales en todo mi cuerpo, ese tipo de beso que seguía hormigueando en mis labios horas después, mientras me dormía sola porque él era demasiado caballeroso para llevarme a la cama la primera noche. Pero ahora, cuando nos separamos, noto que para Elijah ha sido esa clase de beso con fuegos artificiales.

—Guau —jadea. Y aunque no haya sido un beso increíble, la expresión de su rostro lo compensa de sobra.

—Vamos a tu habitación —le digo.

60

Estrictamente hablando, no puede decirse que haya engañado a Blake.

Blake y yo estamos en un paréntesis y, mañana por la mañana, Malcolm le devolverá mi anillo. Además, él me engañó primero, así que yo tengo permitida al menos una pequeña licencia. Además, esto ha sido más que nada sexo por compasión, de manera que no creo que cuente siquiera.

Y ha sido una experiencia extremadamente mediocre, incluso un poco peor que mediocre, para ser totalmente sincera. Elijah no sabía muy bien qué hacer y ni siquiera ha habido preliminares, pero había entusiasmo y ha resultado más o menos como esperaba. A él le ha encantado; algo es algo.

Ya ha transcurrido una hora y tengo que marcharme. Vuelvo a ponerme ese vestido corto ceñido de color verde que a Blake solía arrancarle siempre un cumplido. Recuerdo que me deslizaba los dedos por la parte baja de la espalda y me decía lo sexy que estaba. Siempre le encantaba que me pusiera de punta en blanco.

Una vez vestida, me echo un vistazo en el espejo del baño. Se me ve cansada, pero todavía con buen aspecto. Me quedan un montón de años decentes por delante, antes de que empiece a parecer mayor. Tengo una mancha de color rojo oscuro en la barbilla y la restriego con jabón hasta que desaparece. Me suelto el moño y me recojo el pelo en lo alto de la cabeza, de manera que, en vez de parecer desaliñado, tenga un aire alborotado pero estiloso, tal como le gusta a Blake.

Cuando me quedo satisfecha, salgo del baño y vuelvo al dormitorio para decirle adiós a Elijah.

Está tendido en la cama, con el atisbo de una sonrisa satisfecha en los labios. Para mí esto ha sido mediocre, pero para él ha sido

una locura. Me ha dado las gracias al terminar, lo cual me ha parecido adorable de su parte. Tiene los brazos extendidos a cada lado, totalmente inmóviles.

Y también la garganta abierta por un tajo ensangrentado.

Me ha sabido mal hacerlo. De verdad. Pero Elijah sabía demasiado sobre mí, y su encaprichamiento conmigo era casi enfermizo. Es mejor así.

En todo caso, no soy tan mala persona. Le he hecho pasar un buen rato antes de cortarle la garganta. Se ha marchado de este mundo en plena explosión. Y he esperado a que estuviera adormilado y satisfecho para hacerlo. Ha sido cosa de una fracción de segundo; él apenas se ha enterado de que se estaba muriendo.

Mañana va a ser un día muy ajetreado y no me habría gustado que Elijah estuviera sufriendo por mí como una mamá clueca. Ya tengo todo lo que necesitaba de él.

—Adiós, Elijah —le digo.

Él no responde.

No me marcho de inmediato. Voy a limpiar todo lo que he tocado en el apartamento. Y, antes de salir, debo esperar a que no haya moros en la costa y no pueda reconocerme nadie del edificio. Por lo demás, me da la sensación de que Elijah no tenía muchos amigos. No hay nada que pueda conectarnos.

Resulta gratificante ir tachando tareas de la lista. Primero el señor Zimmerly, luego Stacie y ahora Elijah. Solo me quedan dos más. Mañana lo habré arreglado todo.

61

Amanda va a salir antes del trabajo y me dice que llegará a casa sobre las siete, así que me presento allí una hora antes para darme margen.

Esta mañana le he dado a Blake una bolsa de galletas mezcladas con tetrodotoxina. No está claro con qué rapidez actuará el veneno, pero no lo matará de inmediato. He reducido la dosis lo suficiente como para calcular que sobrevivirá al menos entre cuatro y seis horas después de comerse las galletas. Pero podría ser muy bien que no se las haya comido de inmediato.

La secuencia temporal es crucial. Cuando Amanda llegue a casa, Blake tiene que estar vivo o haber expirado poco antes. Porque, si ya estuviera muerto, la policía no podrá pensar que él la ha matado a puñaladas. Y es necesario que crean que él la ha asesinado y después se ha suicidado. Dejaré el resto de la botellita de veneno en el cajón de la habitación.

La tetrodotoxina suele producir una muerte por fallo respiratorio. A lo largo de varias horas, Blake tendrá cada vez más dificultades para hablar y tragar, y sentirá una confusión considerable, convulsiones y arritmias. Por supuesto, cabe la posibilidad de que vaya al hospital, pero, dado que no tiene seguro médico, solo lo hará como último recurso. Confío en que lo atribuya todo a una afección gripal y que trate de dormir para recobrarse. Espero encontrarlo tendido en el sofá o en la cama, o tal vez muerto o con graves problemas respiratorios.

Todo esto es el desenlace previsto, pero, cuando abro la puerta de mi antiguo hogar, siento una inesperada oleada de tristeza.

Blake podría estar muerto.

No me sentí mal por matar a Elijah. Tenía una vida tan patética que fue casi como si lo estuviera liberando de su sufrimiento.

Tampoco me sentí mal en el caso de Stacie, que era una maldita zorra. Ni en el caso del señor Zimmerly, que era un viejo infeliz. Incluso con Jordan la sensación no fue igual. Yo quería a Jordan, pero de un modo adolescente e inmaduro.

Con Blake es distinto. A él lo amaba con toda mi alma. Me había imaginado una vida a su lado de un modo muy concreto. Llevaba su anillo. Me veía formando una familia juntos. Y creía que él sentía lo mismo.

Y ahora…

Será duro verlo en nuestra cama, muerto o inconsciente, y saber con certeza que el futuro con el que soñamos se ha evaporado para siempre.

«¿Por qué me engañaste, Blake? ¿Por qué no podías haber sido un buen tipo, como yo creía que eras? ¿Por qué no podías haber hablado en serio cuando decías que me amabas a mí y solo a mí?».

El corazón me palpita mientras entro en la casa. Me voy directa al sofá, preparándome para lo que quizá me encuentre. Pero no. No está ahí. Debe de estar arriba, en la cama.

Subo por la escalera al primer piso, sabiendo que todo ha terminado. Estará en la cama, probablemente tan muerto como Elijah. Camino lo más despacio posible, resistiéndome a verlo. Pero entonces entro en la habitación…

Y tampoco está aquí.

Maldita sea. ¿Dónde se ha metido?

Tal vez se ha ido a urgencias, después de todo. Yo contaba con que no haría tal cosa, pero quizá he calculado mal. Y en ese caso se descubrirá el pastel. Los médicos de urgencias verán sin duda que ha sido envenenado y no les resultará difícil sumar dos y dos. Sobre todo cuando encuentren esa nota que le he deslizado a Blake en el bolsillo.

Saco el teléfono del bolso, tratando de pensar cuál debe ser mi siguiente paso. Entonces veo que tengo una llamada perdida de él, así como un mensaje de texto. Lo leo y luego escucho el mensaje de voz.

Vale. *Interesante*.

A lo mejor esto acaba saliendo bien después de todo.

TERCERA PARTE

62

BLAKE

Vomito en la acera hasta que me duelen las costillas.

Al final, solo doy arcadas, pero no quiero parar hasta estar seguro de que en mi cuerpo no queda ni rastro de esas galletas.

Cuando ya estoy convencido de tener el estómago vacío, me incorporo tambaleante. Cierro los ojos y trato de recordar con exactitud cuándo me he comido las galletas. No ha pasado ni una hora. ¿Cuánto tiempo transcurre para que algo que has comido te llegue a la sangre? No tengo ni idea. He vaciado el estómago, pero podría ser demasiado tarde.

Me siento fatal, pero más que nada por haber estado vomitando. ¿Noto un hormigueo en los dedos o son imaginaciones mías? No lo sé.

Sobre todo, no puedo evitar que mis pensamientos se sucedan a toda velocidad. Krista, la mujer a la que amaba, no es quien yo creía que era. Es… Bueno, si las cosas que me ha dicho su madre son ciertas, es una psicópata. Mató a su novio. Mató a la chica con la que su novio la estaba engañando. Probablemente ha matado al señor Zimmerly y a Stacie.

Oh, Dios, Stacie… Es todo culpa mía.

Evalúo mi estado físico. Me encuentro… bien. Me duele la cabeza y siento una ligera sensación de náuseas, pero eso puedo atribuirlo al hecho de haber estado vomitando varios minutos. Creo que he sacado de mi organismo todo el veneno antes de que empezara a actuar.

Krista me ha envenenado. Ha intentado *matarme*.

No acabo de entender todo lo ocurrido ni quién es Whitney en realidad, pero no me cabe duda de que Krista es la hija de la mujer

con la que acabo de hablar. Aparte del parecido, todo me resultaba familiar. Telmont me sonaba porque Krista había mencionado el nombre de esta ciudad. Y, ahora que lo pienso, también me dijo una vez que había pasado una temporada en Braga; además, a ella le encanta el oporto. Por eso me sonaba. Yo, desde luego, nunca he estado allí.

Krista me mintió sobre toda su vida. Decía que era de Idaho y que se había mudado a Nueva York con una amiga después de la secundaria. Mentira. No sé quién era aquella mujer de mediana edad con la que cenamos, la que hablaba con nostalgia de la infancia de Krista, pero es evidente que no era su madre. Otra mentira. Dijo la verdad al contarme que su padre había sufrido un ataque al corazón, pero omitió que había sido a causa de la tensión sufrida por todas las cosas espantosas que ella había hecho.

Y ahora ¿qué?

Vuelvo a pensar en la nota de suicidio que Krista ha escrito en mi nombre. Toda ella es horripilante, pero hay una frase en particular que no deja de resonar en mi interior: «Después de todas las vidas que he segado, ya no puedo seguir».

Salta a la vista que pretende que yo cargue con la culpa de los asesinatos del señor Zimmerly y Stacie, pero ¿eso es todo? La nota es muy imprecisa. Ella no va a querer que la policía albergue ninguna duda sobre lo que he hecho.

«Después de todas las vidas que he segado…».

Va a matar a Whitney.

Me asalta una repentina certeza: ese es su plan. Va a asesinar a Whitney en mi propia casa para que no haya ninguna duda sobre lo que he hecho. Pero resulta que yo he venido a New Jersey y he dado al traste con sus planes.

¿O no?

Si Krista da por supuesto que voy a comerme las galletas tarde o temprano —lo cual es una suposición bastante acertada, teniendo en cuenta mi debilidad por sus galletas de canela—, quizá decida matar a Whitney igualmente. Al fin y al cabo, la nota de suicidio está en mi bolsillo.

He de avisar a la policía.

Me saco del bolsillo el teléfono y empiezo a marcar el número de emergencias, pero, antes de llegar al tercer dígito, escucho la historia en mi mente y me doy cuenta de lo absurda y enrevesada que suena. Nadie va a tomarme en serio si lo cuento todo. Yo mismo tengo problemas para asimilarlo. Antes que creerlo, me encerrarán en un manicomio. O peor, pensarán que me lo he inventado para librarme de las sospechas de haber asesinado al señor Zimmerly.

Tengo que hablar con Krista. Si sabe que estoy vivo y que he vomitado las galletas, quizá no cometa ninguna estupidez.

Quizá.

Selecciono su número, el primero en mi lista de contactos, porque la llamo más a menudo que a cualquier otra persona. Suenan el tono una y otra vez al otro lado de la línea. No contesta.

«Hola, soy Krista… ¡Deja un mensaje!».

Me aclaro la garganta.

—Ey, Krista. Soy Blake. Escucha, estoy…, estoy en Telmont porque… Bueno, tú ya sabes por qué. Y he estado… He hablado con la madre de Whitney, o sea, con *tu* madre, y yo… ¿Puedes llamarme, por favor? Te lo pido por favor, Krista. Necesito hablar contigo. Yo todavía… Solo quiero verte. Siento muchísimo todo lo que ha ocurrido y… Mira, estoy volviendo ahora a Nueva York y…, bueno, tú solo espérame. Por favor.

Es un mensaje largo e incoherente y, cuando termino de hablar, desearía no haberlo dejado. Krista puede ser la mujer que amo, pero no debo olvidar que ha intentado matarme. Quiere verme muerto.

Tecleo un mensaje de texto más sucinto:

Llámame.

Miro el reloj. Si salgo ahora, llegaré a Manhattan sobre las siete, dependiendo del tráfico. Pero circularé en la dirección contraria a la mayoría de la gente, así que tengo esperanzas de que no esté todo parado en la autopista. Tal vez pueda evitar que suceda nada malo.

Una voz me dice en mi interior que debería llamar a la policía ahora mismo. Aunque piensen que es una historia disparatada, quizá envíen un coche patrulla.

De todos modos, Whitney rara vez vuelve a casa antes de las diez o las once, y yo llegaré a la ciudad en un par de horas. Puedo conseguir llegar a tiempo para evitar que suceda nada malo.

63

KRISTA

Tal como había prometido, Amanda llega a casa a las siete.

Es una persona muy diligente. También es limpia y nos paga puntualmente el alquiler. Y es bastante discreta. En muchos sentidos, es la inquilina perfecta.

Y yo la odio con todas las fibras de mi ser.

Amanda va con sus vaqueros habituales y una camiseta del restaurante. Todavía desprende un vago olor a carne a la parrilla. Aparte del pintalabios rojo oscuro que yo le regalé y que ella probó una vez y dijo que no era de su estilo, nunca lleva maquillaje. Si se arreglara, sería una chica tan despampanante como lo era Stacie, pero prefiere no hacerlo.

Aunque, para decirlo todo, Stacie no estaba muy guapa al final. Le rajé su cara bonita antes de terminar con ella. Al cabo de cuarenta minutos, me estaba suplicando que la matara. Así que, en realidad, fue un gesto de piedad.

Amanda se sorprende al verme en la sala de estar.

—No me había dado cuenta de que ya estabas aquí.

—Bueno, aún tengo la llave.

—Cierto. —Se desploma en el sofá y apoya la cabeza en los cojines—. Me alegro de no haberme tropezado con Blake. Ha estado insoportable últimamente. Menudo cretino.

Siento una oleada de irritación. Blake no es un cretino. Es un tipo decente, uno de los pocos que he conocido. Vale, me engañó y yo he tratado de matarlo. Todavía estoy decidida a matarlo. Pero, aun así, ella no tiene derecho a hablar de él de este modo. Apenas lo conoce.

Me siento a su lado en el sofá.

—Tampoco es tan malo.

Amanda gira la cabeza para mirarme.

—¿Qué me estás diciendo? Acabas de romper con él.

—Ya lo sé, pero… —No sé cómo formular lo que quiero decir y no sé si quiero decírselo a ella. Todo esto no es asunto suyo, al fin y al cabo—. Bueno, ¿has mirado apartamentos?

Ella se yergue en el sofá.

—Sí, hay algunos que entrarían en nuestro presupuesto, y bastantes más si no te importa vivir fuera de Manhattan.

—No, no me importa —miento. Yo no quiero vivir fuera de Manhattan, pero tenemos que matar el rato hasta que vuelva Blake.

—¡Fantástico!

Amanda saca su teléfono del bolso y abre una de las webs de apartamentos de alquiler. Mientras lo hace, deslizo la mirada por la mesita de café que tenemos delante. Blake se empeña obsesivamente en mantener esta mesita despejada, pero ahora mismo hay varias cartas esparcidas encima, así como algunas revistas y catálogos, cosa que refleja el estado mental en el que se hallaba cuando ha salido. Ese desorden de la mesita no le ha llamado la atención a Amanda. Me alegro.

Porque debajo de una de esas revistas hay un cuchillo extremadamente afilado.

64

BLAKE

Justo después de tomar Riverside Drive, ya en Manhattan, empiezo a ver doble.

Al principio, creo que es porque llevo cuatro horas conduciendo. Parpadeo varias veces y vuelvo a ver normal, lo que confirma mi hipótesis. Al principio. Pero, unos minutos después, me vuelve a pasar. Estoy mirando el semáforo en rojo y, aunque solo debería haber uno, yo veo dos. Parpadeo y las luces rojas oscilan.

Mierda.

Confiaba en haber vomitado todo lo que había en mi estómago. Pero, al parecer, he absorbido una parte del veneno. Eso probablemente explica también mi dolor de cabeza, que ha aumentado varios grados, y la sensación de náusea que me acompaña desde Telmont.

No sé qué hacer. Estoy a unos diez minutos de casa. La verdad es que no debería conducir en este estado, pero no tengo tiempo que perder. La visión doble aparece y desaparece, así que, aunque la cosa no sea ideal, podría ser peor. Quiero decir, podría haberme quedado *ciego*.

Al menos, no ha oscurecido. Todavía veo. Todavía puedo circular, aunque debo reconocer que, si un peatón se me pusiera delante, no sería capaz de frenar a tiempo. Agarro el volante con ambas manos y procuro aguantar los pocos minutos que me faltan para llegar. Suelto un suspiro tembloroso.

Podría parar. Podría llamar al teléfono de emergencias y explicar la situación. Sea lo que sea lo que Krista me ha puesto en las galletas, me da la sensación de que debería estar en un hospital. No es que pueda permitírmelo, puesto que no tengo seguro médico, pero ¿qué

importa una pequeña deuda (vale, una gran deuda) si me estoy muriendo?

¿Me estoy muriendo? No, no puede ser. He vomitado la mayor parte de esas galletas.

El GPS se ha vuelto inútil porque ya no lo veo. Es decir, lo veo, pero es como si hubiera dos, lo cual hace muy difícil seguirlo. Circulo de memoria, rezando para no meterme en dirección contraria en una calle de un solo sentido. Doblo por Columbus Avenue. Ya casi he llegado. Solo queda un poco más.

Tenía la esperanza de haberme equivocado. Confiaba en que Krista no hubiera envenenado las galletas, después de todo. Que todo hubiera sido un gran malentendido y ella no deseara de verdad verme muerto.

Pero no, no me equivocaba. No sé qué me habrá puesto, pero esto me está matando.

Doblo la última esquina para llegar a la manzana de casa y, cuando trato de aparcar, acabo subiéndome a la acera, pero no me quedan energías para arreglarlo. Tendré que dejarlo así. No he atropellado a nadie, eso es lo importante. Y no es que el señor Zimmerly vaya a venir a quejarse.

Pobre señor Zimmerly. La culpa de que esté muerto es mía. Toda esta maldita historia es culpa mía. Bueno, en un sentido más estricto, lo es de Krista, pero, si yo no hubiera tenido un momento de debilidad con Stacie, nada de esto estaría ocurriendo. En cuanto la cosa terminó —qué demonios, incluso antes—, me arrepentí. Me sentí fatal durante semanas y estuve a punto de derrumbarme y contárselo un montón de veces. Yo no soy infiel, no soy ese tipo de hombre. Amaba a Krista y no podía creer que hubiera hecho algo tan estúpido que ponía en peligro lo que había entre nosotros.

Pero luego, cuando pasó un mes más o menos, la culpa empezó a desaparecer. Aquello era lo peor que había hecho en mi vida y quería dejarlo atrás. Krista no lo había descubierto, o eso creía, y no había motivo para destruir lo que teníamos por una noche estúpida.

Poco podía saber yo que ella sí lo había descubierto y que estaba haciendo planes para reducirlo todo a cenizas.

Mi visión parece flotar y la cabeza no deja de dolerme. Trato de coger a tientas el móvil del soporte del salpicadero y casi se me cae al suelo. Tengo que llamar al teléfono de emergencias. Ya no me queda otro remedio. No hay tiempo para disuadir a Krista y evitar que le corte la garganta a Whitney. Yo mismo estaré muerto antes.

Solo que, cuando bajo la vista a la pantalla del teléfono, no consigo enfocarla siquiera. Primero se convierte en dos teléfonos, luego en tres y luego otra vez en uno.

Vale, realmente estoy mal.

Consigo abrir de un empujón la puerta del coche y, con un gran esfuerzo, ponerme de pie. La visión doble es lo peor, porque me produce un vértigo acompañado de náuseas, pero puedo caminar. Si me agarro de algo.

Tengo que entrar en casa. Las luces están encendidas, lo cual significa que Whitney ya ha vuelto. Ella podrá ayudarme a llamar a una ambulancia.

A menos, claro, que yo lo haya interpretado todo mal y que Whitney esté también confabulada en esto. Pero no lo creo. O al menos tengo la esperanza de que no sea así.

Consigo por los pelos llegar a los escalones de casa. Entonces ya puedo sujetarme con la barandilla y subir hasta la puerta principal. Parece un milagro que haya llegado hasta aquí. Pero, al sacarme las llaves del bolsillo, descubro que es extremadamente difícil abrir una puerta cuando la cerradura no para de moverse. Nunca había reparado en lo diminuto que es el agujero para la llave.

¿Por qué hacen las cerraduras tan pequeñas? Esto es casi imposible…

Al final, me doy por vencido y pulso el timbre. La campana resuena por el interior de la casa. Permanezco ante la puerta, tambaleante, a la espera de que alguien venga a abrir. Si no lo hacen pronto, no estoy seguro de que vaya a salir de esta. Necesito que alguien me ayude.

Cualquiera…

65

KRISTA

Este apartamento podría ser perfecto —dice Amanda.

Me muero de aburrimiento. Estoy harta de mirar apartamentos en internet con Amanda y de fingir que me entusiasmo al verlos cuando sé perfectamente que no voy a vivir en ninguno de ellos. Ya comprendo que ella no lo sabe, pero me tiene sin cuidado.

¿Dónde está Blake? ¿Por qué no ha llegado a casa? ¿Se habrá muerto en el trayecto de vuelta?

—Es un edificio sin ascensor, pero el apartamento está en el primer piso —dice ella—. Y queda cerca del metro.

—Pongámoslo en la lista de posibles.

—¿Te gusta más que el de Park Slope?

Ya no recuerdo el otro apartamento, pero ella me mira expectante, así que respondo:

—Sí. Este sin duda es mejor.

—De acuerdo —asiente, pensativa—. Por cierto, me alegra mucho que estemos haciendo esto juntas, Krista. No creo que yo fuera capaz de encontrar un sitio por mi propia cuenta.

Bajo la vista a mi reloj y luego vuelvo a mirarla.

—Me alegro de poder ayudarte, Amanda.

Ella me lanza una sonrisa incómoda.

—No deberías llamarme así.

—¿Por qué no? —Estoy tratando de disimular mi irritación, pero no lo consigo—. Es tu nombre, ¿no?

—Sí, pero… —Se remueve en el sofá—. Si alguien descubriera mi verdadero nombre, sería fatal. Realmente fatal.

Eso ya lo sé, claro. No soy idiota.

—Tampoco te culpo. Whitney es un nombre bonito.

—¿Tú crees? —Hace una mueca—. Yo lo detesto, de hecho. Me parece el nombre de la típica chica popular del instituto con mala baba, esa que atormenta a las que no son tan guapas como ella. Sabes de qué tipo hablo, ¿no?

¿Qué significa *eso*?

—Supongo que sí…

—En todo caso, no tengo la sensación de ser yo.

Como si no fuera suficiente que me haya robado el nombre, ¿encima resulta que ni le *gusta*? ¡Qué caradura, esta chica! Me encantaría tomarme mi tiempo para hacer lo que quisiera con ella, tal como hice con Stacie, pero no puedo. Tiene que ser rápido, justo cuando Blake llegue a casa.

¿Dónde se ha metido, por cierto?

—Haría cualquier cosa para recuperar mi antigua identidad —dice, suspirando mientras se arrellana sobre los cojines.

—¿Y si pudieras escoger?

Ella deja su teléfono y me mira con curiosidad.

—¿Escoger?

—Sí. O sea, ¿y si te dijeran que puedes escoger entre recuperar tu antigua identidad y volver a tener a tu madre, viva y con salud?

Amanda me mira de una forma extraña.

—Querría volver a tener a mi madre. Obviamente.

No es esa la decisión que yo tomaría. Si pudiera escoger entre volver a ser Whitney y no ver nunca más a mi madre, me resultaría fácil elegir. Cuando hay una elección, yo siempre opto por mí misma. Me da igual volver a ver a mi madre, de todos modos. Nunca nos hemos llevado bien, sobre todo después de que Joey se rompiera el brazo. Ella me odió desde entonces.

—Suena un poco ingrato, en conjunto —digo.

Ella frunce el ceño.

—¿Ingrato?

—Sí. Mírate, estás usando el nombre de otra persona y ni siquiera te gusta. Es una molestia para ti. —La miro de un modo penetrante —. Hay un montón de gente que estaría *encantada* con lo que se te ha concedido, ¿sabes?

Amanda se remueve de nuevo.

—Escucha —dice—, estoy pensando… que nos está costando mucho ponernos de acuerdo para elegir apartamento… Quizá no sea tan buena idea que vivamos juntas.

—Ah, ¿no?

—Quiero decir, me caes bien y tal… —se apresura a añadir.

Sí, ya.

—Pero dada toda la historia con Blake, quizá no sea buena idea.

¿La historia con Blake? ¿De qué habla? Se me acelera el corazón.

—¿Te has *acostado* con él? —le suelto a bocajarro. Como lo haya hecho, me lanzo a por ella sin más. Me da igual que no encaje la secuencia temporal.

—¿Qué? ¡No! —Abre de golpe los ojos como platos, pero no sé si es porque la he pillado o solo porque la he sorprendido—. Solo quería decir que él y yo no nos llevábamos bien. Yo jamás… —Recoge su bolso del suelo y vuelve a meter el teléfono dentro—. Mira, quizá sea mejor que me vaya.

Se levanta del sofá y yo me pongo de pie también. Quiere marcharse, pero no puedo permitírselo. Es ahora o nunca. Extiendo el brazo hacia las revistas de la mesita y rodeo con los dedos el mango del cuchillo.

Y es entonces cuando suena el timbre.

Amanda se despista un momento con el sonido de la campana, lo cual hace que me resulte mucho más fácil hundirle hasta el fondo el cuchillo en el vientre.

66

BLAKE

Por favor, Whitney, abre la puerta. Por favor…».

Voy a desfallecer. Apenas puedo tenerme en pie sin agarrarme al marco de la puerta. Tengo demasiada saliva en la boca, pero no consigo tragarla. Todo esto pinta fatal.

Espero que en el hospital tengan un antídoto contra el veneno que me ha puesto Krista, sea lo que sea. Ni siquiera sé qué demonios es.

Justo cuando estoy a punto de volver a llamar al timbre, se abre la puerta. Esperaba ver a Whitney, pero es Krista la que está ahí.

Oh, no, es demasiado tarde. Lo único positivo es que solo veo a una Krista. O al menos creo que es Krista. Quizá estoy empezando a alucinar.

—Blake —dice, sujetándome del brazo—. Entra. ¿Dónde estabas?

La sigo adentro, haciendo todo lo posible para que no se note que me estoy muriendo.

—Estaba… en la carretera.

Mierda. ¿Se me empieza a trabar la lengua? Esto no va nada bien.

—¿En la carretera? ¿Dónde has ido?

—Te lo he dicho. A Telmont. —Me seco unas babas que tengo en la comisura de los labios, porque al parecer ya no puedo tragar con normalidad—. He…, he ido a hablar con la madre de Whitney. Y ella me ha contado…

Krista arquea una ceja. Durante una fracción de segundo, hay dos Kristas, pero luego vuelve a haber una sola.

—Te ha contado que yo soy Whitney.

—No. He visto la foto y… —Vuelvo a secarme los labios con el dorso de la mano—. No lo entiendo. Si tú eres Whitney, ¿quién es…?

Una sombra cruza su rostro.

—Una impostora. Una chica que me robó el nombre mientras yo no lo usaba. Ya ves por qué tenía que pagarlo caro.

—Pagarlo…

Es entonces cuando veo el sofá de la sala de estar. La chica que yo creía que era Whitney Cross está ahí desplomada con el estómago cubierto de sangre, que ya ha empapado la tela del sofá.

He llegado tarde. No he podido impedírselo.

Entro en la sala de estar para mirar más de cerca, aunque ya no consigo caminar como es debido. Estoy a punto de caerme, pero Krista me sujeta en el último momento. Me sostiene durante unos instantes; luego me apoyo en la pared para mantenerme derecho.

—Oh, Dios. —Me restriego la sien con la otra mano—. Krista…

—No seas tan blandengue. —Me suelta—. Se lo merecía. Tal como te lo *mereces* tú por lo que hiciste. Tú y también Stacie.

—Eso no significó *nada*. —Hago un esfuerzo para pronunciar las palabras con claridad. Ella tiene que saber esto—. Fue una sola vez y me arrepentí de inmediato. Me sentí fatal. A mí no me importaba Stacie. Me importabas *tú*. Yo te amaba.

Los labios se le tuercen en una mueca.

—¿Todavía me amas?

No sé cómo responder a esa pregunta. ¿Cómo puedo decirle que la amo después de todo lo que ha hecho? Ya ni siquiera sé quién es. Y encima…

—Has intentado matarme —digo.

—¿Intentado? —Sonríe con desdén—. Parece que me está saliendo bastante bien, de hecho. —Me mira de arriba abajo—. ¿Cómo te sientes ahora mismo, Blake?

Sabe que me he comido las galletas. Claro que lo sabe. He estado a punto de caerme de bruces hace un momento. Me estaba engañando a mí mismo al pensar que podía ocultar mi estado. Hablo arrastrando la lengua. No puedo caminar en línea recta y ahora vuelvo a verla doble.

—Era tetrodotoxina —me informa—. Esa sustancia que tiene el pez globo y que se supone que es tan tóxica, ¿sabes? La muerte suele producirse por un fallo respiratorio entre cuatro y seis horas

después. —Me mira con curiosidad—. ¿Cuánto hace que te has comido las galletas, Blake?

Ni siquiera lo sé. Creo que deben de haber pasado unas tres o cuatro horas. Y, ahora que ella lo menciona, tengo de pronto la sensación de que me cuesta un poco respirar. Estoy apoyado contra la pared para no derrumbarme, y ni siquiera esto me bastará en unos minutos.

—No hay nota de suicidio —acierto a decir.

—¿Cómo has dicho? —Me mira parpadeando—. Se te trabuca la lengua un montón.

Lo intento de nuevo, separando cada palabra.

—He. Roto. La. Nota. De. Suicidio.

—Ah… —Hace un gesto despectivo con la mano—. Eso no es problema. Ya escribiré otra. Se me da muy bien escribirlas.

Caigo de rodillas, consciente de que ya no podré volver a levantarme. Se acabó. No voy a salir de esta. No quiero que todo termine aquí y ahora, pero ¿qué puedo hacer? No puedo llamar a emergencias. Ya ni siquiera soy capaz de controlar los dedos.

No puedo creer que Krista me haya hecho esto. Yo la *amaba*. Quería que fuera mi esposa.

Y ahora la tengo plantada aquí delante, observando cómo me muero.

Solo que, al cabo de un segundo, ya no la tengo plantada aquí delante. Está tendida en el suelo, a mi lado. Nuestras miradas se encuentran y, de repente, la pechera de su camiseta blanca se tiñe de rojo. Abre la boca como para decir algo y de los labios rezuma sangre.

—¿Krista? —exclamo con voz ahogada.

Levanto la vista y veo que es Whitney quien está plantada frente a nosotros, tambaleándose apenas, y sujeta un cuchillo con tanta fuerza que los nudillos salpicados de sangre se le han quedado pálidos.

—¡Krista! —Con un enorme esfuerzo, me arrastro junto a ella. Yo no estoy muy fino, que digamos, pero ella parece mucho peor. Está ahogándose literalmente con su propia sangre, que ahora le sale por la boca y por la espalda hasta empapar el suelo—. Krista…

—Voy a llamar a emergencias —dice Whitney con voz entrecortada, sujetándose el vientre ensangrentado.

Me inclino sobre Krista y contemplo cómo la abandona la vida. No entiendo que ella haya podido dejarme morir hace unos instantes sin sentir nada. Porque esto es lo más duro que he tenido que ver en mi vida. Incluso más duro que cuando murió mi madre. Porque yo no esperaba que mi madre viviera para siempre, pero creía que envejecería con Krista.

—No te mueras, Krista, por favor. —Pese a todo lo que me ha hecho, se me llenan los ojos de lágrimas—. Te quiero.

Sus labios se despegan y aparece entre ellos una burbuja de sangre.

—Tú… ni siquiera… me conoces.

—Sí —insisto—. Te conozco. Vamos, Krista. Aguanta.

Mientras Whitney habla por teléfono con el operador del número de emergencias, le cojo la mano a Krista. Está fría y pegajosa. Aún tiene los ojos entreabiertos. Todavía sigue viva y consciente, aunque apenas.

—Te quiero —repito—. Sé cómo eres y te quiero. Por favor…

Durante una fracción de segundo, la sombra de una sonrisa se le insinúa en los labios. Pero luego sus párpados se cierran y todo su cuerpo se queda inmóvil. Bajo la mirada a su pecho. ¿Aún se mueve? ¿Ha dejado de respirar?

—Tenemos que hacerle el boca a boca —le digo a Whitney.

Ella termina de hablar con emergencias y me mira como si me hubiera vuelto loco.

—¿El boca a boca? Si apenas puedes respirar tú, Blake. Y yo tengo una puñalada en el vientre.

—Lo sé, pero…

Tiene razón. Aunque fuera capaz de recordar el ritmo correcto de respiraciones y compresiones, no me quedan fuerzas. No puedo respirar para otra persona cuando apenas puedo hacerlo para mí mismo.

Krista se está muriendo. La vida se le escurre ante mis propios ojos.

Y, a decir verdad, es lo que se merece.

67

KRISTA

Sabía que debería haberle clavado el cuchillo a Amanda otra vez para asegurarme de que estaba muerta.

Sabía que debería haber puesto más tetrodotoxina en esas galletas.

Sabía que nunca debería haber confiado en Blake.

Sabía que nunca sería feliz para siempre. Mi madre tenía razón.

Lo sabía.

Yo…

68

BLAKE

Aún sigo vivo.

Ha pasado una semana desde…, bueno, desde todo aquello. Una semana desde que Krista intentó matarme. Una semana desde que ella murió en el suelo de nuestra sala de estar mientras yo me inclinaba llorando sobre su cuerpo ensangrentado. Una semana desde que me llevaron a Urgencias, donde tuvieron que sedarme e intubarme. (No recuerdo mucho de esa parte).

Al parecer, no existe un antídoto contra la tetrodotoxina, pero, si superas las primeras veinticuatro horas, tienes bastantes posibilidades de sobrevivir.

Y ahora me han dicho que estoy recuperado (en gran parte), lo cual significa que puedo dejar el hospital y volver a casa.

Mi padre cerró la ferretería y tomó un vuelo para estar conmigo, pero se volvió ayer cuando ya era evidente que estaba fuera de peligro. Yo le dije que se fuera. Me consta que no cuenta con mucha ayuda en la tienda y no quiero que pierda el negocio por mi culpa. Pero eso implicaba que no tenía a nadie que viniera a recogerme hoy, cuando van a darme el alta.

Así pues, se lo pedí a Amanda.

Todavía me resulta extraño llamarla así. Durante todo el tiempo que estuvo viviendo con nosotros, fue siempre Whitney. Pero, de hecho, parece más bien una Amanda.

Ella me explicó el motivo por el que había cambiado de identidad; necesitaba dinero para pagar la quimio de su madre y se lo pidió a la gente equivocada. Esa historia me conmovió un poco, sobre todo porque mi propia madre murió de cáncer; además, yo sé lo que es necesitar dinero con desesperación. Pero lo que más me asombra es

que Krista se enterase y todavía quisiera ver muerta a Amanda. Krista tenía razón: yo no la conocía de verdad.

Me visto yo solo y me preparo para irme a casa. A pesar de que puedo hacer todos los movimientos para vestirme sin ayuda, tengo la sensación de que mi cuerpo ha vivido una tremenda batalla y, cuando termino, siento que necesito una siesta para recuperarme. Estoy más que exhausto.

No recomiendo ingerir un veneno letal.

La enfermera que se ha encargado hoy de todo el papeleo de mi alta entra con una silla de ruedas.

—No necesito eso —le digo, lo cual no es del todo cierto porque las piernas me sostienen a duras penas. Aun así, soy capaz de salir de aquí a pie.

—Normas del hospital —dice ella—. No queremos que le pase nada… ¡al menos hasta que se vaya!

No quiero crear problemas, así que, obediente, me siento en la silla. Ella me empuja a través del pasillo hasta el ascensor. Tras un trayecto que parece interminable, llegamos al vestíbulo. Tal como me ha prometido, Amanda está allí sentada, esperándome, y se levanta al verme.

—¿Esa es su novia? —me pregunta la enfermera.

Medio segundo después de que la pregunta salga de sus labios, su cara enrojece por completo. Porque ella lo sabe, claro que lo sabe. Todo el mundo sabe que estoy en el hospital porque mi novia intentó matarme. Y, por si fuera poco, todo esto ha salido en las noticias. Toda la ciudad lo sabe.

Ahora Krista es famosa. El *The New York Times* publicó un llamativo artículo sobre todos los cadáveres que dejó a su paso. Son más de los que yo sabía: más que Stacie y el señor Zimmerly. Mi exprometida tenía la mala costumbre de resolver sus problemas a base de asesinatos.

—Hola, Blake —dice Amanda al acercarse—. Tienes una pinta penosa.

—Ah, gracias.

A ella le dieron el alta a la mañana siguiente, en cuanto consideraron que su herida no revestía gravedad. Luego ha venido a

verme muchas veces. Y ahora me ayuda a levantarme de la silla de ruedas y me sostiene hasta que puedo mantenerme en pie por mí mismo.

—Si te caes, no podré sujetarte, ¿sabes? —dice.

—Me las arreglaré.

Hay taxis aparcados frente al hospital, y yo habría podido perfectamente subirme a uno de ellos por mi propia cuenta, pero me alegro de que Amanda esté aquí conmigo. Además, según las normas del hospital, tiene que venir alguien a recogerte. Amanda me abre la puerta del vehículo y sube detrás de mí.

—Pero el taxi lo pago yo —asevero—. Y no me digas que no.

—¿Por qué iba a decir que no? —replica—. Te salvé la vida, al fin y al cabo. Lo menos que puedes hacer es pagar el taxi.

Eso es muy cierto. El médico me dijo que, si no me hubieran llevado al hospital y me hubieran intubado enseguida, habría muerto antes de una hora. Krista no iba a llamar a una ambulancia. Si Amanda no la hubiera apuñalado por la espalda, me habría dejado morir ante sus propios ojos.

—Ya tengo recogidas todas mis cosas, por cierto —me dice Amanda mientras el taxi sube disparado por la Quinta Avenida—. Mi amiga del restaurante me ha dicho que puedo instalarme en su sofá una temporada.

La miro sorprendido.

—¿Por qué tienes que mudarte?

—Eh…, porque tú me dijiste que me mudara. Me *ordenaste* que me mudara.

Es cierto, lo hice. Llamé a la puerta de su habitación y le dije que tenía treinta días para largarse de mi casa. Pero muchas cosas han cambiado desde entonces. No quiero echar a Amanda y obligarla a vivir en el sofá de una amiga cuando yo tengo una casa entera casi vacía.

—Quiero que te quedes —le digo—. Bueno, si tú quieres.

Ella alza las cejas de golpe.

—¿Estás seguro?

—Completamente. —Ella parece titubear, así que añado—: Y puedes comerte todos los cereales que quieras.

Se le relaja el rostro en una sonrisa.

—Bueno, no voy a despreciar un colchón decente frente a un sofá lleno de bultos.

Incluso esta breve conversación con Amanda me deja exhausto, así que me reclino sobre el reposacabezas para descansar. Cada vez que cierro los ojos, sin embargo, veo a Krista de pie frente a mí, contemplando cómo me muero. Todavía no me entra en la cabeza lo que me hizo, ni tampoco que matara a tantas personas a lo largo de su vida… hasta que Amanda acabó con ella. No es ninguna exageración decir que Krista era una psicópata. Qué demonios, cabría ir más lejos y decir que era un monstruo.

¿Es muy terrible confesar que la echo de menos?

Epílogo

Cuatro meses después

BLAKE

Ya tengo el coche cargado con todas mis pertenencias.

Bueno, no todas. No podía llevarme los muebles y ya he enviado varias cajas a la casa de mi padre en Ohio. Pero, por lo demás, he llenado hasta los topes el maletero y el asiento trasero del Kia de segunda mano que me compré la semana pasada. Ya está listo para arrancar.

Y yo también.

Amanda entra conmigo en la sala de estar mientras echo un último vistazo a esta casa que me ha dejado algunos de los recuerdos más felices y más espantosos de mi vida en Nueva York. Ahora que este invierno tan nevoso ha llegado a su fin, he decidido iniciar el proceso para intentar venderla. Ha sido una de las decisiones más fáciles que he tenido que tomar en mi vida. No deseo volver a ver esta casa nunca más.

Por suerte, no será difícil venderla. Mientras me recuperaba del envenenamiento, he dedicado un poco de tiempo a arreglarla empleando las técnicas de bricolaje que me enseñó mi padre cuando era más joven, porque me inquietaba que nadie estuviera interesado en comprarla después de…, bueno, de todo lo que pasó aquí. Pero, aunque cueste creerlo, hay un montón de gente deseosa de convertirse en propietaria de la antigua residencia de una asesina famosa. Al parecer, va a haber una auténtica guerra de ofertas.

—Bueno, se acabó —le digo a Amanda.

Ella me lanza una sonrisa apenada. Me ha estado ayudando a recoger y a cargar el coche. Una vez que me vaya, se ocupará de agilizar la venta de la casa a cambio de quedarse aquí gratis un poco más de tiempo. He conseguido cubrir los plazos de la hipoteca tras unas cuantas entrevistas pagadas sobre Krista, aunque todo eso me dejó un mal sabor de boca. Un editor me ofreció un contrato muy lucrativo para escribir un libro, pero rechacé la propuesta en redondo.

—Te voy a echar de menos, Blake —me dice Amanda.

Yo también la echaré de menos. Después de tanto tiempo odiándola, hemos congeniado un montón durante los últimos meses. No sé cómo me las habría arreglado sin ella para poder hablar de todo lo ocurrido.

—Te apuesto cinco pavos a que dentro de seis meses estarás muerto de aburrimiento y querrás volver a Nueva York —me dice.

—No volveré nunca más —respondo. Y hablo en serio—. Aunque siempre puedes venir tú a Cleveland. Estás invitada cuando quieras.

—Quizá te tome la palabra. —Sonríe—. Quiero visitar tu tienda.

Sí, voy a hacerme cargo de la ferretería de mi padre. Después de que se descubriera que Krista había sido quien había entrado en mis archivos y vendido nuestra campaña de marketing, Wayne Vincent me llamó en persona para volver a ofrecerme el puesto de vicepresidente. Al parecer, Malcolm no era capaz de asumir toda la carga de trabajo y estaban pensando en despedirlo. «Nadie puede manejar este puesto mejor que tú, Blake». Pero, después del modo que tuvo de darme una patada en el culo sin considerar los años que llevaba en la empresa y sin concederme siquiera el beneficio de la duda…, bueno, no me imaginaba volviendo nunca más allí. No me había dado cuenta de lo tóxico que era el ambiente en Coble & Roy, ni siquiera cuando mi predecesor intentó tirarse por la ventana. (A decir verdad, todavía me pregunto si Krista no estuvo detrás de aquello, aunque ahora ya nunca lo sabré).

En todo caso, mi padre está entusiasmado ante la perspectiva de que me haga cargo de la tienda, y siento que esa es la decisión correcta. Esta ciudad no tiene nada más que ofrecerme y estará bien continuar el negocio familiar. Además, echo de menos a mi padre y

él no seguirá aquí para siempre. Estoy deseando llegar a mi casa en Cleveland.

Ahora ya solo me queda ponerme en marcha.

Amanda y yo nos miramos y, por un momento, resulta algo incómodo decidir el modo exacto de despedirse. Hace una semana, ella y yo nos enrollamos. Una vez. No fue algo que ninguno de los dos hubiera planeado, pero hemos pasado tanto tiempo juntos y mantenido conversaciones tan personales que…, bueno, simplemente sucedió.

Después, me sentí asqueado conmigo mismo. Krista había muerto hacía poco y todo lo sucedido estaba aún fresco en mi memoria. Pero, por otro lado, acostarte con una mujer que te ha salvado la vida parecía un buen antídoto frente al hecho de que tu novia hubiera intentado matarte.

Al final, Amanda y yo acabamos dándonos un abrazo, lo cual parece lo más correcto. Amanda es muy diferente de Krista; es el tipo de mujer con el que siempre había imaginado que acabaría. Ojalá la hubiera conocido antes, porque Krista me ha dejado jodido por mucho tiempo.

—¿Tú estarás bien? —le pregunto.

Ella vacila un momento y luego asiente.

—Sí.

—Porque si necesitas que te preste dinero…

—No, gracias. Ya se me ocurrirá algo.

Una cosa que me preocupaba mucho era que, con toda la publicidad en torno a Krista, la identidad de Amanda saliera a la luz. Pero ella me dijo que, con el dinero que ha ido ganando, está montando un plan de pago. Así que todo saldrá bien, o eso asegura ella. Yo sigo algo inquieto. No te conviene jugar con un usurero cabreado. Le hice que me prometiera que me avisará si hay algún problema. Si esta casa se vende por el precio que yo creo que alcanzará, tendré dinero de sobra para hacerle un préstamo.

—Bueno —digo—, supongo que esto es todo.

Amanda me acompaña al coche y nos abrazamos por última vez. He vivido en esta ciudad durante más de una década. Me entristece abandonarla, pero también me alegra empezar de nuevo. Todo

sucede por un motivo y me da la sensación de que este es mi destino.

Estoy deseando empezar una nueva vida.

AMANDA

Me siento un poco triste mientras observo a Blake alejarse con su coche de segunda mano. Ha sido agradable estar con él durante los últimos meses, pero sin duda será más feliz en Ohio. Se las arregló para que las cosas le funcionaran aquí durante un tiempo, pero salta a la vista que este chico es demasiado del Medio Oeste. Al final iba a acabar volviendo allí, aunque Krista no le hubiera arruinado la vida.

Lo echaré de menos, eso sí. Es un buen tipo, muy agradable a la vista, y besa muy bien. Entiendo por qué Krista era tan posesiva con él.

También me encanta que se creyera todo lo que le conté.

Está preocupado por mí. Se lo veía en la cara. Le inquieta que los usureros vengan a por mí. Si supiera la verdad, no estaría nada preocupado. Tampoco me dejaría quedarme en su casa ni me ofrecería dinero. Y desde luego no se habría acostado conmigo la semana pasada. Pero lo que no sabe no puede hacerle daño.

Todo sucedió un mes antes de la muerte de Krista. Yo estaba en el restaurante, en el último turno, temiendo que llegara la hora de volver a casa. En una de las mesas había un hombre de aspecto hosco que estaba poniéndome muy nerviosa. Cuando los demás clientes se fueron, él permaneció en su sitio con la misma taza de café entre las manos. Una vez que el local se quedó prácticamente desierto, me sujetó del brazo aprovechando que pasaba junto a su mesa.

—Tómate un descanso, Amanda —me dijo—. Quiero hablar contigo fuera.

Me había llamado por mi auténtico nombre. Consideré la idea de salir corriendo, pero sabía que eso sería suicidarse.

Me reuní con él junto al contenedor de basura de la parte trasera del restaurante. Me dijo que se llamaba Frank Gallo, que sabía que

yo le debía un montón de dinero a uno de sus colegas y que quería ayudarme a pagar mi deuda.

Yo estaba segura de que lo que se disponía a pedirme, fuera lo que fuera, sería algo terrible, pero ya estaba cansada de huir. Estaba cansada de vivir en habitaciones de mierda con caseros gilipollas que me acusaban de comer demasiados cereales y usar el tipo equivocado de detergente. Así que estaba dispuesta a hacer casi cualquier cosa para poner fin a todo aquello.

—¿Qué quiere? —pregunté.

—Estás viviendo con una mujer llamada Krista Marshall —dijo Frank Gallo—. Ella mató a mi sobrino Jordan y salió impune. Igual que tú, creyó que podría esconderse, pero no lo ha logrado. Tarde o temprano, siempre nos enteramos de todo. Es curioso que hayas sido tú la que me ha ayudado a localizarla.

Yo no sabía bien qué quería decir, pero sus palabras bastaron para que me estremeciera en el callejón trasero.

—¿Qué quiere que haga?

—Si matas a Krista Marshall —dijo—, nosotros nos olvidaremos de tus deudas de juego.

Sí, por supuesto que eran deudas de juego. ¿De verdad hay alguien que pida prestado dinero a un usurero para pagar la quimio de su madre? Venga ya. No soy Teresa de Calcuta. De todos modos, mi madre es una alcohólica que apenas me hizo caso durante toda mi infancia; si tuviera cáncer, yo contemplaría con gusto cómo la iría consumiendo hasta morir.

He hecho un montón de cosas terribles a lo largo de mi vida. Digamos que soy un caso de mala crianza. Pero nunca había matado a nadie. Aun así, quería recuperar mi vida. Y no me parecía que tuviera muchas alternativas.

—De acuerdo —le dije—. Lo haré.

Resulta una ironía del destino que, la noche en que Krista me apuñaló, yo tuviera planeado matarla a ella. Igual que Krista, pensaba que Blake cargaría con las culpas. Él no me caía demasiado bien entonces y todo el mundo podía darse cuenta de que se estaba desmoronando. Yo ya lo había señalado como la persona que podía haber matado al señor Zimmerly, el vecino de al lado. Nada salió tal

como esperaba, pero al final fui yo quien mató a Krista. Hice lo que Frank Gallo me pidió y él me ha asegurado que mi deuda está pagada.

Así pues, cuando apuñalé a Krista aquella noche, no estaba salvándole la vida a Blake.

Estaba salvando la mía.

Me apuesto cinco pavos a que Krista no lo vio venir.

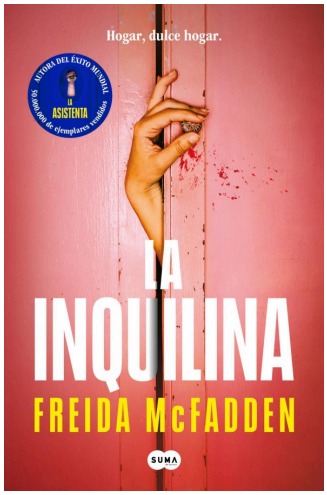
Agradecimientos

La inquilina es uno de los pocos libros que he escrito que incluyen el punto de vista de un hombre. Teniendo esto en cuenta, debo darle las gracias a mi marido, que leyó los primeros capítulos y me dijo con mucha seguridad: «No, un hombre jamás diría eso». ¡Qué gran ayuda!

Como siempre, quiero agradecerle a mi madre que le encantara este libro desde el principio. Seguro que sueno como un disco rayado, si es que has leído todas mis páginas de agradecimientos, pero estoy muy agradecida a mi agente, Christina Hogrebe, y a todo el equipo de JRA por vuestro apoyo y vuestros comentarios. Gracias a Jenna Jankowski por tus perspicaces y extremadamente detalladas observaciones, así como a todos los que trabajan entre bastidores en Sourcebooks. Gracias a Mandy Chahal por tus esfuerzos sobrehumanos en marketing.

Gracias a mis muchas lectoras beta: Jenna, Maura, Pam, Kate y Emily, que me hicieron algunas observaciones muy valiosas. Gracias a Red Adept Editing por vuestros comentarios. Gracias a Val por la ayuda en la lectura de pruebas.

Siempre tengo que dar unas gracias enormes a mis lectores, tanto a los que leen online como a los que ni siquiera tienen ordenador. ¡Me siento muy agradecida por vuestro apoyo!



Blake Porter está en la cima del éxito… hasta que deja de estarlo. Despedido de un día para otro de su trabajo como directivo en una firma de marketing de Manhattan e incapaz de hacer frente a la hipoteca de la nueva casa que comparte con su prometida, se encuentra desesperado por mantenerse a flote.

Entonces entra en escena Whitney. Encantadora, sensata y en busca de una habitación para alquilar. Es exactamente lo que Blake necesita. ¿O no? Porque algo no va bien. Los vecinos empiezan a tratarle de forma diferente. El olor a podrido impregna la cocina por mucho que la limpie. Ruidos extraños le despiertan en mitad de la noche. Y pronto comienza a sospechar que alguien conoce sus secretos más oscuros…

El peligro vive en su propia casa, y cuando Blake se dé cuenta de lo que sucede tal vez sea demasiado tarde.

La trampa ya está lista.

Freida McFadden es médica y autora de docenas de novelas que se han colocado en el número uno de las listas de ventas de *The New York Times*, Amazon, *The Washington Post*, *USA Today*, *The Sunday Times*, *The Wall Street Journal* y *Publishers Weekly*. Varios de sus títulos han sido seleccionados como mejores libros del año por Amazon Editors, y ha ganado el Premio de los Escritores Internacionales de Thriller al Mejor Original en Rústica y el Premio Goodreads al Mejor Thriller. Sus novelas se han traducido a más de cuarenta y cinco idiomas. Freida vive frente al mar con su familia y su gato, en una casa de tres pisos y siglos de antigüedad en la que las escaleras crujen y gimen a cada paso, y en la que nadie podría oírte gritar. A menos que gritaras muy fuerte… Tal vez.



Título original: *The Tenant*

Primera edición: septiembre de 2026

© 2025, Freida McFadden
Esta edición se publica por acuerdo con Jane Rotrosen Agency LLC.,
a través de International Editors & Yáñez Co' S. L.
© 2026, Penguin Random House Grupo Editorial, S.A.U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona
© 2026, Santiago del Rey Farrés, por la traducción

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial basado en el diseño original de theBookDesigners

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección de la propiedad intelectual. La propiedad intelectual estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes de propiedad intelectual al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Ninguna parte de este libro puede ser utilizada o reproducida con el propósito de entrenar tecnologías o sistemas de inteligencia artificial. PRHGE se reserva expresamente la reproducción, la extracción y el uso de esta obra y de cualquiera de sus elementos para fines de minería de textos y datos y el uso a medios de lectura mecánica u otros medios que resulten adecuados (art. 67.3 del Real Decreto Ley 24/2021). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
En caso de necesidad, contacte con: seguridadproductos@penguinrandomhouse.com

ISBN: 979-13-87512-45-3

Compuesto en Comptex&Ass., S.L.

Facebook: penguinebooks
X: @sumadeletras
Instagram: @sumadeletrased
YouTube: penguinlibros
Spotify: penguinlibros
TikTok: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

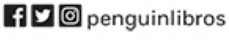
Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.



penguinlibros.club



Penguin
Random House
Grupo Editorial



penguinlibros

Índice

La inquilina
Primera parte. Blake
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34

Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Segunda parte. Krista (Antes llamada Whitney Cross)
Capítulo 45. Ocho meses antes
Capítulo 46
Capítulo 47
Capítulo 48
Capítulo 49
Capítulo 50
Capítulo 51
Capítulo 52
Capítulo 53
Capítulo 54
Capítulo 55
Capítulo 56
Capítulo 57
Capítulo 58
Capítulo 59
Capítulo 60
Capítulo 61
Tercera parte
Capítulo 62. Blake
Capítulo 63. Krista
Capítulo 64. Blake
Capítulo 65. Krista
Capítulo 66. Blake
Capítulo 67. Krista
Capítulo 68. Blake
Epílogo. Cuatro meses después
Agradecimientos
Sobre este libro

Sobre Freida McFadden
Créditos